

ADAC
CIÓN GE

EPISODIOS
HISTORICO
DE LA GUERRA
DE
INDEPENDENCIA

TOMO I

F1232

.E64

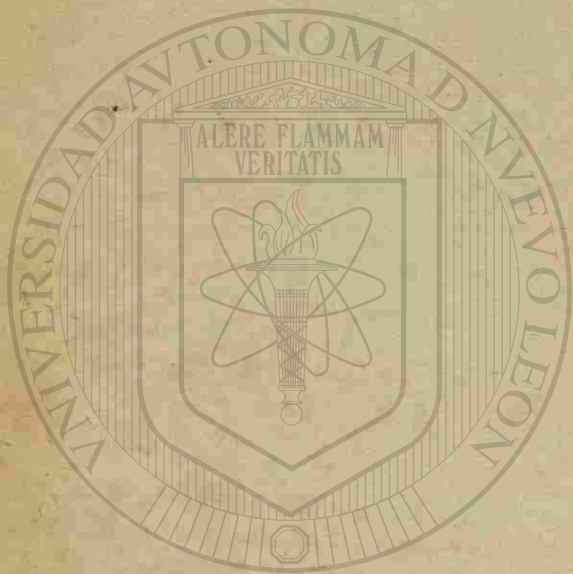
v.1

c.1

R. C.



1080012755



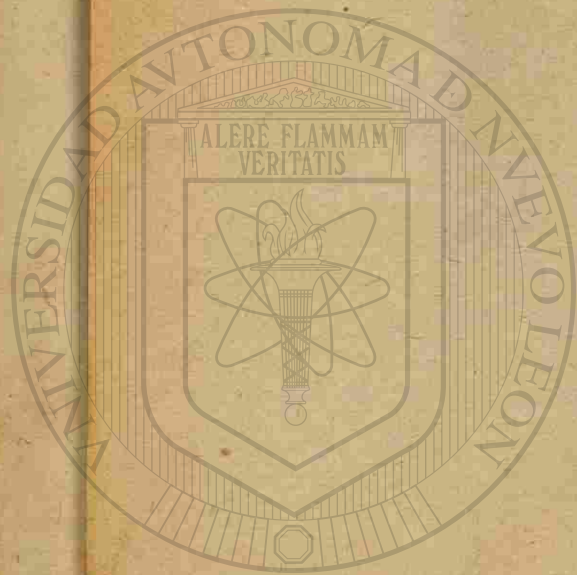
Tomo 72
Biblioteca de
Autores Mexicanos

"El tiempo".
V. Aguirre

UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPISODIOS HISTORICOS

DE LA GUERRA

DE

INDEPENDENCIA

RELATADOS

POR

Lucas Alamán, J. M. Lafragua, Manuel Payno,
Guillermo Prieto,
Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Ri-
va Palacio, Mariano Ótero,
Domingo Revilla, Alejandro Villaseñor y Villaseñor,
Victoriano Agüeros, Genaro García,
Luis González Obregón, Ignacio B. del Castillo, Ezequiel A. Chávez,
Antonio de P. Moreno, Demetrio Mejía,
Manuel M. Escobar, Manuel Alvarez del Castillo,
Ignacio Ojeda Verduzco, Fulgencio Vargas, Eduardo E. Zárate,
Adalberto Carriedo, Joaquín Trejo, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO I.

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO"
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR

1° de Mesones núm. 18



F. 1232

E 6

v. 1



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVARRUBIAS

157119



LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE EN
DOLORES.

I.

Dolores es un pueblo perteneciente al Estado de Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tuvo su origen la libertad, un pueblo donde tantos años vivió obscuro el grande hombre de nuestra Independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una población que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, de un aspecto triste y desconsolador, que casi mueve á compasión.

Allá en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y transparente arroyo, se presentaron á mi imaginación, confusos, aglomerados é indescribibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. En este lugar solitario meditó sus planes grandiosos un Cura aislado, pobre y obscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los débiles ecos de los buenos mexicanos, que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña plaza, en las estrechas calles, se atrevieron los ciudadanos á proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y

se desbordó por la República como un río de lava, llevando por delante el terror que hacía temblar á sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los aniquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdón que había de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas transformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos; cuando se ve patentemente que á pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se vé uno tentado á creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas sementeras de granos, esos ríos someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se crían en el silencio y las tinieblas los más preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo, está criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio á unos pocos. Hé aquí lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de águila para caer después sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

La imaginación me transportó á esos tiempos sangrientos á la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubría algunas páginas brillantes y puras, que el genio mexicano debería conservar eternamente en su trágica historia.

DIRECCIÓN GENERAL DE

Era la noche del 15 de Septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y descuidados en brazos del sueño. Nada parecía turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin

embargo, una que otra ventana ó puerta iluminada; pero poco á poco fueron extinguiéndose las luces, los perros se echaron á reposar, y todo quedó obscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle próxima á la iglesia, donde se percibía la tenue claridad de una bujía.

El cuarto ó alcoba de donde salía la luz, era de un tamaño regular, y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando, no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca, de madera, con carpeta de paño azul, había esparcidos algunos libros que por la pasta y cantos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes á un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído: sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y revueltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño, y algunos compases y escuadras: en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristal; y por último, junto de un estante de libros estaba colgada una estola y unos relicarios de cera de "agnus," y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una Imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, á no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos pequeños hornillos, y una colmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no sólo un buen cristiano sino un Ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo ó alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un si es no es inclinado hacia adelante, de frente espaciosa, nariz ancha y ojos vivos y chispeantes. Unas veces se paseaba con grande agitación de uno á otro extremo de la pieza; otras se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación; de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas li-

neas y vocablos. Se conocía que tenía un gran pesar, ó que lo ocupaba algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Púsose en pie, y aproximándose lentamente al postigo, se puso á escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo más perceptible, y finalmente, un jinete embozado se apeó en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la bujía y abrió el zaguán al embozado, el cual sin más ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor Cura, exclamó el recién llegado.

El Cura iba á soltar la bujía, á causa de la sorpresa; pero recobrándose, le contestó con calma:

—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida; y siendo así, falta mucho para que nos consideremos perdidos; mas explíquese usted.

Entretanto, los dos personajes entraron á la alcoba: el Cura tomó asiento en su poltrona y el embozado en otra silla, frente de él.

—Diga usted ahora cuanto guste, continuó el Cura con voz tranquila, que estoy dispuesto á escucharlo.

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana, en Querétaro.

—¡Descubierta!.... ¿y cómo?

—Hace días que en una taberna hubo una riña, de la cual resultó un asesinato. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos, temiendo ser sentenciado á muerte, ofreció descubrir secretos de importancia con tal de que se le perdonase. Se le garantizó la vida y todo lo ha descubierto. En consecuencia, el señor Corregidor Domínguez, aunque amigo de usted y de la patria, toma, en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana á estas horas, el señor Allende, usted y otros varios, caerán en poder de García Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay trai-

dores miserables; pero, ¿cómo na podido usted saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como usted sabe, es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y.... vamos, llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de usted todas las noticias, ó de lo contrario, la patria se perdía, y usted, señor Cura, sería fusilado....

—Amigo mío, cuando hay corazones tan nobles, es menester confiar en que triunfará la buena causa: continúe usted.

—Yo, que conocí todo lo que importaba que usted supiera las cosas, prometí á la señora, á fe de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenía caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que me salí como un loco á vagar por las calles, pensando cómo vencer tanta dificultad. Estaba á punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se apeó en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo. Dios quiso que el barbero cerrara su puerta; entonces, con mucho cuidado, tomé el cabestro, me monté en el caballo y eché á correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas ha caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe usted todo, es menester que huya usted, que se oculte, que....

—¡Bobada! contestó el Cura, dejando asomar á sus labios una sardónica sonrisa.

—¿Cómo?... ¿qué piensa usted hacer entonces?

—Aprovechar el generoso aviso de usted, y obrar con energía.

—¡Señor....! Está usted loco.

—Estoy más cuerdo de lo que á usted le parece.

El Cura se puso á escribir, y continuó:

—Es necesario que ahora mismo se marche usted para Querétaro, pues usted tiene familia á quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga usted con reserva esta carta en manos de Don Ignacio Allende, que se halla en San Miguel. Le daré á usted otro caballo, y.... Vamos, ami-

—go mfo, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Reciba usted este abrazo en prueba de mi gratitud, y.... Dios lo guíe por buen camino....

—Adiós, señor Cura, dijo el jinete, besándole la mano, que el eclesiástico le tendió.

—Adiós, amigo. En la caballeriza hay varios caballos; escoja usted el tordillo, que es fuerte, y no olvide mi encargo.

El personaje salió; el Cura se dejó caer en su sillón, é inclinó su venerable cabeza cana sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el jinete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo á galope.

III.

—Este muchacho, pensó el Cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue á tiempo la carta á manos del Capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana.

Al decir esto abrió una gaveta del estante, y comenzó á contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta.

—Vaya, se dijo—no llega á doscientos pesos lo que tengo, pero no hay cuidado, Dios nos protegerá.

En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió á sentarse.

Sonaron en el reloj de la iglesia, tres cuartos para las doce, se escuchó el ladrido lejano de los perros, y á poco volvió á reinar un profundo silencio.

—¡Oh! exclamó el Cura dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero... un tropel de gente á caballo se acerca.... ¡Cuánto sentiré perder la vida ó morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México!.... Sin duda vienen á prenderme.... veamos.

La cabalgadura se detuvo en la puerta de la casa del Cura, y éste tomó la luz, y acom-

pañado del criado abrió la puerta. Un jinete se apeó y abrazó al Cura.

—Señor Cura, ¿usted en vela á estas horas?

—Señor Capitán, ¿usted corriendo por esos cerros tan tarde?

—¡Qué quiere usted!, los enemigos no se descuidan, y es menester andar listos, y esto es que aún no comenzamos.

—Entremos, señor Capitán, entretanto el criado coloca á los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz.

—Lo necesitan á fe mía, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, y el criado se dirigió á la caballeriza con las cabalgaduras.

—Sabe usted que nos han descubierto, dijo el Capitán, arrellenándose en una silla, y desviando de su ancha frente su pelo rubio.

—Lo sé, señor Don Ignacio, contestó el Cura, con calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

—Así, pues, continuó el Capitán, todo se ha frustrado. Quince días más, y damos un golpe maestro.

—Aún es tiempo, contestó el Cura resueltamente.

—¿Quién sabe? respondió el Capitán, con tono de duda. A estas horas, Querétaro y Guanajuato están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea usted cómo no duermen....

Al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

—¿Conque nos querían prender? repuso el Cura, con cachaza.

—Cabal; pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me tiene usted aquí.

—¿Y el amigo Abasolo?

—Le he avisado lo ocurrido, y no dilatará en venir.

—Bien, muy bien, amigo mfo, contestó el Cura. ¿Y el Regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

—A nuestras órdenes, replicó el Capitán.

—¿Y los amigos de Puebla y Valladolid?

—En corriente; pero para el 10. de Octubre.

—Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía nos salvarán.

—Permitame usted, señor Cura, que le diga que no veo ningunos elementos para hacer una revolución; y si no cuenta usted con otros materiales, los que existen en esta habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar á ocho millones de habitantes llenos de preocupaciones, y acostumbrados á la ciega obediencia al Rey.

—¿Y esas objeciones, Capitán, tienen algo que huelga á temor?

—¡Vive Dios!, exclamó el Capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, más que á Dios, señor Cura. Supongo que ésta es una chanza.... De lo contrario....

—De lo contrario, ¿qué hacía usted, Capitán?

—¿Qué hacía?... abandonar la amistad de usted, correr yo sólo al peligro, y morir luchando como un hombre.

—Capitán, usted es el hombre digno de ser compañero del anciano Cura de Dolores.... Era una chanza efectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de usted. Yo soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que debo dedicar los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero usted es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud y no debe haber ningún género de reflexión, tanto más, cuanto que de una manera ó de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

—Tiene usted razón, señor Cura, y casi me avergüenzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni....

—El pueblo duerme, Capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá á reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar á sus opresores. A mi vez confieso que tiene usted razón de preguntarme cuáles son los elementos con que

cuento: muy bien, se los enseñaré á usted. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al Capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirándose uno al otro, y después prorrumpieron en una carcajada de risa.

—Somos unos locos, señor Cura.

—Somos unos valientes, señor Capitán.

—Así, señor Cura....

—Así, señor Capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado debajo de los pomposos árboles de Guadiana (*), que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, Capitán, esos sueños terminarán, ¿sabe usted cómo?

—¿Cómo?

—En un patíbulo, al que subiremos juntos.

—Como también juntos hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor Cura.

—Bien dicho, Capitán. Aún conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar á los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus empresas.

El joven Capitán, lleno también de alegría, exclamó:

—Señor Cura, en este momento no me cambio por el más poderoso de los Reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto explayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van á realizarse, y acaso después de las penalidades y fatigas de una sangrienta guerra veremos á México libre y poderoso. Esta esperanza, señor Cura, es la felicidad de mi vida.

(*) Hermoso paseo de San Miguel el Grande.

—¡Valiente y virtuoso joven! murmuró el Cura, á media voz, y luego alzándole le dijo:—Deseo saber cómo se descubrió la conspiración, pues el que me dió el aviso pocos momentos antes de que usted llegara, me aseguró que fué á consecuencia de unos asesinatos....

—Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Iturriaga, que á la hora de ésta habra pasado á la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos. (**)

—¡Cobarde!, replicó el Cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado....

—¿Qué quiere usted?... la conciencia. En cuanto á mí, juzgo que Dios me favorecerá.

—Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo: las doce de la noche van á dar, y aún no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

—Eso mismo pienso yo; mas nada digo á usted, porque....

El Cura quedó un momento sumergido en una profunda meditación, y luego dijo:

—En verdad que la empresa es más difícil de lo que parece. Es tan tarde.... pero, ¡miserable de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está usted conforme?

—Lo he dicho.

—Venga esa mano. La libertad ó la muerte; "Sr. D. Ignacio Allende."

El Capitán estrechó la mano al Cura contestándole:—la libertad ó la muerte, "Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla."

(**) El Dr. Mora, en su obra "México y sus revoluciones," asienta que el Dr. Iturriaga fué quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refiero yo. El señor Bustamante en su Cuadro Histórico dice: que un eclesiástico, cuyo nombre no menciona, fué el que hizo la delación. El lector escogerá lo que más le agrade.

—¡Hola! gritó el Cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzón de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó, y cruzando los brazos, dijo:—¿qué manda su merced, señor Cura?

—Ve con mucho silencio, y llama uno por uno á todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su Cura necesita de ellos mucho.

El criado salió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

—Amigos, ha llegado la ocasión en que deseo probar, si el afecto y respeto que profesáis al pobre viejo Cura de Dolores, es verdadero ó no. Voy á exigirlos un gran favor; si no me lo concedéis, paciencia.... entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el Cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:

—Hijos míos, es una noche ésta, que por mi fe ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por.... Acercáos.

—Señor Cura: no nos atrevemos á beber en presencia de usted, dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

—Vaya, hijos míos:.... acercáos, no tengáis temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y éste lo único que debe hacer, es usar con moderación de ellas. Embriagarse es malo; pero beber un trago en compañía de los amigos.... porque yo soy, no un Cura agrio y regañón, sino vuestro amigo, ¿no es verdad?, procuro vuestra felicidad: plantéé fábricas de loza, para que no haya necesidad de que vengan de España; cultivo las moreras y las viñas.... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el Gobierno lo

impide y.... pero ¿no bebéis? Afuera miedo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo.

El Cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tomaron casi llorando.

—No es malo este vino, continuó el Cura, colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa; pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con nuestras uvas en Dolores mucho mejor que en Málaga y en Jerez, pero ya lo he dicho; el Gobierno español ha prohibido el que aquí se fabrique vino por no perjudicar á España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. ¿Qué dicen ustedes de esto?

—Que es muy mal hecho, señor Cura, y que debíamos pedir el que se permitiera á los dueños de viñas en Dolores (*)....

—Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado á ustedes para eso. Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra, dicha con energía y decisión, retrocedieron espantados los serenos.

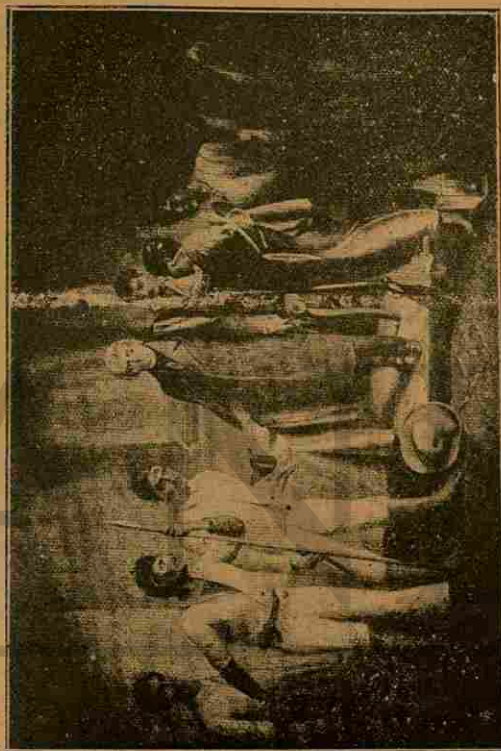
—¿Os asustáis?, dijo el Cura, encarándose resueltamente con ellos.

—No es eso, señor Cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro Rey y nuestro Gobierno, es cosa que jamás nos resolveremos á ejecutar. Ordéñenos usted que nos echemos del balcón abajo, y lo haremos al instante, porque queremos á usted mucho; pero hacer armas contra nuestro Gobierno.... nunca.

—Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo á lo que quiere el señor Cura. Cuando él nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

—Usted hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo á usted que los pelos del

(*) El señor Lic. Don Carlos María Bustamante, en su Cuadro Histórico, asienta que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la sublevación de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.



Hidalgo y los serenos de Dolores,
la madrugada del 16 de Septiembre de 1810.

cuerpo se me erizan sólo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor Cura, con estos otros cuatro muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre á su familia.

El interlocutor tomó su sombrero y otros cuatro lo imitaron.

—¡Miserable canalla!, exclamó el Cura, colérico. Cuando vuestro anciano Cura está pronto á derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religión, lo abandonáis y tenéis miedo como si fuérais unos niños. Id, esclavos, no os necesito. Que el Gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religión; que os trate como si no fuérais hijos de Dios y criaturas inteligentes; que usurpe eternamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa; al fin tengo el placer de que pocos días me quedarán de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la tenéis sobre la mesa.

Los serenos, que veneraban al Cura como á un Dios, que lo querían como á un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba á los pobres, quedaron aterrizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

—Perdonadnos, señor Cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos, aunque sea al suplicio.

—Entráis en razón, hijos míos: se quiere que no tengáis ya esa religión santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto exige remedio. Estáis en poder de los egipcios, y es menester libraros de la cautividad. Acordáos de mis sermones y no seáis desconfiados como los israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compunción las palabras del eclesiástico; éste continuó:

—Perdonadme, hijos míos, si he podido exaltarme; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

—¡Señor Cura!

—Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire á su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodaré. ¿Quién de vosotros quiere retirarse?

—Ninguno: respondieron á una voz.

—Gracias, hijos míos.

El Cura llenó los vasos de vino.

—Brindo porque el aislado grito de libertad, que va á resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

Los circunstantes bebieron.

—Bien, muchachos, muy bien: mañana á estas horas habremos hecho mucho. El señor Capitán Allende tiene á su disposición el Regimiento de dragones de la Reina, y contamos también con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El Cura comenzó á distribuir dinero entre los serenos, y continuó:

—Dos de ustedes á la torre á repicar las campanas: dos á buscar cohetes: otros dos á los alrededores á convocar gente en mi nombre: y cuatro á las calles á gritar.

—¡Viva el señor Cura Hidalgo!, exclamaron todos.

—No, tened.

El Cura formó una banderola con un pañuelo, y pegó en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la libertad, y mueran los gachupines!

Los serenos, gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del Cura, gritando:—¡Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban; y las gentes y muchachos que por curiosidad salían á las puertas y ventanas de las casas se reunían al grupo y gritaban maquinalmente:—¡Viva la libertad! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Diez minutos después, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discurría y ondeaba como una gran serpiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El Cura condujo á la ventana al Capitán Allende, y señalándole á la multitud, frenética, que se desgajaba, le dijo:

—La chispa está arrojada; el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dió doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del Gobierno, construido con la calma de trescientos años y consolidado con añejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presenciales, se creería que era una fábula ó cuento, inventado para entretener á los niños.

V.

Dice Víctor Hugo: "El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución." Nada hay más cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablemos. Si el Gobierno español, menos suspicaz, más inteligente, por decirlo así, en su dominación, hubiera concedido ciertas franquicias á los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerrogativas, tal vez hoy seríamos como la Isla de Cuba, una Colonia de España; pero tenía dos medios para conservar su poder: la superstición y el terror. La superstición se combatió con la misma superstición; y el terror se dominó con la perspectiva del libertinaje. Así, rotas estas dos terribles barreras casi con los mismos elementos que se habían construido, el pueblo, como un torbellino, como un huracán, como una columna de fuego, se desbandó asolando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables huellas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los más pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos bíblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió la frente de Goliat: el Párroco de Dolores también dió un golpe mortal á un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene á la memoria que

allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran vírgenes, cuando moraban en la soledad de las selvas unas tribus de indígenas dóciles y humildes, se les arrancó con el hierro y con el acero sus costumbres y su naciente civilización, se les incendiaron sus poblaciones, se les violó á sus mujeres, se degolló á sus hijos, y se les condenó, en fin, á huir á las montañas y á las selvas, y á vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofía las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un Párroco, obscuro y desvalido, y sin más elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo (*) era en la época de la revolución de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desengaños apagan las ilusiones, y extinguen completamente el entusiasmo: sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de un joven, sacude la constante monotonía de su estudiosa vida, descorre el velo que lo había tenido obscuro é ignorado por los pueblos de la Tierra-dentro, y aparece de improviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevidamente obstáculos, proclamando principios que fueron condenados como heregias, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacífico y hasta indolente. ¡Prodigioso y sublime incendio, á cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fin las preocupaciones arraigadas por centenares de años!

La acción de Hidalgo en un país donde

(*) Cuando se leen las obras del Dr. Mora, y se palpa el desprecio é injusticia con que juzga á Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora se haya expresado así.

hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa habría sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no sólo es grande, sino magnífica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió al 16 de Septiembre de 1810.

VI

Hallábase reunido ya Abasolo á los señores Allende é Hidalgo, y en breve confianza se decidieron á ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejército independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con azadones, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el Gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargó en San Miguel. Allí se incorporó á los insurgentes el Regimiento de dragones de la Reina, y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases, que guiada por el instinto, quería participar de las glorias y del botín.

El 18 continuó su marcha el ejército para Celaya.

Luego que en esa ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, todo fué confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detrás de ellas fardos y sacos: las familias se salían de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en paraje seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavéricas atravesaban de unas calles á otras, sin saber verdaderamente á lo que iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos trailes del Car-

nien, montados á caballo (*), con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:

—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya: levantáos en nombre de Dios y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se divisó una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El Prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres.

MANUEL PAYNO.

(*) Dr. Don José María Luis Mora, en la obra titulada: "México y sus revoluciones."



GRANADITAS.

I.

Una de las jornadas más deliciosas que pueden hacerse en diligencia por el interior de la República, es la de Querétaro á Guanajuato; entiéndase esto en la buena estación del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de bajío, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesión de lagunas y de atolladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar.

Pero no quiero conducir á mis lectores por enmedio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Septiembre, sino, por el contrario, en esos días diáfanos y puros del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de Lamartine.

Entonces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las veletas de las torres y las cúpulas de los cimborrios, con esa luz dorada, viva y transparente del cielo de México.

El camino á poca distancia de Querétaro

nien, montados á caballo (*), con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:

—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya: levantáos en nombre de Dios y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se divisó una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El Prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres.

MANUEL PAYNO.

(*) Dr. Don José María Luis Mora, en la obra titulada: "México y sus revoluciones."



GRANADITAS.

I.

Una de las jornadas más deliciosas que pueden hacerse en diligencia por el interior de la República, es la de Querétaro á Guanajuato; entiéndase esto en la buena estación del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de bajío, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesión de lagunas y de atolladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar.

Pero no quiero conducir á mis lectores por enmedio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Septiembre, sino, por el contrario, en esos días diáfanos y puros del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de Lamartine.

Entonces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las veletas de las torres y las cúpulas de los cimborrios, con esa luz dorada, viva y transparente del cielo de México.

El camino á poca distancia de Querétaro

ro, es perfectamente plano é igual, y la diligencia volando pasa por una sucesión de calzadas y de bosques de mezquite y huizache salpicados con flores y matas silvestres.

No es en verdad la perspectiva vomp-tuosa y oriental de los bosques de Hquidámbaros y guayaba de Jalapa; pero sí una sucesión no interrumpida de paisajes tranquilos, de escenas de sosiego y de paz, que hacen gozar al alma de una suave delicia.

En los bosques de Jalapa es preciso recordar el amor, las pasiones enérgicas y violentas que hacen de la vida un sabroso martirio.

En las llanuras del Bajío se medita en la vida quieta, en la paz doméstica, en la existencia profunda y silenciosa de los campos.

De los plantíos de naranjos y plátanos de Jalapa cree uno ver salir una de esas jóvenes ardientes, de ojos negros y de sonrisa fascinadora, que nos prometen con sus miradas y con su voz sonora, un mar de delicias, un paraíso en la tierra.

En los valles extensos y verdes del Bajío cree uno ver vagar una de esas figuras pálidas y resignadas de una madre de familia que tiene su amor en sus hijos y su pensamiento en Dios.

Tales son las ideas que me han ocurrido cuando en diferentes situaciones y épocas de mi vida, me he visto por una ú otra parte metido en una diligencia, con compañeros absolutamente desconocidos y extraños, y reducido á encerrarme en mis propios pensamientos y á entretener el cansancio del camino, con estas meditaciones interiores.

II.

El Departamento de Guanajuato es uno de los más ricos y más hermosos de la República.

La Providencia sin duda en un momento de buen humor sacudió sus manos sobre ese pequeño rincón de tierra, y cayó

el oro y la plata en las montañas, y los gérmenes de vida en los valles y cañadas.

Así el viajero ve una sucesión de sementeras de caña de maíz, y unos inmensos trigales que agitan sus espigas amarillas, y forman oleaje como un océano, donde los granos producen hasta doscientos por uno, y observa que el límite de estas llanuras es la cordillera, atravesada toda como un cuerpo humano, de arterias de plata y oro.

La agricultura y la minería se dan la mano: el minero y el labrador duermen en una misma cabaña.

Esto es prodigioso y parece ya imposible aglomerar en un pequeño espacio de tierra más elementos de vida y de prosperidad.

Luego que se ha pasado por el frondoso pueblito de Apaseo, que se ha visto el magnífico puente, y el bellísimo Carmen de Celaya, que se ha recorrido rápidamente á Irapuato, desaparecen las haciendas y las llanuras; el paisaje cambia totalmente.

El carruaje va sobre los cerros, y delante se ven otros cerros altísimos y majestuosos.

En el corazón de las montañas está edificado Guanajuato, ó más bien, incrustado en las peñas como un mosaico.

Pasada la cañada de Marfil, que es un verdadero laberinto, se entra á Guanajuato; pero Guanajuato no se ve hasta que se halla uno dentro de sus calles.

La entrada de Guanajuato es por una calzada de piedra bien construida.

A la izquierda se nota inmediatamente un extenso y bello edificio cuadrado, de gruesas paredes, altas almenas, y que por las cornisas y troneras que tiene, puede conocerse á primera vista que fué construida con el fin de que sirviera de fortaleza.

En efecto, creo que la primera intención fué esa; mas después se dedicó á que sirviera de alhóndiga para encerrar los granos y hoy tiene simplemente el prosáico nombre de "fábrica de cigarrós."

Sea lo que fuere, fortaleza, alhóndiga ó fábrica, Granaditas ha pasado ya al dominio

de la historia, pues pasaron dentro de este edificio algunos de los acontecimientos más terribles que pueden citarse en la historia de la independencia de México.

El movimiento que comenzó en Dolores la noche del 16 de Septiembre de 1810 bajo la dirección de D. Miguel Hidalgo, se aumentó más de lo que el gobierno español esperaba, y aun acaso sobrepujó á las esperanzas del mismo caudillo insurgente.

El pueblo en esta ocasión, á semejanza de esas figuras fantasmagóricas que aparecen del tamaño de una mosca, y rápidamente toman una forma gigantesca, se presentó grande, imponente y terrible.

El día 16 á las once de la noche, menos de una docena de hombres gritaron libertad, y el 19 había delante de Guanajuato cerca de 20,000 hombres.

Una vez que el dedo de Dios traza un camino á los acontecimientos, no está en el poder de los hombres volver atrás. Dejemos por un momento esa masa de hombres desorganizados, y sin armamento ni disciplina; pero que se agitaba, rugía, lanzaba muerte y destrucción, como esas hidras fabulosas; y entremos un momento á Guanajuato.

Luego que cundió la noticia de la llegada del ejército insurgente, la conmoción fué grande; aquellas calles angostas y pendientes de Guanajuato, se llenaron de gente que corría en todas direcciones, se atropellaban y preguntaban, temerosos, cuál sería la suerte de la población.

Muchos españoles que calcularon que las cosas no habían de pasar muy bien, tomaron su resolución definitiva, y recogiendo parte de sus intereses y poniendo en seguridad el resto, se marcharon de la ciudad por los caminos no ocupados por las tropas insurgentes. Esta emigración produjo una consternación difícil de pintar; pero fué forzoso que quedaran los que no tenían posibilidad de huir, ó los que, demasiado entusiasmados por la causa del rey, creían en la victoria.

Por entonces el conflicto hubiera sido mucho mayor, si un hombre, sobreponién-

dose al peligro y aun á sus opiniones privadas é íntimas, no hubiera con su actividad y sangre fría asegurado medianamente á la ciudad.

Este era el intendente Riaño, y del cual es forzoso hablar dos palabras. Riaño era uno de esos tipos raros, en quien por una feliz concurrencia de circunstancias están reunidas las cualidades más brillantes, tanto físicas como morales. Hombre de instrucción, de experiencia y de buen juicio, comprendía perfectamente que los pueblos, como las familias, es forzoso que, transcurriendo un número dado de años más ó menos corto, se emancipen y formen ctra sociedad. Esta reproducción continua, esta indispensable formación, es la que ha criado las naciones y ha dividido al mundo en pequeñas porciones.

Así, pues, en el fondo de su conciencia, no sólo opinaba por la causa de la independencia, sino que calculaba que una vez encendido el fuego sólo se apagaría con los escombros y las ruinas del gobierno colonial; mas español y caballero, y leal ante todo, como esos soldados casi fabulosos é increíbles, que seguían á Gonzalo de Córdoba, en los momentos del peligro, acalló la voz de su corazón, y no escuchando más que el grito del deber, que como primer funcionario público le obligaba á defender al gobierno, se preparó á una obstinada resistencia calculando que el resultado no podía ser otro sino sucumbir.

Así sucedió: Riaño trazó el plano para edificar el fuerte de Granaditas, sin pensar que erigía su sepulcro.

Siempre es un dolor que el destino reserve un fin frágico á esos hombres que, cualquiera que sea su creencia política, son un modelo de honor y de virtudes.

Mas volvamos á nuestra narración.

III.

Riaño, con una actividad increíble, mandó abrir fosos en las calles, construir trincheras, animó á los moradores ya decaídos

y abatidos, y puso sobre las armas cuanto fuerza le fué posible.

Ejecutadas estas medidas, en las que empleó tres días y tres noches, sin dedicar ni una sola al descanso, pasó revista á sus tropas y aguardó más tranquilo los acontecimientos.

Una circunstancia vino á alarmar al jefe y á los propietarios.

Pensaron, y racionalmente, que la fuerza era muy corta para defender la ciudad, y que en este concepto las tropas insurgentes se derramarían por algunas calles, entregándose á la matanza y al saqueo.

La cosa era urgente; así es que después de un largo debate entre los personajes de más categoría y Riaño, se decidió que los caudales del gobierno y los de los particulares que quisieran, se encerrarían en el fuerte de Granaditas, y allí la defensa se haría con éxito.

La medida no hubiera sido del todo mala si Granaditas no se hallara dominada por el Cerro del Cuarto y otros edificios; pero como ya no era posible más dilación, se adoptó la medida que va referida.

Inmediatamente comenzó á trasportarse dinero, plata y oro en pasta, baules de efectos preciosos, alhajas, ropa, y en una palabra, cuanto tenían de más valor y estima los riquísimos comerciantes, mineros y propietarios de la ciudad.

En los días 25 y 26, una cadena no interrumpida de cargadores, estuvo entrando al fuerte y depositando los tesoros en las salas más cómodas y seguras del edificio.

Esta tarea concluida, ya que no había más tesoros que encerrar, se introdujo maíz y otros víveres, y los dueños con sus armas y municiones entraron en el edificio, cerraron con dobles cerrojos y con fuertes trancas las puertas y esperaron al enemigo.

Este no se hizo aguardar: en cuanto al pueblo no era difícil pensar lo que haría, tanto más, cuanto que también tenía un caudillo esforzado que lo guiara.

Este era un muchachillo de poco más de 21 años, pelo rubio, ojos azules, y fisonomía inteligente y pícaresca.

Había sido peón en las minas, y después barretero; poseía, como toda esa gente ocupada en recios y peligrosos trabajos, un grado de valor y de audacia casi prodigiosos.

Luego que el cura Hidalgo se aproximó á Guanajuato, el atrevido muchacho salió á reconocer la clase y número de gente de que se componía el ejército invasor, y con aquel instinto natural que muchas veces excede á los cálculos de la ciencia y de la política, pensó que el negocio iba á ser funesto á los guanajuatenses.

En consecuencia, el muchacho se dirigió á Mellado, allí tomó una tea y, descendiendo rápidamente por aquellas labregas cavernas, comenzó á gritar: "¡Afuera muchachos; ya tenemos independencia y libertad!"

Los barreteros no comprendían absolutamente el sentido de estas palabras; mas el muchacho les añadió: "que una vez entrando el cura Hidalgo, como de facto entraría vencedor en Guanajuato, los tesoros encerrados en Granaditas serían del pueblo."

Desde aquel momento no hubo más que una sola voz: "¡afuera muchachos: á Granaditas."

Aquellos hombres ya preparados á la furia y la matanza, abandonaron sus trabajos, desoyeron la voz de los capataces y salieron de las minas vociferando palabras de muerte y de exterminio.

Algunas bandadas de hombres se dirigieron al cerró del Cuarto, al de San Miguel y á diversas alturas, y otros se desparramaron por las calles de Guanajuato y cercanías de Granaditas, formando grupos silenciosos y afectando una especie de indiferencia fría y terrible.

Riaño, que había contado con el auxilio de la plebe, miró con pavor estas masas de gentes que amenazaban con su silencio terrible, y se convenció que no tenía ya que esperar más auxilio que el de Dios.

IV.

El 28 se presentaron como comisionados de Hidalgo, el coronel Camargo y el teniente coronel Abasolo.

En la trinchera de la calle de Belén fueron detenidos, y habiendo manifestado el primero que deseaba entrar al fuerte y hablar verbalmente á Riaño, se le vendaron los ojos, y en esta forma se le condujo hasta la sala, donde reunida una especie de junta de guerra se discutía lo que sería conveniente resolver.

Abasolo no quiso aguardar, y se retiró al campo insurgente.

—Estáis en disposición de hablar, señor coronel, dijo Riaño á Camargo, con voz afable y serena: decid el objeto de vuestra comisión.

Camargo sacó un pliego cerrado y sin contestar palabra lo entregó á Riaño; éste lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y luego volviéndose á los que componían la junta les dijo:—El cura Hidalgo me manifiesta que, habiéndose pronunciado por la libertad, un numeroso pueblo lo sigue....

Un rumor sordo circuló entre los circunstantes: Riaño que lo advirtió prosiguió con calma:

—Hidalgo quiere evitar la efusión de sangre, y nos amonesta para que nos rindamos, garantizando nuestras vidas y propiedades: leed.

El oficio se leyó en voz alta por un individuo; un silencio profundo sucedió; ni el aleteo de una mosca se escuchaba, y si acaso un tenue ruido que provenía del latido del corazón de aquellos hombres, cuyos rostros lívidos y descampuestos, cuyas miradas tristes y descarriadas anunciaban que estaban poseídos de espanto y de pavor.

Riaño, que notó estos sentimientos, continuó con voz tranquila y dulce como si estuviera en una conversación familiar:—Mi deber como magistrado me ha obligado á tomar algunas medidas de defensa; pero esto no quiere decir que ustedes deban sacrificarse á mis ideas, á mis caprichos.

—El ejército de Hidalgo pueda ser muy numeroso; traerá sin duda artillería, y en este caso, la resistencia es inútil y pereceremos....

—Es verdad, dijeron dos ó tres voces.

—En ese caso vale más rendirse, que no hacer una necia resistencia....

Hubo un silencio de algunos instantes, durante los cuales Riaño y Camargo cambiaron una mirada de alegría, hasta que una voz ronca y firme gritó:

—No: nada de capitulación; nada: vencer ó morir.

—Sí, vencer ó morir, clamaron también los demás; animándose súbitamente....

—“¿Con que estáis decididos?”—preguntó Riaño tristemente....

—Sí, enteramente.

—Entonces, como español y como jefe, veréis que sé cumplir con mi deber.

—Una vez que sé vuestra opinión, no tendréis que quejaros de mí.

Al decir esto sentóse en una mesa y escribió la contestación negativa; levantándose la dió al coronel Camargo, sin que una sola facción de su rostro se alterara; sin que su voz perdiera ni su firmeza, ni su dulzura; sin que una sola de sus miradas pudiese revelar lo que pasaba dentro de aquel hombre que veía ya el sacrificio muy cercano.

—¿No habrá ya medio de allanar estas cosas mejor?—dijo Camargo.

—Ninguno: esta gente no vuelve atrás, y yo no puedo tampoco hacerles más instancias; dirían que soy un cobarde.

Camargo fué llamado á almorzar en compañía de Iriarte y de algunos otros españoles; cuando hubo concluido, se dirigió á Riaño.

—Con que por fin....

—Está ya dada la respuesta, le dijo Riaño; pero añadid á Hidalgo que, á pesar de la desgraciada posición en que nos encontramos por la diferencia de nuestras opiniones, le agradezco en mi corazón su amistad, y acaso aceptaré más tarde su protección y asilo.

Camargo y Riaño se estrecharon la mano: después vendaron los ojos al primero

y lo condujeron así afuera de la trinchera.

—Ahora, dijo Riaño con voz de trueno y mirando que todos permanecían en la inacción, es menester defenderse; y pues no hay otro remedio, morir como buenos españoles.

V.

Inmediatamente dió sus disposiciones y formó á toda la tropa disciplinada en la plazuela de la Alhóndiga; á los que tenían mejores armas los colocó en las troneras del edificio, y otra porción la destinó á la noria y azotea de la hacienda de Dolores que se comunicaba con Granaditas y dominada la calzada.

En cuanto al ejército insurgente, luego que llegó Camargo con la contestación negativa, un solo grito se dejó oír, y fué el de "mueran los gachupines," y aquella masa enorme de hombres armados con picas, palos y machetes comenzó á moverse.

Era una larga serpiente la que retorciéndose por los cerros y por el camino se dirigía á Granaditas.

A la una del día ya la multitud había ocupado todas las alturas que dominan á Guanajuato, y los sitiados podían oír los gritos de furor que, de vez en cuando lanzaban los enemigos, y ver las banderolas azules, amarillas y encarnadas, formadas con cascadas, y que eran los estandartes á cuyo rededor se agrupaba todo el populacho.

Los españoles de la hacienda de Dolores dispararon algunos tiros y mataron á tres indios.

Esta sangre fué como la chispa que necesitaba esta inmensa cantidad de combustible.

Un clamor tremendo se escuchó, que fué reproduciéndose desde las cercanías del fuerte hasta la vanguardia de los insurgentes, y una lluvia de piedras cayó inmediatamente sobre los sitiados.

El ejército se dividió en dos trozos; uno de ellos se dirigió al cerro del Cuarto y

á las azoteas y alturas vecinas, y el otro al cerro de San Miguel.

Los grupos de barreteros que habían aguardado inmóviles y silenciosos el principio de este sangriento festín, se levantaron como impulsados por una máquina y corrieron á reunirse con los insurgentes y hacer altísimas trincheras de piedras.

Un trozo de caballería se dirigió á las prisiones, puso á los criminales en libertad y, recorriendo las calles, rompiendo puertas y arrollando cuanto encontraba á su paso, volvió finalmente aumentado con mucha plebe, al lugar del combate.

A las dos de la tarde todo el pueblo de Guanajuato se había hecho insurgente: los únicos realistas eran los que estaban en la Alhóndiga. En cuanto á las gentes temerosas y pacíficas, se habían encerrado en sus casas, asegurando las puertas con los colchones y trastos, y esperaban con la agonía en el corazón, el desenlace de este terrible drama.

Puede asegurarse que desde la conquista hasta hoy, el único movimiento verdaderamente popular que ha habido en México, es el de Guanajuato.

Quiero que por un momento el lector se figure colocado en un punto dominante de Guanajuato y trasladándose con la imaginación al momento en que estos sucesos pasaban, contemple aquellas masas enormes de gente, gritando furiosas, conmoviéndose agitadas como las olas de un mar tempestuoso, cayendo en un profundo y momentáneo silencio, para tronar después de la explosión de las armas de fuego que disparaban los enemigos, como las nubes que con el contacto eléctrico, revientan lanzando mil rayos...

En efecto, aquellas montañas se movían, aquellos edificios tenían voz, de aquellas profundas grutas salían aullidos horribles, aquellas calzadas parecían agitarse, levantarse y estrellarse contra el punto defendido por españoles.

Eran los elementos, eran las materias inertes las que se animaban; eran los pe-

ñascos los que pretendían lanzarse solos en el aire y caer sobre los enemigos.

Cualquiera que á sangre fría hubiera visto estas escenas, habríase creído presa de un vértigo, al contemplar una visión que tenía mucho de sobrenatural y de fantástico....

A las dos de la tarde, el ataque estaba en toda su fuerza, y continuamente se veía en el aire una nube de pequeños pedascos que caían en la azotea de Granaditas, como si los cerros hubieran estado haciendo una erupción.

En cuanto á los sitiados no recibían mucho daño físico, por estar á cubierto en las troneras y bardas.

De tiempo en tiempo se suspendía instantáneamente la lucha, y sitiados y sitiadores guardaban un silencio profundo: un casco de fierro de azogue hendía los aires, y caía sobre la multitud que se apartaba, se postraba en tierra; después, cuando el frasco lleno de pólvora reventaba y hacía un estrago espantoso, rompiendo el cráneo y los brazos y piernas de los desgraciados que estaban cerca, aquella masa infinita se oprimía, se lanzaba hasta las trincheras, arrojando alaridos de venganza.

En estos momentos, los españoles aterrizados no tenían fuerza ni para mover el gatillo de sus fusiles.

A poco, el ruidoso estruendo de la fusilería, los gritos y algazara se aumentaban de una manera tal, que se oía en todo Guanajuato.

Riaño entre tanto, con la serenidad y sangre fría que lo caracterizaba, recorría los puntos de mayor peligro, animaba á los defensores del fuerte, y hacía escuchar su voz de trueno para dar sus disposiciones: su valor llegó al grado que, habiendo visto que un centinela había abandonado el puesto y dejado el fusil, lo tomó y comenzó á hacer fuego.

Allí terminó la existencia de este leal español: una bala certera le atravesó la frente, y cayó moribundo y cubierto de sangre.

El cuerpo de Riaño fué conducido al in-

terior del fuerte, y retirándose también la tropa sitiada en la plazoleta, cerraron la puerta y la atrincheraron cuanto fué posible.

El hijo de Riaño estaba en el fuerte.

Luego que vió el cuerpo de su padre desfigurado y cubierto de sangre, se arrojó á abrazarlo, le regó con sus lágrimas y exhaló las más dolorosas quejas, y luego acometido de un furor inaudito quiso exprimirse una pistola en el cráneo.

—¿Qué hacéis? le dijo uno: vale más que antes de morir vengueis á vuestro padre. Cerca están los enemigos, id, la sangre y la matanza calmarán vuestro dolor.

—Decís bien, decís bien, contestó soltando la arma: necesito sangre, necesito venganza.

Al acabar estas palabras se dirigió á la azotea, desde donde continuamente arrojaba frascos de azogue llenos de pólvora.

VI.

El generalísimo Hidalgo miraba pasmado esta conmoción horrible del pueblo, en que todas las pasiones hervían, ardientes é imponentes en los corazones, y conocía que no podían concluirse estas escenas sino con la toma del fuerte; así, dirigiéndose al leperillo vivaracho de que se ha hablado al principio, le dijo:

—Sería bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pípila.

—Ya se ve que sí, contestó el muchacho, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Pues la patria necesita de tu valor.... Pípila, sin contestar una palabra, tomó una gran losa y poniéndola en sus espaldas, cogió una tea en las manos, y así se fué acercando á la puerta.

Los espectadores contuvieron el resuello, y todos los ojos se fijaron en el atrevido muchacho.

En cuanto á los del fuerte hicieron caer una lluvia de balas sobre Pípila; pero todas se estrellaban en la losa, de suerte que llegó á la puerta y arrimó la tea.

En este momento una bandera blanca

flotó en lo alto de las almenas, y varias voces gritaron: "se han rendido: paz, paz;" pero algunos de los que guarnecían la hacienda de Dolores, ignorando esto, hicieron fuego.

Entonces un grito terrible de "traición" se hizo oír, y los insurgentes se agolparon á la puerta, que ya incendiada no tardó en arder y caer en pedazos.

Por en medio de las llamas y de los escombros se precipitó el pueblo con puñales y hachas en la mano, y derramándose por patios, escaleras y salones comenzó á ejecutar una horrible matanza.

Unos se defendían obstinadamente, otros abrazados de las rodillas de algunos sacerdotes pedían á Dios misericordia y sucumbían traspasados á puñaladas.

Los que guarnecían la hacienda de Dolores, viendo que los enemigos habían destruido un puente de madera de la puerta falsa, se replegaron á la noria, y allí se defendieron desesperadamente, pero acosados y oprimidos por la multitud, tuvieron que sucumbir, arrojándose muchos en la noria.

A las cinco de la tarde un río de sangre corría por las escaleras y patios de Guanajuato, y uno que otro había escapado, ocultándose debajo de los cadáveres.

En cuanto á las riquezas que había encerradas, fácil es concebir lo que sucedería con ellas.

En una hora desapareció el inmenso caudal aglomerado durante muchos años por los propietarios de Guanajuato.

En la noche toda esa multitud frenética, se desbandó por las calles y recorría con teas y puñales en la mano, saqueando las casas, sacando de las tiendas los barriles de licores y entregándose á todo género de excesos.

Hidalgo tuvo mucho trabajo para contener estos desórdenes con que se anunció la independencia de México.

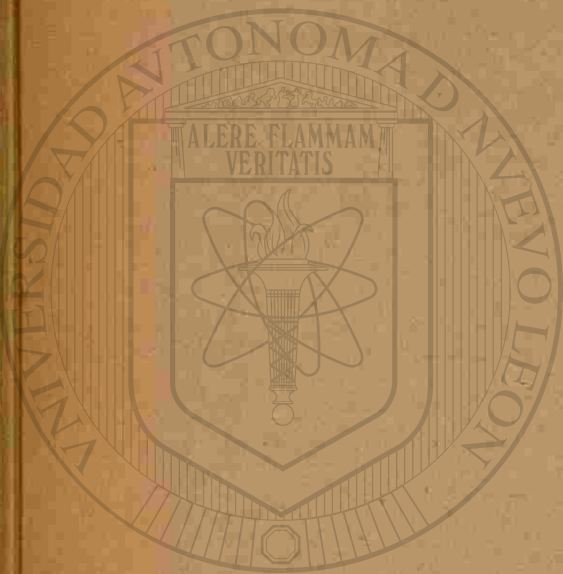
Como si el pueblo en aquella vez hubiera tenido presentes los tiempos primeros de la conquista, la matanza de Santiago y el

asesinato de Guatimoc, se vengaba de una manera inaudita.

¿Acontecerán siempre estos hechos históricos, y las culpas de los padres caerán irremisiblemente sobre las cabezas de sus hijos?

MANUEL PAYNO.

México, 1843.



ESCENAS DE LA VIDA DEL GENERAL
D. JOSE MARIA MORELOS Y
PAVON

I

Acababa de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado á una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los más remotos confines del Continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían conturbados á nuestros audaces dominadores.

La voz de un Párroco sexagenario, poco antes entregado á las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fué una convocación de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salían de la capital de Valladolid con dirección á México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de más de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos la Imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida á to-

rrentes en "Granaditas," y esta multitud mezclada de mujeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de exterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado "San Miguel Charo," distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibían los obsequios de una persona particular los primeros caudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animación á los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa, que vitoreaba á sus jefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo de la mesa, en el otro conversaban con calor dos personajes, que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz agulleña y su cabeza inclinada hacia adelante, qué sé yo si por el peso de los años ó agobiada por sus grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años ó treinta y cinco á lo más, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios, que caían sobre ella en desorden, su mirada ardentísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor Cura, decía, déjeme usted con mis dragones, que ¡vive Cristo! que no me queda titere con cabeza y créase usted que mientras no se discipline esa chusma, no vale un camino.

—Sin embargo, señor Don Ignacio, ella ha vencido en "Granaditas," y sesenta mil



Panorama de Charo, pueblo donde Hidalgo y Morelos tuvieron su única entrevista

hombres, y valientes, no son fáciles de destruir; además, sé que ellos aprenderán.

—¡Sesenta mil hombres! vealos usted, unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formación como quien va á una romería, y hace poco, ¡voto va! que me tuve que echar á pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenía veneno....

—Usted lo quiere todo en una hora.

—No, señor: quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios!.... Vea usted....

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues á ese paso....; pero yo los arreglaré: fuera mujeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

—Esos son castillos en el aire: tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera lección; dígalo "Riño."

Más se hubiera acalorado la conversación, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversación.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigueño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido; su barba terminaba como una línea á la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelaba una alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho con embarazo y poca gracia á los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de Capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted á abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido á cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?....

—Hace tiempo que lo estoy....

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlesca y maligna se di-

vertía á costa del original! Capellán que iba á tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el Cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre "oscuro, sin carrera."

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años á la arriería, que en uno de sus viajes compró en Méjico un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor Cura, que cómo se resolvió á seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del Cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije á ustedes, á Valladolid, en fines del año pasado, á la casa de mi hermana; convidáronnos á un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del Cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos, que me tuvo inquieto y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria....

—Bien, muy bien.

—Retíreme con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí á mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo.

Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar imponente, tenía arrebatado y enternecido á su auditorio....

—Padre: me parece que mejor ha de ser usted un General que un Capellán. Vamos, déjese usted de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opone.

—Un pliego de papel....

Llevaron el papel, escribieron, y al calca firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa:—"Miguel Hidalgo y Costilla."

—Con que, lo dicho: á revolucionar el Sur, y véamos si de aquí á algún tiempo recibimos cartas del Coronel Morelos, que anuncian que han olido su pólvora en Acapulco.

—¡Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe usted, "á Ignacio Allende," y ¡vive Cristo! que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al Coronel Morelos, mientras éste, silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin más auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse á Acapulco dentro de pocos días.

II.

Transladémoños ahora al cerro del Velladero, situado en la costa de Acapulco: el Cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía á resistir al enemigo,

—Galeana, dijo á un oficial: ¿dejó usted recomendado á Avila el Ahuacatillo?

—Sí, señor....

—¿Y ese "Niño" cuándo le llora en el oído á París?

—Yo creo que para principios de Diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

—¡Apuros! En poca agua se ahoga usted. ¿No vé usted que salí del curato con dos "trabucos y una carabina descompuesta," y ahora ya hasta artillería tenemos?....

—Sí, artillería, un cañón "Niño."

—Ese "Niño" ha de dar muy malas noches á los "gachupines:" no se olviden las avanzadas por "las Cruces y San Marcos."

—No, señor.

—Vaya usted, que yo mientras soy Ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El día 8 de Diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana, cuando distinguieron á Don Francisco París, que venía sobre el campo de Morelos con 1,500 hombres; éste

hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba á derramarse sangre de hermanos; todo fué en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de París combatían con increíble denuedo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano, recorría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo á los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo á sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo, avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente, no; eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

París se retiró á "Jonaltepec" para volver de nuevo á la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de éstos, lisonjeó á los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un Capitán, "D. Mariano Tabares," ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

III.

Era una noche obscurísima: el ruido de las olas y el grito de ¿quién vive? de los centinelas interrumpía solemnemente el silencio: el señor Morelos paseaba inquieto en su cuarto, reflexionando su crítica posición, por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre é inspirar confianza á sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrasada en su mano, después tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen á Don Julián Dávila.

A pocos momentos se presentó éste:

—¿Señor!

—Búsqueme usted á Don Marcos Landín.

En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabón en manos de uno de ellos, para que sirviese de contraseña, les dejó partir.

Los soldados no sabían dónde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la obscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo, poblaron los aires los gritos de ¡viva Morelos, y mueran los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusión, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y París mismo, lleno de pavor, salió disfrazado del campo, preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló á la luz de la victoria, no á un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta á ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terrible en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa.

Poco tiempo reposó Morelos á la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de Febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana cuando á cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendíala del viento un faro-fillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor Cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz á la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que "Gago" no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa: que no mueran el farol de "Puente de Hornos."

—Mi General, avanzaremos nosotros, daremos la contraseña y después irá usted.

—No, marchemos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía ésta desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio.... Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor Cura Morelos y el Comandante Tabares?

Morelos dijo á otro que respondiese que no; hizo así, y á esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si éste se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente; sólo Morelos, en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrífico.

Conociendo que era mengua que huyesen sus soldados, los exhortó á volver el frente al enemigo; revolviáanse indecisos, tronaba su voz ahogando la grito de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones: por fin, desbándase su gente y emprende la fuga.

—Corréis, cobardes, exclamó iracundo, yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron espantados á vista de aquella barrera, levantaron á su General, y se unieron á su derredor con entusiasmo.

—¿Por qué huyen ustedes? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

IV.

El Virrey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba á la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse á los límites de un artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor á su héroe, mientras yo, cambiando las decoraciones de mi teatro, traslado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los Comandantes españoles "Cosío" y "Guevara."

Brillaba la feliz aurora del 12 de Agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños belicosos; el cañonazo de saludo era como el himno á la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificado, lo mismo que la plaza del "Calvario," que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde Cura de "Carácuaro," aquel hombre obscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el General adulado, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla, bajo un dosel de laureles; sus criados, que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaban los insurgentes á la vista de Tixtla y por eso un clamor de júbilo mezclado á la música y los vivas, respondió al primer cañonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, á las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la atmósfera tranquila subió lenta la

columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban á su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su "chaqueta de lienzo," su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartieronse en orden las tropas: al principio se interrumpió el tiroteo, después empeñóse en una parte, en otra; hizo se por fin general: una nube espesa ocultaba la población y el campo: como sombras veíanse discurrir los soldados y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón, aquel humo negro, y amarillento, por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrépidez increíble: con encarnizamiento combatían los insurgentes; retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiasmados, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados ó el gemir doliente de los moribundos.

¿Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido? Alumbraba la frente impenetrable de Morelos que alentaba á sus compañeros. ¿Retumbaba un acento en medio de la más empeñada refriega? Era la voz de Morelos.

¿Cundían en el aire mil vivas alegres? Era la presencia de su General, á quien lo saludaban como á un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta más de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba: en las tropas insurgentes se comenzó á notar la escasez de parque, que se hizo muy sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguía allí por su arrojo temerario un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo

alimaba, y su alborozo inspiraba ardimento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir á dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apodérase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita á sus amigos:—"Ya tenemos parque."

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazón!!

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, crugían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para preparar después serpenteando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mujeres.

Los realistas, despavoridos, refugiáronse en la Parroquia, sonaron las campanas, y el Cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

V.

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó Morelos á Chilpancingo, donde se solemnizaba con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Reacacho, la salida del señor Morelos y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar á las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron á Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; pero aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda é inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita á Galeana, que lo esperase por Cuauh-tlapa.

En efecto, la mañana siguiente, en medio del más empeñado tiroteo, y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique á vuelo en la Parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardor, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con mofa si estaban locos, cuando el cañón "Niño" tronó á sus espaldas en una altura.

Volviéron el rostro y vieron al señor Morelos con el lanzafuego aún en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba á Morelos: los vivas llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fué completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin jinetes, y veíanse revolcar los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo, además, equipajes, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fué cogido prisionero "Gago" el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos á su Secretario una carta dirigida á Rayón, en la cual, entre otras cosas, le decía:

"Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, he tenido veintiséis batallas, veintidós ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa."

Lejos de envanecerse con una carrera

triunfal, magnífica y feliz, que hacía ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como á un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables: "su primer principio fué no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose á remover las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los Comandantes se arrogasen ni la una ni la otra, como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes; tampoco se permitía á los jefes militares imponer contribuciones, ni molestar á los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes, y que habían hecho odiosa la insurrección."

La junta de Zitácuaro entendía inmaduramente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando no había aún noción de que fuesen representantes aquellos miembros.

Deseaba el señor Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconoció.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería paliar como medida de convención y de una política sagaz, el señor Morelos no quiso que aquel Cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren

interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en quien no creen más que cuando los incensa, ó se deja alucinar con sus doctrinas.

VI.

Grato para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del señor Morelos, que sucedieron á las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese á un festín; allí también lo vieron partir su alimento con el soldado indio, que abraja su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos á Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lectores mientras la pluma fácil del señor Mora nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazañas.

"La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías á considerables distancias, y á las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas: su mayor extensión es de Norte á Sur en poco más de media legua, y su anchura de Este á Oeste no excede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte á Sur una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce á catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de más de doscientas varas; pero cuya corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo común sino una parte muy corta, ciñéndose á un canal de doce á quince varas."

En los primeros días de Febrero de 1812, salió de México Don Félix María Calleja, con dirección á Cuautla, al frente de un

ejército que habia llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer á Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el General Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

—¿Está usted cierto de lo que me dice, curita? Dirigía esta pregunta á un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con sus ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.

—¿Cómo si estoy cierto? Son más de ocho mil hombres; uno á uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame usted que les vaya á saludar, ¡por vida de...!

—¡Coronel! Guarde usted sus bríos para "Buenavista," y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¿Y dígame usted, señor Galeana, San Diego qué tal está de fortificado? porque lo que de noche se hace....

—Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.

—¡Hola! ¡Hola! Vean ustedes, dijo con interés Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragón, acerca mi caballo!

Galeana se puso al paso del General, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encarecidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente.

—"Déjeme usted, Galeana, sólo voy al "Calvario á reconocer con mi antejo al "enemigo."

—Acompañaré á usted, mi General, replicó el valiente.

—No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana se mordió en silencio los labios, y pesaroso dejó alejar á su amado General al frente de su escolta.

—Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va á ser una de las tuyas; ¡y estar yo aquí!

—¡Hola! Señor oficial, continuó, mande usted poner al momento vigías en las torres, que observen al General.

Paseábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de

montarlo, y ¡cariciando su crin negra como el ébano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes había emboscado Calleja á los lados del camino: espantados los vigías de las torres, gritan: "que nos cogen al General;" y Galeana en su corcel, rápido como la voluntad de Dios, desapareció, al socorro de su jefe.

Entretanto, alrededor de Morelos se había agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos á su lado: junto de él acababa de caer, acribillado de heridas, un soldado querido: se revolvía en un círculo de enemigos como un león cercado de diestros cazadores; pero se hacía campo con sus armas, disparando sus pistolas á los que más de cerca lo seguían, y sin perder su gravedad majestuosa y tranquila:—"Muchachos," decía con flema, "no corran, que las balas no se ven por las espaldas."

—Mi General, mi General, salvémonos, corramos, mi General.

—"Más honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo."

—Avancemos, mi General.

—Este es el paso de mi caballo, el que quiera que lo siga.

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusión y se propagaba la alarma, en los momentos más desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados costeros: como el huracán dispersa las arenas, ahuyentó á los que cercaban á Morelos: los soldados se encarnizaron al extremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus "machetes."

El ejército, después de cobrado su General, lloraba de gozo, y Galeana, con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar á su General, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconvencciones por su arrojo, y sobre todo, porque no lo había llevado consigo.

Al siguiente día, el ataque fué más for-

mal: Calleja marchaba á la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban su tiros, cubríanse los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose á medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El Coronel que mandaba aquella sección percibió á Galeana, sublime y terrible como era siempre, en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó, desprendiéndose de su filas:

—¡Ah, infame! Sal, que á tí te buscaba.

Galeana estaba á su frente. Disparóle el español una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante Coronel, y cayó en tierra.

—Era valiente, dijo Galeana; y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le ministrasen los auxilios divinos.

La tropa realista seguía enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio; las familias se arrodillaban desparovidas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana había perdido la plaza; cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y sólo un jovencillo obscuro estaba junto á la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragón, le hirió en un brazo; derribado el joven, dejando un rastro de sangre en el suelo, en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañón, conteniendo al enemigo, que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles, que recogieron los insurgentes.

El día 20 de Febrero de 1812 remitió Calleja al Virrey el estado de muertos, heridos, contusos y extraviados en la acción del día anterior, en los términos siguientes:

Oficiales muertos, 4.—Heridos, 7.—Contusos, 11.

Muertos de tropa, 15.—Heridos de tropa, 55.—Heridos levemente, 40.—Contusos de tropa, 43.—Extraviados, 3.

Mas en el oficio ó parte del 21 del mismo mes, se expresa así:

—“Yo me encuentro embarazado con más de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré á Ozumba, desde donde por Chalco podrán con menos incomodidad dirigirse á esa, ó si me sitúo en alguna hacienda inmediata por no exponerlos á que el camino los empeore.”

El día 5 de Marzo Calleja comenzó formalmente el sitio, pronosticando que no dejaría piedra sobre piedra en la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos exterminadores en poco más de ocho días. Aunque en lo público se mentía oficialmente, exagerando los triunfos de los realistas y pintando el de Cuautla como un sitio sin importancia sofocando así la revolución en el Sur de México, la correspondencia reservada entre el Comandante en jefe y el Virrey era amarga, y en sus groseras contradicciones realzaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habían llegado á conocimiento del público, debilitando la opinión entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del General Morelos.

Deseaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenía despierta la atención; y Calleja por su parte rehusaba aventurar en un ataque la nombradía adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prodigaron á Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para manter franca la comunicación con México.

VII.

Entre tanto, el General Morelos en su terreno sumamente abierto, con sus reducidas fuerzas, y sin más recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurría á sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se proveyó de víveres, improvisó trincheras, entabló relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del Gobierno y proporcionarse recursos, y suplía su talento inagotable las faltas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, sus huellas guiaban á sus soldados á combatir; ya como General astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenía; ya por último, alegre compartía con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebraba con regocijo y hacía publicar las acciones heroicas de sus soldados, fomentaba el contento con diversiones que daban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañón y al rasgar los aires las bombas, triscaba con sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas militares.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazañas dignas de renombre; este asedio forma por sí sólo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres Generales, es el episodio más bello de la guerra de la Independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día á día, momento á momento, contra fuerzas siete veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son éstos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales á las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Pasaré en silencio el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardid del Capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos á degüello, desconcertando así una vil traición, y convirtiendo ésta en perjuicio de los realistas, que engañados se destrozaron mutuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, reducidas al último extremo, aún insultaban con despecho á los insurgentes en medio de la consternación más sombría; así se expresa este General mismo hablando de los sitiados:

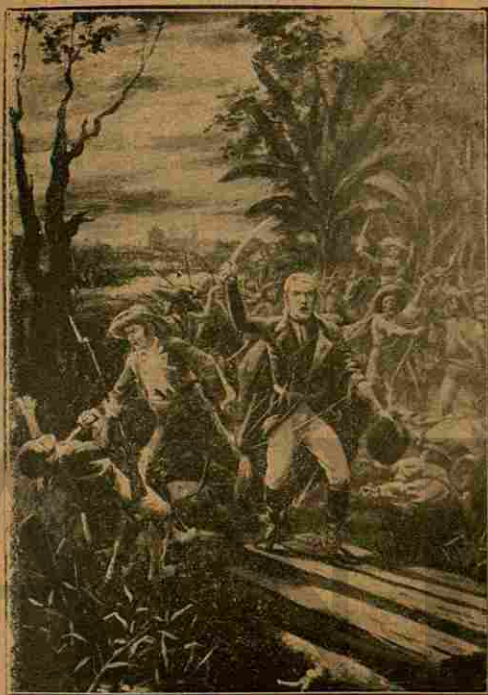
"Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida á una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.

"Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y balles el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, etc."

Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero á aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renaciendo su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolvióse, pues, Morelos á dar un ataque decisivo á las baterías del Calvario, que estaban al mando del Brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenía repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana, tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fué, sin embargo, de importantes consecuencias, porque los solda-



Morelos y su ejército rompen el sitio de Cuautla.

De la Colección de Pristas de Burneg y Cía.

dos, por apoderarse de los víveres, se distrajeron en la persecución del enemigo.

La dilación del sitio, las prevenciones de Calleja, y las simpatías que se había creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al Gobierno español, que herido en lo más vivo su nombre y poder, veía prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y á las promesas de indulto; al efecto, el 30 de Abril hizo seña y condujo el Alférez Caláquiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: "Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos."

La situación de Calleja llegó á ser tan comprometida, que el 2 de Mayo decía al Virrey oficialmente:

"Excmo. señor:—Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios, etc.—Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—A las cuatro y media de la mañana."

Decidióse, por fin, Morelos, á evacuar Cuautla, y una noche de los primeros días de Mayo, á la luz de la luna, comenzó á salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del Agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Galeana ocupaba la vanguardia; entre ésta y el centro iba el General Morelos, mandando la retaguardia el Capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado éste un largo trecho, cuando resonó el ¿quién vive? de un centinela realista; Galeana le contestó con la muerte; pero entonces se hizo la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de: "¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!" "¡Viva la América!", fueron la señal del combate, que se

empeñó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivallo á una victoria, según conceptuó á los americanos.

Hé aquí el rápido bosquejo del célebre sitio de Cuautla: en él gastó el Gobierno español 1.700,000 pesos, sacrificando lo más florido de su tropa, menoscabando extraordinariamente su opinión. El sitio de Cuautla fué el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala hablando de Morelos, después del sitio.

"La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas, un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos."

VIII.

Después de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuápan, Tehuacán, Orizaba y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etila, cerca de Oaxaca.

Era el 24 de Noviembre de 1812: la tropa que rodeaba la tienda de campaña, aun no reposaba de las fatigas de un camino frágil y despoblado.

En el interior de la tienda había algunas piedras que servían de asientos á varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un extremo disponiendo la cena.

Morelos dictaba á un oficial sus órdenes; todos le escuchaban en silencio.

—Señor amanuense, haga usted saber á los señores la orden del día. El escribiente leyó:

—"A acuartelarse en Oaxaca."

Todos hicieron un movimiento de sorpresa; Oaxaca estaba al mando del Teniente general González Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un

viaje penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

—No dirán ustedes, señores, dijo Morelos á sus oficiales, que no les busco para mañana mejor alojamiento.

—Bien, bien, mi General, veremos al famoso Coronel Saravia, en esa puerta de la Soledad.

—Firme el pulso mañana, señor colegial: usted va á mandar la artillería.

—No hay cuidado, señor; aquí con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

—Bien me pacere, señor Terán.—¿Y usted, señor Galeana, dónde trae el mapa?

—Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los "gachupines" que deje tendidos.

—Eso es pedirme la vanguardia; se la doy á usted.

—El señor Bravo el centro.

—¿Y yo me quedo mano sobre mano, mi General?

—Señor Matamoros, usted manda la retaguardia, y la reserva yo: ven ustedes que soy el menos ambicioso.

IX.

Ardiente es el sueño que antecede al combate. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana todo estaba listo y en poder del Gobernador Bonavia una orden de puño de Morelos, intimando que se rindiese antes de dos horas.

La intimación fué despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbó el cañón como el primer grito de muerte ó de victoria.

La artillería obraba prodigios; el joven que la mandaba dirigía sus tiros certeros con el mejor éxito; Morelos lo admiraba regocijado de lejos con su anteojo; dejémosle noticiar sus triunfos á los que tiene á su lado.

—Perfectamente, señor; Terán tomó la puntería; ¡qué horror! ha caído un soldado junto á él; pero ni movió el pulso.... Temerario, ya hace transportar á brazo el cañón de "Llano." ¡Que viva! ¡Bien!.... ahora corre por toda su línea, ya no lo percibo.... ¡Maldita humareda! ¡Jesús!.... es

cierto, véanlo, véanlo.... saltó al puente, se apoderó de él! Valiente joven; tú serás la gloria de tu patria: ya avanzó.... ¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado á la plaza. Muchachos, ¡viva Terán!!

—Asistentes, traigan aquí el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de la Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes, tranquilo, allí inspiraba su serenidad y ardimiento.

Entre tanto el Teniente Coronel Victoria sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; oía empeñado el tiroteo en las calles y plazas, enviaba los triunfos de sus compañeros que anunciaban los repiques del Carmen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios, defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar á sus soldados; rasgaban el aire las granadas y bombas: en el agua del extenso foso caían á plomo los cadáveres, y como fieras encerradas en una jaula, veían á sus enemigos que los burlaban con audacia.

—Aquí los aguardamos, gritaron los insolentes realistas.

Entonces Victoria desnudando el acero, les dijo:

—Va mi espada en prendas, voy por ella; y en seguida se arrojó al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Larios, Matamoros y Morelos mismo, habían penetrado en la ciudad, sosteniendo en cada calle un combate, disputándose palmo á palmo un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique á vuelo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar consternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entregóse al saqueo y al desorden: sobre el campo de muerte se entronizó la orgía.... Siguiéronse las re-

presalias y castigos.... Cumpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afean la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogieron en Oaxaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero, que lo había escarnecido: el Obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida: fugarse á la hora del peligro. Este hombre servil había descrito á Morelos con cuernos y cola, como á los demonios de retablo. ¡Religión santa! más te han perjudicado ministros como éstos, que Lutero y Voltaire!

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, vistiendo á sus soldados, creando una maestranza que dirigía Don Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

X.

Habían transcurrido poco más de dos años, desde que el humilde Cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bizoña, combatía por la primera vez en el Veladero, con el ejército de Don Francisco Páris.

Era el día 26 de Marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un General ídolo de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huestes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto donaire, "Paso á la eternidad," cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la ciudad y fuerte de Acapulco: fué tomada la primera el 12 de Abril, á las oraciones de la noche.

Intimóse la rendición del castillo, que estaba al mando de Don Pedro Vélez, natural de la villa de Córdoba; pero este mexicano inflexible, manifestó la más decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibía por la

isla de la "Roqueta," distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen con buen éxito las tropas realistas que enviase el Gobierno.

Morelos, inagotable en concepciones felices, emprendió un sitio para él de un nuevo género, hostilizando á los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo recios y continuados combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un auxilio que afligía tanto á los sitiados como á los sitiadores, las enfermedades y la hambre que atormentaba á los insurgentes decidieron á Morelos á volar el castillo, minando el terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración á las familias inocentes que encerraba el castillo.

"El 17 de Agosto en la noche, dice el señor Morelos, determiné que el señor Mariscal Don Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso, por el lado de los Hornos, á la derecha del castillo, y el siempre valeroso Teniente Coronel Don Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número. Superóse todo, no obstante la obscuridad de la noche y la dificultad del señor Mariscal, de pasar dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un Capitán y un soldado heridos de bala de fusil."

Tan imponente maniobra aterró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dió por resultado la completa rendición del castillo, después de seis meses de resistencia.

Por aquellos días se hicieron palpables las diferencias entre los Vocales de la Junta de Zitácuaro, Rayón, Verduzco y Licéaga, enconándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia Junta, titulándola Congreso, expidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la Junta de Zitácuaro, como entorpecedora de las operaciones militares, y como ávida de la reasunción de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente á moralizar la revolución, que se dedicó á discutir los principios más luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramificó é hizo extensiva la revolución cuanto fué posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinión pública por medio de la prensa, de la manera más eficaz y honrosa para la nación.

Antes de que se concediese en México la pasajera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana Roo, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El "Ilustrador americano," debido á la ingeniosa imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los Diputados á las Cortes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban á México de un letargo en que había durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su sólio, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nación independiente y libre; pero esto

exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele ser de funesta trascendencia toda exageración de principios.

La opinión de Zavala es, que el señor Morelos debió haberse restringido á fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia.

De todas maneras, parece inmadura la instalación de un cuerpo que realmente no podía ni aun contar con el terreno en que quería deliberar nada menos que sobre la constitución mexicana.

El Congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer á Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era más necesaria la concentración del poder, para obrar rápido, con arreglo á las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones exaltadas no calculan la distancia de las teorías á los hechos, y ya hemos visto sacrificada más de una conveniencia pública, á un elegante giro oratorio ó al amor propio empeñado en una cuestión escolástica.

El Congreso mismo parece convencido íntimamente de estas verdades, pues en su reglamento, redactado por una pluma que ha sido el aseno de la patria y la gloria de nuestra literatura, más bien se establecía la división de poderes, como una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Después, el Congreso fué el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación, y un obstáculo de los planes militares.

Debo á la bondad de mi maestro y favorecedor, el señor Lic. Don Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se queja el señor Morelos de la conduc-

ta observada por el Congreso de Chilpancingo. Dice así:

"El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro Gobierno y reinstaló el Congreso, V. E. lo dictó.—Haga por su parte se cumpla, é influya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza, se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento ó lo que se haga con éste.—En el reglamento se queda el Congreso de representantes con sólo el Poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará á bien la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quién fué su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo más, porque á V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento ó nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará á su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes.—No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oído el Generalísimo, aquel á cuyas instancias se regeneró el Gobierno. Dígame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo.—No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren vales en cobre, pues con continuación están ocurriendo á esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde á V. E. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Vocal, Lic. Don Andrés Quintana."

Perdónese me esta cansada digresión sobre el Congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al General Morelos después de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el Congreso, en medio del regocijo general, en 13 de Septiembre de 1813.

Dirigióse Morelos á Valladolid con su división, victorioso; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zénit, hermosos y radiantes, y no vuelven á adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer á nuestros ojos.

El General vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de "Puruarán;" ha visto desaparecer á sus ojos lo más florido de su ejército: á los que daba el título de compañeros y de amigos los vé en poder del bárbaro enemigo vitoreando aún su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres Generales; pero nunca fué más grande Morelos que visto á la luz lívida de la adversidad.

Fué la batalla de Puruarán sangrienta, y mi pluma se resiste á describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana; en lo más recio del choque vió Morelos caer de su caballo al General Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima asiada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias....

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene más amigo que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de Febrero de 1814, con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigió al señor Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y á la letra dice:

Excmo. señor:—Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño á V. E. copia del oficio-orden que despacho al Coronel Don Víctor Bravo, para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando á la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlán, para cuño y maes-

tranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes "Deo dante" seguiré á alcanzar el ejército, y á que nos veamos "quam primum." El religioso, el mal religioso despachado por Calleja, (*) merece acabar sus días en una bartolina, privado absolutamente de la comunicación, aun de los pájaros. Yo encargo á V. E. esta privación, para que no engañe á los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme á más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún HA QUEDADO UN PEDAZO DE MORELOS Y DIOS ENTERO.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tepa y Febrero 9 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Lic. Don Andrés Quintana Roo."

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando á su exterminio. Hubo día en que perdida toda esperanza, aquel General Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese, con voz enronquecida por el llanto:

—General, es forzoso que nos separemos.

—¿Cómo! ¿Podría usted abandonarme en la adversidad, amigo mío?

—Señor, á usted lo defiende su saber y su nombre; yo voy á mi pobre casa á ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin más auxilio que el de Dios: yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos, y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir á su encuentro.

(*) Me han asegurado que éste era un fraile agustino que iba al Congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indultos á sus miembros ó envenenar á los más perjudiciales á la España; le cogieron el arsénico con que debió haber perpetrado crimen tan atroz.—G. P.

—Eso no, mi General: sígame usted, yo lo obedeceré, lo defenderé y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nación.

—Vea usted, Galeana, aún tengo esperanzas: debémos continuar nuestros trabajos; si éstos fueren inútiles, usted me admitirá en sus tierras, las labraré para ganar el sustento.

Interrumpámos este diálogo, que sucesos más graves deben ocupar mi pluma.

XII

Es el 5 de Noviembre de 1815; á alguna distancia del pueblo de "Tesimalaca," se percibe un ejército custodio del Congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinación, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente, por la obstinada persecución de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una Constitución, en que á pesar del juicio acre de Zavala, se consignaban nuestros más preciosos derechos, proclamando la soberanía del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre, á quien todos iban sometidos, que les prodigaba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mujeres y niños, ocupaban los carros y se dirigían á Tehuacán.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serían las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lomas á reconocer Tesimalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la acción con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posición.

—¡Avancen! ¡Avancen, "cazadores!" repetía tomando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos después de otros caían, al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—Lobato, evite usted la fuga de esa tropa.

Entonces ese jefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la más horrible confusión.

—¿A qué correr? decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado Don Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que perecían á centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo: retírese usted, "vaya á escoltar el Congreso, que aunque yo perezca, importa poco."

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado, pero aún se defendía con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas; tomó otro de un dragón, diciendo:

—"Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco."

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el más valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pie á tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas, al mando de Carranco, cobarde desertor de los americanos.

—¡Cuidado quien dispare al General!

—No lo esperaba de usted, amigo; parece que nos conocemos.—Y le regaló uno de sus relojes por premio de su acción.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prisión, más importante para los españoles, que cien victorias.

XIII

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regceijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Tesimalaca á México, donde el Gobierno español, aterrado con su presa inerme, multiplicó sus medidas de seguridad.

El 27 de Noviembre, "el Santo tribunal" de la Inquisición juzgó al señor Morelos, y le hizo veintitrés cargos.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de heregía que se le hicieron.

Los inquisidores dictaron su sentencia, y en ella lo condenaban á la pena de deposición, "á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde."

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse á la degradación.

Allí, en un banquillo, frente á sus jueces, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno á uno de los ornamentos sagrados, hasta llevarlo al verdugo á raer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron á su vestido.

Así el "Santo tribunal" lo entregó á la justicia civil, que consumó la obra.

Una noche, en su calabozo, cuando más atormentado se hallaba, por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran á insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo á pedir á usted un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor: aquí tiene usted las alhajas de mi mujer; esta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—El carcelero duerme el sueño de la embriaguez; usted no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas.... Sálvese usted, señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra, Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo á su libertador:

—"Amigo mío, es muy fácil cosa averi-



Degradación de Morelos.

“ guar que usted me ha sacado, pues usted entra y sale por razón de su destino en estas cárceles; usted tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.”

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo Morelos continuó:

—“No permita Dios que yo le cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo.”

La resolución de Morelos fué inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Este, con un enojo mezclado de ternura, le dijo, abrazándolo:

—“Francisco Montes de Oca.”

Fué trasladado en medio de la noche el señor Morelos á la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel á conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban á sus hijos en brazos, para que lo viesén; las mujeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde de un quijotismo pedante, máscara muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban, captándose su voluntad.

XIV

El día 22 de Diciembre de 1815 lo sacaron de su prisión, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco más de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montones de tierra en que están las salinas, hay un pueblecito de indios que se

llama San Cristóbal Ecatepec; á él llegó el señor Morelos, y á poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes á la mesa estaban pálidos y desconcertados; más de un oficial mezclaba á su alimento sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, sabe usted que esta iglesia no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma usted, que el camino abre el apetito.

—Señor, efectivamente, la iglesia es bonita.

—Sólo el terreno sí es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fué en el jardín de la República.

—Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato á Valladolid.

—No, señor; nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos á otros se veían en un silencio, que tenía no sé qué de pavoroso é imponente.

Paseábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos, y se retiraba arrepentido; por fin, con una voz insegura le dijo:

—¿Sabe usted á qué ha venido aquí?

—No, á punto fijo; pero lo presumo....

A morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—“Tómese usted el tiempo que necesite.”

—Compañeros, “antes fumaremos un puro,” porque esta es mi costumbre.

Fumó despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían á levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el Vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

—Hola, dijo Morelos, á formar..... No mortifiquemos más.

—Vamos, señor Concha, venga un abrazo.

—¡Señor General!!

—Nada de afligirse: será el último.

Metió después los brazos en su turca: “Eh! ¿esta será mi mortaja! aquí no hay otra.” Sacó en seguida su reloj; empuñó con solemnidad una “Cruz, y marchó.”

—¿Qué va usted á hacer? preguntó al que le iba á vendar los ojos. “No hay aquí objetos que me distraigan.”

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar.... dijéronle:—Adelante.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda; azotóse el cuerpo, trémulo, en un lago de sangre; después lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.

GUILLERMO PRIETO.



MORELOS EN ZACATULA.

I.

El gran río que con el nombre de Atzac nacé humilde en las vertientes de la Sierra de Puebla, y que descendiendo de la mesa central del Anáhuac, se dirige al Sudeste de México, recibiendo el tributo de cien arroyos y torrentes que aumentan el caudal de las aguas, toma en los profundos valles de la tierra-caliente el nombre de Tlalcosauhtitlan, cuando pasa besando la orla de las montañas tlapanecas; después el de Mescala cuando se abre paso entre las sierras auríferas que limitan por el Norte los planios de Iguala, y por el Sur los templados oasis de Tixtla y Chilpancingo; más tarde, cuando enriquecido con la confluencia de veinte ríos salvajes, hijos de las sierras de México, sigue el rumbo del Sudoeste y penetra en las ardentísimas honduras de la Sierra Madre, cadena ciclópea que enlaza los Estados de Guerrero y Michoacán, y cuando caldea sus aguas en aquellas gargantas como en enormes galerías volcánicas, toma el nombre de "río de las Balsas." Por último, cuando después de recibir el último tributo, el más grande, el de los dos ríos tarascos, reyes de las comarcas michoacanas, el de Tepalcatepec y el del Marqués, se dirige lenta y majestuosamente hacia el Sur, para desembocar en el Océano Pacífico, es conocido con el nombre de "río Zacatula."

Todavía después de la unión de los dos ríos tarascos, el padre de las aguas del Sur se hunde entre las altísimas rocas basálticas de la Sierra Madre, que se dilatan hasta la costa y suelen bañar sus últimos crestones en las ondas del mar, todavía arranca en sus crecientes los árboles gigantescos de las obstinadas selvas que revisten las arrugas de la gran cordillera; todavía arrastra en sus poderosas corrientes los restos de cien edades de la tierra, sepultados en el corazón de la montaña. Ese río es el zapador constante de los bosques vírgenes del Sur, y el compañero de la Sierra Madre hasta la costa.

Al llegar á ella, cesa la lucha con las dificultades y las barreras; las colinas se deprimen, se suavizan; las dos enormes y ásperas cadenas de montañas que han ido flanqueando el río se bifurcan, se apartan en ángulo recto; la del Oeste va serpenteando á formar la sierra de Maquili, y la del Oriente sigue á lo largo de la costa sumergiéndose á veces en el mar ó arremolinándose en torno de las alturas de Coahuayutla.

El río, al salir del intrincado laberinto de la Sierra, desciende al hermosísimo aunque estrecho planfo de la costa. Allí desaparecen como por encanto el carácter rocalloso de las márgenes y la vegetación de las grandes selvas que ha recorrido.

La tierra ondula suavemente tapizada por una yerba siempre verde, espesa y salpicada de flores. En las alturas, los mangles de la montaña más corpulentos, aunque menos bellos que los mangles de las marismas, son los únicos que elevan su enhiesta copa, enlazándose con los nazarenos, y dominando los bosquecillos de ébanos que esconden en la sombra sus torcidos ramares y sus hojas menudas. Los arrayanes inclinan al sol su espesa frente que enguinalda con dorados hilos, el "choromo" perfumando la atmósfera con su aroma sin rival.

La vegetación de la costa, hija del rocío del sol y de las brisas del mar, más bien que de la lluvia, recibe al rey de los ríos

curianos sobre una alfombra de flores y bajo un dosel de luz y de perfumes.

Ya cerca de la playa, el río también se bifurca, como el Nilo, y sus dos brazos majestuosos, transparentes, tranquilos, se deslizan por un plano inclinado imperceptible, con sus márgenes cubiertas de grandes y espesos árboles hasta el mar, en donde uno de ellos produce la barra de Petacalco.

Esta bifurcación del río forma un Delta que es una maravilla de hermosura vegetal, un sueño de poeta. Un bosque espeso y sombrío lo termina á orillas del mar, un bosque en el que son incontables los árboles que encadenan y confunden millares de lianas gigantes, y en el que apenas se distinguen los palmeros por la esbeltez de sus troncos y la gallardía de sus copas, y los bananos por lo compacto de sus grupos y por la anchura de sus frescas hojas. La luz solar penetra ténue y temblorosa en aquella mansión en que moran la frescura, el silencio y la muerte.

El río parece entregar con sus dos brazos este Paraíso al mar, que lo recibe con sus ondas de esmeralda.

Así entra el Zacatula en el Océano Pacífico.

II.

Una tarde del mes de Octubre de 1810, ya al declinar el sol, descendía por el camino que serpenteaba entre las colinas boscosas de la sierra que flanquea por el lado de Oriente al río de Zacatula un grupo como de veinte jinetes.

Distinguíanse apenas en los claros del camino volviendo á ocultarse entre la arboleda que revestía las últimas vertientes de la montaña, pero cuando bajaron á la llanura, cuando al seguir el camino que costea la margen izquierda del río antes de dividirse, fueron bañados de lleno por la luz del sol poniente, pudieron ser observados con exactitud.

Parecían campesinos de Michoacán y montaban magníficos caballos, algo estropeados seguramente por las fatigas de un viaje penoso y largo.

El que parecía ser el jefe caminaba á alguna distancia del grupo y sólo acompañado de un mozo, é iba á la sazón sumergido en una meditación profunda de la que no lo distraían, ni la belleza admirable del paisaje, ni la singular perspectiva que presentaba el gran río convertido en una corriente de púrpura y de fuego, á causa de los rayos del sol, ni el concierto de las aves de la costa, ni el aspecto del cielo en esa tarde tibia y apacible.

Este personaje era un hombre robusto, moreno, de regular estatura, de ojos de águila, cuya mirada profunda y altiva era irresistible. Su boca tenía ese pliegue que marca en los caracteres pensadores el hábito de la reflexión y en los grandes de la tierra el hábito del mando. Su traje y aspecto no revelaban á qué estado pertenecía. No era un jefe militar, porque en ese tiempo ningún criollo lo era, siendo este rango reservado solamente á los españoles. No era un eclesiástico, porque su barba negra y crecida, su gallardía para montar á caballo, su aspecto varonil y atrevido lo desmentían; pero no era tampoco un simple arriero, ni un pobre campesino, porque esa mirada, ese continente y esa comitiva proclamaban muy alto que ese hombre estaba sobre el nivel de los demás y que ese cuerpo encerraba un espíritu poco avenido con las faenas de la servidumbre ó con las tareas oscuras del campo. Por otra parte, su traje era raro, inusitado en aquellas comarcas.

Cubriase con una especie de alquicel blanco para guarecerse del sol, y cuyos embozos le cubrían parte de la barba. Llevaba un sombrero finísimo del Perú, y debajo de él, un gran pañuelo de seda, blanco también, cuyos extremos anudados flotaban sobre el cuello, abrigaba la cabeza, á lo usanza de los rancheros ricos de esa época. Calzaba botas de campana, y bajo sus armas de pelo guardaba un par de pistolas. El negro caballo que montaba era soberbio, y á pesar del viaje, mostraba su brío avanzando á paso largo, por la pradera que limitaba la ribera del río.

El traje de su compañero y de los demás

¡inetes de la comitiva, en nada se distinguía del que usaban los campesinos acomodados del Sur de Michoacán. Chaqueta oscura de paño ó de cuero, adornada de agujetas de plata, calzón corto de lo mismo, con botas atadas con ligas bordadas, y mangas dragonas azules con las bocas adornadas con flecos de plata ó de oro, sombreros de alas anchas de color oscuro: tal era el traje de esos, al parecer campesinos, cuyo aspecto se convertía en marcial por las escopetas, sables y pistolas que cada uno traía. Caballos y mulas de mano y otras con equipajes, completaban el cortejo de aquel notable personaje.

El sol se había puesto ya, y la humedad, tan sensible en aquellos lugares y que comienza en el crepúsculo, hizo que todos los jinetes se abrigasen en sus mangas.

—Señor, dijo uno de los jinetes, dirigiéndose al personaje de que hemos hablado, ¿llegaremos á buena hora á Zacatula?

El hombre misterioso pareció, al oír esta pregunta, que salía de su honda cavilación. Interrogó á su vez el horizonte y respondió con voz breve y metálica:

—No estamos lejos del pueblo, y llegaremos al obscurecer. Adelántate y avisa de mi llegada á Martínez.

El jinete se adelantó, y un minuto después se perdió entre las altas yerbas del camino.

III.

Aquel hombre que así caminaba por aquellas soledades del Sur, aún no perturbadas por los ruidos de la guerra, era algo más que un jefe militar, era algo más que un eclesiástico, mucho más que un grande de la tierra, era algo más que un caudillo.... era el gigante de la Independencia de México.... era el genio de la guerra.... ¡DON JOSE MARIA MORELOS!

Inspirado por su patriotismo y animado por su espíritu extraordinario, este hombre, "el más notable que hubo entre los insurgentes," (*) se había dirigido á Valladolid

(*) Alamán.—"Historia de México."

cuando supo el paso de las huestes de Hidalgo por aquella ciudad, dirigiéndose a la de México, capital del Virreynato, y no encontrándolas ya allí, las había alcanzado en la hacienda de Charo, en donde después de hablar con Hidalgo recibió del padre de la Independencia, el nombramiento de lugarteniente, y la misión de conquistar la fortaleza y el puerto de Acapulco.

Sólo el nombramiento y la misión, "papel y timbo," como dijeron después los insurgentes. Ni un elemento de guerra, ni un soldado, ni una arma, ni un cartucho. Morelos no necesitaba de nada de esto que exigen los Generales del vulgo; él era genio, es decir, creador, y todo iba a ser creado con la eficacia de su palabra y por la magia de su voluntad.

Los que lo acompañaban eran amigos escogidos entre los feligreses de sus curatos de Carácuaro y Nocupétaro, apóstoles confiados de aquella propaganda de patriotismo, de sangre y de gloria! Una vez resuelto a llevar a cabo su misión sublime, había salido con ellos de las áridas montañas en que se escondían esos dos pueblos miserables de su curato y los llevaba consigo para emprender la predicación de ese Evangelio armado de la Patria libre, que iba a ser la epopeya más gloriosa de las que registran los anales de México. Tal era el hombre que se aparecía por la primera vez en el campo de la revolución, y en aquel valle de Zacatula, bajo las apariencias de un guerrero del Atlas, envuelto en su blanco alquicel y relampagueando en los negros ojos el rayo de la guerra y el anuncio de la victoria.

Las sombras habían invadido por completo la llanura. El grupo de jinetes apresuró el paso. A lo lejos se distinguían, entre un enjambre de luciérnagas que poblaban la yerba y los arbolados, las lejanas luces que se encendían en el pueblo de Zacatula, situado en la margen izquierda del río.

En 1810, toda la comarca que recorre el Zacatula, desde Ajuchitlán, en la tierra caliente, hasta el mar, pertenecía a la provincia de Valladolid.

En la margen izquierda del río se veía

ya el pueblecillo de Zacatula que ha ido a menos, hasta ahora, a causa tal vez de la muchedumbre de barrios en que se ha dividido, y de la formación del pueblo de la "Orilla" en la margen derecha y que pertenece hoy también al Estado de Guerrero.

La Intendencia de Valladolid dominaba allí y tenía de guarnición en Zacatula algunas tropas realistas, al mando de un jefe. Estas tropas se formaban de lo que se llamaba entonces "milicias," que eran compuestas de "criollos" en su mayor parte.

En Zacatula, el jefe de estas tropas se llamaba Don Marcos Martínez, y su milicia se componía de cincuenta hombres, vecinos del lugar, completamente inexpertos en el manejo de las armas, bizoños en el oficio militar, que, por otra parte, no habían tenido ocasión de poner en práctica.

Afectos al Rey, como casi todos los milicianos de Nueva España, pero residiendo en el extremo Sur del país, apenas habían llegado a sus oídos los rumores de la invasión francesa en la Península, la prisión de los Reyes y la instalación de las Juntas de España. En cuanto al movimiento de Hidalgo en Dolores, no era conocido. Algún arriero de Morelia había dicho algo de motín en Guanajuato, de un Cura que había gritado contra el mal gobierno. Pero se creía que pronto un golilla y un alguacil darían buena cuenta de ese tumulto de pueblo. El Rey era invencible, el Rey era la imagen de Dios y el Virrey era el representante del Rey. La horca iba a trabajar un poco, y eso era todo.

Por lo demás, ¿qué tenían que ver los pacíficos habitantes de Zacatula con todo eso?

¿Qué les importaba el tumulto de Dolores y el alzamiento de los indios? Ellos, los habitantes de Zacatula, eran mulatos y mestizos, hijos de españoles ó de negros. En las costas del Sur de las intendencias de México y de Valladolid, no había indios, y los residentes, que eran advenedizos en la tierra, no llevaban en el corazón los dolores de la antigua Patria, herida y subyugada. Ni aun habían soñado en la nueva; jamás habían pensado en que esta parte del mundo americano podía ser libre y en

que ellos podían estar al nivel de los españoles, dueños de la tierra y del mar, de los campos y del comercio, de las armas y de las llaves del cielo.

Esos pobres costeros vivían con la vida candorosa é inconsciente de los salvajes subyugados.

El temor de la horca los encadenaba; el terror del infierno los sometía. Eran un rebaño dominado por el Subdelegado y el Cura.

En la hora de que estamos hablando, no sentía ninguno de ellos germinar la idea de la Patria en su pobre espíritu, y sin embargo, la Patria iba á nacer en él, sin transición, sin infancia, sin debilidad y sin lucha. La Patria nació en Zacatula, adolescente, brava y hercúlea.

¿Quién iba á hacer ese milagro de magia y de genio? ¿Quién iba así á derramar la luz en un minuto, como la luz del Génesis?

MORELOS, MORELOS, que al dar el toque de oración en la humilde iglesia de Zacatula, llegaba á las orillas del pueblo y hacía alto para orar y fortalecerse.

IV

Si se detuvo para orar y fortalecerse. Una de las cualidades que caracterizaban á los héroes de la Independencia, era una profunda fe religiosa que sólo era superada por la inmensa fe que tenían en la justicia de su causa. Casi, casi confundían una cosa ótra. Para ellos la Independencia era derecho divino, y tenían razón, dadas las ideas de aquellos tiempos.

Semejante convicción estaba tan arraigada en el espíritu de los hombres de 1810, que subordinaban á ella todas las demás creencias, todos los demás principios, ya se manifestasen en la forma de opiniones vulgares, ó ya se proclamaran revestidos con el terrible disfraz de las excomuniones eclesiásticas. Y lo que es más grande aún, cuando solía levantarse en el fondo de su conciencia el espectro de la preocupación ó del terror religioso, inmediatamente se desvanecía como una visión nocturna, ante la imagen de la Patria, que como un sol, inun-

aba de luz la conciencia oscurecida en el momento. Para ellos, Dios se ponía del lado del derecho; Dios quería la libertad y les ordenaba combatir por ella. En sus oídos resonaba, con más verdad, aquella palabra misteriosa que empujó en otra época á los soldados de una causa menos justa: "Dios lo quiere." Al oírlo se sentían fuertes en la treameada empresa que acometían.

Así se explica el por qué, ellos, educados en la obediencia del clero inferior ó del creyente sumiso, no hacían caso de los anatemas que se fulminaban en su contra.

No hay que olvidar que los Obispos todos de la Nueva España, y que el alto clero, fueron enemigos acérrimos de la Independencia en 1810, y que cuando la aceptaron en 1821 fué en fuerza de las circunstancias.

Así se explica, seguimos diciendo, el por qué se lanzaban al combate, animados de una fe viva en la causa de la Patria, y no por los ridículos motivos de defender á los abyectos Reyes españoles amenazados por los franceses en la metrópoli, ni la fe católica, que ningún peligro corría, ni la inmunidad de los bienes eclesiásticos, que administraba precisamente el alto clero, enemigo de la insurrección. Cuando se leen estas aseveraciones en ciertos escritores, como Alamán, apasionado ó impotente enemigo de los héroes de 1810, no se puede menos que reputarlas como hijas de un mezquino criterio ó de una triste y despreciable mala fe.

Más altas causas que las que señala el venal escritor, amigo del Gobierno colonial, eran las que movían á los grandes hombres de la insurrección; y se necesita ver las cosas muy superficialmente ó ininterpretarlas con un interés bastardo, para no comprenderlas.

En cuanto á Morelos, éi más que nadie era superior á las patrañas que los enemigos vulgares de la insurrección señalaban como influyendo en los eclesiásticos que tomaban parte en la lucha, y así lo demostró en todo el curso de su gloriosa carrera.

Si acaso es cierto que publicó en su Pa-

roquia de Carácuaro el edicto del Obispo Abad y Queipo contra el ilustre Hidalgo, es seguro que en esto no hizo más que ejecutar un acto indiferente de obediencia y que le servía para ocultar los proyectos que iba á realizar dentro de breves días.

Lo que sí consta evidentemente, es que apenas supo por Don Ignacio Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe, el movimiento del héroe de Dolores, cuando en el acto se dirigió á Valladolid para presentarse al caudillo y tomar parte en la guerra.

En vano pretendió disuadirlo de su intento el Conde de Sierra-Gorda, (*) Gobernador de la Mitra, á quien comunicó Morelos sus proyectos, cuando al llegar á Valladolid no encontró allí al ejército insurgente, que había salido ya para México. Sin perder un instante se dirigió á Charo, obtuvo de Hidalgo la autorización para hacer la guerra en el Sur, y con la rapidez de un hombre que conoce el valor del tiempo en las altas empresas, regresó á su curato, armó como pudo á algunos de sus feligreses, y antes de terminar el mes de Octubre, ya estaba en Zacatula. Había andado y desandado un camino larguísimo, y salvado una enorme distancia, como un dios homérico. Es preciso conocer aquella comarca y aquellos caminos para apreciar esta actividad asombrosa. Por lo demás, la prontitud en los movimientos no fué la menor de las cualidades que adornaban á Morelos, como General.

Ya se vé, pues, por todo esto, que á pesar de las excomuniones de la Iglesia, y de la prohibición de su superior, como Cura, Morelos había abrazado la causa de la Independencia nacional, y sin embargo, mantenía pura su fe religiosa.

Morelos al detenerse en las orillas del pueblo de Zacatula, esperaba también á su mensajero.

Este volvió, cambió algunas palabras con

(*) Este eclesiástico se apellidaba Escandón, según Mora.



Morelos en Zacatula

su jefe y tornó á internarse en el pueblo, á comunicar seguramente un nuevo recado.

Morelos ordenó á su comitiva que permaneciese bajo los sauces del río, y dejando el pueblo á un costado, se dirigió al paso de su caballo á una punta formada por la desembocadura del río y una curva de la ribera del mar.

El sordo y dulce rumor de las olas rozando la playa, comenzaba á acariciar los oídos del patriota, y las brisas de la noche venían á refrescar su enardecida frente.

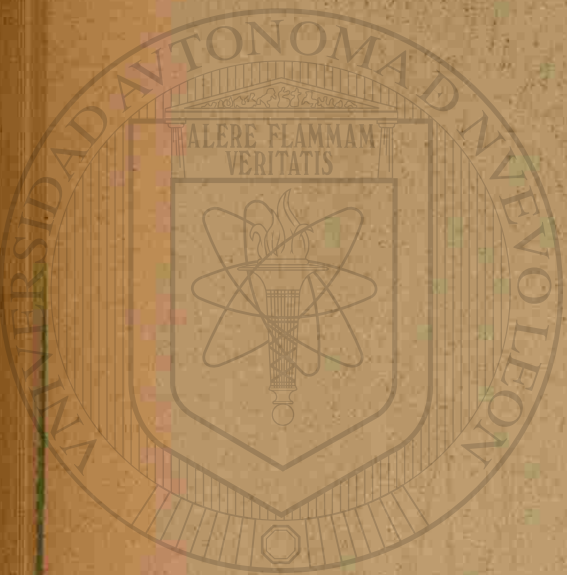
La luna salía en ese momento é inundaba de luz el Océano, que aparecía como un inmenso espejo de plata, cubierto de una gasa leve.

Aquella alma grande se sintió conmovida ante ese espectáculo maravilloso que pareció embargarla por completo algunos instantes.

El caballo siguió avanzando hasta un bosque de palmeras que se alzaba en el lugar mismo de la punta. Eran esas grandes palmeras, que agrupadas, presentan la forma de un templo, cuyas columnas fingien sus gruesos y elevados troncos y cuyas bóvedas se construyen con sus anchos ramajes entrelazados. Visto sobre el fondo del horizonte, lleno de luz, y teniendo en segundo término el mar, este templo sombrío y silencioso parecía un monumento gigantesco elevado á los númenes de la naturaleza americana. La luna había ascendido y brillaba con todo su esplendor en el centro de las arcadas del bosque. Era un momento solemne y magnífico y parecía que era llegada la hora de los misterios sublimes de una religión desconocida y grandiosa.

Morelos atraído, como lo era siempre por todo lo bello y lo grande, bajó de su caballo, lo ató á la entrada del bosque y penetró en él, envuelto en su blanco y finísimo poncho como en un manto sacerdotal y cruzados los brazos sobre el pecho, como sobrecogido de sentimiento religioso. Así atravesó la galería majestuosa de aquel bosque, y sólo se detuvo, cuando las olas encrepadas por la marea, que había subido, vinieron á depositar á sus pies una alfombra de blanca espuma.

Allí permaneció largo rato contemplando



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPILLA ALFONSO



la magnificencia del mar Pacífico, iluminado por la luz de la luna, y escuchando el mugido de las corrientes de la barra, que cerca de ese lugar se abría por la entrada de Zacatula.

Algunas voces que resonaron entre el bosque, le sacaron de su contemplación.

Era el Capitán Don Marcos Martínez, jefe de la milicia de Zacatula, acompañado del mensajero.

Acercóse respetuosamente á Morelos y le dijo, después de saludarlo:

—Tal vez he tardado en venir al llamado de usted, pero he tenido que reunir á mis oficiales, que nos esperan.

—¿Está usted dispuesto, Capitán, á seguirme? ¿Confía usted en la justicia de nuestra causa?, le preguntó Morelos con ese acento afectuoso y penetrante que lo hacía dueño de los corazones.

—Yo sí, señor; yo creo ciegamente en que todo lo que usted hace es bueno. Yo le seguiré á todas partes, pero entre mis oficiales y soldados hay todavía vacilaciones. Temen que este alzamiento sea verdaderamente contra el Rey, y no solamente contra el mal gobierno de la Nueva España; temen incurrir en un grave pecado contra la religión; temen....

—Y temen bien, Capitán; todo eso es cierto y no seré yo quien los engañe y les oculte el verdadero objeto de nuestro movimiento. Vamos á pelear contra el Rey, contra el Gobierno español resueltamente, para tondar un Gobierno sólo con criollos, para sacudir el yugo de España y ser libres! En cuanto á la religión, no tenemos necesidad de atacarla. Sin embargo, los Obispos y frailes españoles serán nuestros enemigos y nos excomulgarán; pero Dios estará de nuestro lado; Dios no ha dicho nunca que es padre únicamente de los gachupines; también nosotros somos sus hijos.

Esta verdad, dicha con el tono ligeramen- te burlón que acostumbraba Morelos las más veces, convenció al Capitán.

—Ya lo considero así, respondió; pero es necesario convencer á esos muchachos y hasta entonces contaremos con ellos.

—Pues procuraremos convencerlos, dijo

Morelos, acercándose á su caballo, que ya tenía su mozo de la brida: vamos allá, añadió, montando con ligereza. Guíeme usted, Capitán, á la casa en que están reunidos los oficiales.

El Capitán se puso en marcha á pie, seguido de Morelos y de su mensajero, que también iba á caballo.

Salieron del bosque, y á poco andar entraron en el pueblo, en el que encontraron varios grupos de gentes que hablaban con animación, sabiendo la noticia de que se preparaba algún suceso extraordinario.

Las casitas de Zacatula son humildes, en su mayor parte hechas de paja, y en esa época eran pocas las que tenían paredes de adobe y techos de tejado; sin embargo, eran más numerosas que hoy. No estaban entonces, ni están ahora, construidas en orden regular y formando calles, como en los pueblos del centro del país, sino desparramadas acá y acullá, agrupadas caprichosamente. Una especie de plazoleta donde estaba la "Casa de Comunidad," convertida á la sazón en cuartel, y en donde se alzaba la pobre iglesia de paja también, era lo único que había más ordenado.

Morelos llegó á esa plazoleta, se apeó y entró en una gran pieza alumbrada con una lámpara de acéite de coco, en torno de la cual se agrupaba una veintena de oficiales y soldados bien armados de tercerolas y de sables. Eran milicianos de caballería, aquellos. Los caballos pafaban en el patio de la casa.

Luego que Morelos se presentó, algunos oficiales se quitaron el sombrero por respeto al carácter sacerdotal del recién llegado, pero otros permanecieron cubiertos, reservados y taciturnos.

Aquellos milicianos de la costa, ignorantes de las cosas de Nueva España, vecinos acomodados en su mayor parte, luego que vieron llegar á ese eclesiástico desconocido, luego que examinaron su aspecto raro, su barba que él había descuidado por la primera y única vez, á causa de su viaje apresurado y penoso; luego que sintieron aquella mirada magnética y dominadora, no habían podido substraerse á un sentimiento

de temor instintivo, creyendo encontrarse frente á frente de un perseguido de la justicia, de un gran criminal, de un rebelde que venía á envolverlos en una terrible calamidad. Así es: que aunque preparados por el Capitán Martínez á recibirlo, parecían que estaban cometiendo una mala acción de que más tarde la justicia del Rey les iba á pedir cuenta.

Tal fué la primera impresión causada por Morelos en aquellos hombres sencillos y montaraces.

PERO comenzó á hablarles, comenzó á pintarles el estado del país, los horrores de la servidumbre colonial, las esperanzas de la revolución, el porvenir de la Patria; despertó en estas almas aletargadas las punzantes emociones de la gloria, derramó en aquellas conciencias tenebrosas la luz del derecho, y eso, valiéndose, como era natural, de palabras sencillas, de imágenes familiares, de esa elocuencia poderosa del sentimiento y de la verdad, que es eficaz siempre entre las masas del pueblo. Rompió, en fin, las cadenas del terror, que entorpecían esos corazones... y una hora después todos los milicianos escuchaban al grande hombre descubiertos, estremeciéndose de entusiasmo, impacientes por interrumpirlo con un grito de adhesión.

Morelos calló y el grupo de oficiales y de soldados estalló en un grito unánime y atronador.

—¡Viva la Independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos!"

El caudillo descubriéndose entonces, gritó con voz fuerte y vibrante:

—¡Viva Don Miguel Hidalgo, Generalísimo de América!"

El entusiasmo se comunicó á los demás soldados, á los habitantes de Zacatula, y hasta á las mujeres y á los niños.

Así, pues, la palabra evangélica del patriotismo había hecho germinar la idea de la Independencia del Sur, y en una hora había nacido, no como planta débil y tierna, sino como un árbol joven, robusto, como los árboles de esa tierra, ricos de fuerza y de savia.

El historiador Don Luis Mora, dice que

Morelos "se explicaba con dificultad, pero sus conceptos, aunque tardos, eran sólidos y profundos."

Lo último es cierto, no así lo primero. Yo he recogido en el Sur las últimas tradiciones que acerca de la elocuencia de Morelos me confiaron sus viejos Tenientes, sus compañeros, sus soldados, que aún se repetían religiosamente las palabras del insigne caudillo y recordaban con delirio el acento de sus arengas. Era tan elocuente, como gran General, como gran legislador, como gran administrador. Ese genio era completo. Y aunque las tradiciones vivas y fehacientes no lo acreditasen, bastaría para creer en el efecto mágico de su palabra, la manera con que inspiró en los espíritus de los surianos las grandes ideas y los firmes principios á que fueron siempre fieles y que constituyeron la fuerza de la revolución.

Las respuestas breves, acertadas y profundas que dió en el interrogatorio de su causa y que con razón admira el mismo Alamán, son otra prueba de la rapidez de su percepción y de la facilidad de su palabra.

VI.

Una vez convencidos los milicianos de Zacatula, Morelos hizo entrar en el pueblo á sus pocos acompañantes de Carácuaro y de Nupépetaro, que en el acto fraternizaron con los costeños. El pueblecillo se animó como por encanto; las campanas de la pobre iglesia anunciaron con un repique á vuelo, la proclamación de la Independencia, los habitantes todos improvisaron vítores y serenatas con las grandes y dulces arpas de la costa, á la luz de la luna, que iluminaba las cabañas, el mar y los bosques en aquella noche de otoño, fresca y hermosa. Morelos descansó de su primeras fatigas, arrullado por los cantares del pueblo emancipado, por los vivas de sus primeros campeones y por los suaves murmullos del Océano, que parecía también tomar parte en la fiesta de la Patria.

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojándose ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fué á presidirla y á levantar el acta solemne de proclamación de la independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores y que decía así:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Firmado.—MIGUEL HIDALGO, Generalísimo de América."

Y "este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España," como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN EL VELADERO.

(El Paso á la Eternidad).

I.

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del Sur, tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florestas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujuriente y salvaje, y con los aspectos del Océano Pacífico, que á esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pie de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratísimos, pueblan el aire. En los bosques millares de millones de aves canoras entonan sus himnos á la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas á las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después los primeros rayos del sol incendian el horizonte y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojando ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fué á presidirla y á levantar el acta solemne de proclamación de la independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores y que decía así:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Firmado.—MIGUEL HIDALGO, Generalísimo de América."

Y "este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España," como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN EL VELADERO.

(El Paso á la Eternidad).

I.

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del Sur, tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florestas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujuriente y salvaje, y con los aspectos del Océano Pacífico, que á esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pie de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratísimos, pueblan el aire. En los bosques millares de millones de aves canoras entonan sus himnos á la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas á las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después los primeros rayos del sol incendian el horizonte y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

El poeta, el meditador, el que quiera disfrutar del goce inefable que se siente, contemplando el aspecto de la naturaleza en esos primeros instantes del día, y asistir á la lucha de las sombras con las primeras claridades del alba, tiene, pues, en la costa del Sur, muy pocos instantes de que disponer, pero ellos pasan como un sueño del paraíso.

La mañana de que vamos á hablar, era una mañana del mes de Mayo de 1811, y á la hora del alba.

Atraído seguramente por los encantos del cielo, del paisaje y del aspecto del mar, un hombre, un extraño personaje había buscado una roca gigantesca desde la que se descubría por el Sudeste toda la bahía hermosísima de Acapulco con el caserío de la ciudad y su fortaleza, sobre la que flameaba la bandera española, por el Sur, los morros del Pie de la Cuesta; y por el Sudoeste los manglares perdidos como una línea negra entre la ancha zona del mar y la gran laguna de Coyuca, y por el Oriente y el Norte los espesos bosques de la Sabana, del Veladero, y el oleaje de montañas que sin interrupción se pierden hasta confundirse en los grandes espinazos de la Sierra Madre.

Por dos lados la inmensidad del mar, por los otros la inmensidad de las montañas, por todas partes la grandeza del Universo y la sublimidad de la creación.

Aquel hombre parecía ser digno de semejante espectáculo, y su mirada profunda revelaba la superioridad de una alma extraordinaria, digna de comprender aquel cuadro asombroso.

Estaba vestido de negro y en pie, pero se reclinaba sobre un picacho de la roca y tenía en una de sus manos su sombrero de paja de alas anchas, mientras que en la otra apoyaba su barba en actitud meditabunda.

A poca distancia de él y siguiéndolo con la vista como pendiente de sus órdenes, se hallaba sentado otro hombre de edad madura y de noble y varonil fisonomía, armado con una carabina, pistolas y un sable, y envuelto en una rica manga roja bor-



Morelos en el Veladero

dada de oro. Dos mozos, también armados, se hallaban todavía más lejos al pie de la roca, que era sumamente escarpada, teniendo de la brida cuatro caballos.

La mañana iba aclarando cada vez más. A los rumores variadísimos que hemos procurado describir y que animaban en esos momentos aquella majestuosa soledad, se unían ahora otros extraños y singulares. Eran toques de guerra lejanos, pero distintos. Eran sonidos de tambores, de pifanos y de clarines, mezclados en una tocata alegre y repetida por varios puntos.

Era la diana que tocaban muchas bandas en un campamento situado á corta distancia.

Pasados algunos minutos, y cuando empezaba á inundar el cielo una luz más viva y más fulgente que permitía distinguir hasta los objetos lejanos, el personaje meditabundo, salió de su inmovilidad, dió un paso adelante y dirigiéndose á su compañero le dijo en voz breve:

—¿Trajo usted por casualidad el anteojo, Don Julián?

—Sí señor, respondió éste, levantándose: nunca se me olvida.... ¿Hay algo, señor? preguntó con timidez.

—Sí, respondió el interlocutor, me parece que asoman por el "Pie de la cuesta" las lanchas cañoneras....

—En efecto, ellas son, añadió, mirando ya con el anteojo.... están ahora bordeando.... tal vez quieran dar unas "mañanitas" á Don Juan José para vengarse de la tunda de ayer.... Puede que allí vaya Recacho, concluyó, sonriendo.... como ahí no hay peligro....

—En efecto, respondió el que se llamaba Don Julián; no hay peligro para nadie, ni para los nuestros; eso es gastar la pólvora en infiernitos.... El tío Caleana verá todas esas valentías, desayunándose con su apetito de costumbre.

—¿Y en las Cruces, señor?

—En las Cruces, dijo el personaje vestido de negro, dirigiendo hacia el Sudeste su anteojo, nadie.... ni una alma.... Si le digo á usted que el miedo del oidor ha contagiado al pobre de Fuentes, y al ataran-

tado de Régules... Vámonos, añadió, arreglando el anteojo y entregándolo a Don Julián.

Los dos hombres bajaron lentamente por aquel escarpado sendero de la roca, la más elevada del Caravali, y habiendo montado en sus caballos, se dirigieron al trote al cerro del Veladero, por un camino cubierto por la espesa enramada que formaban los árboles gigantes del bosque.

Al llegar al campo oyéronse aún más distintas las dianas, que en tal época duraban mucho tiempo, variando las sonatas de los pifanos, á las que comenzaban á mezclarse los aires campesinos de la costa y las alegres canciones de los soldados.

Algunas avanzadas ocultas en la espesura, al reconocer á los jinetes, alzábanse inmediatamente para hacer los honores, y los oficiales venían á dar parte.

Momentos después los jinetes comenzaron á ascender por un camino estrecho, al cerro, en cuya cumbre había construídos grandes parapetos de piedra, á guisa de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera negra que tenía en el centro una calavera y esta inscripción en letras blancas: "Paso á la Eternidad."

Al reconocer los centinelas á nuestros personajes dieron voces; las tropas se formaron é hicieron honores y el grupo de jinetes entró por una puerta estrecha del fortín, única accesible, en una especie de meseta vasta; plana y rodeada por todas partes de trincheras, de parapetos y de abatis de árboles.

En toda la extensión de la meseta se levantaban tiendas de campaña, enramadas paralelas formando calles muy anchas y en ellas y en las amplias plazuelas, circulaban bulliciosos soldados y oficiales corriendo á formarse por Batallones para pasar lista.

En las enramadas se preparaba el rancho; algunas graciosas morenas atravesaban llevando el cántaro en la cabeza y cantando, y por todas partes notábase, en fin, la extraña animación de un pueblo militar en las primeras horas del día.

Pero al ver toda aquella gente el grupo de jinetes que hemos descrito, se detuvo res-

petuosa, callóse; las bandas batieron marcha, los soldados presentaron las armas, y la muchedumbre atronó el aire, repitiendo uno tras de otro los gritos de....

—¡Viva el General Morelos! que resonaron de una á otra parte del campamento.

El personaje vestido de negro saludó afectuosamente á aquel ejército de patriotas y se dirigió á una gran tienda colocada en el centro de la meseta, sobre la cual flameaba también una bandera negra con la inscripción blanca "Paso á la Eternidad," y á cuya puerta se hallaba apiñada una multitud de oficiales y de campesinos.

Así, pues, aquel extraordinario personaje de profunda y radiosa mirada á quien hemos visto en un peñasco de Caravali, absorto en la contemplación de las bellezas del alba, era el gran Morelos, vencedor ya de los españoles en varios encuentros y que el día 10. de Mayo de 1811, anterior á aquel en que lo encontramos, acababa de obtener un nuevo triunfo sobre el jactancioso oidor Revacho, que prófugo de Guadalupe había venido á Acapulco á fungir de General, y sobre los viejos militares Fuentes y Régules, grandes columnas del poder español en la costa del Sur.

Y aquel campo, era el invencible campo del Veladero que Morelos había bautizado con el tremendo nombre de "Paso á la Eternidad," para significar que el que se acercase á él, se acercaba á la muerte, y que justificó su nombre en aquel gran período de la insurrección mexicana.

El compañero de Morelos, el garboso jinete de la manga roja, era el valiente Don Julián de Avila, el héroe del 10. de Mayo y el jefe inmediato del campamento.

II.

Morelos se apeó de su caballo á la entrada de la tienda central é inmediatamente, cien personas se precipitaron á su encuentro, unas para becarle la mano, á pesar suyo, las más para saludarlo con una expresión en que se traslucía más que la sumisión al General, el cariño apasionado

del hijo ó la adoración fanática del secretario.

Aquel hombre, más que un caudillo popular, era un padre de familias, un apóstol ó un taumaturgo. El famoso General español, Calleja, á quien Morelos humilló tanto en Cuautla, sorprendido al ver el tanatismo que el grande hombre inspiraba á sus partidarios, escribía al Virrey Venegas en 1812, diciéndole: "Este clérigo es un segundo Mahoma."

En efecto, sólo el fundador inspirado de una religión, que habla en nombre de la Divinidad y que promete el cielo á sus prosélitos, puede producir un entusiasmo y una adhesión tan excepcional como el entusiasmo y la adhesión que producía Morelos entre sus soldados y entre los pueblos.

Y era que Morelos hablaba en nombre del Derecho y de la Patria, y que era un hombre de genio.

El jefe español, educado en la ignorancia y en el servilismo, no comprendía seguramente el efecto mágico que ejerce en los hombres que desean ser libres, la idea de la Patria, y acostumbrado á contar sólo con los elementos que le proporcionaba su Gobierno con un erario bien provisto, tampoco comprendía los milagros que puede operar el genio, creando, como Dios, un mundo, de la nada.

Así es que, en su miserable pequeñez, frente á frente de Morelos, no podía explicarse acertadamente la grandeza extraordinaria del caudillo mexicano, pero la sentía, y procuraba definirla á su manera, comparándola con la del gran fundador de la religión musulmana, cuya influencia habían podido conocer los españoles durante siete siglos.

Morelos, pues, "segundo Mahoma" para los españoles, fué, es, y será para los mexicanos, el genio de la Independencia.

No hay que extrañar, por eso, que desde el principio de su asombrosa carrera militar, haya inspirado á sus soldados la profunda adhesión rayando en fanatismo, que los distinguió siempre, y de que dieron pruebas combatiendo heroicamente al lado de

su jefe durante la vida de éste, convirtiéndose en culto su memoria después de su muerte, y siendo fieles hasta sus últimos días, á los principios que supo inculcarles.

Este es un rasgo característico de la influencia que ejerció aquel genio incomparable en los hombres á quienes enseñó la religión del patriotismo y de la libertad. Los que morían en la lucha mezclaban en su último grito, al de la patria, el nombre de Morelos. Los que sobrevivieron lo consideraban como un semi-dios; ninguno de los suyos renegó de él; ninguno tuvo un solo instante de debilidad, aun en las mayores angustias. Guerrero, Victoria, Don Nicolás Bravo, Don Nicolás Catalán, Don Luis Pinzón y Don Isidoro Montes de Oca, hablaban de él, llorando; Don Juan Alvarez, ya séptuagenario, se ponía en pie y descubría sus canas venerables cuando pronunciaba su nombre. Era adoración la que aquellos hombres de hierro sentían hacia el caudillo inmortal.

Volvamos ahora al Veladero, que allí fué donde comenzó á mostrarse en bien de la Patria, el prestigio de Morelos.

Apenas entró en su tienda, cuando al mismo tiempo que tomaba su desayuno dictó á sus Secretarios lacónicamente, notas que eran reducidas á las más pequeñas dimensiones, cerradas y despachadas con emisarios que partían en el acto para diversos puntos, sea de la costa-grande en donde, hasta Zacatula, se hallaba establecida ya una administración regular, bajo el dominio del Gobierno nacional, sea á los pueblos del centro del Sur, de las intendencias de México ó de Michoacán, á los que era preciso llevar el incendio de la insurrección.

Después de este breve despacho, Morelos dictó las órdenes del día á los Coroneles Avila, Ayala y Valdovinos, jefes del campo del Veladero; hizo transmitir las correspondientes al Coronel Don Juan José Galeana, jefe del campo situado en "Pie de la Cuesta," y al Coronel Don Hermenegildo Galeana, jefe del campamento de la Sabana y que se había cubierto de gloria el día anterior, como Avila, derrotando á las tropas españolas de Acapulco, que intentaron un

ataque general sobre las posiciones de los insurgentes.

Apenas acababa de dictar estas órdenes, cuando un gallardo joven, jinete en un magnífico alazán, se apeó en la puerta de la tienda y pidió permiso para entrar.

—El Capitán Galeana, anunció un ayudante.

—Que entre, respondió Morelos, esperando con cierta curiosidad.

—Señor, dijo el joven Pablo Galeana (*) Mi tío me envía á pedir á usted permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Bien: que lleguen enhorabuena.

El joven volvió á partir á galope.

Un momento después y en medio de un muchedumbre de soldados y oficiales deseosos de conocer á los personajes que llegaban al campo con cierto misterio, y cuya venida se había sabido rápidamente, atravesaba un grupo de jinetes con dirección á la tienda del General.

Al frente de ellos iba guiándolos un hombre alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, hermoso como un antiguo guerrero germánico del tiempo de Arminius, respirando en todas sus facciones valor, franqueza, y una sencillez campesina que encantaba al verla.

Los soldados se fijaron luego en este hombre, que les era muy conocido, y se decían en los corcos que se habían formado al paso de la cabalgata:

—¡Qué alegre viene "tío Gindo!" Deben ser esos muy buenos sujetos, puesto que los trata con tanta amistad.

En efecto, aquel gigante de enерpo, como de valor, era el famoso Don Hermenegildo Galeana, el Aquiles del ejército de Morelos. (**) Montaba con la destreza que le era

(*) El más joven de esa brillante familia de héroes tan famosos en la guerra de la Independencia. Don Pablo Galeana llegó hasta Brigadier en el ejército de Morelos.

(**) ¿Quién no conoce la historia de Galeana? Morelos le llamaba "su brazo derecho." El heroico Mariscal de campo murió

característica, un caballo negro, de la costa, enjaezado con primor; llevaba atado á la cabeza el gran pañuelo de seda, entonces muy en uso en los campos, y se cubría con un sombrero de paja de anchas alas.

Con él venían, en unión del joven Galeana y seguidos de mozos que llevaban mulas cargadas de almofrejes y de baulés, tres jinetes que por su aspecto y traje, parecían procedentes de las tierras templadas.

Debían ser sujetos principales, porque su traje, aunque de camino, era esmerado y rico, lo mismo que los jaeces de sus caballos soberbios, aunque fatigados por un largo viaje. Además, su fisonomía revelaba, como la de los Galeanas, la pura sangre española, aunque los cabellos y las patillas oscuras de los dos mayores contrastaban con las patillas y cabellos rubios de Don Hermenegildo.

En cuanto al más joven de los tres desconocidos, era un adolescente á quien apenas pintaba la barba y que cubierto con finísimo paño de sol, parecía agobiado por el calor ecuatorial de la costa.

Morelos salió á recibirlos hasta la puerta de la tienda con aspecto sonriente y regocijado.

Los jinetes se apearon y Don Hermenegildo, acercándose con respeto, dijo:

—Señor, aquí tiene usted á nuestros amigos Don Leonardo y Don Miguel Bravo.

—Sean ustedes bien venidos, señores, dijo Morelos, abrazándolos con efusión.

Los Bravos no podían hablar, tan conmovidos así estaban. Repuesto prontamente Don Leonardo de su emoción, tomó de la mano al joven y acercándolo á Morelos le dijo:

—Este muchacho es mi hijo Nicolás, que viene á ponerse también á las órdenes de usted.

en Coyuca de un golpe que se dió en la cabeza en un árbol, combatiendo con los españoles, en 27 de Junio de 1814. Estos le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma plaza de Coyuca en el tronco de una ceiba.

Y como el joven alargara los brazos....
—No, hijo mío, tú debes besar la mano del padre de la Patria y pedirle su bendición....

—El mancebo se inclinó á besar la mano del caudillo; éste le puso las manos en la cabeza y le dijo solemnemente:

—Te consagro á la Patria, sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor, respondió el joven con vehemencia.

—¿Y Don Víctor?, preguntó Morelos.

Víctor, respondió Don Leonardo, ha tenido que quedarse por allá para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan chiquito, encargados de vigilarnos y de perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede; unas veces estará en Michapa; otras en Amojileca, quizás irá á Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante, como hemos andado todos hace tiempo. Pero no hay cuidado por él. Conoce bien el terreno y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y cómo han podido ustedes atravesar sin ser conocidos, hasta aquí?

—Hemos venido por la sierra, caminando á veces sólo por la noche, y sin embargo no hace cuatro días que hemos salido de allá. Ayer muy tarde, llegamos á la Brea y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Eso por lo que toca á mi hermano Miguel y á mí. En cuanto á este muchacho, añadió, señalando al joven Don Nicolás, ha costado mucho trabajo sacarlo de Chilpancingo, á donde había llegado de México hacía pocos días, como se lo escribí á usted. Estaba vigilado con tanto rigor, que no era dueño de moverse sin que en el acto lo supiera el Subdelegado de Tixtla, por medio de sus espías. Sabían que no se metía en nada; que acababa de llegar de México, en donde había estado de "cajero" en una tienda, y sin embargo, sospechaban que se comunicaba con nosotros, y no lo dejaban quieto ni á sol, ni á sombra. El disimulaba cuanto podía, fingiendo que deseaba volverse á México, ocupándose sólo en diver-

firse y en bailar el "minuet" y el "campes- tre" con las Guevaras y las Leyvas. Pero ni esto le ha valido, y á pesar de su amistad íntima con las Guevaras, que son la familia del Subdelegado, hubo orden de reducirlo á prisión. Entonces pudo escaparse, merced á un aviso oportuno, y con dos mozos de confianza vino á reunirse á nosotros en la sierra, á tiempo que salíamos para acá.

—Bueno, todo ha salido bien, dijo Morelos. Pero, ustedes han andado mucho, deben estar muy fatigados y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Galeana, encárguese usted de alojar á los amigos. Ya nos veremos después de medio día.

Los Bravos y Galeanas se dispusieron para retirarse, pero antes, Don Leonardo Bravo sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta, y entregándolo á Morelos con cierto misterio, le dijo:

—Señor, éstas son las gacetas últimas que se han publicado en México y que acababan de llegar á Chilpancingo. Nicolás nos las ha traído, porque las creyó interesantes. Traen noticias graves del Interior, y el parte de Cosío sobre su ataque desgraciado. Véalas usted; creo que importa.

—Muy bien, replicó Morelos, tomando las gacetas y despidiendo á los viajeros, que se dirigieron con Galeana á una gran choza de "palapa," en que se alojaba Don Pablo, sobrino de Don Hermenegildo.

Allí los mozos de los Bravos depositaron y arreglaron los almofrejes y los baúles de sus amos, y éstos se sentaron á tomar el desayuno. Mientras que se batía en las calderetas de cobre el oloroso chocolate de Caracas y se servía á los tres hacendados chilpancingueños en jícaras y macerinas de oro, Don Miguel dirigiéndose á su hermano:

—¿Qué dices, Leonardo, le preguntó, del señor Morelos?

—Digo, respondió el arrogante y apuesto caballero, que si antes amaba yo la Independencia, hoy la quiero más al conocer á este caudillo. Si el amor á la Patria es una religión, Morelos es digno de ser su Profeta. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma, ¿no lo crees así?

—Tan lo creo, que estoy resuelto, como tú, á acompañarlo hasta la muerte.

—Y yo, señor padre, añadió el joven Don Nicolás, yo seguiré á ustedes en este camino hasta vencer ó morir.

Y los tres hermanos se abrazaron, llorando de entusiasmo.

El gran Don Hermenegildo Galeana y su sobrino Don Pablo, que miraban conmovidos á sus huéspedes, los abrazaron también, y Don Hermenegildo, irguiéndose con noble orgullo, dijo:

—Amigos: cuando se ama, como nosotros amamos á la Patria y se tiene un jefe como Morelos, no se pierde nunca, y si se muere, es para triunfar!!

III.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día 2 de Mayo de 1811, Morelos celebró una Junta de guerra, á la que fueron convocados los jefes principales de su pequeño ejército, acampado en el Veladero, en la Sabana, en el Pie de la Cuesta y en otros puntos fortificados frente á Acapulco.

Como estos jefes eran numerosos y la tienda del General reducida, la Junta se verificó al aire libre, al pie de un grupo de coposos amates y de ébanos, que había a un lado de la plazoleta principal del campamento.

A esta junta concurren por orden expresa de Morelos, los tres Galeanas, Don Hermenegildo, Don Juan José y Don José Antonio, Coroneles entonces; los dos Avilas, Don Julián y Don Miguel, también Coroneles; Don Ignacio Ayala y Don Rafael Valdovinos, Tenientes Coroneles, todos jefes de las divisiones nuevamente organizadas, ó de los batallones formados en la costa desde Noviembre de 1810, es decir, desde hacia siete meses; los dos Bravos, Don Leonardo y Don Miguel, que acababan de ser nombrados Coroneles y jefes de las fuerzas que debían organizarse en la sierra de Chilpancingo, y por último, el bravo Don José Antonio Talavera, eclesiástico que habiendo comenzado á figurar como Capellán del ejército insurgente, había luego por su arro-

jo y demás dotes militares y abandonando sus funciones de Cura castrense, obtenido el empleo de Teniente Coronel y el mando de uno de los Regimientos.

Este P. Talavera iba á fungir de Secretario de la Junta.

Habíanse acuartelado las tropas desde las tres, rigurosamente, y colocado una guardia á regular distancia del lugar en que la Junta se verificaba, á fin de producir el aislamiento conveniente. Reinaba el más profundo silencio en el campo, apenas turbado de cuando en cuando por los rumores lejanos de la floresta ó por el vago murmullo de los soldados que esperaban en sus rústicos cuarteles, la noticia de alguna grave resolución del General.

Este, después de dar algunas órdenes en su tienda, se dirigió pensativo y grave al lugar de la Junta, y tomó asiento en medio de los jefes patriotas que lo contemplaban con una especie de curiosidad respetuosa.

Y abriendo la sesión con un tono solemne que sólo empleaba en ciertas ocasiones y que no usaba habitualmente, enemigo como era del énfasis, é inclinado por carácter al tono ligero y familiar que no excluía sin embargo, ni las palabras sentenciosas, ni los pensamientos profundos, les dijo:

“Señores:

“Ustedes que han sido mis fieles compañeros y colaboradores, desde el principio de esta campaña, y á cuyo valor se debe el que la gran empresa que hemos acometido haya alcanzado feliz éxito hasta aquí, saben bien, cómo la hemos empezado, sin más elementos que nuestra decisión y la fe en la justicia de nuestra causa.

“Por eso omito entrar en particularidades que ustedes conocen tanto como yo mismo. Pero no estará de más decir que autorizado por nuestro respetado Generalísimo señor Hidalgo para propagar la insurrección contra el dominio español en este Sur, y para operar contra las fuerzas enemigas de Acapulco, he llegado á la costa con un pequeño grupo de amigos mal armados, pero que he encontrado en todos ustedes así como en los pueblos un apoyo tan volunta-

rio y tan eficaz que con él, he podido en pocos meses, realizar en parte, las esperanzas que depositó en mí, el hombre grande que fué el primero en dar el grito de Independencia en Dolores.

"A ustedes, pues, deberá la Patria el haber contado, desde el año 10, con un baluarte de sus libertades en estas montañas, baluarte, que estoy seguro, no será derribado jamás, porque está cimentado en los corazones de ustedes y de sus hijos.

"Ahora bien: mi comisión está cumplida sólo en una parte. Desde mediados de Octubre del año pasado, en que llegué á Zacatula y ocupé á Petatlar, hasta la fecha, van corridos poco más de seis meses apenas, y en este corto tiempo nos hemos hecho dueños de toda la costa grande, sin que nadie intente disputarnos allí el dominio del Gobierno independiente. El grupo de amigos y de mozos con que atravesé el río de las Balsas, se ha convertido en un ejército de tres mil hombres, fuerte y bien organizado. Nuestras pobres escopetas de Carácuaro y nuestros arcos y flechas de Tecpan y de Atoyac, hace tiempo que desaparecieron, y hoy tenemos fusiles y cañones que hemos quitado al enemigo. Para el Gobierno español todo esto ha sido pérdida; para nosotros ganancia. Los fusiles, las pistolas, los sables, las bayonetas, los cañones, el parque con que hoy les hacemos la guerra, eran suyos y hoy pertenecen á la nueva nación, habiendo sido conquistados en buena lid. Sólo los machetes costefios con que hemos arrancado esas armas, son todavía los nuestros. Los españoles con todas sus ventajas de número, de armamento y de disciplina, han atacado á nuestras tropas bizoñas é inexpertas y han sido derrotados repetidas veces, dejando en nuestro poder sus municiones y sus armas, huyendo despavoridos á meterse en Acapulco, Calatayud, Páris, Sánchez Pareja, Fuentes, Rodríguez, Rionda, Caldeas, Cosío, Régules, militares españoles de mucho crédito, en vano han intentado disputarnos la palma de la victoria; han sido vencidos uno á uno, ó todos juntos, y cada uno de ellos

ha encontrado á su vencedor en cada uno de ustedes.

"Todos estos jefes europeos, acostumbrados á desdeñar á los americanos, comenzaron por despreciarnos y han acabado por temernos. Acuérdense ustedes de su soberbia antes de la acción del Egido, y vean ahora su terror, sólo al divisarnos ayer. Después del Egido pudieron tener algunas esperanzas, pero ya en el Aguacatillo y en Llano Grande sufrieron un desengaño. Este fué completo en la Sabana y su desastre de Tonaltepec los aniquiló para no dejarlos ya levantar cabeza. Después, todo ha sido inútil para ellos. Cada ataque á nuestro campo ha sido una vergüenza para ellos y una gloria para nosotros, al grado de que se han hecho nuestros proveedores de armas, de municiones y de bagajes.

"Sólo el Gobernador Carreño no ha querido arriesgar para nada la persona y ha podido verse libre de nuestros ataques, metido entre los espesos muros del castillo y protegido por sus numerosos cañones.

"A este propósito, ya ustedes lo saben: sin artillería, sin elementos suficientes para batir una fortaleza como la de San Diego, artillada con los grandes cañones de Manila y auxiliada del lado del mar por veinte lanchas cañoneras, nos era imposible, como le hubiera sido imposible á todo el mundo, tomarla á viva fuerza. Habría sido una locura intentarlo. Era preciso, pues, apelar á otros medios, entenderse con los de adentro, procurar una sublevación entre los defensores, que auxiliada por nosotros oportunamente, nos hiciese abrir las puertas.

"Ustedes saben que lo hemos procurado y que no somos responsables del mal éxito. El infame Gago, de acuerdo con Carreño, engañó vilmente á Tavares, y nuestro intento sobre el castillo se malogró, no por falta de arrojo de nuestra parte, pues nuestras columnas llegaron hasta los fosos del castillo, sino por la perfidia de aquel hombre y de sus compañeros, que no cumplieron la palabra empeñada.

"Una vez que toda tentativa, por ahora, sobre la fortaleza, es inútil, por falta de artillería de grueso calibre, no nos queda otro

recurso que el de mantener en estrecho asedio al castillo y á la ciudad por el lado de tierra y aplazar su toma para más tarde. Caerán en nuestro poder al fin; es cuestión de tiempo. (*)

"Hé aquí, pues, señores, las ventajas que hemos conseguido en seis meses. Somos dueños de la costa del Sur, y hemos bloqueado por el lado de tierra á la ciudad y castillo de Acapulco. Hemos quitado al enemigo las armas que nos hacían falta, y hemos acabado por infundir temor en nuestros orgullosos contrarios. Pero para mí la mayor de todas consiste en haber dado una organización rigurosamente militar á nuestras tropas y en haberles infundido al mismo tiempo que el amor á la Independencia, el espíritu de disciplina, sin el cual, los ejércitos no son imponentes, ni saben triunfar. Las catervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy Batallones y Regimientos regulares. Los combates que hemos sostenido aquí los han adiestrado en el manejo de las armas y en las maniobras de batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor, por grande que sea, se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos, campos de maniobras, y las batallas ensayos de nuestra pericia.

"Siempre recordaremos, señores, estos bosques y estas montañas, y sobre todo "El paso á la Eternidad," como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

"Pero es ya tiempo de hablar á ustedes del objeto principal de la Junta. En mi calidad de Lugarteniente del Generalísimo, mi misión no se limita á hacer la campaña en esta costa. Naturalmente, estoy facultado para extenderla á las comarcas del país en

(*) Efectivamente, Morelos ocupó á viva fuerza la ciudad de Acapulco en 1813, y después de haber sitiado la fortaleza durante seis meses, ésta se le rindió por capitulación el 20 de Agosto de 1813.

que la crea necesaria, pues el objeto final de nuestra empresa es libertar á los pueblos de la tiranía, á fin de formar una nación independiente y que se gobierne por sí misma. Para conseguirlo, es necesario ir adelante y no descansar.

"Ahora bien: aquí, por lo pronto, ya no hay nada que hacer. En los pueblos del centro contamos con amigos que sólo esperan nuestra aproximación, y con enemigos á quienes es necesario aniquilar. El Sur entero, desde aquí hasta la capital del Virreinato, se presenta á nuestras miradas y nos ofrece un campo más vasto para nuestras empresas.

"Además, para apresurarnos á llevar la guerra á esas comarcas, hay ahora una razón más de patriotismo y de necesidad. El señor Coronel Don Leonardo Bravo, aquí presente, me ha entregado esta mañana unas gacetas que llegaron últimamente de México á Chilpancingo, y en una de ellas se encuentra una noticia de suma gravedad que es de mi deber comunicar á ustedes, porque confío en que el carácter varonil de ustedes vé con la misma magnanimidad y entereza, los triunfos que las desgracias.

"Dice así este papel, añadió Morelos, leyendo con voz firme, en la que en vano se hubiera buscado la menor emoción.

"Gaceta extraordinaria del Gobierno de México—Del martes 9 de Abril de 1811.— Por extraordinario que acaba de llegar á esta capital ha recibido el Exmo. Sr. Virey el oficio siguiente del Sr. brigadier D. Félix María Calleja, general en jefe del ejército del Rey contra los insurgentes.

"Exmo. Sr. Ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del teniente coronel D. Josef Manuel de Ochoa, comandante de la división de Provincias Internas en la frontera de Coahuila, el oficio siguiente:

"Las interesantes y plausibles noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova, y firmados por los señores gobernadores D. Simon de Herrera y D. Manuel Salcedo con los demas vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.

"Es muy conveniente me facilite vd. 500

nombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitán Bustamante con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximenez, Lanzagorta, Aranda, Portugal, etc., etc., que se han aprisionado en Acatitá de Baján con todos los atajos en que conducían el oro, reales y plata, y muchos prisioneros que se les han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles á baxo, á mas de los que tomó el capitán Bustamante.

"En tal concepto, he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden al cargo del teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Patos con dirección á la reconquista del Saltillo, lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfacción.—Dios guarde á V. S. muchos años. Campo de la Noria con dirección al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.—Sr. Comandante general del ejército.—Josef Manuel de Ochoa.—Sr. brigadier D. Felix María Calleja."

"Y en el momento despacho dos extraordinarios á esa capital, el uno por la Huasteca y el otro por Querétaro para que se imponga V. E. de tan plausible noticia.

"Dios guarde á V. E. muchos años. San Luis Potosí, Abril 5 de 1811.—Exmo. Sr.—Felix Calleja.—Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas."

"Tan manifestos beneficios de la Providencia nos hacen esperar que en sus eternos juicios, está decretado el triunfo de las dos Españas contra sus injustos enemigos." (*)

Los jefes de la Junta, al concluirse la lectura de este papel, tenían pintados en el semblante el dolor y la estupefacción y esperaban con ansiedad las palabras de su jefe.

(*) Puede verse esta Gaceta extraordinaria que está copiada literalmente, en la colección de Gacetas.—Imprenta de Arispe.—Tomo II, sin número, pág. 301.

"—Aunque estas gacetas, dijo Morelos, suelen publicar mentiras, cuando conviene al Gobierno español, yo creo que esta noticia es cierta. Ella nos anuncia la mayor desgracia que podía herirnos, y es; la prisión de nuestro amado Generalísimo el señor Hidalgo, y de sus compañeros de Dolores. El Gobierno español debe estar muy contento; tiene en su poder á los primeros caudillos de la Independencia mexicana, y los decapitará; en eso no hay duda. Ya sabemos que nuestro enemigo no da cuartel, ni nosotros se lo pedimos, ni se lo debemos dar tampoco.

"¿Cómo ha ocurrido esta desgracia? Pues otra gaceta, la del día 15 de Abril, que también está aquí, trae una carta de un vecino de Monclova dirigida al Obispo de Durango y que contiene algunos pormenores, de los que se infiere que el señor Hidalgo y sus compañeros han sido víctimas de una infame traición.

"Hé aquí este documento, que es preciso conocer también:

"Gaceta del Gobierno de México—del martes 16 de Abril de 1811.—México, 15 de Abril. El justicia y el cura párroco de Guayacocotla han remitido al Exmo. Sr. Virey dos cartas que condujo hasta aquel pueblo un personero que vino buscando con ellas al Ilmo. Sr. Obispo del Nuevo Reino de Leon, Dr. D. Primo Feliciano Marin, á quien se dirigian desde Reynosa y Monclova por D. Juan Josef Cárdenas y D. Benigno Vela, dándole noticia del arresto de los cabecillas de la insurrección; y conteniéndose en la del segundo de dichos individuos algunas particularidades del suceso nos ha parecido insertarla á la letra para satisfacer la curiosidad laudable del público.—Dice así:

"Ilmo. Sr. Dr. Don Primo Feliciano Marin.—Monclova y Marzo 25 de 1811.—Mi más venerado amo y señor: estaba deseoso de poder noticiar á V. S. I. la gloriosa reconquista de estas provincias, lo que no podía verificar por no saber de su paradero; y ahora lo hago con el portador por haberme prometido el llevar esta hasta donde se halle,

"Desde la llegada á esta de los señores go-

bernadores y demas oficiales prisioneros de Béjar, empezó D. Ignacio Elizondo á juntar tropa y amigos, con mucho silencio, que le ayudasen para sacudir tan pesado yugo como nos habian puesto los exércitos americanos; lo que se verificó auxiliado de los soldados de estos presidios que estaban en esta capital y vecinos de ella, teniendo ya prontos los auxilios de las demas tropas que estaban de guarnicion en los otros, á el capitan Menchaca con 300 indios Lipanes y al capitan Colorado con 300 soldados aguartelados, á quienes lo avisó mi padrino Elizondo al ponerse en camino y darle el auxilio necesario con la mayor brevedad: y en este intermedio levantó la voz el padre Zambrano con el vecindario y tropas de Béjar; haciendo prisioneros al Lic. Aldama y padre Salazar y á los que habian apresado á los gobernadores, cuyo hecho acabó de animar á la gente; y el día 17 de este que era para cuando habia mi padrino dispuesto su asalto llegó á esta á la oración de la noche y se estuvo oculto hasta las once de la misma noche, que con cosa de 200 hombres se hizo dueño de la artillería que eran 7 cañones, amarró al mariscal D. Pedro Aranda y demas oficiales y soldados que por todos serian 150 poco mas ó menos, incluso el capellan que lo era el padre Medina que estaba de cura en Santillana cuando la visita: todo esto se hizo en cosa de tres horas, y sin haber habido ni un tiro ni un golpe. Tambien estaban las cosas en buena disposicion por venir ya en camino la mayor parte del exército que estaba en el Saltillo, por lo que inmediatamente se cercó el camino con tropa para que no les fuera el aviso, lo que se consiguió, y así como venian inocentes se les puso un lazo de aquel lado del pueblo de Béjar, que dista de esta, cosa de 14 leguas, que con 270 hombres y 30 individuos se agarró todo el exército sin más que un herido en los nuestros, y en los suyos cosa de 40 muertos y entre ellos el hijo de Allende por haberle disparado su padre á mi padrino tres pelotazos desde el coche; todo el exército se componía de cosa de 1,500, los más, peñados, y otros pocos que venian de tropas que

se dieron luego á estas armas, pero los prisioneros son los 1500 de los cuales son como 60 de plana mayor, y de los cabezas el cura Hidalgo que hacia cosa de quince dias que habia renunciado el cargo de generalísimo en Allende.

"Allende, Ximenez, Abasolo, Zapata, Lanzagorta, Santa María el que era gobernador de Monterey que andaba de quartel maestro, y otra punta de mariscales, brigadieres, coroneles y demas y 6 clérigos y 3 frailes, que son un carmelita, un mercedario y un franciscano y tambien 13 coches y una volante. Solo Iriarte se fué, pero lo van siguiendo y no se escapará, pues en Parras está un tal Melgares de Viscaya que para esta ya le habrá dado al Saltillo con 50 hombres y sino de aquí se le va á dar para sacar al Sr. Cordero, y tambien se les quitaron veinticuatro cañones y setecientas y tantas barras de plata y mucho dinero en plata y oro, que segun razon será cosa de dos millones por todo á algo mas, segun se cuenta de ellos, y esta feliz batalla fué el día 21 del que rige." (*)

—"¡Feliz batalla!" llama este gran pícaro á semejante traición tan vil y tan odiosa!

"Así, pues, ya ven ustedes que nuestros caudillos han caído en un lazo que les tendió el traidor Elizondo, ayudado del clérigo Zambrano y probablemente del mismo vecindario de Monclova. Esto no ha sido más que una horrenda traición.

"Ya comienza el Gobierno español á poner en juego este medio, que es el más temible, aunque el más despreciable.

"De todos modos, es una desgracia muy grande para nosotros, pero debemos recibirla con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. Tal es la guerra, amigos; una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia. Nadie puede prever sus azares y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser sus víctimas. La Patria exige este sacrificio de

(*) Gaceta de México del martes 16 de Abril de 1811.—Tomo II, núm. 45, pág. 319.

nosotros; la causa es santa, la empresa grandiosa y digna de las almas heroicas; todavía tenemos que sucumbir muchos para que triunfe, pero morir por ella es una gloria que nos envidiarán las generaciones venideras.

“La muerte del señor Hidalgo y de sus compañeros, lejos de apagar el fuego patrio, debe encenderlo más. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado caudillo, y de probar al Gobierno español, que las traiciones, los reveses y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos.

“Ahora, pues, se hace indispensable avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; mañana mismo si nos es posible.

“Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México, el espíritu de los que simpatizan con nuestra causa, y que debe encontrarse abatido con este infortunio.

“Es necesario probar á la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección pállezca en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos, con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos para que sepan que si muere un insurgente, hay mil para vengarlo.

“Mi intención es, concluyó Morelos, con autoridad, que nos dirijamos mañana mismo al centro de la intendencia de México. Deseo oír la opinión de ustedes.”

—Estamos listos todos! dijo, levantándose con entusiasmo, Don Hermenegildo Galeana.

—Sí, todos, exclamaron á una voz los demás jefes, poniéndose en pie.

—Bueno, replicó Morelos, no esperaba menos de la decisión de ustedes. Pero antes será conveniente concertar la manera, y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan, que nuestra marcha sea rápida,

segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virrey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con Calleja. Pero para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar, por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos un pequeño ejército aquí, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando á Acapulco, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la costa grande; dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos, y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer, pues? Eso es lo que ruego á ustedes que me indiquen para ilustrarme con su parecer.

Don Hermenegildo Galeana se levantó de nuevo.

—Señor, dijo, en mi opinión todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos logrado hasta aquí. Tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas pueden quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula y ofreciéndonos una retirada segura que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña; mi Regimiento de Guadalupe, por ejemplo; él es suficiente para el apoyo que necesitamos, y los pueblos vendrán á formar otro ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirijirnos “arriba” al encuentro de Calleja y de su ejército orgulloso, que lo que es para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los señores Bravos nos ayudarán.

—Señor, dijo Don Leonardo Bravo, poniéndose en pie. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias á nuestro respetable General en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho, nombrándonos Co-

roneles y dándonos así un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y de heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aun el de la vida, en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el señor Coronel Galeana, puede contar con él nuestro General. Lo tiene á su disposición y aun le hemos ofrecido hace meses, venir con él á este campamento, si era necesario. No lo ha creído así, en vista de buenas razones, y nos ha ordenado mantenerlo y aumentarlo para tenerlo pronto, en la primera ocasión. En esa virtud, hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la sierra y de Tlacotepec, y á lo sumo, en tres días, podemos presentar mil hombres, armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Esto es lo que podemos ofrecer y esto es lo que deseaban de nosotros los gachupines y el Subdelegado de Tixtla, Guevara, sabiendo las buenas relaciones que tenemos en esos puntos. Pero eso es lo que no hemos querido darles, desde que apareció el señor Morelos en esta costa, y se preparaban para resistirle. Amantes de la Independencia, desde que se dió el grito en Dolores, estábamos decididos mis hermanos y yo, ó bien á secundarlo en el Sur, ó á uniros al primer caudillo insurgente que por aquí apareciera, y por tal razón, conocidas nuestras opiniones, se nos ha perseguido con encarnizamiento desde que conocieron los "chaquetas" que éramos amigos de los insurgentes. Nos hemos refugiado unos días en la cueva de Michapa para escapar de pronto, pero hemos podido recorrer los pueblos que he mencionado, valiéndonos de disfraces y confiando en los amigos, nos hemos procurado armas y elementos, y así, hemos logrado contar con gente que no espera más que una orden para levantarse.

—Me alegro, dijo Morelos, de conocer la opinión del Coronel Galeana, que ya esperaba, y que es también la mía, pero que deseaba oír de sus labios, porque estoy se-

guro de que es la opinión de todos nuestros compañeros. Esta resolución debía partir de ellos y no de mí. Ahora estoy contento. En efecto, importa antes que todo, conservar nuestros puestos aquí, y nos bastan pocas fuerzas para que formen el núcleo de un nuevo ejército.

—En cuanto á las tropas de que habla el señor Coronel Bravo, me consta, en efecto, que están listas, que habían querido tanto él como sus hermanos, auxiliarme hace tiempo con ellas, y que por orden expresa mía, las han mantenido precisamente para esta ocasión. Siendo originarias de aquellas tierras templadas, nos son más útiles por allá. Ahora, en cuanto á la marcha, déme ustedes su opinión sobre el camino que será más prudente escoger.

—Opino, respondió Don Miguel Bravo, por que escojamos el camino de la sierra; el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí á la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones, pero es más directo, y sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos-Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino está lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y de los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarían á Tixtla noticias por menorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se prepararan ó que huyeran, impidiendo así que nos apoderáramos de sus armas. Yendo por el camino de la sierra, no nos sentirá nadie y cuando acuerden, estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la sierra. Además, no llevaremos más que dos cañones de á cuatro y el "Niño," que pueden cargarse en mulas. Véamos ahora qué fuerza es la que debe marchar...

—Señores, dijo levantándose prontamente Don Julián de Avila; tal vez sea contrario á las leyes militares el pedir servicio; pero debe disimularse al entusiasmo. Yo pido marchar con mi división ó solo.

—Nosotros pedimos lo mismo, exclamaron los Galeanas, Ayala y Valdovinos....

—Señor Coronel Avila, señores, dijo, sonriendo, Morelos; en eso es preciso dejarme entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación. En donde quiera son interesantes los servicios de los patriotas. En donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, señor Don Julián, debe quedarse representándome en el Veladero y conservando estos puntos. Tal vez sea lo de más riesgo....

—Como usted lo disponga, respondió Avila, con respeto.

Morelos había llamado á un oficial, momentos antes, y le había dado en voz baja algunas órdenes.

—Necesitamos saber con qué auxilios podemos contar en aquellos pueblos, además de los de Chilpancingo.

En este momento, el oficial de órdenes atravesó la línea de guardia, seguido de un grupo de oficiales, y se acercó á la junta.

—Los señores Capitanes que han sido llamados!, dijo.

Morelos hizo seña de acercarse al primero, que venía dando el brazo al joven Don Nicolás Eraso.

Este Capitán era joven también y de aspecto gallardo, trigueño, alto, esbelto, no parecía, por su traje y por su manera de hablar, costeño; más bien revelaba desde luego su origen indígena ó mestizo, lo que se conocía por su nariz pronunciadamente aguilena, por sus pómulos salientes y por sus cabellos lisos, negros y grandes, formando un crecido tupé sobre la frente. Parecía como de veintisiete á ventiocho años; llevaba chaqueta de paño verde oscuro, pantalón de paño oscuro con agujetas de plata y botas de montar con ataderos finamente bordados. Una patilla negra y pequeña flanqueaba su boca ligeramente abultada.

Era el Capitán Don Vicente Guerrero.

—Capitán Guerrero, le dijo Morelos; usted que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos se servirá decirnos, ¿podemos contar allí con algunos partidarios?

—Señor, respondió Guerrero; me da vergüenza decirlo, pero en mi tierra todos son

contrarios. Los únicos insurgentes que había allí, somos los que estamos en este campamento. Los Tenientes Mariano y Manuel Bello, y yo. No conozco otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, señor, sino los pocos ricos "chaquetas" que hay allí, y sobre todo, el Cura Don Miguel Mayol, que predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, repuso Morelos, riendo, ya sé que ese furioso Cura, me pinta como al demonio. Se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el "catalán."

No pudieron menos que reírse los oficiales. Sabían bien que el Cura Mayol, exaltado realista, era un ebrio consuetudinario.

—Y no es el único, añadió Morelos, también Rodríguez Bello me pinta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Los otros Capitanes se acercaron en seguida.

El primero era otro joven alto, de formas hercúleas, pálido, de cabellos oscuros y ensortijados, picado de viruelas, y de ojos y frente en que se revelaba una gran sagacidad unida á una gran firmeza de carácter.

—¿Cómo va la herida, Gallego? (*) le preguntó Morelos.

—Está buena ya, señor, y me hallo listo para darme de alta, contestó el joven, con acento marcadamente costeño.

—Bueno: lo destino á usted á mandar uno de los puntos más peligrosos frente á Acapulco, y le proporciono la ocasión de vengar sus heridas; usted me dará cuenta del Gobernador Carreño.

—No tenga usted cuidado, señor, respondió el joven pálido; yo le daré á usted cuenta de él. Y se retiró á algunos pasos.

—Este muchacho, dijo Morelos, señalándolo á los jefes, es una de las esperanzas de la Nación. Es valiente, sagaz, y sobre todo, sufrido y constante. Es hijo de un gallego,

(*) Así llamaban familiarmente á Don Juan Alvarez en su juventud. Todavía uno de los despachos de Coronel que tenía firmados por Morelos trae el nombre de "Juan Gallego."

y sin embargo, es insurgente hasta las uñas. Recibió un balazo que le pasó las dos piernas mandando su Compañía, junto á los fosos del castillo; en nuestro infructuoso ataque, y un soldado lo salvó, echándosele á las espaldas. Pero él, cuando me lo trajeron, no parecía sentir su herida; estaba indignado contra Pepe Gago y contra Carreño. Hará mucho en esta comarca.

Los otros Capitanes eran dos morenitos, pequeños de cuerpo, pero robustos y musculosos como tigres, vivaces y presentando el tipo de esa raza que puebla en su mayor parte, la costa grande, mezcla de la africana y de la indígena de Filipinas, de que llevaron ahí colonos los españoles. Y otro mestizo de rostro atezado y de aspecto selvático y hurafío, pero de talla también hercúlea.

—Capitanes Montes de Oca, Mongoy, y Mayo, ustedes se encargarán mientras que dure una expedición que voy á hacer, de los puntos peligrosos del Caravali, de las Cruces y del Marqués, en la forma y con la fuerza que les determinará el señor Coronel Don Julián de Avila, á cuyas órdenes quedan ustedes, y á quien obedecerán en mi ausencia, como á mí mismo.

—En cuanto á usted, Capitán Bravo, dijo por último, dirigiéndose al joven Don Nicolás, se queda, por hoy, como ayudante mío.

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de emprender la marcha con nosotros. Alíste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe, para mañana al medio día; que las Compañías que hay en la Sabana estén dispuestas para incorporarse á las que saldrán de aquí á fin de continuar la marcha por los "Organos," hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo.

—Y ha concluido la Junta, señores, añadió, haciendo una seña al Teniente Coronel Talavera para que leyese el acta.

Esta era muy breve y contenía los puntos esenciales tratados en la Junta. Aprobada que fué, se firmó por todos, y Morelos se re-

tiró con los Avilas y los Galeanas á fin de darles sus últimas instrucciones.

Morelos entró un rato después en su tienda con los dos Bravos, y encontró escribiendo en la mesa de la Secretaría á un joven delgadito, muy trigueño y vestido esmeradamente.

—¡Ola, colegial, dijo al joven, arregle usted los papeles con cuidado y disponga la papelería y escritorio, porque vamos á salir mañana á una expedición.

El joven se inclinó respetuosamente.

—¿Quién es este muchacho, señor, que parece muy inteligente? preguntó Don Leonardo.

—Este es el Capitán Luis Pinzón, que estaba estudiando Teología en el colegio de San Nicolás de Valladolid, y que habiendo venido á pasar sus vacaciones á su tierra, que es Corral-falso, barrio que está junto á Atoyac, se entusiasmó por la Independencia y vino á presentarse á este campamento. Ha salido bravísimo el colegial; le agrada más pelear que escribir, pero yo lo tengo en mi Secretaría porque es instruido y trabaja empeñosamente. Sólo cuando hay acción, me es difícil contar con él. Qué quiere usted: es muchacho y le hierve la sangre.

En este momento, otro joven costeño, también moreno y vestido como soldado, se acercó á pedir órdenes.

—Ramos, le dijo Morelos, madrugará mañana para ir á Coyuca y hacer provisiones. Vamos á expedición. Harás preparar el equipaje, y estarás aquí de vuelta antes del medio día.

—¿Se quedarán aquí algunos caballos y mulas?, preguntó Ramos.

—No: nos llevamos todo, contestó Morelos.

—Muy bien, señor.... ¡Esta es expedición larga! murmuró, alejándose, el soldado.

.....
A poco cerró enteramente la noche, una de esas últimas noches de primavera en los bosques de la costa, calurosa y húmeda, con su cielo como velado por una gasa á través de la cual aparecía la luna en cuar-

to creciente, alumbrando débil todavía el espacio y blanqueando apenas las nubes, que parecían prenderse de la cresta de los peñascos y de las copas de los mangles, allá muy lejos del campamento, mientras que la zona oscura de los bajíos y las masas de sombra de los árboles se inundaban con un enjambre inmenso de luciérnagas.

Se habían dado los toques de "retreta" y "silencio;" en el campo todo reposaba tranquilo, y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo el "alerta" de los centinelas en los fortines, ó el "quién vive" dado á las rondas, que pasaban frecuentemente.

En algunas tiendas se velaba; tal vez algunos oficiales del Regimiento de "Guadalupe," que se alistaban para marchar al día siguiente, escribían á sus familias de Técpán, de San Luis ó del Zanjón. Tal vez esos valientes que iban á combatir por la Patria hasta el centro de la Nueva-España, daban el último adiós á sus esposas y á sus hijos!

Morelos se paseaba en la puerta de su tienda, tomando el fresco, en unión de los Bravos.

—Pero, ¡qué inmensa desgracia, señor! decía Don Leonardo, hablando de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros: ¡haber caído en un lazo tan infame!

—Qué quiere usted, respondió Morelos; la traición tiene eso de terrible; que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres, pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal, pero no hay reglas contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y eso no se puede. Ese Elizondo.... dijo, deteniéndose con ademán colérico, no pagará ni con la vida. Su nombre debe ser maldito para todo mexicano. Ahora comprendo, añadió con desprecio, por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia, casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la costa-chica para evitar nuestros campamentos.

—Y, ¿cree usted, señor, que quitarán la

vida al señor Hidalgo y á los demás? preguntó Don Miguel.

—¡Ah! respondió con seguridad Morelos. En eso no hay duda. El Gobierno español no perdona, no perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable: matará al jefe y al soldado que caiga en su poder. Es un Gobierno de sangre. Comienzan los cadavros: mañana morirán el señor Hidalgo y sus compañeros; después quizás moriremos nosotros; usted Don Leonardo, usted Don Miguel; yo mismo; tal vez todos los que hoy emprendemos aquí la lucha; pero eso sí, la Independencia se hará. Eso está decretado por el cielo. ¡Nuestra Patria será libre!.... concluyó con acento que revelaba una convicción profunda, mientras que los Bravos, á quienes había comunicado su heroica fe, lo contemplaban callados, como si tuvieran delante á un mensajero de la Divinidad.

IV.

Tal fué aquel día 2 de Mayo de 1811, y tal fué aquella Junta de guerra que decidió la gloriosa expedición de Morelos en el centro de Nueva-España. La Junta tuvo de singularmente notable, que contó en su seno á los hombres más ilustres de aquel ejército y á otros que han ocupado después un altísimo rango en el Gobierno de la República Mexicana y en la Historia. Morelos tuvo todos los privilegios del genio. Reunió en torno de sí un gran grupo de hombres que inspirados por él se hicieron grandes.

Don Hermenegildo Galeana, el más valiente de aquellos leones de Morelos, fué el brazo derecho de éste, y murió siendo mariscal de campo, como lo hemos dicho.

Sus hermanos Don Juan José y Don José Antonio fueron Generales é ilustres también.

Su sobrino Don Pablo, también fué General, y muy notable, en las filas insurgentes.

Don Leonardo Bravo, General muy ilustre, después de haber combatido victoriosamente contra el ejército español de Calle-

ja en el sitio de Cuautla, fué hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel al salir de aquella plaza, después de que se rompió el sitio, conducido á México, y á pesar de que su hijo ofreció canjearlo por 300 españoles que tenía prisioneros, fué ejecutado en 13 de Septiembre de 1812.

Don Miguel Bravo, mariscal de campo, fué hecho prisionero en Chila, cerca de Chautla de la Sal, y por el jefe español La Madrid, y aunque habiéndole garantizado la vida, fué ejecutado en 15 de Abril de 1814.

Los dos Avilas fueron también mariscales y sigieron ilustrando su nombre en la guerra de Independencia.

Avala y Valdovinos fueron mariscales también.

Y de aquellos Capitanes jóvenes que hemos presentado en el "Veladero," el primero, Don Vicente Guerrero, fué uno de los hombres más ilustres de México.

Teniente general por la Junta independiente, fué nombrado después por la República, General de División, tercer suplente del Supremo Poder Ejecutivo, desde 10 de Abril de 1823 hasta 10 de Octubre de 1824.—Presidente de la República desde 10 de Abril de 1829 hasta Diciembre del mismo año. Entregado traidoramente por el genovés Picaluga, á quien el Gobierno de Bustamante dió por esta traición 50,000 pesos, fué fusado en Cuilápam.

Don Nicolás Bravo, nombrado General de División, fué primer miembro de la segunda Regencia, de 11 de Abril á 19 de Marzo de 1822, Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 31 de Marzo de 1823 á 10 de Octubre de 1824. Presidente sustituto de la República en 1842 y 1843.—Vicepresidente en 1846, y murió ya anciano en Chilpancingo, en 1854.

Don Juan Alvarez, General de División, que después de haber combatido sin cesar en favor de la Independencia, logrando vencer y matar al Gobernador de Acapulco, Carreño, fué después defensor constante de las libertades públicas, que acabó con Armijo, el enemigo implacable de la Independencia en el Sur; más tarde caudillo de la

gloriosa revolución de Ayutla, que fundó las instituciones que hoy rigen al país. Presidente de la República en 1854, defensor de la Reforma, y ya septuagenario, defensor de la Independencia durante la Intervención y el Imperio, tuvo la suerte de ver á su Patria victoriosa de todas estas luchas, y murió cargado de años y de gloria en su hacienda de La Providencia, en 1867.

Don Isidoro Montes de Oca, General de la República, murió en la costa antes de 1844, y acompañó todavía á Guerrero en su guerra del año de 1829 y 30.

Don Francisco Mongoy, Coronel del ejército, murió en la costa, después del año de 1830.

Don Luis Pinzón, General de la República, tenía el cuerpo cubierto de heridas, recibidas en la guerra de Independencia, y á pesar de ellas siguió sirviendo en todas las guerras de Libertad, hasta la de Ayutla, después de la cual murió en la costa.

Don Cesáreo Ramos, General de la República, defensor constante de las libertades, campeón de Ayutla, de la Reforma y de la segunda Independencia, alcanzó el triunfo de la República en 1867, y murió después en la costa.

Todos estos hombres fueron beneméritos de la Patria, y los nombres de los primeros Galeana, Guerrero, los Bravos y Alvarez, están inscritos con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso, en virtud de leyes especiales.

V.

El día 3 de Mayo, al caer la tarde, la pequeña columna del Regimiento de Guadalupe, llevando á su cabeza á Don Hermenegildo Galeana, y mandando su descubierta el Capitán Don Vicente Guerrero, desfilaba, saliendo del campamento del Veladero, entre los vivas de la tropa del campamento y el adiós tierno de los camaradas.

En pos de él, salía un gran grupo de jinetes en cuyo centro iba Morelos, envuelto en su poncho blanco, llevando á su lado á los Bravos y á los Avilas

Cuando iba á perderse de vista el cerro

en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol Poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño á aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose á Don Julián de Avila:

—Hasta aquí, Coronel, vuélvase usted; nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo."

—Señor, respondió Avila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción; si por desgracia llegare á usted la noticia de que el "Veladero" ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré "pasado á la eternidad."

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos. Morelos ocultó bajo sus cejas espesas y altivas, aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN TIXTLA

I

Tixtla, hoy ciudad Guerrero, que fué desde la erección del Estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del Sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes, escasos, consagrados en su mayor parte á la agricultura y á la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del Sur de la Independencia de México.

En lo religioso, su Parroquia pertenecía á la Diócesis de Puebla, y en lo político, el Subdelegado dependía directamente del Virrey.

Este Subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos á él todos los Cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.

en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol Poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño á aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose á Don Julián de Avila:

—Hasta aquí, Coronel, vuélvase usted; nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo."

—Señor, respondió Avila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción; si por desgracia llegare á usted la noticia de que el "Veladero" ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré "pasado á la eternidad."

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos. Morelos ocultó bajo sus cejas espesas y altivas, aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN TIXTLA

I

Tixtla, hoy ciudad Guerrero, que fué desde la erección del Estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del Sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes, escasos, consagrados en su mayor parte á la agricultura y á la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del Sur de la Independencia de México.

En lo religioso, su Parroquia pertenecía á la Diócesis de Puebla, y en lo político, el Subdelegado dependía directamente del Virrey.

Este Subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos á él todos los Cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.

En 1811 era el Subdelegado y Comandante militar Don Joaquín de Guevara, rico hacendado de aquel rumbo, vecindado primero en Chilpancingo y dueño de las haciendas de caña de azúcar de Tepechicotlan, Acahuitzotla y San Miguel, situadas á poca distancia de Tixtla unas, y la última en el camino de Acapulco y al pie de la hermosa cordillera de los Cajones. Don Joaquín de Guevara, por sus opiniones realistas, por su caudal y por su influencia poderosa, venía á ser en aquellos rumbos lo mismo que era en la Cañada de Cuernavaca el célebre realista español Don Gabriel de Yermo, es decir, el señor feudal y la fuerte columna del Gobierno español en aquella extensa zona, limitada al Sur por un ramal de la Sierra Madre, y al Norte por el río de Mezcala.

Desde que Morelos apareció en la costa á fines de 1810, y se acercó á Acapulco, Guevara, siguiendo las órdenes del Virrey, se mantuvo á la expectativa, creyendo siempre que las intenciones de los insurgentes acabarían por fracasar allí mismo, y aunque los últimos triunfos obtenidos por aquel caudillo le habían dado en qué pensar, no juzgó sino remoto el caso de ver invadida la fuerte y populosa comarca encomendada á su cuidado.

Sin embargo, procuró desde aquellos meses y más todavía en los primeros del 11, poner en buen pie de fuerza los Regimientos de milicias, encargando su mando y disciplina á entendidos jefes españoles, fortificó la plaza de Tixtla, reunió considerable número de municiones de guerra, hizo traer ocho piezas de artillería que colocó en un fortín en una eminencia del lado occidental de Tixtla, á la izquierda de otra conocida con el nombre del Calvario y dividida de ella por una calle profunda y por un acueducto, y en otros puntos de la población, en que levantó fuertes parapetos, y una vez así, se dedicó á vigilar el camino real de Acapulco y á preparar de mil modos á los pueblos para la resistencia.

En semejante empeño le ayudaba oficialmente y con el entusiasmo de un antiguo predicador de las cruzadas, el Cura de Tix-

tla, Don Manuel Mayol, clérigo poblano, furibundo realista y que ejercía un dominio absoluto en la conciencia de sus feligreses.

Este Cura predicaba cada cuatro días en el púlpito contra la Independencia y sus caudillos, á quienes presentaba con odiosos colores. Pero con particularidad hablando de Morelos, el atrabiliario clérigo llegaba hasta el frenesí. Al principio lo presentó solamente como un rebelde insignificante, que en breve iba á ser colgado en una almena del Castillo de Acapulco; pero á medida que Morelos fué creciendo en importancia militar, á causa de sus victorias, el furor del Cura no conoció límites, y llegó en sus diatribas hasta lo absurdo y lo grosero. De este modo, el Cura Mayol logró exaltar el ánimo de la gente supersticiosa é ignorante de su feligresía, haciéndole entender que la guerra de los insurgentes era una guerra contra Dios y la religión, y que combatir contra ellos era combatir contra los poderes infernales. Así es que en el pueblo de Tixtla había una especie de furor febril contra Morelos, furor que se había apoderado hasta de las mujeres y los niños, de la gente española y mestiza, y hasta de los numerosos habitantes indígenas, que profesaban la religión católica como verdaderos idólatras.

De modo que cuando el Comandante Guevara determinó levantar fortificaciones en la plaza, la población entera se apresuró á ayudarle. Aun las mujeres y los niños cargaban piedras y arena, presididos por el Cura y sus Vicarios, que llevando un Crucifijo, los estimulaba á la tarea, mientras que las campanas de la Parroquia tocaban rogativa.

En semejante disposición de ánimo, Guevara esperó confiadamente. Si los insurgentes se atreviesen á invadir su zona militar, él contaba con buenas tropas, con una plaza bien fortificada y con la adhesión de las poblaciones.

Una sola sombra vino á turbar su ánimo sereno. Habiendo invitado á los Bravos, hacendados de Chilpancingo, para que levantasen tropas también, y se mantuvieran dis-

puestos á la defensa, esos sujetos, los primeros de aquella poblaci3n por su importancia social y su riqueza, pues eran dueños de la gran hacienda de Chichihualco y de otras fincas, se habian negado con frivolos pretextos, pero en realidad porque les era simpática la causa de la Independencia proclamada en Dolores y sostenida por Morelos.

Desde el día en que tuvo conocimiento de la repulsa de los Bravos, el Comandante Guevara no cesó de vigilarlos, y á pesar de que estaba emparentado con ellos, pues su hija Doña Antonia de Guevara acababa de casarse con el joven Don Nicolás, hijo de Don Leonardo Bravo, los persiguió tenazmente, obligándolos á ocultarse ó á andar furtivos en aquellas comarcas.

Pero con esta sola excepci3n, todos los pueblos de la Subdelegaci3n de Tixtla, se manifestaban decididos sostenedores del Gobierno espaol. Asi es que Guevara, á quien sólo inquietaban, de cuando en cuando, las excursiones nocturnas de los Bravos á Chilpancingo, que por otra parte no tenian consecuencias serias, nada temía respecto de la adhesi3n popular.

A mediados del mes de Mayo, el Coronel realista Don Nicolás Cosío, antiguo Sargento Mayor de Dragones de España, y que habia sido nombrado Comandante general de la Divisi3n del Sur, hasta principios de ese mismo mes en que de orden del Virrey fué substituido en ese cargo por el Coronel espaol Fuentes, fué enviado por éste último violentamente á la plaza de Tixtla, para tomar el mando de las tropas y ayudar á Guevara en la defensa de la plaza, pues Fuentes previ3, con raz3n, que habiendo salido Morelos del Veladero el día 3 por el camino de la sierra, no tardaría en aparecer en la Zona militar encomendada á Guevara.

Así, pues, al llegar á unirse á ella, sabiendo que los Bravos reunían gente en Amojileca, Zitizacapan y otros lugares cercanos á Chilpancingo, que elaboraban parque en la gruta de Michapan, en que habian estado ocultos, y que se mostraban ya más á la luz tanto Don Leonardo como Don Mi-

guel y Don Víctor Bravo, determinó, de acuerdo con Guevara, acabar de una vez con aquellos temibles conspiradores. Al efecto, organizó una divisi3n compuesta de un piquete del Regimiento "Fijo de México," de algunas Compañías de milicianos llamados patriotas de Chiapa, Tixtla, Zumpango y Tlapa, y del Fijo y Lanceros de Veracruz, todo en número de seiscientos hombres, y poniéndola bajo el mando del Comandante espaol Don Lorenzo Garrote, uno de los jefes veteranos que habian venido últimamente de la Peninsula, dió á éste orden de que pasase á Chichihualco y de que se apoderase de los tres hermanos Bravos, vivos ó muertos.

Garrote se puso en marcha con la reserva y rapidez que el caso exigía, y mientras que llega á Chichihualco diremos lo que habia pasado allí.

Morelos se dirigió, después de salir del Veladero, á la pequeña hacienda de La Brea, que está situada ya en las primeras cumbres de la Sierra Madre, y allí se detuvo, tanto para apoyar á su retaguardia, que fué atacada por el jefe espaol Fuentes, quien logró apoderarse de un cañ3n casi abandonado á causa de las asperezas del camino, como para dar tiempo á los Bravos para que se adelantasen y preparasen en Chichihualco á sus tropas.

Adelantáronse, pues, Don Leonardo, Don Miguel y Don Nicolás, y con luego como llegaron á su hacienda, se pusieron de acuerdo con Don Víctor, y reunieron á todos sus parciales y amigos, á quienes armaron con las armas que pudieron, organizando también una excelente caballería, compuesta de los mejores jinetes de aquellos lugares. De modo que cuando Don Hermenegildo Galeana llegó con su Regimiento de Guadalupe, se encontró ya con la gente de los Bravos dispuesta.

Mientras que venía Morelos, que se habia quedado atrás dos jornadas, Galeana, obedeciendo las órdenes recibidas, determinó dar descanso á su tropa, en tanto que los Bravos disponían mejor la suya y se procuraban víveres para alimentar á las dos. A esta saz3n, el Comandante Garrote, que

nada sabía, llegó á Chichihualco á las doce del día 21 de Mayo, y encontrando algunos pelotones de gente armada, los atacó, logrando arrollarlos, merced á la sorpresa que recibieron. Pero avisados los Bravos y Galeana, que se hallaban en la casa de su hacienda, corrieron á ponerse al frente de sus Compañías organizadas. Galeana se dirigió al río, en el que sus costeños se bañaban y lavaban su ropa, y haciéndolos tomar sus machetes, así desnudos como estaban, los condujo frente á los realistas, lanzando su terrible grito de guerra: "¡Galeana! ¡Galeana!" que debía ser por mucho tiempo el terror de sus enemigos.

Los realistas, sorprendidos á su vez, aterrados ante el aspecto de aquellos intrépidos combatientes negros, que acometían como fieras, y flanqueados además por la caballería de los Bravos, echaron á correr despavoridos, dejando en poder de los insurgentes, armamento, parque, dinero y cuantas cargas llevaban. El tremendo Comandante Garrote llegó el primero á Chilpancingo á contar el caso, y sin detenerse allí más que el tiempo necesario para beber agua, se dirigió á Tixtla, en donde entró á la madrugada del día 22 á despertar á Cosío y á Guevara con la noticia de semejante desastre.

El pánico y la consternación que ella produjo, no pueden describirse. Era, pues, cierto: los Bravos se habían alzado por fin, y habían llamado en su auxilio al poder infernal de Morelos. Los demonios pintados por el Cura Mayol habían aparecido por fin en la zona militar del Comandante Guevara, hoy defendida, sin embargo, por un militar experto como Cosío. Estos jefes llamaron al Cura Mayol y le comunicaron la fatal nueva. El Cura, después de conferenciar con aquellos jefes, se dirigió á la iglesia y mandó llamar á misa. La dijo temblando, y después subió al púlpito y excitó de nuevo á sus feligreses á defender al Rey y á la religión. Sólo que la muchedumbre observó que en vez del furor de antes, el terrible Cura no tenía ahora más que lágrimas y sollozos, lo que no dejó de ser comentado desfavorablemente.

Después de la misa, Cosío mandó tocar generala, y el Cura echó á volar las campanas, tocando á rebato, toque que duró todo el día y difundió la alarma hasta en los campos y cuadrillas más lejanas del pueblo.

II.

En semejante estado de alarma pasáronse los días 23 y 24 de Mayo de 1811. Cosío y Guevara reunieron todas las tropas de que pudieron disponer: el Regimiento llamado "Fijo de México," cuyos soldados eran conocidos popularmente con el nombre de "Los Colorados," á causa de un brillante uniforme de paño de grana, el Regimiento "Lanceros de Veracruz," las Compañías de milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa, que no habían ido á Chichihualco, y los dispersos de esta acción que fué posible reunir. Además, dieron armas á todos los hombres aptos para combatir en Tixtla, entre los que se hallaban como 400 indígenas, á quienes en razón de manifestarse decididos en favor del Gobierno, se admitió en las milicias, confiándoles la defensa de algunos puntos importantes, siempre bajo el mando de jefes españoles.

De modo que todas estas fuerzas formaban un conjunto respetable de cosa de mil quinientos hombres, teniendo, además, la ventaja de contar con una plaza de guerra con buenas fortificaciones, con ocho piezas de artillería; bien municionada y provista, y con la adhesión del vecindario.

Así las cosas, se supo que Morelos, sin perder tiempo, había llegado á Chilpancingo al anochecer del día 24, al frente de seiscientos hombres. Cosío y Guevara pasaron, pues, el 25, preparándose á la defensa, pues no dudaron que Morelos atacaría la plaza en los días próximamente inmediatos, tan pronto como contara con mayores fuerzas, supuesto que sería absurdo tal intento con las que tenía.

A fin de recibir noticias oportunas, habían enviado numerosos emisarios á Chilpancingo, que evitando las avanzadas insurgentes, situadas en el camino, habían

estado viniendo cada dos horas á dar parte, pues Chilpancingo no dista de Tixtla más que tres leguas escasas.

Hasta las cinco de la tarde del día 25, nada se había sabido de particular. Las tropas de Morelos descansaban. El caudillo, alojado en casa de los Bravos, era festejado con un banquete, al que asistían los jefes y oficiales insurgentes. Los soldados fraternizaban con los vecinos, y las hermosas chilpancingueñas, afamadas por su belleza y su gracia, lejos de espantarse ante la aparición de los "demonios de Morelos," habían despojado sus lindos huertos moriscos, pomposos y ricos en aquella estación, á fin de que la casa del General insurgente apareciera al amanecer del día 25 como apareció, adornada con flores, cortinas y alfombras de bellísimas flores, las incomparables flores de la zona templada del Sur.

Semejantes noticias hacían bailar de cólera al Cura Mayol, quien las repetía y exageraba adrede á Cosío y á Guevara, para exasperarlos, lanzando al mismo tiempo los más terribles anatemas contra los chilpancingueños y amenazándolos con que no quedaría dentro de poco piedra sobre piedra en su pueblo, nido infame de herejes y de rebeldes.

Cosío y Guevara, por su parte, se explicaban aquella conducta del vecindario de Chilpancingo, considerando: que los Bravos estaban emparentados con todas las familias de allí, lo mismo que sucedía con sus adictos de Chichihualco, pues esta hacienda y Chilpancingo formaban una misma población. Pero aquel recibimiento hecho á Morelos, indicaba, de todos modos, que el pueblo de Chilpancingo iba á convertirse desde entonces en enemigo del Gobierno español.

La tarde toda del expresado día 25 se pasó sin novedad. A las seis y media, las tropas acuarteladas en la casa de Comunidad, ó que vivaqueaban en el cementerio de la Parroquia, convertido en fuerte, salieron á formarse para pasar lista, en la plaza bastante amplia y que entonces no tenía los árboles coposos que hoy la adornan.

La plaza se llenó de soldados y de ofi-

ciales, pues con excepción de las fuerzas que guarnecían el fortín del Calvario y los parapetos levantados en lo que se llamaba entonces "Barrio Alto," el costado oriental de la población, es decir, del lado de Chilpancingo, todas estaban allí.

Cosío y Guevara les pasaron revista, después de lo cual y según la costumbre militar de aquel tiempo, los tambores y pífanos tocaron la oración, que escucharon los soldados con las armas al hombro y los oficiales descubierta la cabeza. Luego y al concluir la diana que seguía al toque de oración, Cosío gritó con voz fuerte por tres veces: ¡Viva el Rey!, grito que repitió la tropa y ésta se entró en sus cuarteles al toque de fagina.

La plaza quedó todavía ocupada por los curiosos que habían acudido á ver la formación; pero como comenzaba á oscurecer, y las patrullas de caballería y de infantería circulaban despejando las calles, momentos después, aquel lugar estaba solo y la población entera pareció quedar desierta.

Sólo en la gran casa del Subdelegado, recién construida y situada en el lado meridional de la plaza, junto á la Parroquia, parecía reinar alguna animación, y entraban y salían á cada instante por el enorme zaguán que servía de entrada principal de ella, caballos, mulas, jinetes y soldados de á pie. Además, las ventanas del salón principal que daban á la calle, estaban alumbradas. La casa era baja, pero de aspecto señorial. El único piso se elevaba del suelo como dos metros, resguardado por un fuerte antepecho rematado con una magnífica balaustrada de piedra. Esta balaustrada estaba también convertida en parapeto, y entre ella y el muro de la casa se paseaban varios centinelas guardando el salón y las piezas todas, que daban por un lado á la plaza, y por el otro á la calle Real.

En el salón, bastante lujoso para aquellos tiempos y aquellos rumbos, y cuyo techo de magnífico cedro artesonado era digno de una mansión regia, y cuya alfombra y canapés de damasco y candiles de cristal revelaban desde luego la riqueza de su dueño,

se hallaban en animada conversación cuatro personajes, de los cuales tres estaban sentados junto á una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo y en la que se veían en revuelta confusión, un gran tintero, salvadera y braserillo de plata, con su pirámide de ceniza, candelabro del mismo metal, en el que ardían cinco velas de esperma, muchos papeles, pistolas, sables, y, por último, un frasco de aguardiente de España, con cuatro copas y vasos de agua puestos en una bandeja también de plata. Uno de estos personajes, vestido con el uniforme de Coronel de aragones, huácaro azul con solapas blancas y botones de oro, pantalón blanco y botas fuertes, era un hombre al parecer alto, como de cuarenta años, buen mozo y densamente pálido, casi amarillo; se conocía luego que padecía de calenturas de la costa y que en esos momentos sufría un acceso que en vano procuraba dominar, y que se revelaba en su inquietud, en su humor irascible, en el brillo intenso de sus grandes ojos negros y en el temblor de sus mandíbulas, que parecía sacudir sus pobladas patillas negras. Llevaba el cabello según la moda introducida por el Virrey Venegas, es decir, corto y con espesa furia, sobre la frente.

Era el Mayor Cosío, el pobre Cosío, que destituido del mando de la división realista del Sur por Venegas, á causa del mal éxito de sus operaciones contra Morelos, y á causa tal vez de ser mexicano de origen, se veía ahora subalternado al Coronel español Fuentes quien lo había enviado quizás con toda malicia á unirse á Guevara para que asumiera la responsabilidad de un nuevo desastre.

Sin embargo, Cosío era como todos esos mexicanos que habían abrazado la causa de España contra la insurrección, como Elorza, como Iturbide, como Armijo, realista fiel, exaltado, sumiso hasta el servilismo, y aunque lastimado en su dignidad por aquella destitución, lejos de manifestar resentimiento, procuraba exagerar su adhesión al Gobierno, y se alegraba interiormente de hallarse en aptitud, defendiendo la plaza de Tixtla, de recobrar su perdido crédito. Así

es que hacía todos los esfuerzos posibles por asegurar la victoria.

Guevara, que tenía conocimiento ya de que Cosío había caído de la gracia del Virrey, no se conformaba con sus disposiciones, sino á regañadientes, viéndose forzado á dividir con él los laureles del triunfo, aunque cedía en consideración al carácter y experiencia de un jefe como Cosío, educado en el servicio militar y que disfrutaba de prestigio entre la tropa por su categoría y por su instrucción.

Guevara era el segundo personaje del grupo. Corpulento, grueso, como de cincuenta años, de arrogante presencia, el Subdelegado de Tixtla mostraba el tipo del español acaudalado, aunque era también mexicano de origen. En su semblante fresco y rubicundo, rebosando salud, se veía marcado el orgullo del rico, acentuado todavía por una gran nariz agulleña, y que apenas atenuaba la sonrisa de unos labios gruesos y desdenosos. Se había puesto también el uniforme de Coronel de milicianos provinciales, uniforme lujoso y flamante que apenas había usado dos ó tres veces en los grandes días de parada. Pero él, conservando los usos añejos de un ricacho del año 9, llevaba todavía el peinado de coleta, cuidadosamente rizado y empolvado, la barba afeitada, los puños y la pechera con encajes, y no pudiendo soportar las botas fuertes, traía calzón corto, ricas medias de seda y chinelas con hebillas de oro. Todo él, en fin, respiraba riqueza, una cierta ostentación un poco rústica y de mal tono.

El tercer personaje era el Comandante Garrote, el derrotado de Chichihualco, cuyo aspecto estaba en conformidad con su extraño nombre. En efecto, era un sujeto de color cetrino, de ojos pequeños, barba espesa é inculta, también con el pelo corto, frente estrecha, alto, seco, membrudo y de fisonomía dura y feroz. Desde su reciente derrota parecía desconcertado y abochornado, pero al través de esta aparente humillación se descubría en él una desmedida soberbia, irritada ahora por el despecho.

Por último, el cuarto personaje que se paseaba con agitación por la sala, detenién-

dose de cuando en cuando para contemplar distraídamente los espejos venecianos que decoraban las paredes, ó los santos guatemaltecos que en sus nichos de cristal adornaban las rinconeras, era el famoso Cura Don Manuel Mayol. La figura de este clérigo era singular: flaco, largo, rojo como un pavo de Indias, pelón, con el cuello enorme, embellecido por una nuez pronunciada, con los ojos saltones é injectados y la boca grande y provista de largos dientes negros.

Vestido con su sotana y manteo, cuyo extremo recogía en un brazo, el irascible Cura parecía presa de una extraordinaria excitación y hablaba en voz muy alta.

Ya sabemos que este Cura era enemigo frenético de la Independencia: sólo agregaremos que sus opiniones exaltadas no le impidieron después de 1821, pavonearse con su cruz de Guadalupe, y añadir á su nombre en todos los documentos que escribía de su puño, el título de "Capellán mayor del Ejército independiente del Sur," título que mendigó del General Guerrero.

Pero en la noche del 25 de Mayo de 1811, todavía este prócer ilustre era Capitán insurgente. Así es que el Cura Mayol trinaba contra él.

—Dicen, exclamó, encarándose á Guevara, que Vicente Guerrero viene ahí de oficial. ¡Semejante pícaro! ¡El que no sabía más que jugar gallos y armar pependencias! Siempre dije yo que ese tunante pararía en ladrón.

—Pero, ¿lo han visto? preguntó Guevara.

—Sí lo han visto, respondió el Cura.

—Yo lo he visto, agregó el Comandante Garrote. Viene con los negros guadalupes de Galeana.

—Lo que no me explicó, dijo el Subdelegado, es el cómo ha podido este maldito Cura atraerse á Don Hermenegildo, que parecía buen realista y que se prestó tan de buena voluntad á pelear contra los insurgentes cuando lo de Tepango.

—Y cate usted, que esa ha sido una buena adquisición, observó Cosío, con voz temblorosa. Es lo mejor que tiene Morelos.

—¿Y sus hermanos vendrán también? preguntó Guevara.

—Según me escriben de Acapulco, vienen todos, Don José Antonio, Don Juan José y el muchacho Don Pablo.

—Yo los ví en Chichihualco, añadió otra vez Garrote.

—Según eso, replicó con acento burlón el Cura, usted vió mucho, señor Comandante. Pero hace cuatro días nos dijo usted que no había visto más que negros... con machetes. Todos eran negros y los Galeanas son blancos.

Cosío frunció las cejas, Guevara sonrió, Garrote se levantó indignado.

—Señor Cura, respondió con acento colérico, si el carácter sagrado de usted no me pusiera un sello en los labios, yo le respondería como merece. Yo he visto negros, y en efecto, así es; pero usted parece indicar que el susto me hizo ver negros á todos; ¿esto es decir que yo tengo miedo!

—Yo no digo que haya usted tenido miedo, señor Comandante Garrote, repuso el Cura con insolente ironía; yo hago solamente una observación. Por lo demás, la acción tuvo mal éxito para nosotros.... Usted perdió allí los cañones, el parque, los soldados....

—Señor Cura.... dijo Garrote, gangoso de cólera, esos son azares de la guerra. Usted no entiende de milicia.

—Sí, sí, entiendo algo.... ¡los azares de la guerra y luego los demonios negros y encuerados.... Pero, ¿en qué consistirá que los negros guadalupes combaten encuerados?... ¿ese será su uniforme? añadió el Cura, con una risa silbante y sarcástica.

—¡Basta! exclamó con tono de mando Cosío.

Las groseras burlas del Cura contra el infortunado Garrote lo habían exasperado.

Guevara, para dar un giro más cortés á la conversación, dijo:

—Pues, y que haya arrastrado Morelos á Don Hermenegildo, todavía se comprende, puesto que tenía ya á los otros hermanos, rancheros rústicos y candorosos; pero, ¿haber trastorñado en unas cuantas horas á

los Bravos! Eso sí que no me cabe en el juicio.

—Esa es la envidia, dijo el Cura; esos se meten por envidia.

—¿Envidia de qué ó de quién?, preguntó Guevara.

—Envidia de usted, señor Don Joaquín.

—¿Envidia de mí? respondió el Subdelegado con tono sincero. No, señor Cura, en esto usted se engaña. ¿Envidia de mi capital? Los Bravos son tan pudientes como yo, y además, son honrados á carta cabal; es preciso hacerles esa justicia. ¿Envidia de mi empleo? Si este cargo más trae congojas que satisfacciones. No, aquí hay otra causa, otro secreto; ese Cura los ha trastornado completamente. Sólo así se explica que dejen sus bienes tan saneados, sus fincas de campo, todo su bienestar, y se lancen en pos de aventuras. Que Vicente Guerrero, que los negros de la costa, que otros como ellos se metan en esta empresa descabellada, se comprende, no tienen qué perder; pero que sujetos acomodados como los Galeanas, los Avilas, los Bravos, se comprometan con riesgo de sus vidas y haciendas, eso sí que es extraño. Debe ser un hechicero el tal Cura.

—¿No lo he dicho en la cátedra del Espíritu Santo? replicó Mayol. Es el diablo en persona, el diablo vomitado por los profundos abismos. Por lo menos, el espíritu de Satanás lo inspira y lo anima. Si no fuera así, ¿cómo habría podido convertir en soldados á esos negros infelices de la Costa Grande, buenos sólo para sembrar algodón y tabaco? ¿Cómo habría podido seducir á esos rústicos Galeanas y convertirlos de la noche á la mañana en generales; cómo habría podido resistir á los valientes jefes (y en esto lanzó una mirada oblicua á Cosío), experimentados en el arte de la guerra, habilísimos tácticos, él, que no ha leído más táctica que la del Misal? Jure usted, señor Don Joaquín, que ese mal sacerdote trae al demonio en el cuerpo. La historia de la Iglesia, por otra parte, presenta numerosos ejemplos de hombres de semejante especie. Simón Mago, Arrio, Nestorio, Lutero, Calvino, todos los heresiarcas....

—Basta, volvió á exclamar Cosío con voz irritada y cogiéndose la cabeza entre las manos.

—¿Le duele á usted la cabeza, mi Coronel? preguntó Garrote.

—Algo, ya sabe usted.... la calentura. Pero este Cura, añadió en voz baja, me mareaba con su charla.

En esto dieron las ocho y comenzó á sonar el toque de ánimas, que en la Parroquia de Tixtla era prolongado y lúgubre en extremo.

El Cura aprovechó la ocasión para salir del silencio embarazoso á que lo obligaba el enfado de Cosío, y arrodillándose con la cara vuelta á la pared, dijo:

—Recemos por el alma de los fieles difuntos, y especialmente por los que murieron en Chichihualco en defensa de la religión y del Rey.... Y comenzó á murmurar: "Requiem aeternam dona eis Domine."

—"Et lux perpetua luceat eis," respondió Guevara, poniéndose también de rodillas.

Garrote, á su pesar, y conteniendo la ira, se levantó también para rezar. Cosío se reclinó en la mesa, con la cabeza entre las manos.

Después de los sufragios de costumbre, que el Cura multiplicó adrede, éste se levantó, lo mismo que Guevara, mientras que Garrote se dirigió á la puerta que daba al interior de la casa, por donde se oía ruido de gente.

A poco volvió diciendo:

—Es Don Juan Chiquito con el gigante.

—Que entren, murmuró Guevara.

Y entró primero un sujeto pequeño, regordete, cabezón, con grandes patillas rojas, vestido con chaquetón de paño oscuro, botas de montar, llevando ceñido un gran sable y en la mano un sombrero de vicuña adornado de toquillas y chapetones de plata.

Era el Comandante Don Juan Navarro, llamado generalmente á causa de su estatura de enano, "Don Juan Chiquito," y que después de haber servido para escoltar los convoyes de la nao de china de Acapulco á México, y las conductas de plata de México á Acapulco, se había hecho célebre co-

mo guerrillero contra los insurgentes de la Costa.

En pos de él entró, inclinándose para pasar por la puerta, un extraño personaje, un gigante de un poco menos de tres varas de altura, bien proporcionado, como de treinta y siete años de edad, de aspecto bonachón, trigueño, lampiño y vestido de granadero, con casaca y pantalón verdes con vivos rojos y gran shacó adornado de un largo chilillo que casi llegaba al techo.

Era Martín Salmerón, llamado en el Sur vulgarmente Martín de Acalco, por haber nacido en el rancho de Acalco, cerca de Chilapa, y que era famoso por haber recorrido casi toda la Nueva España, desde que el Virrey Branciforte, á quien fué presentado en primero de Noviembre de 1796, le permitió que se mostrase, por paga, como un fenómeno extraordinario.

Era el mismo á quien conoció el Barón de Humboldt y cuyo retrato, hecho por el pintor Guerrero, tenemos en el Museo Nacional.

Cosío, que no lo había visto nunca, se quedó contemplándolo con admiración; Guevara y Garrote contestaron el saludo humilde que les dirigió, y el petulante Cura le alargó una mano flacucha, que el gigante se inclinó á besar, tomándola en una de sus manazas.

—Hasta hoy á la oración pudo llegar de Chilapa, dijo Don Juan Chiquito, y ha estado vistiéndose y tomando algún refrigerio. ¡Vea usted qué magnífico granadero, mi Coronel!, añadió el enano, con una risa estúpida, dirigiéndose á Cosío.

—Muy bien, y, ¿qué va usted á hacer con ese gigante? preguntó Cosío á Guevara.

—¿Cómo qué? respondió éste; ¿no le parece á usted que lo pongamos al frente de la línea de batalla, junto al fortín, ó en otra parte en que pueda ser visto é infundir pavor en los enemigos?

—Eso es, exclamó el Cura; Sansón contra los filisteos.

—Sería una lástima, dijo Cosío, que en vez de Sansón hiciera el papel de Goliat, y que una bala, en vez de una piedra, nos privara de esa maravilla.

—Señor Coronel, se atrevió á observar el Cura; usted parece olvidar que el Dios de Israel está con nosotros, y que por eso este gigante no puede ser más que Sansón, y que los insurgentes no pueden ser más que filisteos, enemigos del pueblo escogido, y que....

—¡Basta! gritó por tercera vez Cosío, pónganlo ustedes donde quieran....

—Vaya usted á descansar, Don Martín, dijo Guevara al gigante; y usted, Don Juan encárguese de alojarlo y de tenerlo listo.

El gigante y el enano salieron.

A la sazón que se verificaba esta entrevista en la casa del Subdelegado, un jinete bajaba apresuradamente por la cuesta que conduce de Chilpancingo á Tixtla y que termina en el bellissimo bosque de ahuehuetes que se llama de la Alberca, porque, en efecto, allí hay una Alberca antiquísima, cuyas aguas abundantes sirven para el riego de las huertas de un barrio entero.

El jinete, luego que bajó al camino llano que flanquean las cabañas y los jardines indígenas, puso su caballo al galope, llegó hasta cerca del Santuario que está escondido en otro bosque de ahuehuetes, y torciendo á la izquierda tomó por la calle Real, respondiendo á cada paso á los centinelas que lo detenían; entró en la plaza por un portillo del parapeto y se apeó en la casa del Subdelegado, diciendo á un oficial de órdenes que lo anunciara.

—Habla, le dijo Guevara, viéndolo aparecer en la puerta de la sala; ¿qué hay?

—Señor, que Morelos está aquí mañana.

—¡Mañana! exclamaron en coro Cosío, Guevara y Garrote. En cuanto al Cura Mayol, se desplomó en una silla.

—Sí, mañana, continuó el emisario; lo sé de cierto; la persona que usted sabe me lo aseguró, diciéndome que viniera yo en el acto á avisarlo á usted.

—¿A qué horas has salido de allá?

—Obscureciendo; pero tuve que extraviar camino, y como no se puede correr por las cuevas, he tardado....

—Pero, y bien, ¿qué notaste tú en las tropas? preguntó Cosío.

—En las tropas, nada; todas están acuar-

teladas; algunos oficiales se pasean cantando.

—Y, ¿Morelos? ¿Viste á Morelos?

—Lo ví en la tarde, paseando á caballo con Don Leonardo Bravo y con otros. Después ya no volví á verlo.

—Y mi hija, ¿viste á mi hija? preguntó con ansiedad Guevara.

—Sí, señor; pero no pude hablarle más que unas palabras. Estaba con la niña en los brazos. Me vió entre los mozos, me llamó y me dijo en voz baja:

—Dile á mi señor padre que no tenga cuidado, que nada le harán mañana plaza.

—¿Que nada me harán?

—¿Que nada le harán á usted? añadió el Cura; pero esa gente ya da por suya esta

—Bueno, dijo Cosío; ¿tiene usted confianza en su amigo de Chilpancingo?

—Completa, respondió Guevara. Es seguro que mañana seremos atacados.

—Y, ¿á quiénes viste de Chilpancingo entre los insurgentes?

—A todos, señor, contestó el emisario; á los Bravos, á los Ruedas, los Aldames, los Catalanes, los Alarcones, los Salgados, de Amojileca, á todos; todos están con ellos en la infantería y la caballería.

—¿Pícaros! exclamó Guevara. ¿Y mi yerno Nicolás?

—Con ellos; él también está en la caballería; toda la tarde ha andado á caballo con Vicente Guerrero y con Nicolás Catalán.

—Bueno, dijo Cosío, ya estamos enterados; ahora, es preciso tomar nuestras providencias. Morelos, con la gente que tiene, sólo podría quitarnos la plaza estando dormidos nosotros. Pero lo conozco; es capaz de intentarlo. Así es que vamos á pasar la noche en vela. Yo voy á llevarme todo el "Fijo" y los "Lanceros" al fortín, para presentar batalla, si es posible. Usted, señor Don Joaquín, cuide de los puntos de la plaza. Usted, señor Cura, deje el catalán y ayúdenos en lo que pueda.

—Yo, señor Coronel, dijo el Cura con altanería, con catalán y sin catalán, soy un

Ministro del Altísimo, y mi puesto está junto á los altares; allí velaré por mi grey.

—Venga usted, Garrote, dijo Cosío, cinéndose su sable.

—Con este hereje, dijo el Cura á Guevara, cuando el Coronel hubo salido, temo que nos suceda una desgracia. Por sí ó por no, despache usted á su familia á Chilapa, hoy, en el silencio de la noche. Ponga usted en salvo su vajilla y todo lo que tenga de valor, porque nadie sabe lo que puede pasar con esos judíos. Yo voy á ver si puedo conciliar el sueño, aunque lo creo difícil, y al alba mandaré llamar á misa; desde entonces se tocará rogación y mis Vicarios y yo imploraremos el auxilio divino en favor de las armas del Rey.

Guevara se quedó pensativo un momento, y luego, siguiendo los consejos del Cura, fue á despachar á su familia, á poner en salvo sus tesoros.

Al rayar la aurora, Cosío había formado su batalla en una colina chata y pedregosa cercana al fortín que llamaban del Calvario porque estaba del lado de esa capilla, y frente á otra que se llama "Piedras altas." Sabía, por sus exploradores, que Morelos había salido de Chilpancingo á la una de la mañana, y que no tardaría en presentarse en el camino, justamente frente á la posición escogida.

El "Fijo de México," apoyando en el fuerte su extrema izquierda, estaba listo para entrar en acción. Los "Lanceros de Veracruz," situados á retaguardia del Fijo, y las cuatro piezas de grueso calibre puestas en batería en el fortín, cargadas á metralla, y con sus artilleros, mecha en mano. El plan de Cosío consistía en dejar acercarse á la columna insurgente sin hostilizarla, y teniéndola á tiro de fusil, cargar sobre ella, apoyándose en todo caso, en el fuerte. Así en un combate rápido y terrible iba á decidirse ese primer encuentro, quedándole, sin embargo, en caso de un desastre, el poderosísimo apoyo de la plaza de la ciudad, en cuyas fortificaciones se habían colocado otras cuatro piezas, distribuidas en dos bocacalles en el cementerio de la Parroquia, defendiéndolo todo las Compañías de mili-

cianos y los vecinos armados, al mando de Guevara.

La bandera española flameaba orgullosa en el fortín, en la plaza, y en la única torre de la Parroquia. Los tambores y los pifanos acababan de tocar diana y aún resonaban los gritos de "¡Viva el Rey!" que repetían los ecos de las montañas vecinas, cuando al dorar el sol los encinares de la cumbre, por la que serpentea el camino de Chilpancingo, apareció la descubierta de caballería de los insurgentes, bajando poco á poco. Luego comenzó á desfilar también la infantería, el Regimiento de Guadalupe, desplegada al aire la bandera blanca y azul. Después venían tres pequeñas piezas cargadas en mulas, el parque, y á retaguardia la caballería de los Bravos, compuesta de magníficos jinetes de brillantes mangas rojas y azules con fleco de oro y plata. Esa caballería llevaba como enseña un estandarte rojo.

Cosío y Garrote examinaban atentos este desfile pausado y majestuoso.

De repente resonó un ¡viva! en las filas insurgentes, y en una colina más cercana al fuerte, apareció un gran grupo de jinetes, llevando en el centro una bandera negra. ¡Ahí estaba Morelos!

III.

En efecto, era el caudillo que había venido á examinar hasta allí las posiciones enemigas.

Después de que las hubo estudiado con detenimiento, fijando alternativamente su anteojo en el fortín y en la parte de la población que se veía, sus ayudantes fueron á comunicar las órdenes.

La columna descendió á la llanura pedregosa de las Piedras Altas y allí hizo alto. Morelos no tardó en reunirse á ella.

El Capitán Don Vicente Guerrero y Don Leonardo Bravo venían con él. Como prácticos en el terreno, Morelos los había llamado para informarse acerca de los lugares.

Don Hermenegildo Galeana, llamado en seguida, vino á recibir órdenes.

—Señor Galeana—le dijo Morelos—dentro de una hora ese fortín debe estar en nuestro poder. No podemos emplear mucho tiempo, porque inmediatamente después tenemos que tomar la plaza, que á lo que parece está bien fortificada. El Regimiento de Guadalupe, menos la compañía de mi escolta, bastará para eso. Y ya sabe usted, hay que economizar el parque, tanto, que es preciso no disparar, sino á quema-ropa. No haremos uso de nuestras piezas, y pueden quedarse cargadas. En cuanto á los "colorados" y á los "verdes,"—añadió señalando la línea de batalla de Cosío,—corren de mi cuenta.

Galeana partió á galope, y fué á dividir su Regimiento en cuatro columnas de asalto, cuyo mando encomendó á sus hermanos Don Juan José, Don José Antonio, y á su sobrino Don Pablo, quedándose él con la primera, que llevaba la bandera blanca y azul, la bandera de la Independencia.

Luego Don Leonardo y Don Miguel Bravo fueron á unirse á la caballería de Don Víctor, que se había colocado á cierta distancia, haciendo frente á los "Lanceros de Veracruz" y á la guerrilla de cuerudos de Don Juan Chiquito, que parecía muy belicosa. La caballería insurgente se dividió en dos trozos. Don Víctor y Don Miguel Bravo se pusieron á la cabeza del uno, con el objeto de atacar á la caballería realista; Don Leonardo y Don Nicolás, su hijo, al frente del otro, vinieron al lado de Morelos, quien formó su batalla con él y con su escolta, para atacar de frente á la infantería de los colorados y de los milicianos, á cuya cabeza estaban Cosío y Garrote.

En esto y á punto de comenzar el combate, Morelos vió algo raro en las filas enemigas, y llamó á Guerrero, que se disponía á incorporarse á su Regimiento de Guadalupe.

—¿Qué es eso?—le preguntó, señalando á un hombrazo vestido de verde, y que blandía una lanza enorme.

—Señor—respondió Guerrero—ese debe ser "Martín de Acalco," el gigante, el que ha andado enseñándose en las plazas de toros

con ese uniforme de granadero. ¡Lo traerán para espantarnos!....

Morelos se rió de buena gana.

—¡Qué ocurrencia!—dijo.—Estas gentes son muy cándidas y nos tratan como a chiquillos.... ¡Hola, colega!—exclamó, llamando al joven Capitán Don Luis Pinzón; y cuando éste llegó, caracoleando en un magnífico caballo que acababa de regalarle Don Nicolás Bravo,—usted ha estudiado Teología y ha leído la Sagrada Escritura, ¿no es así?

—Sí, señor,—contestó Pinzón.

—¿Se acuerda usted de la famosa batalla del valle de Terebinto?

—Sí, señor, aquella en que David mató al gigante Goliat de una pedrada. Eso está en el primer libro de los Reyes.

—Bueno: pues aquí va á haber algo parecido. ¿Ve usted ahí al frente de la línea enemiga aquel figurón vestido de verde, con un enorme gorro y una lanza?... También es un gigante que se llama Martín.... ¿de qué?

—De Acalco—repitió Guerrero.

—Martín de Acalco—continuó Morelos.—Ahora bien: usted va á ser el David de ese Goliat; pero no un David que lo mate, sino que me lo entregue bueno y sano. Es un pobre hombre, y además un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y es preciso conservarlo. Así es que usted, que tiene ingenio y travesura, verá cómo hace para cogerlo vivo y sano, ¿estamos?

Todos sonrieron. Pinzón parecía conternado.

—¡Cogerlo vivo!—exclamó.—Pero señor, eso es más de lo que hizo el Rey David.

—No hay excusa: usted me responde del gigante Goliat, chiquitín, ¡cuidado con matarlo!

Luego Morelos llamó al valiente P. Talavera, que en su calidad de Teniente Coronel venía muy bien montado y equipado militarmente.

—Amigo Talavera,—le dijo—antes de derramar sangre, es necesario dejar á salvo nuestra responsabilidad. Para mí es un caso de conciencia, y me pronengo siempre antes de atacar una plaza, intimarle rendi-

ción. Así es que, más bien por cumplir con este deber de humanidad que por llenar las fórmulas de la cortesía militar, va usted á tomar una bandera blanca y un tambor, y á dirigirse á ese fortín. Allí, en mi nombre, intimará usted al jefe que comande, la rendición del fuerte y de la plaza en el término de dos horas, y sin condiciones. Si acepta, puede usted ofrecer la garantía de la vida para todos; en caso contrario, éi será responsable de las consecuencias.

Talavera partió con su bandera blanca y su tambor, y como no mediaba gran distancia entre la meseta de las Piedras Altas, en que se hallaba formado el pequeño ejército insurgente, y la empinada cumbre del fortín, pronto llegó al pie de esta última, y allí tocó parlamento.

Cosío no quiso que se introdujera al parlamentario á la línea realista, sino que salió á caballo, acompañado del Comandante Garrote, bajó rápidamente la quebrada cuesta de la colina y se acercó á Talavera.

Luego que hubo escuchado la intimación, contestó, irguiéndose, con una expresión marcada de altanería y desprecio:

—Puede usted contestar al jefe que lo envía, que los soldados fieles del Rey, como yo, no quieren pláticas con los rebeldes, y que es ridículo hacer intimaciones con una chusma como la que está ahí, á una plaza que tiene fuerza regular y tres veces mayor. Esa es mi respuesta; y no vuelva usted á presentarse con bandera de parlamento, porque no será respetada.

Cosío y Garrote se volvieron al fuerte, sin saludar siquiera al parlamentario, que regresó iracundo á incorporarse á Morelos, á quien comunicó la desdeñosa respuesta de Cosío.

—¡Ah! ¿con que es ridículo intimarle rendición con esta chusma?—dijo Morelos sonriendo.—Pues todo ese ridículo se les va á venir encima cuando les hayamos tomado la plaza que tiene una fuerza regular y tres veces mayor. Me gusta la fanfarroñada en el enemigo, porque es como salsa que hace más apetitoso el triunfo. Vamos, amigo Talavera, deje usted la bandera blan-

ca, y empuñe la lanza, que ya es tiempo, y ¡que Dios nos proteja!

Entonces, dadas las últimas órdenes, Morelos, que estaba á pie, montó en su caballo de batalla, un hermoso caballo negro de la hacienda de los Bravos, y que el caudillo refrenaba con destreza. Morelos, aunque grueso, era un gran jinete, y en aquel brioso corcel, y envuelto en su poncho blanco atado al cuello con una cadenilla de oro, parecía verdaderamente majestuoso y terrible. Sus soldados fijaban en él los ojos con idolatría. Don Leonardo y Don Nicolás Bravo, el bizarro Talavera, un grupo de valientes lo rodeaba.

Entonces hizo una seña y los tambores tocaron el paso de ataque; la bandera negra, la bandera terrible, se desplegó á su lado; los Galeanas se pusieron en movimiento á la cabeza de sus columnas y en dirección al fortín, en silencio y á paso veloz.

Como viese Don Leonardo Bravo que Morelos se disponía á combatir en persona, se acercó á él con solicitud y le dijo:

—Señor, usted no debe exponerse así, como un soldado. Para eso estamos aquí nosotros. Usted debe disponer y nosotros ejecutar. Ruego á usted, en nombre de todos, que no se exponga.

—Amigo Bravo, respondió con firmeza Morelos. Hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojó y en que la orden del General debe ser el ejemplo. Este es uno de ellos. El enemigo tiene su fortín, su plaza, su artillería y mil seiscientos hombres. Nosotros no somos más que seiscientos, y sin artillería. Sólo el arrojó puede triplicar nuestras fuerzas y hacernos superiores. Lo que vamos á hacer es casi un milagro, pero de él depende nuestra suerte futura. Es preciso, pues, que demos el ejemplo, y al vernos, todos serán mejores.

Diciendo esto, desenvainó el sable, y gritando:

—“¡Ahora nosotros!”, se lanzó á galope al frente de su columna sobre la línea de batalla realista.

Aquello fué obra de un momento, pero de un momento terrible. Los Bravos y sus valientes chilpancingueños, que combatían por

la segunda vez, queriendo rivalizar de nuevo en arrojó con los Galeanas, y en esta acción más empeñada que la de Chichihualco, se lanzaron como leones y siguiendo el ejemplo de Morelos, sobre la infantería de los “Colorados” y de los milicianos, que fue deshecha en algunos minutos, rindiéndose prisioneros los que no murieron, ó refugándose en el fuerte con Cosío, que se batió desesperadamente, pero que, como los demás, puso su salvación en la fuga. Los “Lanceros de Veracruz” y los guerrilleros de Don Juan Chiquito, fueron más obstinados y resistieron más largo tiempo; pero los cien jinetes de Don Víctor y Don Miguel Bravo, semejantes á los paladines de la Edad-Media, se avanzaron hacia ellos sin disparar un tiro, se mezclaron entre sus filas y los acuchillaron sin piedad. En aquella confusa mezcla de caballeros, en que no se oía más que el sordo rugido de los combatientes y el chasquido de los sables, fácil hubiera sido que los partidarios se hubiesen matado entre sí, pero Morelos había hecho que todos los suyos pusiesen en sus sombreros, á guisa de escarapela, una rama de encina. Además, los soldados realistas tenían uniforme, y los guerrilleros su vestido de piel amarilla. Así es, que los insurgentes no tenían uniforme, no equivocaban á sus enemigos, ni erraban golpe, derribando á su paso cuanto se les oponía. Por fin, los pocos lanceros y guerrilleros de Chilapa que escaparon de la matanza, se alejaron á todo correr, y como pudieron, del campo de acción, y por una hondonada que se halla á la derecha del fortín, en cuyo fondo corre el arroyo de Cuauhtlapa, se dirigieron unos á la plaza, y otros á la llanura del Norte de Tixtla y camino de Chilapa.

Entonces la pequeña columna de Morelos y la de Don Víctor y Don Miguel Bravo, se dirigieron al costado derecho del fortín, para apoyar el ataque del Regimiento de Guadalupe, que en estos momentos parecía en todo su furor. El fortín, mandado por Garrote y defendido por trescientos hombres y cuatro piezas de grueso calibre, se veía cubierto por una densa y oscura

nube de humo, sobre la cual se veía flotar la bandera española. De los parapetos de piedra y adobe del fuerte, caía una lluvia de metrallas y de balas sobre las columnas de los Galeanas, que trepaban por la cuesta silenciosas y terribles diezmadadas á cada paso, pero sin retroceder un palmo, conducidas por aquellos guerreros de la costa, que, como si hubieran sido invulnerables, seguían adelante, siempre adelante, á pie, con el sable desnudo y el brazo extendido hacia la fortaleza.

Morelos, al ver esto desde el punto en que marchaba su columna, exclamó lleno de admiración, hablando con Don Leonardo Bravo:

—¡Qué hombres, Don Leonardo! ¡qué hombres!

—Pero van á acabar todos si no llegamos á tiempo,—respondió Bravo.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando pareció envolver el fortín un cinturón de fuego, y al estallido de una descarga general, sucedió un silencio de muerte.

Don Leonardo pareció angustiado. Morelos hizo alto lleno de confianza, y con el rostro radiante, dijo:

—¡El fortín está tomado!

En efecto, un momento después, la bandera española, que había flameado sobre el fortín, descendía rápidamente, y en su lugar se enarbolaba la bandera blanca y azul, la bandera del Regimiento de Guadalupe.

Al verla, la columna de Morelos prorrumpió regocijada y llena de entusiasmo, en un grito unánime:

—¡Viva la Independencia! ¡Viva Morelos! ¡Viva Galeana!

Morelos y sus soldados llegaron unos instantes después al fortín, y Don Hermenegildo Galeana, cubierto de sangre y de pólvora, salió de los parapetos, y se adelantó resolutivamente á recibir al caudillo, llevando en las manos la bandera española.

—Señor,—le dijo, descubriéndose,—aquí tiene usted la bandera del enemigo; ahí adentro tiene usted trescientos prisioneros. Cosío y Garrote corrieron

—Muy bien, señor Galeana,—contestó Mo-

relos,—guarde usted la bandera; es un trofeo del Regimiento de Guadalupe. Ahí tenemos otras en la plaza,—añadió, señalando las que se veían perfectamente sobre la torre de la Parroquia y en la plaza de Tixtla.

Luego Morelos fué á examinar á los prisioneros, que desarmados y temblando se amontonaban en el gláciz del fuerte, lleno de cadáveres, y rodeados por los soldados vencedores. Estos vitorearon calurosamente á su General, que los felicitó por aquella hazaña verdaderamente extraordinaria.

Pero llamando aparte á Galeana, le dijo, con cierta inquietud:

—Tantos prisioneros van á ser un estorbo para nosotros; tenemos que tomar la plaza, y si dejamos aquí una custodia conveniente, no nos quedan soldados para el asalto. ¿Qué haremos? Matarlos..... ¡no puede ser!

Galeana reflexionó un momento:

—No nos queda más que un recurso,—dijo,—los haremos entrar en ese galerón, después de sacar las municiones que están ahí, y les abocaremos una pieza, encargando al oficial, que al menor movimiento de ellos, haga fuego. Esto nada más mientras dura el asalto.

—Bien pensado,—dijo Morelos,—y sobre todo, no queda otro medio. Póngalo usted luego en práctica.

Mientras que Galeana iba á ejecutar esta orden, se oyó una gritaría fuera de los parapetos. Era una mezcla de risotadas y de vivas en la columna de los Bravos, que había quedado al pie del fortín.

Causábala el joven Don Luis Pinzón, que conducía al gigante Martín de Acalco, bien maniatado y custodiado por cuatro costañeros del Regimiento de Guadalupe.

El hombrazo todavía con su uniforme verde, su gran gorro de granadero, y atadas las manos á la espalda, parecía tan moñino y confuso, que daba pena verlo.

Morelos lo miró con curiosidad y con lástima.

—Señor,—le dijo Pinzón,—aquí está Goñal bueno y sano.

—¡Bravo colegial!—le contestó el caudi-

llo,—no creía yo que pudiera usted cumplir tan bien mi orden.

—Me ha costado mucho trabajo, señor,—replicó Pinzón con cierto acento de queja.—Además, me he privado de hacer cosas mejores por tal de coger vivo este elefante.

—¿Y cómo?...—preguntó sonriendo Morelos.

—¡Ah!.... hemos trabajado mucho.... Como que estaba terrible, como todos los animales mansos cuando se enfurecen. Ya "mero lo matábamos," porque también él nos acometía con su lanza. Pero vió correr á sus jefes, y echó á correr también él. Entonces pude manganearlo de un pie, y cayó al suelo. Fué cuando estos muchachos lo amarraron antes de que pudiera levantarse. Pero, señor, pude haber estrenado mi caballo en otra cosa.

—Vamos,—dijo Morelos, fingiendo enfado,—no se queje usted; ¿qué cosa mejor pudo usted haber hecho? Ha cogido prisionero al hombre más grande del ejército realista.—Y luego, dirigiéndose á Martín Salmerón, le dijo:

—Le perdono á usted la vida, porque es usted un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y porque sé que es usted un hombre pacífico, á quien han obligado los gachupines á pelear contra nosotros. Quedará usted libre luego que hayamos tomado la plaza; pero le prevengo, que si vuelvo á encontrarlo en las filas enemigas, no he de ser tan benigno.

El gigante, después de haber dado las gracias con una gran reverencia, fué puesto con los demás prisioneros en el galerón del fuerte.

Después, Morelos llamó á Guerrero, que estaba también cubierto de sangre, pues fué de los asaltantes del fortín, y llevándolo á un lugar desde donde se descubría perfectamente el panorama entero del valle y de la población de Tixtla, pues la colina del fortín es la altura más dominante y próxima al caserío, comenzó á preguntarle acerca de los puntos que importaba conocer.

Abajo del fortín había otra colina que no estaba dividida de la primera, sino por una calle estrecha y profunda. Allí había

una pequeña capilla. Era el Calvario, hasta donde subían las procesiones en la Semana Santa, por una pendiente muy inclinada, que descendía á la plaza y que cortaba por enmedio el barrio Alto. Las casas de este barrio, así como todas las de la población, se veían tan bien, que podían distinguirse á la simple vista hasta las personas. El atrio de la Parroquia, convertido en fuerte, estaba lleno de soldados, y había allí dos piezas de á ocho. Las boca-calles laterales tenían otras dos. Las calles del Empedrado, la Real y la de la Estación, que corren de Norte á Sur de la población, estaban desiertas y por los callejones que comunicaban con ellas, sólo se veían pasar rápidamente y de cuando en cuando, algunos soldados.

Abajo y á la derecha del fortín estaba el hermoso bosque de ahueluetes de la Alberca; un poco más allá, el bosque, también de ahueluetes, del Santuario. Al Oriente, más allá del caserío, y á orillas de un hermoso lago azul que confina con dos cerros elevados y cubiertos de vegetación, se veía una zona verde hermosísima, dividida simétricamente, y presentando el aspecto de una alcatifa lucente y aterciopelada.

—¿Qué sembrados son esos?—preguntó Morelos á Guerrero.

—Son las huertas, señor, así las llamamos en Tixtla. Son huertas de sandías y de melones, muy sabrosos que se siembran en el terreno húmedo que deja la laguna cuando se seca en este tiempo; y sólo en este mes existen, porque después viene el tiempo de aguas, y la laguna cubre todo ese terreno.

—Ahora comeremos esos melones,—dijo Morelos.—Y aquellos cerros, ¿cómo se llaman?

—El pequeño, que está al Norte á orillas de la laguna, se llama Texcaltzin; el cerro grande que se ve detrás de la Parroquia y arriba del lago, se llama Tapaxtla; la barranca roja que lo divide del otro, se llama Xompito, y este otro cerro que está al Sur, Hueyantipan. Abajo, queda el camino para Mochitlán, un pueblo muy fértil que está á cuatro leguas, y más acá, junto

al Santuario, está el camino que va á Aca-pulco.

Luego, volviéndose hacia el Noroeste, Guerrero señaló los cerros por donde se distingue el camino de Chilapa, arriba de una bella y dilatada llanura; al Norte el camino de Atliaca, que se dirige al río de Mescala, por la cañada de Totoltzintla, y al Nordeste el gran cerro de Coyopula, á un lado del cual había descendido el ejército insurgente.

—¡Qué hermosa es la tierra de usted, Guerrero,—dijo Morelos,—por donde quiera sembrados, arroyos, colinas verdes y montañas magníficas! ¡Lástima que la población sea tan "chaqueta!"

—Sí, señor, es lástima de veras,—contestó Guerrero,—pero si logramos convertirla, sacaremos de ella buenos soldados.

—Vamos á verlo,—concluyó Morelos cerrando su antejo y llamando á los Galeanas y á los Bravos.

—Son las nueve de la mañana,—dijo, mirando su reloj.—A las doce es preciso que la plaza esté en nuestro poder. Señor Galeana, usted con el Regimiento de Guadalupe penetrará por esas calles,—dijo, señalando las que se llaman del Empedrado y Real. El Capitán Guerrero, con una Compañía, tomará por aquella que se llama de la Estación, y atacará á retaguardia de la Parroquia. Los señores Don Miguel y Don Víctor Bravo atacarán por la parte Norte, y Don Leonardo y yo tomaremos por nuestra cuenta la plaza, y bajaremos por el costado izquierdo de esta colina. Pero para preparar nuestro ataque, empezaremos por cañonear la plaza, y ya que tenemos piezas de batir, las aprovecharemos.

Los jefes fueron á disponer sus columnas, y un momento después, un cañoneo vigoroso y acertado, inundó el terror en la plaza y en la población, desmontaba las dos piezas del frente del atrio, derribaba una parte de la torre, y anunciaba, en fin, el asalto, que no tardó en seguirse.

Este no duró más que el tiempo necesario para que bajasen las columnas la quebrada y áspera cuesta del Calvario. El Regimiento de Guadalupe, muy disminuido

ciertamente, pero fuerte todavía en más de trescientos hombres, y guiado siempre por los Galeanas y por Guerrero, avanzó por los puntos señalados, y horadando casas ó marchando á pecho descubierto, se acercó á las últimas fortificaciones de la plaza, en donde los milicianos y los vecinos armados hicieron una resistencia desesperada. Don Miguel y Don Víctor Bravo tomaron también toda la parte fortificada del Norte; Guerrero penetró hasta el pie de los parapetos levantados á espalda de la Parroquia, y cuando se oyeron las descargas de la columna que guiaba Morelos en persona en la plaza, Galeana ordenó el asalto al atrio de la Parroquia, que fué tomado inmediatamente. Las tropas de la plaza, que aún se hacían fuertes en varias casas de la plaza, aspilleradas y claraboyadas, no tuvieron otro recurso que tocar parlamento y rendirse á Morelos.

Cosío, Garrote y Guevara, se habían escapado durante la refriega y corrían ya rumbo al Oriente de la población, sin que los insurgentes pudieran evitarlo, ocupados, como estaban, en el asalto.

Muchos de los defensores del atrio se refugiaron en la iglesia, que estaba llena de familias, y cuyas puertas se hicieron abrir con terribles clamores. El Cura Mayol y sus Vicarios, trémulos de espanto y revestidos con los ornamentos sagrados, se hallaban en el Presbiterio arrodillados, rezando en voz alta y teniendo al Santísimo expuesto en el altar mayor. Allí, al pie del ara se agrupaban con la mayor angustia, durante el asalto, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, presentando el espectáculo de la mayor desolación.

Aún resonaban algunos tiros en el atrio, cuando las puertas de la sacristía, que daban al Presbiterio, se abrieron, y el Capitán Don Vicente Guerrero, descubierto y con el sable metido en la vaina, se presentó é hizo ademán de hablar.

El Cura se precipitó á su encuentro.

—Señor Don Vicente, Vicentito, hijo mío: tengan ustedes misericordia de nosotros; aquí no hay más que mujeres.

—Señor Cura, dijo Guerrero, la plaza es

nuestra; pero no tengan ustedes cuidado alguno, porque sabemos respetar á la gente pacífica. Tranquilice usted á estas infelices gentes y que se retiren á sus casas. Pero en cuanto á los soldados que se han refugiado aquí, son mis prisioneros y deben rendirse al General.

Las mujeres no se tranquilizaron y al contrario, redoblaron sus ruegos y clamores. El Cura subió al altar, tomó la custodia, y temblando como un azogado dijo á Guerrero:

—Vicentito, amigo mío, por lo más sagrado que tenga usted, acompáñeme á ver á S. E. el señor Morelos para aplacarlo.

—Pero, señor Cura, dijo Guerrero, no hay necesidad de aplacarlo; lo que va usted á hacer es inútil. Ya he dicho que las familias pueden retirarse en paz. Los soldados, que vengan conmigo.

Entonces los soldados de Guerrero penetraron en la iglesia y se apoderaron de los realistas, que entregaron luego sus armas.

Pero el Cura, llevando el Santísimo y seguido de sus Vicarios y de una gran multitud, salió de la iglesia, atravesó el atrio, sembrado de heridos, y fué á la plaza, en donde Morelos aseguraba á los prisioneros que se le habían rendido.

Al ver el caudillo todo aquel aparato, se indignó, y descubriéndose, pero sin bajarse del caballo, vino al encuentro del Cura.

—Excelentísimo señor, dijo éste. En nombre de este Divínísimo Señor, ruego á V. E. que tenga misericordia de tantas familias.

—Señor Cura, contestó Morelos, ¿á qué viene todo este aparato que desdora á la religión? Nadie ofende á las familias, ni nosotros somos las fieras que usted pinta. Vaya usted á depositar el Santísimo y á tranquilizar á esa pobre gente, que sólo usted ha podido espantar.

El Cura se retiró haciendo reverencias con todo y la custodia, y más sereno, entró en la iglesia; pero no depositó el Santísimo, sino que volvió á colocarlo en el altar y él permaneció arrodillado, llorando y con las manos enclavijadas.

Después, Galeana le presentó á Morelos trescientos indios de Tixtla que habían si-

do hechos prisioneros en la Parroquia y en otros puntos.

—Guerrero, dijo Morelos. usted que habla el mexicano, diga á estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, los recibiré con gusto.

Guerrero arengó á sus compatriotas, y les dirigió palabras tan expresivas, que todos ellos pidieron seguir con los insurgentes.

Este hecho fué como un arco-iris en el alma del héroe, poco há agitada por la cólera. Dirigióse contento á la casa del subdelegado, viendo arriar las banderas españolas de la torre y de la casa, y preguntó sonriendo por Cosío y Guevara.

—Allá van, señor, dijo Don Nicolás Bravo, señalando un camino que se dibujaba como una culebra roja en la empinada cuesta del cerro de Tapaxtla. Allá van para Chilapa.

—No quiso su suegro de usted, añadió Morelos, chanceando, deberle á usted la vida.

En la casa del subdelegado, esperaba á Morelos otro momento de disgusto.

El Cura Mayol estaba allí, todavía revestido con su capa pluvial, y con el bonete en la mano, acompañado de los acólitos con cruz y ciriales.

—¿Viene usted ahora á exorcismarme, señor Cura? le dijo Morelos bastante serio. ¿Por qué anda usted todavía con esas ropas sagradas?

—Vengo, Excelentísimo, señor, á decir á V. E. que todo está listo para el "Te Deum."

—Y, ¿quién ha dicho á usted que yo quiero "Te Deum?" ¿Cree usted que Dios recibirá esas acciones de gracias que usted le dirigiera por nuestro triunfo, cuando sólo siente usted odio contra nosotros? ¿Acaso presume usted que ignoro lo que usted ha predicado y hecho? Retírese usted, y no escandalice más á sus feligreses. Yo no quiero más "Te Deum" que la gratitud de los pueblos á quienes vengo libertando del yugo español. ¡Váyase usted!

—Pero, señor, ¿me perdona V. E.?

—¿Yo? dijo Morelos fastidiado. Yo no tengo nada que perdonarle. Yo no hago ningún caso de usted.

Luego que el Cura desapareció, Morelos, dirigiéndose á los Galeanas, á los Bravos y á los otros jefes, les dijo.

—Ahora, á atender á nuestros heridos, y á comer; hemos llegado á la hora. Son las doce. Después, á descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos á Zacatula á los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de buen agüero. Las banderas españolas se bajan á nuestro paso; los Generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía á entregarse á sus tareas ordinarias.

Tal fué la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las Gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron á decir de los sucesos de esa campaña del Sur después de Abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, á donde vinieron á explicar el cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena de hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; Don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración, con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares á quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud, en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



LA BATALLA EN EL PUENTE DE CALDERÓN.

I.

El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlanejo á Tepatitlán, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar, sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la Independencia, les volvió al fin las espaldas dando al ejército español el triunfo más importante que alcanzara en la lucha de la Independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los más grandes sucesos de mi patria, había sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barra y Zacoalco, en que había muerto la florida juventud de la ciudad; la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del Obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando; la concentración del ejército independiente y los preparativos de la batalla; la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motín interior; la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugi-

Luego que el Cura desapareció, Morelos, dirigiéndose á los Galeanas, á los Bravos y á los otros jefes, les dijo.

—Ahora, á atender á nuestros heridos, y á comer; hemos llegado á la hora. Son las doce. Después, á descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos á Zacatula á los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de buen agüero. Las banderas españolas se bajan á nuestro paso; los Generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía á entregarse á sus tareas ordinarias.

Tal fué la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las Gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron á decir de los sucesos de esa campaña del Sur después de Abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, á donde vinieron á explicar el cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena de hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; Don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración, con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares á quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud, en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



LA BATALLA EN EL PUENTE DE CALDERON.

I.

El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlanejo á Tepatitlán, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar, sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la Independencia, les volvió al fin las espaldas dando al ejército español el triunfo más importante que alcanzara en la lucha de la Independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los más grandes sucesos de mi patria, había sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barra y Zacoalco, en que había muerto la florida juventud de la ciudad; la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del Obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando; la concentración del ejército independiente y los preparativos de la batalla; la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motín interior; la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugi-

tivos: el terror con que se aguardaba al implacable Flon: la entrada de Calleja y las ejecuciones con que ensangrentó la ciudad; todos estos sucesos pasados del 11 de Noviembre al 21 de Enero, habían dejado en cada familia memorias dolorosas y recuerdos de espanto que aquella generación no podía olvidar, y que los que nacimos algunos días después de tan terribles sucesos, recogíamos desde nuestra más tierna infancia. Antes de poder comprender lo que era una batalla, ni por qué se había dado el terrible combate, el nombre de Calderón era para nosotros un nombre de infortunio, de sangre y de lágrimas, impreso en el alma por los primeros recuerdos de la infancia, é íntimamente ligado después con la idea del sacrificio de los parientes y los amigos de nuestras familias, del terror y la desolación de una ciudad entera, de la sanguinaria venganza de los opresores extraños, y del infortunio de nuestra patria.

Calderón era, pues, para mí, como para tantos otros, un nombre de indefinibles emociones, un recuerdo doloroso y de gloria á la vez; y por el sentimiento natural que excita nuestra curiosidad, deseando ver los lugares en que se han verificado los grandes sucesos históricos, yo ansiaba, hacía mucho tiempo, por pasar en Calderón algunas de aquellas horas solemnes de meditación que se pasan en la soledad, ocupada la mente en serias reflexiones, y conmovido el corazón con el recuerdo de los pasados sucesos. Durante mi vida he contemplado muchas veces los lugares de nuestras ciudades consagrados por alguna memoria, y yo no sé por qué la vista de los hombres despoja de sus encantos á estos monumentos; mientras que en la soledad adquieren un no sé qué de grave y de solemne, que hiera el alma y la aterra.

Tal fué lo que sentí en Calderón. La mañana estaba fría y nublada, como mañana de Diciembre: el viento sutil del Norte penetraba nuestros poros, produciendo un sordo murmullo las hojas secas de algunos árboles, y las extremidades de inmensas tablas de zacate seco, sobre cuya su-

perficie el aire describía mil fantásticos dibujos: delante de nosotros se divisaban las altas cimas de los montes, y á nuestros pies y á nuestro alrededor había una loma árida y desigual, sin árboles y sin agua, de un color rojizo y llena de piedras: en el fondo se veían algunos jacales y uno que otro animal pastaba rumiando en el campo... Estábamos en Calderón, en Calderón, que silencioso ahora, fué con todo un día el lugar en que cien mil hombres se reunieron para destruirse, para empapar aquel campo en sangre, y dejar sobre él centenares de cuerpos humanos que sirviesen de pasto á las aves de rapaña y á los animales feroces de aquellas cercanías: aquel silencio volvió luego, y no volverá á interrumpirse quizá hasta el fin de los siglos.

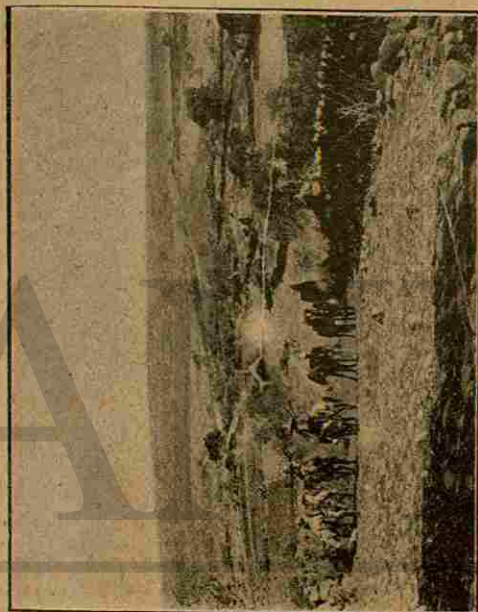
Yo llevaba una copia del plano de la batalla, levantado por el Estado Mayor del ejército realista y publicado por Torrente, y guiado por él logré situarme en la loma que se vé al Norte, y desde cuyos puntos más elevados se distinguen bastante bien el frente, los llanos de la derecha y los contornos de la loma, que á la izquierda se extiende hacia el Oriente del mapa. Esto era lo que yo deseaba: saqué mis apuntes, coloqué el plano, y comencé á compararlo con el campo famoso que tenía delante. El lector me permitirá que lo translade á la escena que yo recordaba, y que le diga sobre ella lo que he investigado, con las penas y dificultades que por la incuria de los contemporáneos cuesta ya aclarar los hechos históricos más importantes y más recientes.

II.

El campo de Calderón fué escogido para la batalla, por dictamen de Allende y Abasolo, quienes lo juzgaron como el más á propósito para resistir al ejército realista, que iría indudablemente á combatir á los jefes de la Independencia que ocupaban á Guadalajara. Todos previeron la inevitable necesidad del combate, y difirieron sólo en

cuanto al plan de resistencia, para cuya determinación se reunió una junta. Allende, que conocía la disciplina militar y apreciaba sus ventajas, temiendo el desorden de las masas desarmadas, con las que hasta entonces habían combatido, proponía que se dejaran en Guadalajara, y saliera sólo en busca de Calleja una división poco numerosa, y compuesta de los soldados más disciplinados, la que aventuraría un combate, contando con tener segura la retirada y un buen punto de defensa en Guadalajara, donde quedaría instruyéndose una fuerza considerable. Hidalgo contradijo este parecer: hizo presente que la poca fuerza regularizada que tenían, en su mayor parte no podía competir en disciplina con las tropas del Gobierno, de suerte que no pudiendo en el principio de la guerra apelar á otro recurso que al de la superioridad numérica que les había dado el triunfo en otras partes, era preciso oponerlo á Calleja: manifestó que aquellas masas eran más útiles mientras más cerca estuviesen del centro, porque en las marchas se debilitaban por la desertión y los desórdenes; y expuso el peligro de que retirada de Guadalajara la fuerza más respetable, fuese atacada la ciudad por el Gobierno, ó de que en todo caso se cortara la retirada á Allende. La mayor parte de los jefes fueron de este dictamen, y se resolvió luego dar la acción en un lugar cercano, y separado sólo de la ciudad lo necesario para que ésta no sufriese los desastres de la batalla. La elección recayó en el puente de Calderón, y desde aquel día el nombre obscuro y olvidado de este lugar, perteneció á nuestra historia.

La razón de esta preferencia me parecía obvia mirando el campo, y los hombres del arte nunca la han negado. Calderón se halla situado diez leguas al Este de Guadalajara, y la configuración del terreno es la que denota el adjunto plano, y que se percibe á primera vista. Un pequeño riachuelo conocido con el nombre de Calderón, atraviesa de Oriente á Poniente una loma como de tres cuartos de legua de extensión, y con el tiempo ha hecho un cauce tan pro-



Campo del Puente de Calderón

fundó, que se tiene como invadable; por lo que en el punto más cómodo se construyó un puente que fuera de su celebridad histórica, nada tiene de notable, ni por sus dimensiones, ni por su arquitectura: es uno de esos puentes de un solo arco y con dos groseros pasamanos de piedra, que á cada paso encontramos en los caminos. A poco hay un rancho de tres ó cuatro miserables chozas, y siguiendo al Sureste se vé al frente un pequeño llano, limitado por el arroyo de las Amarillas, que como el de Calderón, desemboca en el río Tololotlán. Las grandes fuerzas numéricas del ejército americano, podían cubrir fácilmente una inmensa línea ocupando toda la loma que se extiende desde cosa de media legua al Norte del Puente, hasta tocar las riberas del arroyo de las Amarillas. Ocupando todos estos puntos, el frente por donde tendría que llegar el ejército español, y el puente mismo, quedaban del todo descubiertos, y bajo los fuegos del campo independiente, de manera que habiéndoselas con un ejército instruido y bien armado, el paso hubiera sido imposible.

Escogido ya el lugar, la batalla no podía diferirse. Venegas, que conocía la importancia de la celeridad, dirigió sobre Guadalajara tres ejércitos que debían atacarla en combinación. El más considerable, mandado por Calleja y su segundo, el Conde de la Cadena, constaba de cosa de 6,000 hombres, y victorioso en Aculco y en Guanajuato, se dirigía por el Bajío, pacificando de paso algunas ciudades de tercer orden, como Silao, León, Lagos y Aguascalientes, en las cuales encontraba cortas partidas de insurgentes, incapaces de resistir al ejército de Calleja. La segunda división, compuesta de 3,000 hombres, y mandada por Don José de la Cruz, se dirigía por el rumbo de Valladolid, y después de restablecer en aquella ciudad el Gobierno Virreinal, debía atacar á Guadalajara en combinación con Calleja. Con el mismo objeto había una tercera división al mando de Don Antonio Cordero, Gobernador de Coahuila, quien con las tropas de las provincias internas, se dirigía

por San Luis y Zacatecas. Cordero no pudo llegar porque el Teniente Coronel Don Ignacio Elizondo sublevó sus fuerzas. Cruz ocupó sin dificultad á Valladolid y salió inmediatamente para verificar su movimiento sobre Guadalajara; mas en el tránsito tuvo que batir á Don Ruperto Mier, que se había hecho fuerte en Urepetiro, y así el día 14 se encontraba todavía á más de sesenta leguas de Guadalajara, mientras que Calleja el 15 podía estar ya en frente de las lomas de Calderón.

Hidalgo, sabedor de su marcha, determinó también que el mismo día 14 comenzasen á salir de Guadalajara las fuerzas independientes, que llegaron el 15 á Calderón y establecieron allí sus baterías el mismo día; de modo que en la mañana del día 16, el ejército todo estaba ya acampado.

Si Calleja hubiera observado fielmente las órdenes de Venegas, y hubiera cuidado más de la seguridad del triunfo que del brillo de su fama, hubiera debido aguarde á Cruz y atacar en combinación con él. Pero Cruz acababa de vencer sólo en Urepetiro; era el rival que Venegas le oponía, y deseando no partir con persona alguna el honor de una victoria tan importante, Calleja el día 16 movió su campo de Tepatitlán, tan mal instruido de los proyectos y la situación del ejército independiente, que, según dijo en su parte al Virrey, pensaba ocupar á Calderón, tanto tiempo hacía destinado por sus contrarios para dar en él la batalla decisiva. Aquella mañana, pues, aquella mañana para siempre memorable, los dos ejércitos se vieron por la primera vez, con los sentimientos indefinibles de espanto, de furor y de venganza, con que deben mirarse los que saben muy bien que van á ministrar un horrible contingente de odio y de barbarie, y que no tienen medio entre derramar la sangre ajena y verter la suya propia. Aterradora fué sin duda la víspera de aquella batalla, y cuando yo dirigía mis miradas al terreno en que cien mil hombres tuvieron un día aquellos sentimientos terribles; cuando me figuraba que aquellos campos que tan tranquilos y solitarios fueron

el teatro de la tremenda lucha; mil y mil pensamientos se sucedían en mi mente, y necesité un grande esfuerzo para fijar mi atención en el plano y los extractos que llevé, con objeto de reconocer los lugares en que ambos ejércitos se situaron.

Comenzando por el en que me hallaba, ví luego que en él se había establecido el grueso de las fuerzas independientes. Una batería de 67 cañones, defendida por una columna cerrada de infantería y apoyada en una línea cuádruple de batalla, constituía la fuerza principal del ejército, y estaba á las órdenes de Don José Antonio Torres, ocupando el frente de la loma que ve al puente. Desde allí está completamente dominado el terreno que hay entre éste y el que ocupó la batería, y hacia la izquierda se estableció una línea cuádruple de batalla, formando un ángulo saliente con ella. En la izquierda de esta loma estaba la segunda batería, defendida con doce cañones, y luego, pasando el río, seguía otra con sólo siete, colocada en la prolongación de la altura que se advierte en el plano y es muy notable en el terreno. De estas dos baterías mandaban la primera Don Juan Aldama y la última Portugal, y para defender las tres, Allende, á quien se había encargado dirigiese la acción, dispuso de la poca fuerza regularizada que tenía. "La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellos, y el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo, lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de quince mil caballos." (*) Los españoles levantaron hasta el cielo, como lo hacen todos los vencedores, las dificultades con que hubieron de luchar, y que en realidad se redujeron al heroico valor de los defensores de la In-

(*) Dr. Mora.

dependencia; porque teniendo aquéllos una superioridad infinita en cuanto á la disciplina y regularidad de sus fuerzas, no podían en verdad contar con otro obstáculo que el de la ventaja numérica, si es que puede serlo una circunstancia que unida á la falta de disciplina, siempre, como en aquel caso, más contribuye á la derrota que á la victoria. Además, las fuerzas del ejército de Hidalgo que entraron en acción, no pasaron de ocho mil hombres, cuya disciplina claro es que no podía ser buena.

En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á disciplinar y organizar siete Batallones de infantería, seis Escuadrones de caballería y dos Compañías de artillería, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres, (1), tan poco instruidos como podían haberlo sido en tiempo tan corto, y faltando absolutamente oficiales. Los pocos que quedaban del Batallón de la Reina y del de infantería de Celaya, eran los únicos que podían contarse como disciplinados; y en cuanto al armamento, el estado del ejército era tan malo, que no tenían más que mil doscientos fusiles viejos y recompuestos, por lo cual ocurrieron al arbitrio de construir granaditas que se lanzaban con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas de hierro agudas que se debían arrojar contra la caballería. (2) La esperanza de los jefes de la Independencia, se cifraba sobre todo en una numerosa artillería. Se recogieron los pocos cañones que había á las manos, se fundieron otros muchos, y se mandaron traer desde San Blas todas las piezas que componían su artillería gruesa, y cuyos calibres eran de 16 á 24. Su transporte fué un verdadero prodigio, puesto que aquellas piezas enormes fueron arrastradas durante más de cien leguas de un camino fragosísimo, y por el cual en algunas partes jamás han pasado ruedas; sin más máquinas que los hombros de millares de mexicanos que "regaban material-

(1) Dr. Mora.

(2) Bustamante en el Cuadro Histórico.

mente la tierra con el sudor de su cuerpo," como ha dicho el señor Bustamante. Algunos de aquellos cañones quedaron desbarrancados en Mochitiltic, y llegaron á Guadalajara 43, de los que se mandaron treinta y tantos al campo de Calderón, donde se reunieron 103, de los que 8 se desbarrancaron y 87 cayeron en poder de los españoles: de éstos, 43 eran fundidos por los insurgentes. (1) En cuanto á Calleja, su ejército constaba de seis mil hombres perfectamente disciplinados, con la mitad de caballería, diez piezas de campaña y un repuesto enorme de municiones. (2) Tales eran los dos ejércitos que debían batirse.

En la tarde del 16, Calleja se acercó á hacer un reconocimiento del enemigo: dos Compañías de voluntarios de Celaya y Guajuato, prosiguiendo el reconocimiento, se encontraron con las avanzadas americanas, y sostuvieron con ellas un tiroteo que alarmó á Calleja de tal suerte, que mandó en su auxilio al Cuerpo de infantería ligero de San Luis, á la Compañía de escopeteros de Río-Verde, y á los Escuadrones de España y México. (3) Las avanzadas sostuvieron el fuego, y se retiraron en orden al puente. Calleja se situó á tiro de cañón de éste, y no volvió á ocurrir novedad durante la tarde. Llegó la noche, y los dos ejércitos durmieron acampados á tiro de cañón el uno del otro, y en medio de aquel silencio profundo, que no era más que el lúgubre precursor de las tremendas escenas que debían verificarse á la vuelta del día. Torres instó por que se le diesen unas piezas y alguna fuerza, para molestar toda la noche al ejército realista; pero Allende no convino con esta idea, que según uno de nuestros historiadores, (4) hubiera podido dar grandes resultados, debilitando y aterrorizando á los enemigos, en los cuales, la multitud de los contrarios, debía siempre producir gran temor.

(1) Estado remitido por Calleja.

(2) Dr. Mora.

(3) Parte de Calleja.

(4) Dr. Mora.

En cuanto á Calleja, conocía las ventajas de la disciplina: aseguró á su ejército que "aquellas masas inmensas de caballería introducirían el desorden y la confusión en sus líneas, dándoles la victoria," (1) y después de practicado otro reconocimiento por el Comandante de la artillería, Don Ramón Díaz de Ortega, formó su plan, reducido á que "una columna atacase por la derecha del enemigo hasta desalojarlo de la loma y baterías, al mismo tiempo que otra por la izquierda, le llamara la atención por ambos lados, y atravesara el puente, ó vadease el arroyo según conviniere, cayendo á un tiempo con todas las fuerzas sobre el centro en que se percibía el grueso del ejército contrario." (2) En la noche hizo reconocer si había algún paso vadeable para subir á la loma donde estaba la batería principal, y por la mañana distribuyó su fuerza en tres columnas. La primera se puso al mando de Don Manuel Flon, Conde de la Cadena, antiguo Gobernador de Puebla, y famoso por el carácter implacable y sanguinario que había desplegado en la guerra de Independencia, y se componía del Regimiento de infantería de la Corona al mando de Don Nicolás Ibarra, y de los Regimientos de México, Puebla y Querétaro, al mando, el primero, del Capitán Barón de Antonelli, y los otros dos al de los Coroneles Don Diego García Conde y Don Manuel Pastor, con cuatro cañones de batalla. (3) Al mando de Don Manuel Emparán formó otra columna de caballería, para que acometiese por la dere-

(1) Su proclama de la víspera.

(2) Estas son las palabras de su parte, aunque es probable que haya querido presentarse, previendo el plan de batalla, en el mismo orden que observó después, estrechado por circunstancias harto desagradables para él. En su proclama después de la victoria, dice que la batalla fué obra de seis minutos; y en muchas otras de sus comunicaciones, se ven con frecuencia las tanfarronadas y pedanterías más ridículas.

(3) Parte de Calleja.

cha, flanqueando la última batería de aquel lado; mientras que el Coronel Don José María Jalón debía acometer por el centro, quedando Calleja con la reserva para ocurrir á donde conviniera. (1)

Por su parte, Allende dispuso que Abasolo se colocara en la cabeza del puente mandando una fuerte división que se extendía al pie de las dos baterías, con el objeto de impedir el paso del ejército de Calleja. Tales fueron las disposiciones de la batalla.

III.

El día 17 el ataque comenzó con la claridad de la aurora. El Conde de la Cadena marchó el primero con su división, llevando los cañones á mano y superando la dificultad que presentaba el terreno, y la acción se comprometió en el acto. Las valientes tropas de Abasolo le salieron al encuentro, y emprendieron una lucha sangrienta, con objeto de impedirle que subiese á la loma, y pretendiendo cortar de la división principal una sección considerable de infantería, que al mando del Capitán Don José Ignacio Vizcaya, protegía la marcha de aquella, con la que logró al fin reunirse, llevando dos cañones que quitara á las fuerzas independientes. Entonces Calleja, que se había movido protegiendo la marcha de la primera división, se dirigió hacia el puente con objeto de tomarlo, y no pudiendo hacerlo porque "tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición," (2) se adelantó con su Estado Mayor, cuatro cañones, el Batallón ligero de Patriotas, la Compañía de escopeteros de Río-Verde, las dos de voluntarios y su escolta, y ocupó una pequeña eminencia que se vé á la izquierda del puente y cerca del lugar donde estuvo la tercera batería.

Entre tanto, la acción se había comprometido en la izquierda y en la derecha. El Conde de la Cadena, orgulloso con el éxito que había obtenido, y llevado de su natural

(1) Dr. Mora.

(2) Son palabras de su parte mismo.

fogosidad, atacó la gran batería. Ni el parte de Calleja, ni el detall de los Cuerpos realistas, ni las noticias tradicionales que sobre esta batalla nos han quedado, ministran los datos suficientes para seguir todas las evoluciones del ejército; pero sabemos, sí, que después de cuatro horas de un combate obstinado y sangriento, la victoria parecía favorecer á los jefes de la Independencia. El fuego de la batería principal, el ataque sostenido de la infantería, cuyos tiros eran secundados por multitud de piedras y de flechas, y el recio encuentro de la caballería, tenían, después de dos horas de combate, reducida á la división del Conde de la Cadena al mayor apuro. Fatigada la tropa y escaseando las municiones, se había visto en la terrible precisión de retroceder y hacerse fuerte en su retaguardia: (1) allí la artillería, viendo acabarse su parque, sostenía ya apenas un fuego lento; desordenada la infantería, buscaba más ya la retirada que el combate, y los dos Regimientos de dragones de Puebla y San Luis que se sostenían contra todo el grueso del ejército enemigo, comenzaban á retroceder, (2) cuando se advirtió que Calleja, apercibido de aquel desastre, mandaba una fuerte división, compuesta del 2o. Batallón de Granaderos, los dos Escuadrones de caballería del Cuerpo de Frontera y los dos cañones del Parque, al mando del primer Ayudante, Don Bernardo Villamil. Sin el extraordinario valor de Flon, y las ventajas de la disciplina, el combate hubiera terminado en aquel momento. Allende trataba de aprovecharlo, y mandó que la división de Torres continuara sus ataques con el mayor empeño, y que la caballería se precipitara sobre la indecisa fuerza de Flon. Dos veces se tocó á degüello, y dos veces la caballería fué rechazada, porque el fuego de la artillería no causaba todos los estragos que debiera, porque las cureñas de los cañones eran bastante imperfectas y no podían dirigirse bien con ellas las punterías,

(1) Extracto del parte de la infantería.

(2) Parte de Calleja.

y porque, además, los Cuerpos de infantería no tenían la disciplina necesaria para vencer aquella resistencia de fuerzas perfectamente instruidas y organizadas. Estas circunstancias fatales que por dos veces impidieron la victoria, dieron tiempo á que Villamil llegara dirigiendo los fuegos de su artillería, con lo que la batalla se restableció, salvando á la división del Conde de la Cadena, de una derrota casi segura. Pero los independientes no cedían, y habiéndose incendiado á poco con los fuegos un gran pajonal que había en el campo, (1) Allende quise aprovechar aquella circunstancia y mandó que en el acto el grueso de la caballería é infantería de fusil dieran un recio ataque á la división; pero lo resistió la

(1) El incendio del zacatal y la explosión del carro de la pólvora, han sido explicados de diversa manera. Torrente, que lleva su parcialidad hasta un extremo ridículo, calla esta circunstancia, que disminuiría el mérito de su héroe, y nada dice de ella el señor Zavala. El Dr. Mora omite el incendio del parque, y atribuyéndolo al del pajonal á la descarga simultánea de las sesenta y siete piezas en los últimos instantes de la batalla, lo da por principal causa de la derrota. El señor Bustamante, dando igual importancia al incendio del pajonal, lo atribuye al del parque. Yo he procurado examinar este punto con todo detenimiento, y me parece incontestable que hubo en efecto un carro incendiado y un pajonal en el que prendió el fuego. Testigos oculares de aquel suceso me han referido que vieron los estragos del carro, y que encontraron multitud de muertos y heridos por él; de suerte que en este hecho no me cabe duda, y como el pajonal no podía haber causado estos estragos, parece indudable que es inexacta la relación del Dr. Mora. Además, si como este señor supone, el incendio del pajonal se hubiera verificado en los últimos instantes de la batalla, que fué cuando dispararon á un tiempo las sesenta y siete piezas de la gran batería, este suceso no hubiera podido influir en la batalla, porque en

sección de Villamil, haciendo que la infantería cargara á la bayoneta yendo á carrera, formando en batalla y protegida por la caballería. Este movimiento, y la circunstancia de que el viento arrojaba el fuego y el humo contra el frente del ejército mexicano, hicieron que después de disputar largo rato la victoria, se replegase á su antigua posición; sin que las fuerzas enemigas pudieran aprovechar esta ventaja, porque, demasiado fatigadas ya, y habiendo consumido las municiones, se limitaron á guardar su campo, haciendo una resistencia cada vez más débil, y que más presagiaba la derrota que la victoria.

Durante este tiempo, la división española de la derecha estaba en los mayores apuros. El General Emparán, avanzando con

aquel mismo instante la caballería y la artillería de los españoles estaban á tiro de pistola de la batería americana, y obraron con tal celeridad que los cañones cargados á metralla no pudieron dispararse. Por esta misma circunstancia creo también que debe rectificarse la relación del señor Bustamante, como yo lo he hecho, poniendo el incendio del parque al fin de la batalla, que es cuando en efecto sucedió, y el del pajonal en la acción particular entre el Conde de la Cadena y la división de Torres. En esta explicación se concibe perfectamente lo que era tan difícil de combinar, en el supuesto de que el incendio del parque hubiera causado el del pajonal, es decir, que el fuego y el humo hubiesen dado contra el frente del ejército independiente, cuyos carros de municiones deben considerarse colocados detrás y no delante de sus filas; y además, está apoyado en un documento de mucho crédito, en el extracto que el Mayor general de infantería hizo de la relación dada por el Teniente Coronel Don Joaquín del Castillo, en cuyo parte se habla del incendio del campo, en el lugar y con las circunstancias que yo lo he adoptado. Y debo agregar que este incendio se verificó también en la tercera batería, y en muchos otros puntos del campo de batalla.

su división, había tomado la espalda de la tercera batería, sobre la cual se dirigían también los fuegos de la artillería de Calleja, y lejos de lograr que se desconcertase la fuerza situada en aquel punto, encontró en ella una resistencia tenaz y obstinada. La artillería había hecho un fuego incesante sobre la caballería, y ésta, desconcertada por tanto valor, por la multitud de enemigos, y por la circunstancia de estar muy mal herido el mencionado general Emparán, cedía ya cuando la división que había quedado á las órdenes de D. José María Jalón marchó con toda celeridad á auxiliarla. Aquellas tropas de refresco vadearon el río teniendo el agua hasta la rodilla y llegando al campo en el momento de la derrota desplegaron en batalla su izquierda, y poniéndose en el intermedio de la caballería casi vencida y del ejército independiente, cargaron á la bayoneta, y con aquel movimiento hábilmente combinado, arrebataron con torrentes de sangre (*) la victoria que los gloriosos campeones de la independencia creían alcanzar por segunda vez. Con todo, no por esto cedieron: Aldama y Portugal que defendían aquella línea, mandaron sobre ella un nuevo refuerzo que ya no llegó al campo, porque el estado de la batalla exigía del jefe realista un movimiento rápido, general y decisivo.

En efecto, después de tantos y tan sangrientos como obstinados combates, la victoria sonreía aún por tercera vez al ejército independiente. En la gran batería de la derecha, después de cinco horas de combate, el conde de la Cadena, sin poder adelantarse un paso, se limitaba á guardar su posición en espera de auxilios y municiones, mientras que las fuerzas de sus enemigos sin cesar reforzadas suplían la disciplina con el brío. A la izquierda Emparán, gravemente herido, y apenas escapado de la derrota, estaba acometido por las fuerzas

(*) Este combate fué muy sangriento, y en los partes se asegura, que en la infantería de Jalón no había una sola bayoneta que no estuviese manchada de sangre.

que volvían contra él, mientras que una fuerte división se dirigía con objeto de cortar los equipajes del ejército realista y ponerlo entre dos fuegos; operación dispuesta por Allende, y que verificada debía poner en confusión y completa derrota á las fuerzas todas de Calleja. Este conoció la enormidad del peligro, y se decidió á hacer un último esfuerzo, concentrando toda la acción en la batería principal del ejército independiente y aventurando á un golpe instantáneo y decisivo la suerte de aquella batalla, cuya prolongación le era funesta por la superioridad del número y el indomable valor de sus contrarios. Se puso al frente de toda la reserva: reunió la división de la derecha, y pasando el puente fué á reunirse con la división de Flón que estaba en los últimos apuros, y en la que su presencia infundió valor y su prestigio consiguió reunir á los dispersos. Los independientes replegaron en el acto su campo sobre el punto de la batalla, y allí comenzó el combate. Las divisiones de Calleja y Flón, y las de Abasolo y Torres, estuvieron en un momento la una en frente de la otra, y comenzaron un combate sangriento, en el que los americanos no cedían un palmo de tierra. Mas Calleja, que tenía resuelto avanzar, lo arriesgó todo y se adelantó, mandando por delante sus diez cañones de batalla, los que seguidos del batallón de Granaderos y el regimiento de la Corona, tomaron la izquierda por la orilla de la barranca en que estaba apoyada la batería principal: el batallón de Patriotas y los cuerpos de caballería marchaban al mismo tiempo por la derecha, protegiendo el paso de la división de Empáran que en aquel acto desembocaba por el puente: un momento después, aquél por la retaguardia de la derecha y Flón por la de la izquierda se dirigían también á la batería principal, y de esta manera el ejército todo se batía entre el puente y la loma.

El independiente doblaba sus fuerzas con su valor. Abasolo cargaba por detrás: Aldama se dirigía con su división á proteger

la batería, y Torres defendía ésta con una gran serenidad de ánimo. La batalla era general y terrible, y hacía ya un cuarto de hora que los dos ejércitos á medio tiro de fusil se atacaban con un furor recíproco, sin ceder ni uno ni el otro, cuando una granada cayó en un carro lleno de municiones del ejército mexicano, é hizo en su campo una explosión tremenda. Multitud de hombres perecen incendiados: las fuerzas próximas al lugar de la catástrofe se desconciertan, y Calleja aprovecha el momento: la caballería se precipita por la izquierda; por la derecha avanza Ortega, Comandante de la artillería, y detrás de él la infantería ataca á la bayoneta, cargando en batalla y á la carrera. El ejército independiente, aterrorizado con la explosión del carro de municiones, incapaz de poder dar dirección á las piezas de la gran batería, y atacado por un movimiento veloz, se vió estrechado teniendo á su espalda una inmensa barranca y por su frente un ejército de 6,000 hombres bien disciplinados y armados. No pudo resistir, y este fatal momento decidió de la victoria. Las piezas cargadas á metralla no llegaron á dispararse, y las fuerzas que guarnecían la batería principal tomaron la huida; en tanto que Abasolo, Allende y Aldama se retiraron batiendo al ejército español, impidiéndole que persiguiese á los fugitivos, y apoderándose de la última batería prolongaron allí bastante tiempo la resistencia, hasta que cediendo ya al número, á la disciplina y á la fortuna, se retiraron tranquilamente del campo de batalla, teniendo el tiempo necesario para recoger sus equipajes, y organizar las pequeñas secciones con que marcharon después para Aguascalientes.

El enemigo no pudo atacarlos en su retirada (*), y un solo hombre, el conde de la

(*) Torrente, que es sin duda uno de los peores historiadores que se conocen, no sólo calumnia á Allende, suponiendo que se retiró del campo de batalla dejando abandonadas en él sus tropas, sino que asegura que

Cadena, á cuyo corazón no bastaba la sangre derramada y que ciego en su furor se dirigió con solos doce dragones, para continuar su carnicería en los vencidos que hufan, encontró bien pronto una muerte horrible y demasiado merecida. En el día de la victoria un cadáver livido, demigrado y lleno de heridas, era todo lo que quedaba en el campo de los vencedores del feroz asesino de Guadalupe. Guadalajara vencida, entregada sin piedad á la venganza de sus crueles vencedores, era el objeto con que su saña se había deleitado muchos días antes, y así la ciudad inerme tuvo un consuelo al saber que su verdugo ya no podría perseguirla. Pero Calleja y Cruz le quedaban todavía. El primero hizo fusilar en el campo de batalla ciento y tantos prisioneros que se habían tomado (*), reservando otros doscientos para ostentar su triunfo en Guadalajara, en cuyo lugar los diezmo; y Cruz iba á tomar el mando de la Nueva Galicia, donde después de diezmar las poblaciones y sacrificar multitud de inocentes, debía huir como un cobarde á la proclamación de la independencia.

el ejército realista no dió alcance porque "las masas que hufan eran tan compactas e inamovibles, que la caballería no tenía claros por donde pasar."—Este hombre es mal historiador y peor novelista.

(*) Esta noticia me la ha dado una persona respetable, que asistió á aquella memorable batalla, y la misma me ha asegurado que la pérdida del ejército independiente en la batalla, no pasó de 500 hombres muertos. La del español, según los partes, fué de 50 muertos y 125 heridos. El Dr. Mora dice que los primeros pasaron de 500, y Zavala asegura que en el ejército independiente perecieron 13,000 hombres. Como este guarismo está expresado por número, creo que por error de imprenta hay un cero más; antes que suponer que un hombre como Zavala cometiese tamaño error. Aún el cálculo de 1,800 me parece exagerado, y está deducido sin duda de los partes del ejército español, que dicen una cosa equivalente.

IV.

La batalla de Calderón, tan grande y terrible en la historia, ¿cómo no será un manantial de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por recios encuentros, y la imaginación nos trasporta á aquel día de heroísmo y de infortunio? Yo me auguraba ver los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba á los solos cuatro meses de proclamada la emancipación, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir á batirse con una división bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban á centenares. Me figuraba á los nobles jefes de la independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir á continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadalsos; y entonces ¡cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han querido obscurecer su memoria, reprochando les los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha; como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos de que pudieran; como si no hubieran hecho todo lo que el valor y el patriotismo podían hacer, y como si los hombres á quienes no ha sido dado figurar dignamente en el obscuro horizonte de las discordias civiles, tuvieran derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!

Siempre he creído que la generación que venga, y que compare á las dos que le han precedido, y cuya herencia habrá de recoger, dirigiéndonos apenas una mirada de compasión, consagrará un culto puro y acendrado á los que destruyeron la obra de Hernán

Cortés. ¡Qué obra! ¡Qué hombres los que la demolieron!

En aquel lugar recordaba yo que allí mismo había estado Torres, honrado y sencillo campesino, que abandonó su familia y sus comodidades para seguir el estandarte peligroso de Dolores, y que vencedor en Guadalupe, no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo verter lágrimas á las familias de los que persiguiera. Torres, al mismo tiempo que Calleja entraba á degüello en Guanajuato, y que Plon inundaba de sangre á Granaditas, dió libertad á todos los prisioneros, y garantías á todos sus enemigos, en la ciudad misma, en la que poco después se le paseó por vilipendio en una carreta, exigiéndole que levantara aquella mirada que debía aterrar á sus asesinos. "Yo no tengo, dijo, por qué bajar los ojos, y sin necesidad de ese instrumento los llevaré altos." Con la misma serenidad subió á la horea, en la que su cadáver permaneció expuesto, hasta que se le bajó para dividirlo en trozos, que se clavaron en varios parajes de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe, por el ingrato país, que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la Independencia; y sus asesinos han arrastrado y llevarán hasta el fin de su vida el enorme peso de aquel crimen nefando. (*) La suerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas sobre el triste fin que por lo común han tenido en el mundo la virtud y el heroísmo.

Más adelante estaba el campo en que combatió Abasolo, hombre que, como Torres,

(*) Torres murió el 23 de Mayo de 1812. Los ultrajes que se le hicieron en su entrada, y los horribles términos de la sentencia, fueron en realidad la obra de Cruz; mas aquella la firmaron Don Juan J. de Sousa y Viena, Don Francisco Antonio de Velasco, Don Manuel García de Quevedo y Don Domingo María Gárate.

había libertado de la muerte á multitud de españoles, para sufrir como él el peso de su ferocidad. La historia del noble y valiente Abasolo, cuyas cenizas descansan en una mazmorra extranjera, y la de su heroica esposa, son uno de los episodios más tiernos y sublimes de aquella lucha. Mis lágrimas cayeron sobre los lugares que me recordaban tan vivamente su memoria. ¿Y cómo olvidar la de Allende? ¿Cómo no pensar en el jefe denodado de aquella batalla? Hidalgo, acusado de los malos sucesos de su causa, por la natural división de los jefes de una empresa desgraciada, había dado una relevante prenda de su desprendimiento, cediendo á Allende el mando y todas las disposiciones del combate, del cual se mantuvo retirado con el Cuerpo de reserva, á más de una legua del campo de batalla.

Hidalgo, Aldama y Allende fueron los primeros autores de la Independencia. Sólo los tres, en la casa cural de Dolores, habían pesado la suerte de la patria, en la noche para siempre memorable del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y entonces, desconcertados en sus proyectos, perseguidos ellos y presos ya sus compañeros, Hidalgo, con voz de trueno, anunció que era llegada la hora de quebrantar las cadenas, y sólo con cinco hombres emplazó para un combate de muerte á un poder terrible. Yo no sé que la historia refiera algo que se parezca á esto, y por ello he creído siempre que Hidalgo y sus dos compañeros de aquella noche eran grandes, colosales en la historia. Los tres emprendieron aquella guerra y los tres vieron disiparse á los cuatro meses sus esperanzas en el campo funesto en que me encontraba. Aquí, decía yo, la victoria les sonrió: aquí pudieron creer un instante realizadas sus esperanzas, y aquí también vieron que medir su grande alma con el infortunio. ¿Cuáles serían los sentimientos que agitaban á Abasolo y á Allende cuando al frente de sus filas hacían caer las de los opresores de su patria, y cuando resistiendo su choque veían en su esfuerzo y su disciplina, el signo precursor de la vic-

toria? ¡Qué horas también las que Hidalgo pasó oyendo el estrépito de la batalla, y sabiendo sus variables nuevas!....

Yo pensaba en todo esto: yo recorría todos los lugares en que creía que hubieran pasado los sucesos más importantes de la batalla, figurándomelos con la imaginación, y llena el alma de pensamientos dolorosos y de ideas melancólicas. Después, en la mañana misma, procuré encontrar alguna de las piezas desbarrancadas en aquella batalla, y no encontré ninguna: probablemente estos monumentos únicos que han quedado en aquel campo de tan terrible suceso, estarían ya enterrados en el polvo de tantos años. Vi también una multitud de piedras sobre las que en otro tiempo se levantaban unas pequeñas cruces de palo, y en las cuales el vulgo creía que se habían recogido las osamentas dispersas de los cadáveres que quedaron insepultos en aquellos sitios, y retirándome después al rancho, hablé de aquel acontecimiento, esperando encontrar algunos recuerdos tradicionales que nada nuevo revelaban, y que con todo, tenían para mí no sé qué de sorprendente y solemne, escuchándolos en el lugar en que se habían verificado, y de la boca de los que habían de ellos un recuerdo diario.

V.

En la noche la luna brillaba sobre el firmamento. Millares de estrellas lucían sobre aquel cielo purísimo, y una calma profunda reinaba en los contornos. Me acerqué al puente, y sentado en una piedra de él, pasé largo tiempo revolviendo los recuerdos del día, y pensando sobre todo en las tremendas noches que en aquel mismo lugar pasaron los dos ejércitos, la víspera y el día de la batalla. En la primera, más de cien mil hombres, en la flor de la vida y con el corazón lleno de esperanzas, estuvieron allí, pensando todos en el combate y en la victoria, y los más de ellos en la grande obra de libertad y de justicia, que esperaban alcanzar con su valor y su vida. Al día siguiente, el tigre descansaba ya después de

haber devorado su presa: miles de hombres huían despavoridos con el terror de la derrota: los jefes de la Independencia se retiraban con el corazón lleno de pesar, acercándose al lugar en que debían hallar fin sus días preciosos; el campo estaba lleno de cadáveres, empapado de sangre, cubierto con los escombros de la batalla, y en él existían sólo, vivos, aquellos á quienes la victoria había favorecido, y los que prisioneros en sus manos, se guardaban para servir al orgullo de los vencedores en su entrada triunfal, y satisfacer después su sed implacable de sangre. ¡Cuánto infortunio y cuántos dolores en este horrible drama! Lo que entonces sentí, no puede describirse, porque á pocos hombres ha dado Dios la facultad sublime de revelar lo que hay de más íntimo y de más tierno en el corazón humano. Pero yo jamás olvidaré aquel día, en que á la pálida luz de la luna y con los ojos humedecidos por una emoción profunda, fijos en el teatro del tremendo sacrificio, mi corazón preguntaba á la Providencia: ¿si tantas lágrimas, tanta sangre y tanto heroísmo serían inútiles, ó si bien llegaría un día en que la sangre derramada en Calderón produjera la libertad, como al cabo de diez años produjo la Independencia? En aquellos momentos, al menos mi fe en el porvenir de mi patria fué completa y segura, y mil otras ocasiones ha servido de consuelo á mi corazón, el pensar que Dios no abandonaría jamás la causa, por la cual quiso que se vertiese tanta de la más noble y más pura sangre que ha habido sobre la tierra.

MARIANO OTERO.



EL CABALLO DEL CENTURION.

I.

Allá, hace unos cien años, á principios del siglo que todos hemos visto morir, y que vió nacer nuestra Independencia, sucedió lo que voy á narrar.

En aquella época, y en los pueblos principalmente, las ceremonias de la Semana Santa se hacían de una manera gráfica, para impresionar los sentidos de los sencillos é ignorantes indígenas y hacerles comprender medianamente los sufrimientos que pasó Nuestro Señor para hacer nuestra redención.

Esas costumbres, introducidas por los primeros misioneros, les ayudaron no poco en su obra de evangelización, y subsistieron durante siglos, hasta que habiendo degenerado, fué necesario prohibirlas, no consiguiéndose aún que en ciertas comarcas estén del todo suprimidas.

Pero en los tiempos de que me ocupo aún se conservaban en toda su inocencia y sencillez primitivas.

Fama tenía la Semana Santa que se celebraba en un pueblo de las cercanías de Maravatio, por la suntuosidad de sus ceremonias, suntuosidad que aumentaba de año en año por el cuidado que tenían los Párrocos de que su iglesia conservase esa fama y atrajese durante los días santos el mayor número posible de fieles de las rancherías y poblaciones circunvecinas.

Entre las notabilidades que el pueblo ofrecía en esa época, era una de las primeras, si no la principal, la ceremonia de la lectura de la sentencia de Jesús hecha por el Centurión romano; y no por otra razón sino por la habilidad del caballo que montaba aquel personaje.

Regalo de un rico ranchero de las inmediaciones, el caballo, que era valioso y arrogante, había sido perfectamente amaestrado por su antiguo dueño, y en cuanto escuchaba el redoble de los tambores que anunciaban la lectura de la sentencia, el blanco animal empezaba á caracolear y á seguir con acompasados movimientos el sonido de los parches.

El jinete procuraba ayudarlo en esta tarea, y era de ver el primor con que el bruto, sin salir de un reducido espacio de terreno, bailaba á más y mejor hasta que se perdía el último eco de los redobles.

Acabada la Semana Santa, el caballo permanecía el resto del año en las caballerizas del Curato, perfectamente cuidado y atendido, y apenas era montado alguna que otra vez á la semana para que no se "sobrase" demasiado, por el Cura ó el sacristán.

II.

Aconteció por entonces que el grito dado en Dolores por el Cura Don Miguel Hidalgo, al repercutir en todos los ámbitos de la Colonia, entusiasmó á innumerables personas é hizo que multitud de jóvenes dejaran sus hogares para engrosar las filas de la revolución.

Juan, el sacristán del Curato del pueblo aquél, al tener noticia de los triunfos de los caudillos independientes, sintió bullir su sangre de veinte años, y habíase incorporado al ejército de Hidalgo, á su paso por Maravatío, si la enfermedad de la autora de sus días no lo hubiese retenido á la cabecera del lecho de la enferma.

Pero muerta ésta luego, y sabiendo á poco Juan que Rayón se encontraba en Zitácuaro con el objeto de fortificarse en la Vi-

lla, ya no vaciló más y una noche oscura de Diciembre, dejó su habitación del Curato y con infinitas precauciones, para no ser sentido, fué á la caballeriza, ensilló el caballo del Centurión y salió al campo, incorporándose al día siguiente al ejército del jefe insurgente.

Al principio todo fué bien para el novel soldado, y como buen jinete que era, empezó á ser distinguido por sus superiores en el servicio de exploración.

Pero no tardó en presentarse Calleja frente á Zitácuaro con sus terribles tamarindos, y entonces empezaron los trabajos para el ex-sacristán, que aún no había probado los sinsabores de la vida de campaña.

El día del ataque á la Villa, Juan, que por primera vez oía silbar las balas en sus oídos, conservaba á duras penas su serenidad, y en el momento en que se declaró la derrota de los independientes se encontró entre la retaguardia del ejército insurgente.

El caballo famoso habíase portado hasta entonces sin reproche, pero en el momento en que escuchó bastante cerca el redoble de los tambores del ejército realista, creyó que era llegado el momento de lucir sus habilidades y púsose á bailar y á caracolear, ni más ni menos que como lo hacía en las solemnidades de la Semana Santa.

En vano Juan le hincaba las espuelas para hacer cesar las piruetas y obligarlo á correr en pos de los independientes, que á gran prisa se iban alejando.

El caballo tal vez creía que se le excitaba así para que bailara mejor, y á pesar de las angustias de Juan, no salía de un lugar al oír que los redobles continuaban cada vez con más fuerza.

Los realistas se acercaban á paso de carga y poco faltaba para que estuvieran cerca del ex-sacristán, que sabía perfectamente que aquellos en el primer momento y excitados por la victoria sólo se ocupaban de matar y herir, sin hacer prisioneros.

En tan críticos momentos, Juan, renegando de la hora que se le ocurrió escoger para caballo de batalla aquel animal, sólo acostumbrado á bailar, se apeó de él, y con-

fiando su salvación á la ligereza de sus piernas, echó á correr en pos de los independientes, no sin que los realistas le disparasen algunas balas, que por fortuna no le tocaron.

El caballo, que aun sin jinete seguía bailando, quedó como botín de guerra en poder de un jefe del ejército de Calleja, que pagó cara su adquisición, pues por las mañan del solipedo quedó gravemente herido en el sitio de Cuantla.

Juan el sacristán quedó tan pagado de los caballos, que en adelante, aunque siguió las banderas insurgentes, prefirió militar en la infantería.

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR



EL PRIMER SACERDOTE AJUSTICIADO POR LOS ESPAÑOLES.

Hemos oído repetidas veces que el Cura Matamoros, antes de que fuese fusilado, ya sus verdugos habían querido ahorcarle, por medio de la horrible "mascada" de hierro. Consistía esta mascada en una especie de argolla, del diámetro aproximadamente del cuello humano, que fija á una viga vertical, reducía dicho diámetro, al hacer funcionar un tornillo, hasta causar la estrangulación.

Lo que sucedió en esto fué que "se ha confundido" al ilustre Cura de Janteteleo con el "Padre Salto." Este eclesiástico, probablemente michoacano, fué ejecutado el año de 1811 por el feroz Torcuato Trujillo, especie de tiranuelo que durante largo tiempo hizo sufrir á Valladolid los horrores de un carácter despótico y sanguinario. Los pormenores del suplicio que un caracterizado testigo ocular, el señor Manuel Montañón, nos refiere, fueron éstos:

El "Padre Salto," que había hecho armas contra el Gobierno español por la Independencia de México, fué aprehendido al Occidente de Michoacán; y preso en el "Correcional" de Morelia, se le formó un proceso inicuo. Fué sentenciado á sufrir la pena de garrote vil.

La historia, al recoger ahora el nombre de este mártir ignorado, habrá de consignar en sus fastos esta curiosísima circunstancia: el "Padre Salto," uno de los primeros patriotas mexicanos que vino á fecundar con su sangre el árbol de la Libertad, fué "el primer sacerdote ajusticiado de orden

"del Gobierno español, por haber defendido la causa santa de la Independencia de México."

El nombre del insigne clérigo, por circunstancia tan dolorosa, "debe ir á la cabeza del catálogo sangriento" de nuestros mártires.... La víctima salió del Correccional, perfectamente escoltada. Frente á la casa que es hoy del señor Lic. Manuel Oviedo Alzúa se habia levantado el patíbulo. Ese portal, en la actualidad llamado de "Hidalgo," en aquel entonces era conocido por el "Portal de Guadalupe."

Allí formó cuadro la tropa. El infeliz "Salto" ocupó el triste lugar que le correspondía. La argolla de acero aprisionó su garganta. A la seña del Fiscal, el verdugo hizo girar el tornillo; el madero se estremeció á las convulsiones espantosas del ajusticiado.... Hubo que empezar de nuevo.... porque la víctima se presentaba rebelde á la muerte. Así pues, el tornillo, después de haber sido aflojado, volvió á girar, produciendo un pavoroso chirrido.... El rostro de "Salto," empapado por copiosísimo sudor, se puso negro, e blanco de sus ojos, que casi le saltaban de las órbitas, se dejó ver por completo.... Entonces sucedió una cosa indescriptible: la argolla de hierro, como impotente para agobiar aquella naturaleza de león, se rompió en dos pedazos. El "Padre Salto," moribundo casi, cayó en medio de las convulsiones más horribles; pero su vida no se extinguía; no parece sino que se aferraba á la tierra, donde se habían menester más que nunca héroes y soldados!

El espectáculo no era para que fuese presenciado sino por corazones de bronce. En muchos semblantes se pintaban á la par que la emoción el más profundo pavor.

Trujillo, subyugado en su ferocidad, hizo imperiosa seña á uno de sus soldados. El dragón adelantó, y apuntando al acaso, descargó su arcabuz sobre el corazón del primer sacerdote, mártir de la Independencia de México.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.



UN RASGO DE TRUJILLO.

I.

Era Don "Torcuato Trujillo,"—Comandante militar de Valladolid,—señor de vidas y haciendas en toda su aterrorizada comarca; por quitame allá esas pajas, despachaba pichones, que no pájaros de cuenta, al otro mundo. Si cuando al año siguiente, quiere decir, el 24 de Diciembre de 1812, que marchó para México cargado de crímenes y dinero, según dice Bustamante, no repicaron los vecinos, fué por temor de que Trujillo, en un rapto de indignación, se quedase.

Cuando el horrendo suplicio del "Padre Salto,"—el primer sacerdote ajusticiado por los españoles, según reza la tradición, al iniciarse la guerra de Independencia,—en momentos en que la argolla de hierro quedó inutilizada y la víctima se retorció con desesperadas convulsiones, de entre los espectadores hubo de salir una anciana indignada, frenética, y con lágrimas en los ojos.

"¡Malditos!—dijo á los soldados,—allí está la mano de Dios. Sobre esta tierra que la sangre acaba de empapar, maldita ya como los verdugos, no volverá á llover nunca!"

Trujillo, al oír el acento de convicción de aquella mujer, que con su aire trágico tuvo el aspecto de una pitonisa, no pudo disimular un movimiento de terror.

—“¡Aprehended á esa bruja,”—balbució con turbación.

La mujer fué sujeta por los brutales sayones. De allí la trasladaron á la Cárcel de Mujeres, plazuela de las Animas. No hay que olvidar que era triste teatro de estos sucesos la histórica Valladolid.

II.

Pasaron “muchos” meses, y por el “crimen” que hemos narrado, la anciana vió aumentar el copioso caudal de los hilos de plata que eran aureola á su frente y que pareció tomaron más brillo al soplo del infortunio.

Una mañana, para tranquilidad de la bien negra conciencia de Trujillo, el cielo amaneció encapotado... A poco, el más copioso aguacero refrescó las áridas callejas de la noble Valladolid.... ¡Al fin llovió! Trujillo daba cada salto de alegría, que á ser más frágil el piso, se hubiera hundido en la tierra, si bien esta desgracia, que fausto suceso sería entonces aun para más de un español ricacho, lamentable la habían de juzgar los amigos de ejecuciones y alcaaldas....

Pero ni Trujillo se hundió y sí seguía lloviendo que era una bendición. De improviso, el tiranuelo pareció recibir una inspiración no se sabe si de lo alto ó de lo bajo, pues, por hechos que guarda la historia, muy sospechoso en sus relaciones con todos los demonios del infierno ha venido á ser el tal soldadote.

Lo averiguado del caso es que él dió ciertas órdenes entre risas y fiestas que hicieron temblar á sus mismos sicarios. Uno de ellos, en marcha apresurada, tomó el camino de la reclusión de mujeres. Entonces llovía más que nunca: á cántaros.

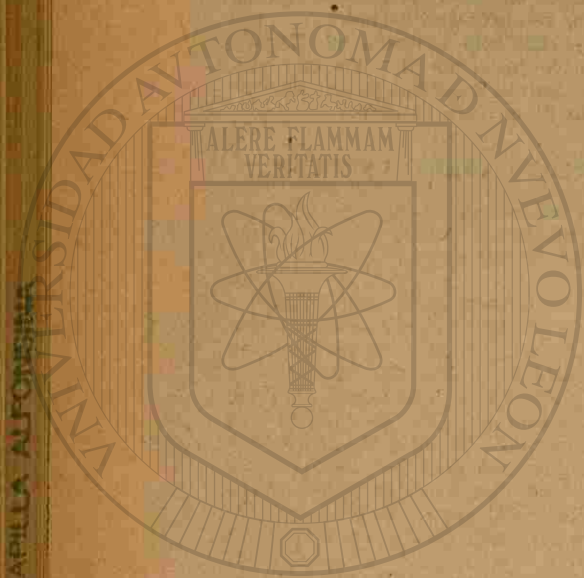
Vióse, pocos momentos después, frente al edificio citado, el espectáculo más singular: una pobre vieja, perfectamente sujeta, y á la que con fina atención colocó su guardián debajo de una canal, ó dicho en buen romance, debajo del grueso chorro de la

agua, que con armonioso estrépito se precipitaba por la susodicha canal....

Era nuestra pitonisa. Ella se retorció, gimió, aulló, pero no hubo remedio: bien limpieta se fué á su casa. Después de aquel baño forzoso, recobró su libertad.

Y un rasgo tan sólo es éste, del “buen” Trujillo, motivo justo por que los contemporáneos no tendrán empacho en corroborar que el diablo ni envidia le tuvo.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.



CAPILLA ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



UN DRAMA EN 1810.

I.

El 16 de Septiembre.

En la primavera de 1810, al viejo mundo lo oprimía un gigante: la fama y la gloria aumentaban el prestigio de ese gigante por quien hasta hoy el entusiasmo se aviva. Una parte de la Europa, la patria de Pelayo, había lanzado á la arena contra sus legiones, sus guerreros, sus nobles, sus poetas, y hasta sus sacerdotes para que defendiesen sus hogares y sus vírgenes: la lucha era tenaz y terrible para contrarrestar el poder del héroe del siglo que ambicionaba el imperio del mundo: lucha sostenida con la obstinación que inspiraba el orgullo británico, aliado, ocioso y temible contra el nombre francés y el gran Emperador. Tiempo há que á la América se le prescribían los medios para evitar el contagio europeo. Había llegado á Nueva España como el trueno lejano de la tempestad, el eco de las mágicas voces de "Libertad" é "Independencia," que los peninsulares pronunciaban como el náufrago que grita "salvación," y hace esfuerzos para llegar á tierra en medio de las olas que lo arrebatan. El sonido de otra palabra se dejaba oír de vez en cuando; palabra dulce, pero no pronunciada con serenidad, y era la de "hermano." A esta expresión, en lo aparente tierna, seguía la mayor anomalía, enardeciendo el alma me-

nos sensible. Sin embargo, Nueva España, pura é inocente, respiraba un sueño, al parecer apacible, como es el que produce el letargo del despotismo.

Crefase que el otoño sería hermoso: la aurora del 15 de Septiembre de 1810, fué tranquila desde Chiapas y Yucatán hasta California y Texas. ¡Qué serenidad, qué regocijo se presentaba en el semblante de los españoles, que veían la fidelidad de los vasallos de este "su reino!"....

Un solo punto, un miserable pueblecillo de la intendencia de Guanajuato, iba á desmentir tanta fidelidad. Hace tiempo que el Cura de este pueblecillo está agitado: las noches las pasaba en continua vigilia, meditando un proyecto audaz y de inmensas consecuencias. El fuego de su alma y la magnitud de su empresa formaban contraste con su dulce fisonomía, con su carácter sacerdotal, y con lo débil de su contestura física. Ahora más que nunca el sobresalto no lo deja tomar el sueño: las imágenes son más vivas en su alma, y la inquietud lo devora. De repente salta del lecho en que descansaba; un torcido fuerte en el zahuán lo ha puesto en plé, y á pocos instantes se presenta un hombre en estado violento, y le dice.

— Señor, perdidos somos. todo se ha descubierto en Querétaro; lea usted esta carta que acabo de recibir: ella expresa, que en artículo de muerte, un eclesiástico compañero nuestro ha confesado todo nuestro plan, y el Corregidor de aquella ciudad ningún pormenor ignora de él.

— Ya lo presentía, exclama el Cura de Dolores: ánimo, mi buen amigo, y tengamos confianza en el Supremo Autor de las sociedades. Nuestros sentimientos son puros y nobles, ellos germinarán, y mañana á esta hora muchos corazones latirán como los nuestros. No hay que perder tiempo, el cielo nos guiará.

Abasolo, que era el que había venido, responde:

— Señor, sabe usted hasta dónde nega mi adhesión á su persona, y cuál es el juramento con que estoy ligado en esta empresa:

favorable ó adversa, la sellaré con mi sangre. Usted ordene cuanto tenga á bien, que lo secundaré en todo.

— ¡Ah! amigo, hombres como usted se necesitan para zanzar los cimientos de la emancipación de la América, volemos á obtenerla, ya que se nos ha precipitado: esta precipitación es una fatalidad, fatalidad que gravitará sobre muchas generaciones.

Ambos se dirigen á despertar á los criados del Curato, y pronunciando palabras entrecortadas, articulando otras incoherentes, les anuncian que se levanten: á éstos, que son en número de tres, les dan unas enmohecidas picas y lanzas y una mala escopeta; y estas picas y esta escopeta miserables habían de derrocar el dominio castellano, consolidado por trescientos años en México; viéndose relucir después de ellas, las espadas de Morelos, Matamoros, Guerrero é Iturbide.

Vióse, pues, en la plaza de Dolores, un pequeño grupo, á veces silencioso, á veces conmovido, como el anuncio de la tempestad. Se abrieron las puertas de una casa, y salen dos hombres que se dirigen al grupo; éste, con los recién llegados, son siete. Da el reloj la una de la mañana del 16 de Septiembre de 1810, y se oyó un grito que dijo: "Mexicanos, Independencia ó Muerte." Al pensamiento de un eclesiástico, á la voz de siete hombres, correspondió la de siete millones de mexicanos.

La aurora de ese día fué como ninguna otra, resplandeciente para el Anáhuac; aurora de esperanzas entonces, y hoy de tierno y grato recuerdo: ella alumbró ya libres á los hijos del pueblo de Dolores, que esclavos habían visto ponerse el sol en Occidente. Despertaron para saludar á su libertador, que la víspera no era más que su humilde Párroco.

II.

El amor filial y el patriotismo.

El sol había recorrido un tercio de su carrera, cuando la plaza, las calles y las casas presentaban un espectáculo jamás visto: to-

dos hablaban con desembarazo, todos presentaban un semblante risueño en medio de los transportes de una alegría enteramente nueva: la atmósfera misma parecía más pura, como si la naturaleza por su parte quisiera celebrar este acontecimiento. Los circunstantes, conferenciaban unos, otros protestaban; todos estaban afanados por la reunión de hombres y de armas: los vecinos todos tenían un mismo deseo, un mismo ardor: el patriotismo los animaba, y la uniformidad de su pensamiento hacía que cada uno obrase con una actividad sorprendente. Diversos correos parten y llegan: la noticia del suceso se propaga como la electricidad: indígenas candorosos é inocentes vuelan á postrarse á los pies de su pastor y á hacerle ofertas hasta de su vida. En la plaza hacían oleadas las diversas reuniones: el concurso era numeroso, y repentinamente se ve á la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe colocada en un estandarte, y "se le proclama por la Patrona de la América." A los vivas de esta Imagen y de Hidalgo, y á algunos muertas de los europeos, los grupos de rancheros y de indios se aumentan: aquéllos con su aspecto rústico é indómito, vestidos con sus cuecos, calzones y batas de campana, adornadas en algunos con varias piezas de plata, llenas de deformidad, y con sendos sombreros, estaban mal armados: los indígenas con sus hondas y garrotes, llevaban una estampa de aquella Imagen en sus sombreros. Todos expresaban el júbilo de que estaban poseídos, é introducían una confusión con sus estrepitosas voces, que no permitían escuchar la voz de los que se habían improvisado por sus jefes, ni aun del mismo Hidalgo. En fin, después de algún trabajo por parte de éste y de algunos caudillos, logró hacerse entender.

Estaba en la plaza dando algunas órdenes, cuando se le presenta un joven de las principales familias, de figura interesante, y en cuya fisonomía se traslucían á la vez el entusiasmo y el dolor.

—Señor, le dice á Hidalgo, vengo á seguir á usted en su noble empresa: usted procla-

ma la salvación de esta parte de la América y la ventura de los hijos de ella: yo nada valgo, pero me anima un noble patriotismo, y no vacilo en unirme al libertador de mi patria, y combatiré por ella hasta morir.

—Os veo, le replica Hidalgo, exaltado, pero dudo que habléis con exactitud. Son bien grandes los riesgos que van á correrse, acaso bien pronto os habréis arrepentido: reflexionad, y entonces admitiré vuestros servicios.

—Señor, dijo uno de los que se hallaban presentes: este joven es hijo de un español de los que se hallan presos; deberíais desechar sus ofertas, que son demasiado sospechosas.

—Os engañáis, exclama interrumpiendo una hermosa joven, tan fresca como la rosa que se ha abierto á los primeros rayos del sol y que aún el rocío brilla en sus hojas, y dirigiéndose á Hidalgo, añade: señor, jamás ha habido un hombre más franco y sincero que Angel: yo conozco sus sentimientos más íntimos y sus hechos siempre han estado acordes con sus palabras. Verdad es que á su padre se le acaba de reducir á prisión, y este pesar no puede ocultarlo, porque es un deber sagrado de la naturaleza; pero no por eso es menos noble y generoso con su patria. Disimulad que hable á su nombre, pues lo amo como á mi hermano, y yo no he podido resistir, á pesar de mi edad y condición, al deseo de seguirlo y acompañarlo en el dolor que lo atormenta, en medio de esta confusión que reina.

Cuando concluyó, el rubor coloreó sus mejillas, y llena de confusión por lo que acababa de hacer, bajó la vista como reprendiéndose á sí misma de su temeridad; pero los padecimientos de Angel por la prisión de su padre y los sentimientos de aquél, la habían alarmado en aquellos momentos extraordinarios, hasta el extremo de sobreponerse á toda consideración, no sin abandonar el secreto que tanto la embellecía.

—No os engaña esta joven, señor, repu-

so Angel: os juro por mi honor, que mi anciano y virtuoso padre ama á los americanos; que jamás, y esto lo sabéis, los ha insultado: su casa siempre ha estado abierta para todos los desgraciados. La educación que le ha dado á sus hijos, y que está á vuestro alcance, es una prueba de sus ideas. El siempre ha sido un modelo de virtud. Señor, dadle la libertad, que es tan americano de corazón como vos lo soís por nacimiento. Yo me ofrezco por garantía suya: sabed que por mis opiniones políticas hace un año que fui despedido del Colegio de Minería. No desconfiéis de mí: la libertad de mi padre, y disponed de mí absolutamente.

A este tiempo se acerca Abasolo, lo abraza, é impuesto brevemente de lo ocurrido, habla en su favor á Hidalgo, quien dice á Angel:

—Esperadme.

Hidalgo, Abasolo é Isabel su sobrina, que era la joven que había intercedido por Angel, entraron á una casa que estaba inmediata. A poco lo llamaron de orden de Hidalgo, y le dijo:

—Tomad, y le dió dos papeles: ahí tenéis la orden de libertad de vuestro padre y un nombramiento militar para vos. Cumplid con lo que habéis ofrecido y marchad, siendo uno de los primeros.

—Señor, exclamó Angel: creedme, nunca olvidaré lo que me habéis concedido, y pronto conoceréis cuál es mi gratitud.

Era tal la expresión y la actitud de Angel cuando habló, que Hidalgo le tuvo cierta simpatía desde aquel momento. Abasolo y su sobrina se sintieron conmovidos y quisieron acompañar á Angel á la prisión en donde estaba el padre de éste. Las puertas de ella se abrieron para ponerlo en libertad. Corta fué la escena que pasó, pero llena de fuertes impresiones. El amor filial, ese amor angelical que dilata los corazones y que los eleva hasta el trono del Eterno, se apoderó de Angel, que se sentía inundado de gozo al estrechar en su seno á su tierno y adorado padre. En el camino, y cuando regresaron á su casa, supo el an-

ciano todo lo ocurrido, y después que se instruyó y que otra vez se abrazaron ambos, el padre con el llanto en sus ojos, le dijo:

—Hijo mío, hoy te amo con mayor ternura, y doy gracias al Señor de haberme concedido un hijo tan virtuoso: sé fiel á tu patria y á tu General, como has sido amoroso y obediente á tu infeliz padre, que pronto desaparecerá de este mundo: no olvides mis consejos, y en cualesquiera situación dirige tus miradas hacia ese Dios tan grande. Recibe mi bendición, hijo querido, que acaso será la última, y parte á donde te llama tu deber. que yo haré fervientes votos al cielo por tí.

Abasolo le interrumpió diciéndole:

—Amigo, os falta otra bendición: sabed que vuestro hijo y mi sobrina Isabel hace tiempo se aman: llenad sus deseos para que la Iglesia santifique su unión.

El anciano apenas ha oído estas palabras, y que Angel pretendía hablar, acaso para satisfacerlo, cuando sin articular palabra, alza sus ojos al cielo, como para implorarlo, y en seguida bendice á ambos amantes: después los abraza y estrecha en sus brazos, humedeciéndose nuevamente sus ojos. Pasados éstos momentos tan tiernos, el hijo se despidió del padre. El adiós que se dijeron fué muy significativo.

III.

La batalla.

Preciso era que Angel marchase á San Miguel ese mismo día, con una comisión de Hidalgo; esta precipitación, acaso para probar su decisión, le impidió dar su mano á Isabel. Esta, al verlo partir, se consternó demasiado; pero ambos amantes se consolaban con verse pronto. Angel iba tranquilo con que Isabel quedaba en casa de su tío, y que ella le correspondía con grande pasión.

Muy corta fué la diferencia de la marcha de Angel con la del ejército, porque ya lo era la pequeña reunión que se había forma-

do el 16. Un ruido terrible anunciaba la de éste; aquella informe reunión se parecía, al dirigirse á San Miguel y á Celaya, á una colosal serpiente, é infundía un gran terror. Su murmullo, á lo lejos, se semejaba al del huracán, y así podría llamarse aquella turba de hombres que no era fácil contener. En los campos de Celaya, Hidalgo fué proclamado Generalísimo, y á Angel, por su buen comportamiento, se le colocó en el Regimiento provincial de esa ciudad. El ejército se encaminó á Guanajuato; se dió el ataque en este punto, y Angel fué de los primeros. Ya "Pipila" había incendiado la puerta de la alhóndiga; pero la defensa era tenaz, y las balas y los frascos que los enemigos lanzaban á sus contrarios derribaban á muchos de éstos. Angel hacía prodigios de valor y se llenaba al mismo tiempo de sobresalto por los desórdenes de aquellas masas, desbandadas como un torrente. Puesto á la cabeza de sus soldados, penetró al interior del fuerte, y en medio de aquella confusión cayó herido. No obstante, recomendaba la clemencia para con los prisioneros y los que se rendían. En estas circunstancias perdió el sentido y fué transportado á una casa. El Generalísimo, testigo de su heroico valor, le concedió las charréteras de Capitán; pero lo grave de las heridas y falta de cuidado le produjeron una fiebre que se manifestaba con fatales síntomas. Isabel supo la desgracia de su amante: llena de dolor y casi frenética volvió á su socorro: merced á sus exquisitas atenciones, logró que recobrará algo su salud, y cuando Angel volvió en sí, se vió en los brazos de su querida Isabel, que le prodigaba mil atenciones llenas de ternura y expresión; mas la calentura le volvió á Angel y nuevamente perdió el conocimiento; su existencia corría bastante peligró, y se creía que el latido que daba su corazón era el último.

El himeneo.

Un día, serían las cuatro de la mañana, Isabel estaba orando con piedad angelical al pie del lecho de su amante: la fatiga, las continuas vigiliás y los esfuerzos que había hecho para arrancarlo de los brazos de la muerte, la habían extenuado. El dolor también había marchitado sus rosadas mejillas; los suspiros que exhalaba y que procuraba reprimir en vano, las lágrimas que como unos brillantes se desprendían de sus párpados, revelaban lo que la virgen sufría. Parecía el angel que asiste al hombre en sus últimos momentos, cuando va á decir adiós al mundo y á sus pompas, y que vigila la hora suprema de la vida. Isabel había quedado en una profunda meditación, cuando su amante, recobrando su conocimiento, exclamó con débil y tierna voz:

—Isabel, Isabel mía, ¿en dónde estás?

—A tu lado, bien mío, cuidando tu preciosa existencia.

—¡Ah! Isabel, qué dichoso soy viéndote junto á mí: ¿y mi adorado padre, qué es de él? ¿no lo has visto?

—Está bueno, y pronto se hallará con nosotros.

—Isabel, conozco que poseyéndote soy feliz; pero aspiro á otra felicidad mayor y que no gozaré aquí abajo. Ves el estado en que me encuentro; me siento muy débil; mis heridas muy poca esperanza dan de alivio, y acaso ésta es la última vez que escucho el canto de las aves en el alba. El conjunto de mis padecimientos no ha podido extinguir mi amor hacia tí.

—Pues bien, dí qué quieres.

—Déjame concluir: cuanto más fuerte ha sido la fiebre, más ardiente he sentido mi amor: en mi imaginación te has presentado, te he visto unas veces en mi delirio, como cuando te conocí, hermosa como la flor antes que sus tallos los destrozara la tormenta; y otras, como estás ahora, triste y melancólica como el lirio, al que los rayos del sol han robado sus colores. Ya no

me es posible carecer por más tiempo del dulce nombre de esposo que deseo oír pronunciar de tus labios: quiero que nuestro himeneo se celebre hoy, y llamándote mi esposa, aunque expire. Isabel, tengo funestos presentimientos, y en nombre de nuestro amor te hace tu desventurado amante esta última súplica.

Isabel tenía anudada la garganta de dolor, y con voz enternecida le dijo:

—¿Qué puedo decirte yo, bien mío? Mi tío y mi virtuoso padre han convenido en nuestra unión: una vez consagrada á tí, no debo sino complacerte.

—¿T tu tío por qué no está aquí?

—Hace algunos días que ha marchado con el ejército.

—¿Conque el ejército ya no está en esta ciudad?

El esfuerzo que había hecho Angel para hablar lo había debilitado demasiado; dió un profundo suspiro y quedó como aletargado. La infortunada Isabel volvió á mayores penas; sólo su amor y su virtud pudieron darle nuevas fuerzas para resistir tanta desdicha. Había tenido un destello de felicidad, y éste fué cuando lo vió recobrar sus sentidos y decirle, que la tenía presente, y que deseaba ser su esposo con vehemencia.

Durante la enfermedad se había presentado un joven bien apersonado, que decía ser amigo de Angel, y por quien manifestaba grande empeño. Como éste continuó de gravedad, la asistencia del joven fué más frecuente. En el curso de la enfermedad fué adquiriendo alguna confianza, hasta el extremo de tomarse ciertas libertades, cuya explicación no comprendía Isabel. El joven no pudo más disimular sus pretensiones; y un día, cuando nadie estaba en la pieza cuidando á Angel más que Isabel, declaró á ésta, con el mayor atrevimiento, sus pérdidas miras. A semejante audacia Isabel nada contestó: mas llena de sobresalto y de valor, y abrumada de pesar y de sorpresa, su semblante se demudó, y habiendo dirigido al cielo una mirada, como para implorar

su apoyo, con grande resolución se resolvió á decirle con voz firme:

—Señor: os creía un amigo de Angel y un caballero; veo, por vuestras acciones, que ni lo uno ni lo otro sós. No profanáis más este lugar, y os agradeceré me evitéis el disgusto de vuestra presencia; si no os váis, y no queréis excusar un escándalo, iré á avisar á las personas de la casa que sós indigno de ser admitido aquí.

Quando Isabel hubo acabado, y con ademán consternado se fué para las piezas á donde se hallaban las demás personas, antes estuvo en la puerta, pendiente del joven. Este, que no creía hallar tanta resolución y tanta virtud en Isabel, se encendió en ira, y con aspecto feroz quiso detenerla; pero ella ya se había puesto en seguro. Viéndose burlado tomó su sombrero y le dijo con acento horrible:

—Os acordaréis para siempre de vuestra conducta descortés para conmigo; os juro que me vengaré y no os tendré compasión.

Quando el joven se retiró, Isabel fué á asegurar la puerta, y se quedó abismada en una serie de reflexiones, llenándose de sobresalto á cada instante.

Al día siguiente, Angel manifestaba algún alivio; esto, el temor de que el joven audaz cometiese una tropelia, y el cumplir con los deseos de Angel, decidieron á Isabel para violentar la unión de ambos. A las ocho de la noche ya recibieron del sacerdote la bendición que los ligaba para siempre. Al pronunciar el juramento sagrado, Angel pareció que había recobrado el vigor que en otro tiempo le caracterizaba; sus ojos brillaron llenos de fuego, y dirigiéndolos á Isabel, exclamó:

—Esposa mía... y el dolor cortó su voz.

—Angel, tuya soy por siempre, y nadie nos separará.

—Isabel, ¿quién cuidará de tí si yo te faltase? Tu tío, quién sabe que será de él, pues la guerra diezma á los combatientes.... y mi padre, mi pobre padre.... no es posible que sobreviva. Todo esto me atormenta.

—Hay uno que cuidará de mí.

—¿Quién?

—Dios.

—¡Ah!... sí: Dios mío, tengo fe en que mi Isabel... su virtud... y sus ojos se humedecieron.

—No hablemos de esto... ¿Qué, no te aliviarás y viviremos felices? pero al decir esto Isabel procuraba ocultar de Angel su semblante conmovido.

Angel sólo respondió con un suspiro.

V.

El patíbulo.

El ejército mexicano y sus caudillos se habían retirado para Valladolid, y Guanajuato había quedado con una corta fuerza. En estas circunstancias, á los dos días después del himeneo de Angel y de Isabel, se anunció la llegada de Calleja con sus tropas. La ciudad se alarmó, y las familias comenzaron á emigrar, temerosas de nuevos desastres y de las venganzas que pronosticaban los realistas. Isabel, al ver los temores de la población y la salida de las familias, previó los riesgos que corría su esposo. Este, aunque se hallaba un poco aliviado, no podía caminar, y ni le era fácil, cuando casi todos los lugares inmediatos se hallaban invadidos de realistas.

Al otro día llegaron éstos; se hallaban ambos esposos en la más tierna conversación, cuando llegó una persona refiriendo todas las tropelías y crueldades que los soldados cometían. Angel escuchaba con calma aparente la narración de aquellas infamias; pero al oír algunas explosiones de fusiles quiso levantarse, tomar su espada é ir á combatir contra los opresores de su patria.

—Déjame, Isabel, déjame salvar á tanto inocente.

—¿Pero á dónde vas en el estado en que estás?

—Me siento con fuerzas bastantes para vender cara mi vida.

Isabel, y otras personas que la rodeaban, lo conjuraron á permanecer tranquilo, persuadiéndolo de la imposibilidad en que se

hallaba; y por los ruegos lograron que se calmase. A cada hora, en los siguientes días, se sabían las horribles ejecuciones con que el malvado Calleja había pretendido vengar en unos habitantes inocentes las matanzas de Granaditas. En vano el R. P. Belauzarán recorría con Crucifijo en mano las plazas y calles de Guanajuato para contener aquellas escenas de sangre. Su carácter evangélico, su aspecto de clemencia y de piedad que imploraba para los desgraciados, en vez de calmar á los verdugos los enfurecía más. Habiendo sabido todo esto Isabel, procuró poner á cubierto á su idolatrado esposo, á quien ocultó cuanto pasaba. Se decidió, pues, por temor de las denuncias, bajar á Angel á un pequeño subterráneo de la casa que habitaban: hacía seis horas que ocupaban aquel lugar insalubre, cuando á la una de la tarde tocaron á la puerta de la casa fuertemente, amenazando echarla abajo si no abrían pronto. Apenas había abierto, cuando se presentó á la cabeza de varios soldados el joven que había dicho ser amigo de Angel, y que había pretendido seducir á Isabel, y con odioso aspecto dijo:

—¿Dónde está ese rebelde y su cómplice?

—Señor, ya no habitan aquí, días há que se han ido.

—Mentira; yo sé dónde están: venid, soldados.

Y llegando á la puerta del subterráneo les mandó abrirla, y bajó el primero á donde se hallaban Angel é Isabel. Al verlo ésta y acompañado de aquellos hombres armados, comprendió desde luego su angustiada y comprometida situación. Nunca su corazón había sentido lo que en estos momentos, y dando un grito quedó desmayada junto á su esposo. Este, al verse sorprendido, quiso hacer resistencia; ¿pero qué había de hacer en el lamentable estado en que se hallaba, y sin sus armas? En el acto fueron amarrados los dos esposos y conducidos á presencia de Calleja, cometiendo en el camino con ellos, las mayores violencias: los de la casa huyeron, y no hubo quien pudiera auxiliar en algo á aquellos

desgraciados. Tan luego como Calleja los vió, se sorprendió á la vista de Isabel.

—¿Quién es esta mujer? dijo Calleja.

—Mi esposa, respondió con entereza Angel, que se hallaba recostado junto al zaguán de la casa.

—Mentira, señor, respondió el joven y supuesto amigo de Angel, yo lo sé muy bien.

—Pérfido, exclamó Isabel, con el orgullo de su virginidad herida: hace ocho días que un sacerdote nos ha unido.

—Que prendan á ese sacerdote que se atrevió á casar á dos rebeldes, gritó Calleja.

—Tirano, tu imperio ha de acabar, exclamó Angel, dirigiéndose á Calleja.

—Malvado, cállate, le dijeron varios soldados, amenazándolo.

—Que se disponga este insurgente, y que se le ahorque, dijo Calleja.

—En el campo y en otro estado nos habíamos de ver, y Angel les lanzó una mirada de león.

—Pícaro rebelde, ahora recibirás el premio de tus maldades.

—Que se le fusile luego, dijeron varios oficiales. A tí no, chica, le dijeron á Isabel.

—Ambos debemos morir, replicó ésta con la mayor serenidad.

—Que los separen, dijo Calleja.

—¡Nunca! respondieron Angel é Isabel.

El falso amigo de Angel, que con efecto había sido su condiscípulo de colegio, procuró tomar de un brazo á Isabel y le dijo al oído:

—Si accedes á lo que te dije el otro día te salvaré; pero á ese hombre no, porque lo aborrezco de muerte.

—Quitáos de mi lado y de mi presencia; sós un mónstruo.

—Llevadla adentro de ese cuarto, repitió Calleja.

Mas Isabel hizo grande resistencia, y poniéndose de rodillas le dijo á Calleja:

—Señor, si han de darle la muerte á mi esposo, os suplico por único favor, que ambos muramos juntos; pero por piedad no me separéis de su lado. Ved, señor, que es-

tas escenas le han hecho perder el sentido, y que acaso ya habrá dejado de existir. ¡Ah, señor, no me separéis de él!

Con efecto, lo que presenciaba Angel le había causado un paroxismo, y por intercesión de un oficial, amigo del padre de Angel, la dejaron con él, y los pusieron en un cuarto, en el que la infeliz procuraba darle algún pequeño auxilio.

A las cuatro de la tarde ya había vuelto en sí Angel, y ambos esposos se habían dispuesto religiosamente para morir, porque la orden había sido terminante, y Calleja estaba muy irritado.

Un cuarto de hora después ambos habían sido conducidos al cadalso, levantado frente á la habitación de Calleja: no se esperaba para la ejecución más que los que hacían de verdugos concluyesen con otros ajusticiados. Guanajuato estaba lóbrego y reinaba un espanto sepulcral; las voces de las víctimas, los gritos de aquella soldadesca obscena é infernal aumentaban el pavor; el angel del exterminio recorría aquellos lugares é inspiraba á las almas de aquellos tigres, que no se saciaban con tanta sangre.

Los dos esposos se hallaban allí aislados y desamparados en medio de su infortunio, sin que nadie les concediese el menor consuelo; mas uno al otro se animaban y confiaban en la Providencia.

—Allí, y señalándole el cielo Angel á Isabel, nos vamos á unir para siempre.

—¡Ah, Angel, tu padre... mi tío, cuando sepan nuestra desgracia! Nosotros vamos á ser felices; pero ellos... ¡Oh Dios mío!

En este instante se presentó á Calleja el padre de Angel, que había temido por su hijo, de quien ignoraba la pronta ejecución, y confiando en la antigua amistad que había tenido con él en San Luis Potosí. Calleja se hallaba rodeado de una multitud; sin embargo de ella, por ser español el padre de Angel, pudo llegar hasta donde estaba aquél, y le dijo:

—Amigo, concedéme la vida de mi hijo y de su esposa, ó si no aquí está la mía. ¿No me conocéis? Salvadlos, y cuanto val-

go y poseo está á disposición del Rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis á mentar al Rey S. M., vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitáos de mi presencia antes que vayáis á acompañarlos.

—Decidme al menos en dónde están.

—Vedlos; y con feroz alegría señaló el patíbulo, para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah, Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hacia donde se hallaban: apenas iba á acercarse á donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR EN 1813.

En el curso de la gloriosa revolución que el inmortal Hidalgo inició en el pueblo de Dolores, aparecieron diversos genios, cuya memoria es grata á los mexicanos, y lo será más, cuanto se separe la generación, que indolente y poco agradecida, no reconoce el mérito de los hombres generosos que se sacrificaron por darnos independencia y libertad; generación infectada de todas las tendencias y de todos los vicios con que se nutrió en tiempo del Gobierno colonial, y por lo que las conmociones políticas han sido periódicas en este desgraciado país.

Uno de esos genios benéficos que sobresalieron en el segundo año de la era abierta en Dolores, fué el Teniente general Don Mariano Matamoros. Su nombre sólo basta para recordar algunos días de gloria para México. Uno de sus grandes hechos de armas fué la batalla de la Agua de Quichuca, ó San Agustín del Palmar, en Octubre de 1813.

El General Morelos, para el desarrollo de sus grandes planes, había nombrado Comandante general de las provincias, entonces de México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, al General Matamoros: uno de los movimientos que éste debería emprender, era el obligar á los realistas á que levantasen el sitio que se había puesto á Coscomatepec, en donde con heroicidad se defendía el General Don Nicolás Bravo con 500 hombres, contra más de dos mil que lo asediaban, al mando de varios jefes realistas muy acre-

go y poseo está á disposición del Rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis á mentar al Rey S. M., vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitáos de mi presencia antes que vayáis á acompañarlos.

—Decidme al menos en dónde están.

—Vedlos; y con feroz alegría señaló el patíbulo, para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah, Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hacia donde se hallaban: apenas iba á acercarse á donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR EN 1813.

En el curso de la gloriosa revolución que el inmortal Hidalgo inició en el pueblo de Dolores, aparecieron diversos genios, cuya memoria es grata á los mexicanos, y lo será más, cuanto se separe la generación, que indolente y poco agradecida, no reconoce el mérito de los hombres generosos que se sacrificaron por darnos independencia y libertad; generación infectada de todas las tendencias y de todos los vicios con que se nutrió en tiempo del Gobierno colonial, y por lo que las conmociones políticas han sido periódicas en este desgraciado país.

Uno de esos genios benéficos que sobresalieron en el segundo año de la era abierta en Dolores, fué el Teniente general Don Mariano Matamoros. Su nombre sólo basta para recordar algunos días de gloria para México. Uno de sus grandes hechos de armas fué la batalla de la Agua de Quichuca, ó San Agustín del Palmar, en Octubre de 1813.

El General Morelos, para el desarrollo de sus grandes planes, había nombrado Comandante general de las provincias, entonces de México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, al General Matamoros: uno de los movimientos que éste debería emprender, era el obligar á los realistas á que levantasen el sitio que se había puesto á Coscomatepec, en donde con heroicidad se defendía el General Don Nicolás Bravo con 500 hombres, contra más de dos mil que lo asediaban, al mando de varios jefes realistas muy acre-

ditados. El General Bravo, por una de aquellas resoluciones, que fueron tan comunes en él, durante la guerra primera de Independencia, rompió el sitio, y añadió este laurel más á la corona que ya ceñía su frente. Esto hizo que Matamoros cambiase de plan; en estas circunstancias llegó á su noticia que un gran convoy de tabacos y de otros efectos se dirigía de Orizaba para Puebla, custodiado por la mayor parte de las tropas que sitiaban á Coscomatepec.

Matamoros, desde que abrazó la causa de su patria, comprendió que para hacerla triunfar era necesario acreditar á los españoles que los americanos tenían disciplina y valor, y que sabían batirse á campo raso. Matamoros se penetró de que era un punto de honor exhibir estas pruebas, y fué tanto más escrupuloso, cuanto que el buen éxito de sus empresas dependía de esa convicción. Con un carácter severo y esforzado organizó sus Regimientos de infantería y caballería, poniendo á su división bajo un pie brillante, con su correspondiente artillería, que con bastante acierto mandaba el Coronel Don Manuel de Mier y Terán, vencedor ilustre el año de 1829 en Tampico.

El General Matamoros se ocupaba igualmente desde su Cuartel general, que había situado en el pueblo de Tulancingo, de recobrar á Izúcar, ordenando á diversos guerrilleros que se le uniesen. (*) La noticia de la aproximación del convoy, que conducía el brillante Batallón expedicionario de Asturias y otros Cuerpos, hasta el número de más de mil hombres, bajo las órdenes de los Tenientes Coronels Martínez, Candano y Ramiro, satisfizo los deseos del General mexicano. Con la actividad con que siempre obraba, dictó sus órdenes para dar la acción, habiendo dejado en Tulancingo la mayor parte de su división, á las órdenes del Coronel Don Mariano Ramírez, dirigiéndose con el resto á la hacienda de San Pedro. El 13 de Octubre de 1813, el enemigo pernoctó en el pueblo de San Agustín del

(*) El señor Don Carlos M. de Bustamante. Cuadro Histórico, Tomo 2o. Carta 30.

Palmar, y los patriotas en la hacienda de San Pedro, junto á Chalchicomula. Las tropas independientes se componían de 300 infantes del Regimiento del Carmen, de las Compañías de caballería de los guerrilleros Arroyo, Sánchez, Vicente Gómez; de un Escuadrón de Zacatlán, al mando de Inclán y Pozos; otro del Regimiento de San Pedro, de una Compañía de dragones de Otumba que mandaba el joven Capitán D. M. R., hoy Coronel, y de tres piezas ligeras de artillería.

La orden del día, del 13 al 14 de Octubre, que dió el General Matamoros, contenía en substancia estas prevenciones: Santo, "Nuestra Señora de los Dolores;" seña, "Daga;" contra-seña, "Calvario." Se previno al Capitán de granaderos del Regimiento de caballería de San Pedro, Don Manuel Zavala, hoy General de brigada, que con un Escuadrón, en número de doscientos hombres, se situase entre el punto que ocupaba el enemigo y la hacienda de San Pedro. A cosa de un cuarto de legua de este punto habían de salir á reconocer al General, el que había de marchar á incorporarse á la división, exigiéndole al Comandante de su vanguardia, para ser reconocido, la palabra "aparición;" como nueva contra-seña, debiendo servir esta misma para todos los demás jefes de las secciones independientes. Los Coronels Don Antonio Arroyo, Don José María Sánchez, el Teniente Coronel Don Vicente Gómez, y el Mayor Don Rafael Pozos, marcharon á observar la llegada y movimientos de los realistas. Ordenó igualmente el General, que se aplicarían tres carreras de baquetas al soldado que durante la batalla se entregase á tomar alguna mula cargada ó cualquiera otro despojo de los enemigos; y al que de la vida.

voltease las espaldas se le impondría pena. El día 14, á las dos de la mañana, Matamoros emprendió su movimiento desde la hacienda de San Pedro, para reconocer los puntos en que debería atraer á los realistas. El Capitán Zavala se había colocado, desde la víspera, á tiro de fusil de ellos: á

las cinco de la mañana del mismo día 14, luego que Candano levantó su campo, comenzó á llamarle la atención con sus doscientos dragones, sobre el flanco derecho de éste; Zavala le rompió el fuego, mandando desmontar su caballería, con excepción de veinticinco hombres, conteniendo el ataque con la infantería y el resto de la caballería, disponiendo la batalla del modo siguiente: La caballería, dividida en tres secciones, debería atacar la retaguardia, y la infantería del Regimiento del Carmen, con la caballería del Teniente Coronel Rodríguez, echando pie á tierra y formando cinco guerrillas, atacase por el costado derecho al enemigo, quedando el General en observación con la reserva, desde un punto bien situado, para obrar según lo exigiesen las circunstancias. Puestas en ejecución estas disposiciones, se dió la señal del ataque, rompiéndose el fuego por todos los puntos, pero tan sostenido, que el humo impedía al General distinguir los movimientos de sus tropas. La obscuridad cedió un poco, y advirtió que el convoy marchaba aceleradamente hacia la vanguardia, y á retaguardia cargaba toda la división enemiga. En el acto dispuso Matamoros que la reserva, unida á una guerrilla de infantería más inmediata, auxiliasen á la caballería para atacar la retaguardia enemiga. El Comandante realista, tan luego como observó la evolución de los patriotas, mandó formar un cuadro de tres en fondo, y cubierto por sus flancos con su caballería, marchaba en la dirección del convoy sin perder su línea y sosteniendo sus fuegos con la mayor actividad.

El General independiente no perdió tiempo para emprender un nuevo plan: luego mandó tocar reunión á sus guerrillas de infantería y las dividió en dos partes: una atacó la vanguardia con un cañón, y la otra, auxiliada por la caballería, lo hizo por el costado derecho y por el izquierdo del enemigo. Los independientes tomaron sus colocaciones y se dispusieron valerosamente á cargar á aquél; la actitud de aquéllos, su sangre fría y el entusiasmo con que se lan-

zaron contra unas tropas tan disciplinadas, acreditaba que un puro patriotismo y la emulación de la gloria los animaban. En el espacio de dos leguas fueron cargando á los realistas, que se iban retirando en buen orden y rechazando con denuedo los diversos ataques que se les daban. Impaciente Matamoros por decidir la acción, mandó colocar á retaguardia de la caballería de su reserva dos piezas de artillería cargadas con metralla, mandando que se retirase la primera abriendo claros. Esta evolución la juzgó el enemigo que era una retirada verdadera: con esa confianza cargó precipitadamente sobre los mexicanos, suponiendo obtener un triunfo completo; pero fué recibido con el fuego de las piezas y el de la infantería, obrando la caballería con decisión heroica contra la realista: entonces el arrogante enemigo pagó su arrojo dejando el campo cubierto de heridos y muertos, y los demás huyeron espantados con aquel destrozo que no esperaban, quedando roto el cuadro.

En estas circunstancias, Matamoros, que todo lo había previsto, y que veía realizarse su plan, mandó tocar á degüello; la caballería mexicana ejecutó esta orden con una resolución é intrepidez jamás vistas, y penetrando hasta el centro de los contrarios hizo un horrible destrozo, en venganza del honor y de la dignidad de la patria, vilipendiadas por tanto tiempo: sin embargo, el General independiente mandó cesar el ataque. La batalla costó al enemigo 215 muertos y 368 prisioneros, (1) con el Teniente Coronel del Batallón de Asturias, Don Juan Candano, (2) y 17 oficiales, 517 fusi-

(1) La mayor parte fueron españoles, y en razón del trato generoso que recibieron del General Matamoros, tomaron partido sirviendo á sus órdenes con lealtad, hasta que á su lado sucumbieron en la desgraciada acción de Puruarán.

(2) Candano fué fusilado, y se manejó como un valiente. ¡Cuánto más grande habría sido Matamoros si le hubiese salvado la vida!

les, otras armas y algunas cargas de tabaco: los independientes tuvieron que lamentar la pérdida de catorce valientes, muertos en el campo, y sesenta y dos heridos. La historia ha consignado en sus páginas los dignos mexicanos que singularizó en su recomendación el General Matamoros, y lo fueron los Coroneles Don José Antonio Arroyo, Don Miguel Inclán, el Sargento mayor Don Rafael Pozos, (*) Capitanes Don Vicente Herrera y Don José María Pezera, y del Regimiento del Carmen Capitán de granaderos Don Mariano Molina; Tenientes Don Antonio Lara, Don Mariano Serrano é Ignacio Echeverría, Asistente del General.

Ya se dejan conocer las consecuencias de esta batalla. Calleja y los jefes realistas temblaron al ver la táctica y la intrepidez que los patriotas desplegaron. Este triunfo fué espléndido, y anunciaba al mundo que los mexicanos eran hombres de resolución, excitó un entusiasmo universal y reanimó más las esperanzas nacionales. En aquella lucha á muerte y sin tregua, con que se disputaban la causa de la patria y la del Rey, fué una compensación de tantas desgracias como sufría la primera. Nada faltó para que Puebla hubiera sido abandonada, y Calleja llegó á creerse inseguro en la capital. La reputación del General Matamoros quedó consolidada. Hombre que el Eterno lanzó al nuevo mundo para la predicación de un doble evangelio... hombre de mediana talla, y sin embargo hoy no tiene México quien pudiera tocar á la línea á que él llegó; y esto no es más sino porque el tipo de los héroes es raro.

Ved, pues, cómo el obscuro punto de San

(*) Pozos, en unión del Brigadier Lobato, había sido hecho prisionero en Zitácuaro por los americanos; ambos eran cabos, el primero de dragones de España, y el segundo del Regimiento de Tres Villas; á su instrucción y á su valor debieron su pronta elevación, habiendo tomado partido por la causa nacional.

Agustín del Palmar quedó inmortalizado en nuestros fastos. San Agustín del Palmar ha sido el teatro de tres batallas sangrientas.

¿Las fechas?

—19 de Agosto de 1812.

14 de Octubre de 1813.

4 de Octubre de 1832.

¿Las víctimas?

—Labaqui.

—Candano.

—Azcarate.

¿Los vencedores?

—Bravo.

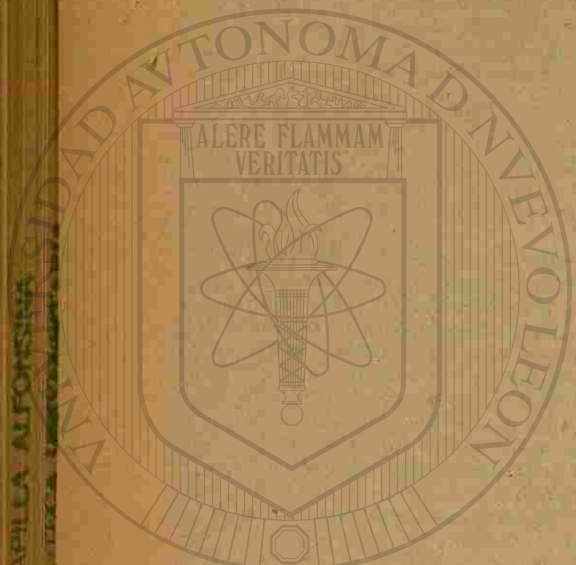
—Matamoros.

—Mejía.

Resumiendo, diremos: dos batallas gloriosas en guerra nacional, y una oprobiosa por haber sido en guerra civil. Dos españoles y un mexicano. Dos héroes y un valiente; y de estos vive el primero, considerándosele justamente el decano de los hombres de 1810, y como si no fuera de la sociedad que libertó, lo ha proscrito: el segundo murió para vivir eternamente; y el tercero en un sepulcro ignorado, es causa de remordimientos, y sirve de testimonio de que en las guerras intestinas nada puede el valor.

Coscotitlán, Septiembre 11 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



EL TAMBORCITO DE VALLADOLID.

I.

La fatal noticia circuló con asombrosa rapidez por la siempre pacífica Querétaro, consternando los espíritus débiles y arrancando ayes de conmiseración á los corazones tiernos y compasivos. No había remedio: Calleja, á reiteradas súplicas de los principales vecinos de la ciudad, accedía á indultar á los religiosos aprehendidos en la batalla de Aculco, pero se manifestaba duro é inquebrantable para perdonar á los demás prisioneros. Las lágrimas de las damas queretanas ninguna melía habían hecho en el corazón de roca del jefe realista, y, por consiguiente, la cruel sentencia de muerte dictada contra aquéllos se ejecutaría ineludiblemente.

Y no era eso todo. La sociedad, aunque nada acostumbrada á los sangrientos horrores de la guerra, hubiera podido soportar la muerte de los insurrectos prisioneros, pero jamás consentir en ser simple y pasiva testigo de la injusta ejecución del pequeño niño Pablo Armenta, tamborcito del ejército insurgente, sobre quien recaía también la severa sentencia de Calleja. Si era natural que los campos de Querétaro se humedecieran con la sangre de aquellos patriotas, porque así lo exigían las represalias de la guerra, aparecía, en cambio, monstruosamente inhumano arrancar la vida á un pobre niño, merecedor por su inconsciencia,

de misericordia, al menos, ya que no de absoluto perdón.

—Castiguesele en buena hora, decían los queretanos, mas no se le asesine; ninguna ley, ni divina ni humana, ha penado con la muerte á los niños. No todos desesperaban, sin embargo; algunos, aunque muy contados, á cuya cabeza se encontraba el religioso felpense Fray Dimas Díez de Lara, hijo de la tierra de los héroes—Zacatecas, hombre resuelto, enérgico, abnegado, capaz de cualquier sacrificio, por grande que fuera, dotado de un corazón grande y altruista, y que en más de una vez había demostrado poseer sentimientos humanitarios en alto grado, confiaban en la salvación del pequeño reo, y así se propusieron agotar los medios posibles para obtenerla á toda costa, aun aventurando su propia seguridad personal. Decididos como estaban, creían vencer cuantos obstáculos se interpusiesen ante sus firmes propósitos, y esperaban salir avantes en su empresa: seguramente lo conseguirían, porque eran hombres de fe.

II.

Pensativo, preocupado y taciturno estaba don Félix María Calleja en una de las celdas del Convento de San Francisco, convertida en despacho improvisado, cuando uno de sus ayudantes le anunció la visita del ilustre zacatecano, Fray Dimas Díez de Lara, una de las personas más caracterizadas de la población.

—Pase Su Paternidad y ordene lo que guste, dijo Calleja, levantándose de su asiento y saliendo á recibir al distinguido visitante.

—Doy gracias á Su Excelencia, contestó Fray Dimas con extremada cortesía. Una urgente y delicada misión me trae acá y me obliga á molestar á Su Excelencia, á quien ruego me perdone.

—Puede hablar Su Paternidad, repuso Calleja. Soy todo oídos.

—En nombre de las señoras de la ciudad, tan respetables por sus virtudes y su pie-

dad, y en el mío propio, vengo á rogar á Su Excelencia sea servido de conceder su perdón al infortunado niño que cayó en poder de las valientes tropas de Su Majestad—que Dios guarde—en la reciente gloriosa batalla de Aculco, el cual, según rumores que hasta nosotros han llegado, será fusilado hoy mismo por orden de Su Excelencia.

—Me apena la petición de Su Paternidad, respondió Calleja vivamente incomodado, y si no fuera porque es bica pública su adhesión á nuestro amado Soberano, creería que Su Paternidad, al interceder por ese indigno rapaz, trataba de favorecer la infame causa de los desleales y pérfidos vasallos que se han levantado en abierta rebelión contra Dios, contra la patria y contra el Rey.

—Puede estar seguro Su Excelencia, replicó, sin inmutarse Fray Dimas, de que mi ruego está inspirado tan sólo en un sentimiento de compasión hacia el niño de quien hablo, y de que yo nunca abjuraré de mi profunda fidelidad á Su Majestad—que Dios guarde.—Creo, sin embargo, que para domeñar la insurrección iniciada en los Dolores son inadecuados é infructuosos los medios hasta hoy usados, y que la única manera eficaz de reprimirla es mostrarse benigno con los mismos que han turbado la paz del Reino, porque sólo así se les puede atraer á la buena causa, y no con la crueldad que se ha desplegado, que únicamente les exaspera, les irrita y les hace afianzarse más y más en sus extraviadas ideas.

—Se engaña Su Paternidad, porque aquellos que, en nombre de una absurda libertad tan sólo deseada para quedarse sin ley y sin gobierno que impiéan sus crímenes y latrocinios, se entregan con furor salvaje á saquear las poblaciones, robar á los vecinos, expoliar el comercio, profanar los templos y asesinar á los ministros de Dios, no merecen ni merecerán nunca la indulgencia de los soldados del Rey. Y no obstante, Su Paternidad ha visto que, esta misma mañana, he otorgado el indulto á no pocos prisioneros de guerra que deberían

haber expiado en un patíbulo su grave y enorme delito; pero Su Paternidad mismo comprenderá que esto no puede repetirse ya.

—Perfectamente. Su Excelencia cumplirá con su deber al mostrarse severo é inflexible con los rebeldes adultos que tiene en su poder, si, en su concepto, no son acreedores á consideración alguna. Mas entiendo yo que, como cristiano, debe ser, al mismo tiempo, benigno é indulgente con los niños y otorgar, en consecuencia, la vida al tamborcito por quien abogo, que no sabe lo que ha hecho, porque no está aún en la edad de reflexionar y casi ni de pensar. Devuélvalo, pues, á sus padres, ó entréguelo á mi Convento, donde se educará cristianamente y crecerá fiel á su Rey. Su Excelencia nada perderá con ello.

—No, de ninguna manera; al condenar á muerte á ese precoz forajido, no le castigo por crímenes pasados, sino que evito para siempre que los cometa en lo futuro, que si los cometería, puesto que se ha lanzado ya, muy temprano, por la peor senda del mal; y si hoy que puedo poner el remedio no lo pongo, mañana tendría que lamentar las consecuencias de mi debilidad. Por tanto, deje Su Paternidad morir en buena hora á ese muchacho y no insista en una petición inconveniente.

—No insisto más en ella, Excelentísimo Señor, y me retiro ya. Pero antes, quiero hacer saber á Su Excelencia, que estoy resuelto á agotar los recursos todos de que pueda disponer, para salvar á ese niño desdichado, y si es necesario que sacrifique mi vida, la sacrificaré gustoso. Su Divina Majestad, en quien confío, me lo tendrá en cuenta.

Calleja nada contestó, limitándose á hacer un saludo con la cabeza á Fray Dimas, que salía de la celda.

III.

Allí van, pobres, demacrados, andrajosos, cargados de cadenas, en medio de soldados, los bravos insurgentes del ejército libertador.

Acaso en los momentos últimos de su existencia piensan en su abandonado hogar, en sus padres, en sus esposas; en sus hijos, en todos esos seres á quienes tanto aman y á quienes debían sostener; pero si esto les apena, no les hace arrepentirse de haber tomado las armas en defensa de la patria, porque el amor á ella es más grande que todos los afectos de familia y, porque el deber que tenemos de ampararla está muy por encima de todos los demás deberes. Caminan, pues, sin angustia, tranquilos, tal vez contentos, porque no es poca satisfacción haber servido á quien más se ama y haber cumplido con el primero de los deberes.

Allí van también Pablito, camino de la Alameda, sin preocupación alguna, indiferente, sin recordar lo que ha hecho, ni pensar, tampoco, en el triste fin que le espera.

Por fin, tras de interrumpido andar, llegan todos á la calle del Hospital, donde inesperadamente se vuelve muy dificultosa la marcha: una compacta muchedumbre, ansiosa, al parecer, de acompañar á los sentenciados hasta el patíbulo, se apiña allí y obstruye el paso. Los soldados de la escolta, para apartar á los curiosos, reparten golpes de fusil á diestra y siniestra; mas sus esfuerzos son vanos, porque la gente no se aparta y, por lo contrario, aumenta más y más á cada momento. Aquéllos no pueden avanzar ya un sólo paso, y lanzan imprecaciones contra la multitud, redoblan los culatazos y hasta amenazan con hacer fuego sobre aquella masa humana; pero todo es inútil.

Durante la afanosa brega, casi olvidan á los reos, y éstos, naturalmente, tratan de aprovechar el desorden para fugarse y salvar sus vidas. En aquellos supremos momentos, un fraile se acerca cautelosamente á los prisioneros y con extraordinaria rapidez arrebatada de entre ellos con férrea mano, á Pablito: le toma en brazos, y atropellando á los guardianes, desaparece en seguida entre aquel inmenso grupo de gente.

La escolta apenas se da cuenta del im-

previsto incidente, que no ha podido impedir; dispara sus armas sobre el secuestrador; pero es tarde: el buen fraile se encuentra ya muy distante, y los curiosos, apiñados como por encanto, han desaparecido también.

La calle del Hospital queda desierta, así, ocupada únicamente por los soldados de la escolta, que aturdidos no saben contra quién vengarse de aquella inaudita afrenta.

IV.

Entretanto, había llegado Fray Dimas, jadeante, sudoroso, sin capa ni sombrero, ante la presencia del temible jefe realista don Félix María Calleja del Rey.

—Mi promesa está cumplida, Excelentísimo Señor, exclamó desfalleciente. Vengo, pues, á entregarme á Su Excelencia para que haga de mí lo que á bien tenga.

—Acabo de saber lo que ha hecho Su Paternidad, respondió Calleja con agrio tono, y ciertamente que no sé qué determinación tomar.

—Muera yo, el culpable, y sálvese el inocente, Excelentísimo Señor, repuso humildemente Fray Dimas.

—No. La acción de Su Paternidad es noble y yo le perdono. Mas tenga en cuenta que sólo soy clemente una vez. Sea ésta la última que vea á Su Paternidad, porque no quiero, al verlo de nuevo, sentir el remordimiento de haber dejado con vida á un pilluelo peligroso.

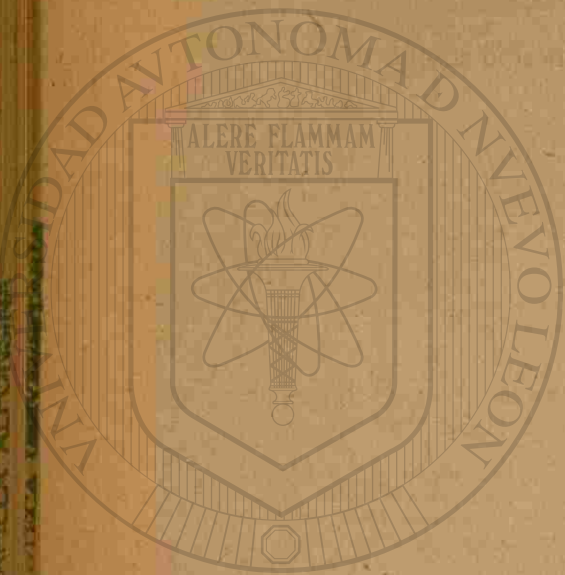
V.

Así salvó aquel ejemplar fraile zacatecano, con grave riesgo de su vida, á Pablo Armenta, ese niño de doce años de edad que la Historia designa con el sobrenombre de "El Tamborcito de Valladolid."

Uno y otro son verdaderamente dignos de nuestra admiración: Pablito, porque siguió á Hidalgo, que proclamaba la más justa y la más santa de las causas—la de la libertad de la patria—y porque, á pesar de su

tierna edad, no se arredró ante los peligros de la guerra. Fray Dimas, porque con excepcional abnegación y arrojo sobrehumano, llevó al cabo una sublime obra de caridad, inspirada en el más acendrado amor á un desvalido, de quien ninguna recompensa podía esperar.

IGNACIO B. DEL CASTILLO.



EL NIÑO ARTILLERO.

I.

A pesar de sus muchos años, el viejo soldado de Morelos se entusiasmaba con el relato de sus campañas, no careciendo de elocuencia sus conversaciones.

Le conocí ya muy anciano. Blancos, enteramente blancos los cabellos; el rostro rugoso y enjuto por la edad y por tener la boca desdentada, pero conservando en sus ojillos toda la vida y juventud que no tenía el cuerpo debilitado.

Sentábase en cómodo "equipal," con montera en la venerable cabeza, que dejaba entrever mechones de pelo rebelde y plateado; apoyaba las manos sobre un bastón, que de cuando en cuando izaba para accionar y para indicar en el piso lo que describía, forjándose la ilusión de que dibujaba planos de las batallas, de las fortalezas ó de las ciudades que fueron teatro de sus propias hazañas ó de las que le habían contado.

Las narraciones épicas de aquel viejecito, que en paz descansa, me cautivaban mucho; aún las conservo vivas en la memoria como si ayer las hubiera escuchado; y entre otras, ahora quiero escribir la siguiente, narrada por él con sencillez encantadora, que ojalá mi pluma pudiera reproducir.

II.

"—Luego que supimos en Cuautla que el feroz Calleja venía á sitiarnos, nadie descansó un instante.

"Todos los habitantes se aprestaron á sostener el sitio. Se acopiaban víveres y municiones, se abrían fosos y se levantaban trincheras, principalmente en las boca-calles por donde podía entrar el enemigo.

"Hubiera usted visto, joven, me decía, cómo todos nos ayudaban, secundando las órdenes y los planes de nuestro gran Morelos!"

Aquí el anciano hacía ademán de levantarse la montera, como homenaje póstumo á la memoria del que había sido su General. Debo advertir que siempre que pronunciaba su nombre, trataba de hacer lo mismo, y aun muchas veces le ví ponerse en pie y dejar rodar copiosas lágrimas, que se veía, llorando de entusiasmo.

"—Sí, joven, todos: los soldados de nuestras tropas y los vecinos de Cuautla; mujeres y hombres, ancianos y niños: todos se preparaban á la lucha.

"En la mañana del día miércoles 19 de Febrero de 1812, el realista Calleja, creyendo que iba á tomar luego la plaza, nos atacó por primera vez y con ímpetu.

"El empuje de sus fuerzas fué tremendo y prolongado. Duró más de seis horas. Retumbaban los disparos del cañón: silbaban las balas de los fusiles y las piedras de las hondas: chocaban las espadas en los encuentros personales, pues hubo puntos que por breves momentos llegaron á ocupar nuestros enemigos; y se hundían las puntas de las lanzas en las carnes de los que atrevidos habían saltado las trincheras, ó de los que acá adentro las defendíamos, chorreando sangre, pero ebrios de obtener victoria.

"De repente, cundió la voz entre nosotros de que Don Hermenegilco Galeana había perdido la plaza de San Diego, con tanto esfuerzo y valor defendida por los soldados que estaban á su mando.

"Aquí fué el ver caras pálidas y rostros de mujeres desfigurados. No por el miedo,

porque en Cuautla ni los niños lo conocían!, sino por la consideración de que triunfasen los realistas.

"Esa falsa alarma sembró confusión en los defensores de una de las calles orientales de la plaza de San Diego, que entonces llamaban "Callejón del Encanto," al que le hacían costado la casa de un tal Lazo, casa que después fué de mi comadre la Silva, y la cerca de la huerta que lindaba con el campo de cañas de San Martín.

"Tras de la trinchera del callejón había quedado abandonada una pieza de artillería, calibre de á 4, ya cargada y próxima á disparar la metralla destructora.

"Entonces un niño de doce á trece años de edad, llamado Narciso García Mendoza, natural del pueblo, y que á la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado Norte de la plaza de San Diego, vió venir la columna enemiga de dragones del Regimiento de Guanajuato, con su valiente y arrojado jefe á la cabeza, Don Diego de Rul, "Conde de Casa Rul," que montaba un alazán, hermoso y de gran alzada.

"Los dragones venían á todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos, ahogándose por la fatiga, el calor y el polvo.

"Avanzan, llegan junto al parapeto en donde se encuentra el cañón solitario, al que sólo le hacían compañía mudos y yacentes soldados nuestros, que habían caído allí mortalmente heridos, pero vitoreando á nuestra causa y á nuestro gran Morelos.

"El niño García Mendoza no esperó más. Saltó sobre los muertos, pisó sobre la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección de la pieza.

"Uno de los jinetes, previendo lo que el niño iba á ejecutar, extiende su espada sobre la trinchera y hiere á Narciso en el brazo derecho.

"El niño, para no caer, se afianza de una estaca, y, rápido como el pensamiento que había concebido, toma la mecha encendida

que se hallaba allí enclavada y da fuego al cañón.

"Relampaguea la luz del fogonazo: el humo de la pólvora asciende por los aires: el disparo hace ensordecen los oídos y estremecer el piso, la trinchera y las casas de la calle...."

"El Conde de Casa Rui cae herido y es llevado por los suyos para morir después. Algunos dragones muertos quedan al otro lado del parapeto; otros bien contusos, y todos acobardados, retroceden, huyen, dejando también el cadáver del que hirió al valiente, al sublime niño!

"Galeana, que ha logrado restablecer el orden, aparece en esos instantes en aquel callejón, que por algo se llamó "del Encanto," y tras de la trinchera abandonada, mira al niño herido, pero orgulloso, satisfecho y sonriente. Lo toma en brazos, lo estrecha con efusión y lo lleva ante el gran Morelos, á quien relata su acción heroica.

"Morelos sabía apreciar y premiar actos tan grandes como el de García Mendoza. También lo abraza y le señala un tostón diario como premio.

"Nosotros, los patriotas insurgentes, salvados aquel día por hechos tan memorables como los de aquel niño, lo paseamos triunfante por las principales calles de Cuautla; todavía manchadas sus ropas con la sangre de la herida que recibió en el brazo; gritándole entusiastas vivas y saludándole con atronadores aplausos, los habitantes del pueblo, los niños, las jóvenes decentes, las mujeres de nuestros soldados, éstos y nuestros jefes, incluso el gran Morelos...."

* * *

Así concluyó el viejo veterano la sencilla narración de aquel heroico episodio, que todavía no graba el cincel en mármoles, ni se ha fundido, como se debiera, en bronce inmortales.

LUIS GONZALEZ OBREGON.



EL SITIO DE LA ISLA DE MEXCALA.

I

El viajero que recorre en la actualidad los hermosos alrededores del lago de Chapala, ó cruza sobre sus ondas azules, observa con tristeza y desconsuelo que en tan amenos sitios, nada indica esa agitación, ni ese movimiento, ni ese bienestar que trae consigo el progreso de nuestro siglo; no palpita allí indudablemente la vida moderna, no resplandece el trabajo en ninguna de sus manifestaciones. Un pueblo activo y culto hubiera hecho ya de lugares tan bellos, centro de civilización y de recreo al mismo tiempo: numerosos vapores cruzarían las hoy tranquilas aguas, en todas direcciones, llevando el comercio y la agricultura entre los poderosos Estados de Michoacán y Jalisco á un grado inmenso de prosperidad; las aldeas de indígenas que bordan las márgenes del lago, disfrutarían de todas las ventajas de una riqueza pública siempre en aumento, y Jalisco sería como otra Suiza escondida en las feraces tierras de México.

No fué ni podía ser éste el sueño deslumbrador de aquel sacerdote y aquellos pobres indios que derramaron su sangre durante cuatro años, con la fe y la constancia de los mártires de la antigüedad, en la isla de Mexcala; pero al pelear por la Independencia, ya entre el fragor de la batalla y el humo del combate, ora en medio de los crueles sufrimientos del sitio, el ham-

bre y la miseria, es claro que les alentaba la esperanza informe y confusa de conquistar para este país por el cual morían, todo género de bienes, todo linaje de venturas. No contaban con que sus pósteros se contentarían con la contemplación lírica de sus hazanas.

El recuerdo de ellas es muy vivo en aquellos lugares consagrados por la historia patria, pues como hemos dicho, todo se conserva en el mismo estado que en la época de la Independencia. Es cierto que en algunas haciendas de las que se encuentran diseminadas en las encantadoras riberas de ese lago, tan bello y delicioso como los de Escocia ó Norte América, se admiran todos los adelantos de la agricultura moderna; las máquinas prodigiosas, los nuevos arados; es verdad que un pequeñísimo vapor, hace la travesía semanalmente desde el pueblo de Chapala, á la ciudad de la Barca, recorriendo una parte del caudaloso Lerma; pero las demás embarcaciones que surcan aquellas históricas aguas, son todavía las mismas canoas toscas y pesadas de los insurgentes, de imperfectísimo velamen, y enormes remos, semejantes á los de los "drakar" escandinavos de la Edad Media; la piscicultura está en la infancia, y los indígenas que habitan en los pueblos del litoral yacen en el mayor abandono, en el más lamentable atraso, desconociendo en su rusticidad é ignorancia los rudimentos más esenciales de la educación social.

Y empero, á pesar de tan triste espectáculo, se llega con alegría á aquellas playas risueñas, teatro de inolvidables y santos recuerdos, y cuando á los primeros rayos de la aurora se ve brotar esbelta y gentil la isla de Mexcala, de las claras olas que la besan amorosamente, se olvida todo para consagrar el pensamiento entero á la epopeya de la Independencia.

II.

Todos los pueblos oprimidos sufren con aparente resignación los ultrajes y vejaciones de la tiranía, hasta que encuentran un

hombre, que teniendo suficiente prestigio é influencia en las masas, condensa en sí mismo las tímidas aspiraciones y los ideales de la muchedumbre. Vióse la realización de esta ley histórica en los infelices habitantes del litoral del lago, que harto sufrían con la crúdelísima dominación del General Cruz, esperando, no obstante, un caudillo que les guiase á la venganza. Y ese caudillo apareció en los últimos días de Octubre de 1813. Era Encarnación Rosas, el brioso vencedor de Recacho, que desde su célebre triunfo de La Barca, no había dejado de combatir al Gobierno virreinal, y que según afirma uno de sus biógrafos, era muy joven y vigoroso en aquella época.

Rosas empezó por defenderse con 60 ó 70 indios, del Capitán Don José M. Iñiguez, que con mayor número de realistas había sido enviado por Cruz para perseguirle, y que fué lastimosamente derrotado por los insurgentes; á los pocos días (10. de Noviembre de 1813) tuvieron éstos un nuevo encuentro con el Comandante de La Barca, Don José Antonio Serrato, y este combate, notable por lo reñido y por la saña y la crueldad desplegadas por los realistas, que entre otros arranques tuvieron el de incendiar el pueblo de San Pedro Ixcán, fué igualmente favorable á los defensores de la Independencia. Allí se le unió á Rosas, José Santa-Anna, otro de los que con él habían de ilustrar su nombre en la isla de Mexcala.

El desventurado Serrato huyó á Poncitlán con los maltratados restos de su incendiaria hueste, para refugiarse en los brazos de Don Rafael Hernández, que con tropas de Ocotlán, Atotonilco, Zapotlán del Rey, Arandas, Jamay y la Barca (*) se hallaba en condiciones de poder consolar á aquellos fugitivos. Allí le siguieron los incansables insurgentes de Rosas y Santa-Anna, enardecidos con sus victorias; y después de batallas ruidas y sangrientas como las anteriores, lograron apoderarse del pueblo, ven-

(*) Pérez Verdía, "Apuntes históricos."

ciendo gloriosamente á las tropas realistas que lo ocupaban. No se detuvieron, sin embargo, en Poncitlán, temerosos de que cayera sobre ellos Negrete con fuerzas superiores, sino que, retirándose á la montaña, resolvieron esperar los acontecimientos y dar descanso por algunos días á sus intrépidos guerrilleros, manifestando así tanta prudencia en el triunfo, como arrojo en la batalla.

No fué Negrete, sino el Cura Alvarez, famoso por su sistema crematorio (*), con numerosos realistas, quien ocupó á Poncitlán al ser abandonado por los independentes, y él quien proporciónó á éstos no sólo los laureles de un cuarto triunfo, sino armas, municiones y elementos de guerra.

Tan rápidas victorias en tiempo tan breve, hicieron pensar seriamente al General Cruz, que desde aquel momento decretó el exterminio de aquellos osados indígenas, que con tan pocos miramientos trataban á las fuerzas del Rey, los cuales indígenas pensaron á su vez en defenderse en un punto seguro, eligiendo la isla de Mexcala, por indicación del señor Cura Don Marcos Castellanos, y se marcharon á aquel lugar á fines de Diciembre de 1813.

Tal fué la introducción, el preludio de esa Iliada que no intentaremos referir detenidamente. En los cuatro años que duró la defensa de aquella isla, célebre desde entonces en los anales de nuestra patria, diéronse nobilísimos ejemplos de heroicidad. Los jefes jaliscienses Santa-Anna y Rosas, valientes hasta la temeridad, infatigables, serenos, escuchando los sabios consejos del señor Cura Castellanos, hombre que, como

(*) ... el Cura Alvarez, á quien llamaban el "Cura chicharronero," porque tenía la bárbara costumbre de quemar vivos á muchos de los desgraciados á quienes hacía prisioneros. A este Cura lo nombró el Rey en premio de sus inauditas crueldades, Canónigo de la Catedral de Durango, pero el Cabildo de aquella ciudad tuvo el buen sentido de no admitirle.—Pérez Verda.

dice el señor Zárate, estaba dotado de talentos militares y abrigaba en su corazón un culto sagrado por la Independencia (*) realizaron proezas muy bizarras.

En vano los jefes realistas, con su ingénita vanidad, acampaban incesantemente en las humeantes ruinas de los pueblos de las riberas del lago; en vano el General Cruz enviaba ejércitos y armadas á intimar la rendición de la isla; en vano se traían lanchas cañoneras y marinos de San Blas, y cañones de la barranca de Mochitiltic.

Allí, delante de aquel islote defendido por escaso número de indios mal fortificados y peor armados, se estrellaron los constantes esfuerzos de Don Angel Linares, de Alvarez, del célebre Don Pedro Celestino Negrete, del renombrado marino Don Felipe García, de Navarro, de Murga y de otros muchos. Mil veces las puras aguas del manso lago se tiñeron con la sangre de terribles batallas; mil veces los insurgentes salieron en busca de provisiones, señalando su presencia en los alrededores con gloriosísimos triunfos; el mismo General Cruz quiso ir á presenciar con sus propios ojos aquella heroica, aquella inmortal resistencia que juzgaba fabulosa. Siempre que los jaliscienses abramos la historia patria, en el capítulo de la defensa de la isla de Mexcala, debemos estremecernos de orgullo!

Al anunciar el Virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814, vanidosamente, los grandes triunfos alcanzados por sus soldados en el primer semestre de aquel año, decía lo siguiente, que llena de gloria á los insurgentes de Mexcala: "... en todo el Reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, "la que no tardará en ser su sepulcro." Calleja era un mal profeta, pues la portentosa defensa de Mexcala se sostuvo hasta Noviembre de 1816.

Y hasta para caer fueron grandes y nobles tan sublimes patriotas. Viendo que ya

(*) "México á través de los siglos," Tom. III, Pag. 532.

era insostenible la defensa de la isla, por que una epidemia atroz y el hambre hacían estragos horribles en la guarnición, resolvieron á capitular, y Don Marcos Castellanos pactó con el General Cruz una capitulación, que le honrará eternamente.

Obligóse por ella el Comandante del ejército y de la provincia de Nueva Galicia, á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno los Sacramentos; á exceptuarlos á todos del "tributo;" á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar Gobernador de la isla á José Santa-Anna y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones. (1)

III.

Esa capitulación, que se firmó el 25 de Noviembre de 1816, fué, dice el señor Zárate, la primera que en aquella guerra exterminadora y sin cuartel, concedieron los realistas á los partidarios armados de la Independencia. (2)

"Los denodados defensores de aquel peñón, añade otro historiador, vieron con suma tristeza acto semejante, pudiendo sólo conformarlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: el hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habíanse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella, y los que se rindieron estaban en tal estado de extenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz "tres mil" cargas de maíz."

(1) Pérez Verda. Ob. citada.

(2) "México á través de los siglos," tom. III., pág. 542.

El General Cruz cumplió religiosamente lo pactado, respetando su palabra. ¡Y qué regocijo produjo en los partidarios del Gobierno Virreinal la estupenda noticia de aquella rendición, que se juzgaba imposible, y se reputó, en consecuencia, milagrosa!

¿Qué fué de aquellos héroes valerosos, defensores del Mexcala? ¿Cómo terminaron su vida los oscuros campeones de aquella santa causa, los colaboradores ilustres en la formación de la patria mexicana?

"No hay noticias, nos dice la historia, de qué Encarnación Rosas sobreviviera á la rendición de la Isla, y quizá halló la muerte en uno de tantos combates como se libra en las costas y sobre las ondas del lago. El padre Castellanos volvió á su Curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años despues de consumada la Independencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía, viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas. También el valiente José Santa-Anna, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, vivió en la obscuridad y en la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852."

La historia no les olvidará jamás, y su patriotismo noble y desinteresado será el ejemplo de la generación actual y de las venideras.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Guadalajara, 1898.



MORELOS SALVADO POR GALEANA
EN CUAUTLA

I

Amaneció el 18 de Febrero de 1812. Desde las primeras horas de la mañana fueron ocupadas las principales alturas, en particular las del convento de San Diego, el fuerte más inmediato á la carretera de México.

Terminada la mañana, una extensa **polvareda** por el Norte de Cuautla, anunciaba la proximidad del enemigo.

El General Morelos con su anteojo, **sobre** la torre de San Diego, observaba los **movimientos**.

Las avanzadas de las fuerzas realistas ocuparon el Calvario; el grueso del ejército se tendió á uno y otro lado de aquel punto, en los extensos campos de Guadalupe y Santa Inés.

El General Calleja, seguido de su estado mayor, recorrió velozmente á tiro de cañón el contorno de la ciudad, sin ser inquietado en lo más mínimo. Volviéndose á uno de los jefes que le acompañaban, le dijo:

—No nos será difícil el ataque de semejante poblacho..... Vea usted qué edificios! Exceptuando tres ó cuatro iglesias, todo lo demás son jacales y huertas.

—Cierto, señor. Apenas se concibe cómo este gran corifeo, se ha encerrado en semejante villorrio.—Al decir esto, una sonrisa de desdén plegaba sus labios.

Todos, adulando al General, burlaban más o menos la candidez del Cura, que con tan corta cantidad de gente, pretendía hacer resistencia en aquel desamparado lugar al más poderoso ejército realista y al más bravo de sus jefes.

Esta era la música que halagaba los oídos de Calleja. Así su vuelta por el corto perímetro de la ciudad se volvió un paseo lleno para él de satisfacciones, tanto por la opinión de sus acompañantes como por el juicio que él mismo se formara á la vista de tan pequeña población.

Llegado de nuevo al Calvario, se propuso hacer avanzar como exploradora una pequeña fuerza, no sin tener la precaución de emboscar en las huertas de los lados un número competente de tiradores con un cañón. Sabía ya el arrojado de Morelos y esperaba hacerlo caer en el lazo.

II

Mientras esto ocurría en el campo realista, el General independiente con Galeana, Matamoros y los Bravos, discutía la conveniencia de inquietar la vanguardia de Calleja.

Galeana no lo creía oportuno y sus compañeros opinaron del mismo modo, temiendo el arrojado de su General; pero éste les tranquilizó por completo, asegurándoles que sólo pretendía con su anteojo observar bien al enemigo desde un punto más cercano.

No fué posible detenerle, y seguido de su escolta, atravesó la trinchera del Norte de San Diego, avanzando lentamente pistola en mano hacia el Calvario.

Galeana, llamando á Torres, le dijo brevemente:

—Suba usted á la bóveda y coloque diversos vigías en lo alto de la iglesia, que observen con atención y al menor peligro del General, me da usted aviso.

D. Luis se inclinó, marchando inmediatamente á la cúpula con José y los soldados de su mayor confianza. Les distribuyó en la mejor situación, colocando dos hombres en la linternilla. Apenas terminaba su ope-

ración, cuando un vivo fuego de fusilería y un disparo de cañón le hizo volver el rostro.

El General había continuado avanzando, y ya bien lejos del fuerte, una descarga cerrada y un cañonazo, le diezmaron su escolta. Cayeron á su lado muchos de sus valientes soldados: á uno de ellos, su preferido, lo contempló Morelos agonizante: al dirigirle una palabra de consuelo y afecto, notándolo muerto, le tomó el fusil exclamando:

—¡Pobrecito, que no se pierda todo! (1)

La avanzada había fingido huir; pero las columnas de tiradores de las huertas, salían de sus escondites gritando:

—“A cogerlo vivo; ya es nuestro.”

Pocos de los acompañantes le permanecieron fieles, la mayor parte emprendieron la fuga. El General les gritaba con todos sus pulmones: “No corran, que las balas no se ven por la espalda.” (2) Sus gritos eran sofocados por el ruido de los disparos y por la algazara escandalosa de los soldados que ya le creían su presa; pero de los pocos valientes que le rodeaban, entre ellos algunos costeños, dejando el fusil, esgrimían el terrible “machete” gritando á sus compañeros:

—“Al jierro, al jierro: así es más seguro.” (3)

(1) Este hecho histórico, lo refiere sin comentarios, el escritor contemporáneo de aquellos sucesos, D. C. M. Bustamante.

(2) Diversos historiadores refieren esto mismo. Todos se hallan de acuerdo en que Morelos poseía una serenidad envidiable en los momentos de mayor peligro. Su razón sana, robusta, fría, le proporcionaba salidas y recursos inesperados por sus enemigos. La viveza de sus ideas y conversación, jamás se perdía, ni aún en los más supremos instantes.

(3) Ese grito llegó á causar pavor á los españoles en el transcurso del sitio. Los surianos usan “machetes” filosísimos, sabiendo manejarlos admirablemente. Es tanta su pujanza, que pueden amputar al pri-

Morelos, con estoica calma, le dijo a un oficial que le instaba para que se volviese:

—“Más vale morir peleando, que entrar á Cuautla corriendo.” (2)

Y su pronóstico no tardaría en cumplirse. El enemigo se reforzaba más y más. Un muro de soldados le cercaban, cayendo algunos al feroz golpe de los machetes surianos. Ya no podían disparar sus armas los realistas que en extenso círculo estrechaban al General y á unos cuantos valientes de su escolta.

En esos angustiosos instantes, D. Luis, desde su observatorio, jadeante, inquieto, sin poderse contener, bajó precipitadamente los escalones de la torre, en busca de Galeana.

Los vigías de las azoteas, gritaban: “Que se lleven á nuestro General.”

D. Luis alcanzó á Galeana en la plazuela, haciendo cubrir los puestos principales y vigilando el reparto de parque.

—Mi coronel, —articuló violentamente— nuestro General está rodeado de enemigos: ya lo arrebatan.

Galeana, descompuesto el semblante, exclamó:

—Cubra y cuide estos puntos.

Volviéndose á una compañía de dragones de la costa formada al lado de San Diego, montó rápido como el pensamiento, gritándoles:

—“A mí los valientes: sable en mano contra ellos!”

Y galopando en desorden, avanzaron hacia el Calvario. En cortos momentos estuvieron al alcance del enemigo que cercaba al Gene-

ral. A la vista de Galeana y sus dragones, los realistas volvieron sus armas, sin tiempo para dispararlas; pero presentando las bayonetas, que no arrojaron á los del Sur. Cada golpe de aquellos feroces combatientes, echaba por tierra dividido el cráneo á algún realista: sobrecogidos de pánico ante tanta pujanza y valor, abrieron ancha brecha, recibiendo Morelos en sus brazos, al bravo capitán.

—Señor, —le dice Galeana con voz resentida— ¿no rogaba á vd. evitar un encuentro? Volvamos pronto.

—Vamos, vamos —contestó serenamente el General.

Sus perseguidores habían huido; pero replegados cincuenta varas más adelante, hacían nutrido fuego sobre los independentes. Las balas silbaban por todos lados.

Galeana insistió con el General:

—Señor: vamos más de prisa. A otro paso.

—“Es que mi caballo no tiene otro paso.” (*)

—Oh, señor!.... No se trata de miedo ni cosa semejante; la guarnición está inquieta; por hoy, nos debemos á ella, y por siempre á la patria.

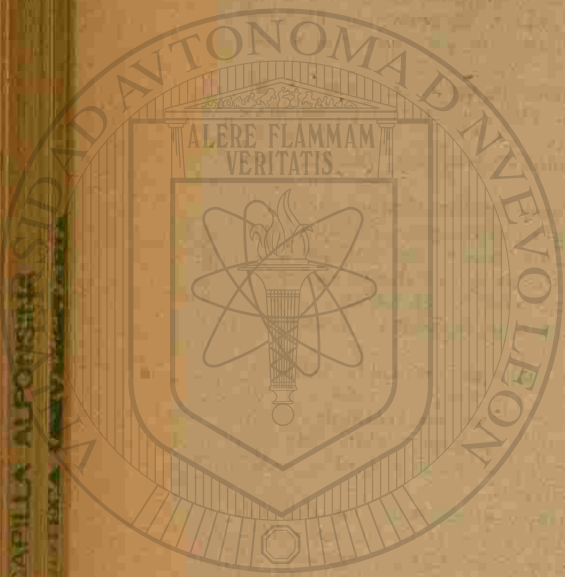
Morelos obedeció, aligerando su marcha.

Apenas habían atravesado la trinchera más avanzada de San Diego, cuando las campanas de todos los templos se echaron á vuelo: los cohetes surcaban el aire: las músicas recorrían las calles, y gritos penetrantes que le vitoreaban, dejaron comprender la alegría de aquellos hombres por el regreso de su General.

No fué menor la ovación que recibió Galeana, quien se veía suficientemente recompensado con la presencia de Morelos allí.

DEMETRIO MEJIA.

(*) Tradición de Cuautla. Toda esa conversación se refiere igualmente en la ciudad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Toma del Agua por Galeana (Sitio de Cuautla.)



LA TOMA DEL AGUA POR GALEANA

(Episodio del sitio de Cuautla)

I.

Terrible angustia pintábase en todos los semblantes, la mañana del 3 de Abril de 1812.

El sol radiaba con todo su esplendor en un cielo despejado, dirigiendo sobre Cuautla sus rayos de fuego.

Desde las primeras horas se extendió entre los habitantes la fatal noticia. ¡Y cómo no había de ser así!... Faltaba al extenso y florido barrio de Xuchitengo, la encantadora armonía de sus murmurantes aguas; á la población toda, el elemento más esencial de la vida.

Ese día el calor era insoportable: la sed, abrasadora.

¡Extraño espectáculo el de la ciudad!

El pueblo recorría las calles consternado. Los pozos estaban agotados. Algunas mujeres con sus niños, aplicaban la lengua al lodo de las calles, para refrescar su boca. Otras, más atrevidas, bajaban al río con la pretensión de llenar jarros y todo género de vasijas, sufriendo horrorosa lluvia de balas, dirigida del campo enemigo.

Se oían diálogos como éste:

—¡Estamos sin agua!... los españoles cortaron la única que entraba al pueblo por el barrio de Xuchitengo.

—Dicen que la zanja está tapada desde muy lejos y la defienden muchas fuerzas.

Unos soldados quisieron acercarse y los "balearon" mucho. Más abajo, unas mujeres quisieron llenar sus jarros en el río, y lo mismo, las "balearon" tanto que al fin mataron á dos.

Cuando en la madrugada Galeana y Torres, habían pasado á la habitación del General Morelos, éste dispuso que el primero, con parte de sus fuerzas, levantase un muro y torreón en la toma del agua, para defenderla, y asegurar de un modo permanente su entrada en Cuautla.

Galeana aceptó sin vacilar, despidiendo poco después á Torres, con la recomendación de que descansara, porque había de ocuparle al medio día.

El General Morelos atravesó seguido de su escolta la boca-calle, penetrando á la plazuela. Un grito unánime de simpatía le saludó por todas partes.

El General se apeó, dirigiéndose á Galeana. Hablaron algunos instantes y vuelto á montar, presenció con su escolta el desfile de la columna.

El pueblo no pudo dominar su entusiasmo: frenético, gritaba y aplaudía, vitoreando á Morelos, á Galeana y á su naciente Patria.

La columna desapareció por la estrecha calle, situada al frente de San Diego, al Oriente. ¡En el camino de la toma de agua!

II.

Durante la mañana del 3 de Abril, festejábase en el campo realista, la feliz operación emprendida en las tinieblas.

Se creía, con bastante fundamento, que las torturas de la sed, acabarían por agotar la paciencia de los sitiados. El General Calleja había dado la orden de cortar de un modo definitivo la entrada del agua, lo cual tocaba realizar al Brigadier Llano, por hallarse en su campo la toma.

Sesenta varas de zanja se habían terraplenado: mucho debía trabajarse para reponer lo perdido. Aquello parecía semi-imposible. Seguros los realistas, comentaban

á su sabor el hecho, celebrando con algazara su próximo esperado triunfo.

La severa disciplina establecida por Calleja en su ejército, se vino relajando poco á poco en este largo sitio.

A la época en que el agua fué cortada, vicios como el juego, la embriaguez y otros, eran comunes en su campo, á despecho de su rigidez. El último golpe á los independientes, privándoles del precioso líquido, fué motivo más que suficiente para nuevos desórdenes. Quizá por esta causa no percibieron que después del medio día, insensiblemente se alzaba un muro á partir del bosque y en dirección inequívoca de la toma. Al notarlo, dirigían furiosamente sus fuegos á los numerosos grupos de trabajadores que con inusitada actividad prolongaban la trinchera.

Los surianos, al mando de Galeana, protegidos ya por el bosque, ya por el mismo reciente muro, contestaban las descargas. Su certera puntería, evitaba los avances del enemigo, poniendo á raya su inquietud. Llovían granadas y balas rasas sobre el "naciente reducto de la toma;" pero el trabajo no se suspendía y mientras unos colocaban los sacos á tierra, reforzando atrás la construcción, otros destapaban el acueducto ó zanja, terraplenada la noche anterior por el enemigo.

El entusiasmo se pintaba en todos los semblantes. Los fuegos realistas, hasta ese momento, nada habían podido contra ellos, y el muro avanzaba sin cesar. Galeana, recorriendo pistola en mano toda la extensión de la improvisada muralla, alentaba á sus zapadores y soldados.

El sol, brillando aún con todo su esplendor en el Poniente, debía alcanzar la obra hasta la toma.

El Coronel en persona, seguido de algunos oficiales, soltó el agua á su antiguo cauce. Un grito unánime de entusiasmo apagó su sonoro murmullo. Este grito se prolongó en el interior de Cuautla. ¡La espumosa corriente llevaba á la ciudad el regocijo, la admiración, la vida!

El pueblo aplaudía con frenesí, vitoreando á la Patria y á sus bravos defensores. Las mujeres sumergían "jarros," vasos, jí-

caras, en el ruidoso arroyuelo, bebiendo con delicia las primeras aguas, enturbiadas y espumosas. Las campanas se echaron á vuelo, renació la alegría en el pueblo y hasta el cielo parecía festejar con sus doradas y risueñas nubes, la acción heroica de un grupo de valientes! Majestuosamente hundióse el sol tras del campo de Calleja, y un crepúsculo de vivos colores agregó sus encantos al cuadro.

La obra aún no estaba concluida. Galeana pretendió alzar en la toma misma, un torreón cuadrado, defendido con tres piezas de artillería, que quedaron colocadas desde las primeras horas de la noche. Continuáronse los trabajos tan activamente, que á las diez aún las guardias ocupaban ya sus respectivos puestos en la nueva fortificación.

La ciudad se había iluminado como por encanto. Las bóvedas de las iglesias, las torres, las mejores casas, ostentaban banderas, cortinas y luces. Las músicas recorrian las calles: el pueblo vitoreaba á Morelos y Galeana, á sus oficiales y soldados.

III.

Aquella alegría, aquel concierto, entusiasta de admiración, vino á turbar desde el principio con sus ecos la calma que reinaba en la habitación del General realista. Llamando á uno de sus ayudantes, preguntó:

—¿Qué significa tanta algazara de esos menguados?

—Lo ignoro, señor,—contestó el ayudante.

Calleja, cruzando á pasos largos y violentos la diagonal de su sala, ordenó imperiosamente al ayudante:

—Recorra usted pronto en un buen caballo, toda la línea, averiguando con los jefes respectivos lo que ha ocurrido.

El ayudante hizo una inclinación de cabeza, y salió.

Don Félix continuó paseándose, revelando en su porte, en la brusquedad de sus movimientos, la inquietud de su ánimo.

De algunos días atrás sufría accesos de calenturas, tan comunes en aquel clima. Su humor agriábase más que de costumbre,

hallándole intratable aun su misma buena esposa, que con todo empeño le atendía en su curación.

Esa noche, Doña Francisca trató de calmarle. Había tocado suavemente á la puerta de la sala, y después de oírle decir: "adelante," penetró en la habitación.

—Retírate,—le dijo el General.

—Descaba ofrecerte una taza de té: tal vez tengas ya la calentura,—contestó la señora con aire y acento de humildad.

—No necesito nada,—repitió el General,—lo que me es indispensable no se cura con té. Esta tierra maldecida que me enferma á mí y á la tropa, acabará con todos si el Virrey se empeña en tenernos por acá indefinidamente, sin enviar los recursos que he pedido para acabar con las turbas que se hallan encerradas, á despecho de nuestros ataques y del valor de mi gente.

—Pero ya te aseguran que pronto recibirás la artillería gruesa de Perote y con ella nuevos recursos.—Al decir esto la señora, temblaba en su interior, compadeciendo á los mexicanos sitiados en la población. Ella deploraba sus desgracias y habría hecho cualquier esfuerzo por remediarlas: pero guárdabase bien de revelar sus sentimientos ante el esposo, cuya ferocidad no había podido dominar con el ejemplo de su cariño y sus virtudes.

Disponíase á convencerle para que se recogiera, cuando tocaron la puerta con precipitación.

El General se aproximó, recibiendo al ayudante, que acababa de apearse, y ordenando á la señora saliese luego. Esta obedeció.

—¿Por fin?—dijo Don Félix,—¿tan pronto recorrió usted la línea?

—No, mi General: desde antes supe el motivo de...

—Acabe usted... de la nueva bacanal, orgía... desorden de estos bandidos....

El General estallaba, su humor era pésimamente aquella noche. Después de ligera pausa, continuó:

—Y bien: ¿cuál es ese motivo?

—Que el agua volvió á entrar á Cuautla desde las cinco y media de la tarde!....

El General dió un salto involuntario co-

mo si le hubiese mordido una víbora; y asentando sobre la mesa con el puño cerrado, ruidoso golpe, exclamó:

—¡Mal rayo les parta!.... ¿Y qué es de ese Brigadier Llano que se halla frente á Xuchitengo, con los mejores Cuerpos inmediatos á la toma? ¡Miserables!.... Salga usted á dar orden se corte de nuevo;.... pero luego.... inmediatamente....

—¡Señor!—balbutió el ayudante.

Calleja, exaltado, le interrumpió:

—Repito á usted que corra luego á comunicar la orden.

—Obedezco sin vacilar. Solamente quiero hacer presente á S. E. que durante el día.... han construido los enemigos un reducto en la toma, terminando en un torreón que la defiende....

—¡Imposible!..... ¿pues qué acaso está muerto ó dormido el ejército, que á su propia vista consiente se levanten semejantes obras de defensa?.... ¿Cómo ha sabido usted esto?

—Por los oficiales del Cuerpo de Granaderos, que durante la tarde, con el Cuerpo de Lovera, pretendían impedir las obras.

—¡Cobardes!..... ¿No pudieron evitarlo?....

El General se paseó rabioso y mudo. El ayudante permaneció de pie. Calleja se detuvo inmediato á él, diciéndole:

—Vuele usted al campo de Llano y que pase sin pérdida de tiempo á hablar conmigo. Igual orden comunicará al Coronel José Enriquez, á los del mismo grado Agustín de la Viña y Andrade.

El ayudante salió violentamente.. . . .

Una hora después el General en jefe despedía á Llano, con los Coroneles de la Viña, Enriquez y Andrade. Habían hablado los cuatro algunos minutos, encerrados en la sala.

Al abrir la puerta, Don Félix les repitió en tono insinuante:

—Sin demora alguna se emprenderá el asalto sobre el nuevo reducto de la toma. Hay que reparar lo perdido, sacrificando cuanto sea necesario.

Serían las once de la noche. No se interrumpían aún las fiestas en el interior de Cuautla. Repentinamente la población quedó muda. Un nutrido fuego de fusilería, acompañado de frecuentes disparos de cañón, en el rumbo de la toma, indicaba á los habitantes que había principiado el asalto al reducto, para disputar el agua.

En efecto, dos gruesas columnas desprendiéndose del campo enemigo, avanzaron mudas é imponentes sobre el torreón y la muralla. A distancia muy corta de la fortificación y sin haber sido sentidos, rompieron el fuego furiosamente, aproximándose más y más al improvisado reducto.

La caja del río estaba iluminada con los continuos disparos. Densas nubes de humo impulsadas por vientos del Nordeste, pasaban sobre Cuautla, esparciendo como el olor de la muerte.

El Batallón de Lovera cargó con valor por el frente y flanco izquierdo del torreón, que era el punto más difícil. Ciento cincuenta de los llamados patriotas de San Luis, más los cien granaderos, cargaron sobre el muro que comunicaba con el bosque. El triunfo parecía indudable, ¿cómo resistir aquel furioso choque?....

Galeana había cubierto perfectamente toda su línea, tras del parapeto: y como en el asalto del 19 de Febrero, recomendaba á sus soldados no desperdiciar el parque. Así, el fuego de fusilería apenas si era contestado: en cambio el torreón disparaba paulatinamente dos de sus piezas, barriendo al enemigo con la metralla.

Lovera hizo un empuje formidable, gritando frenético: "Al torreón." Los independientes aguardaron serenos. La columna avanzó cerrada, hasta aproximarse al muro y fuerte de la presa. Los independientes hicieron una descarga, que señaló algunos claros en el enemigo: sin embargo, la columna volvió á cerrarse y los más atrevidos soldados del Batallón de Lovera, soñando quizá con sus triunfos recientes, sobre los veteranos de Napoleón, saltaron osadamente al muro. El siniestro ahullido de los surianos y su grito de muerte: "al hierro,

al hierro," acompañado del fúnebre ruido producido por el golpe de sus filosos machetes, sembraron el desconcierto entre los asaltantes, retrocediendo espantados. (*)

Don Luis en el torreón, hacía prodigios al lado de Galeana: habían soltado las carabinas y luchaban con los sables, cuerpo a cuerpo, infundiendo con su heroico ejemplo, ánimo y valor á sus soldados.

En aquellos momentos los asaltantes rompieron de nuevo la presa. El agua cesó de correr por el apantle. Galeana hizo una salida del parapeto con los surianos, sostenidos por los fuegos del muro, á cargo de Torres y otros Capitanes. Los asaltantes huyeron á su campo en la ribera izquierda del río.

Entretanto la toma se había repuesto, extrayéndose algunos cadáveres del seno mismo de las aguas.

La oficialidad española de Granaderos y Lovera, sable en mano, imponiendo obediencia, subordinación y valor á sus soldados, lograron organizarles para nuevo asalto.

Frente al torreón y cuando la columna enemiga se aproximaba por segunda vez, produjose entre ella un espantoso desorden: de su seno mismo, salía un soldado disparando su arma, é hiriendo con un largo puñal á sus propios compañeros.

"Viva la América," "Viva Morelos," gri-

(*) Tan proverbial era el valor de aquellos soldados del Sur, que en los famosos "Desengaños" escritos por el fanático Dr. Don Agustín Pomposo de San Salvador, y refiriéndose en el "5o. Desengaño" á la destrucción del ejército de Morelos en Cuautla, dice: "No debo negar que aquellos negros y pintos eran feroces, etc., etc." Mucho era mentir con aquello de "la destrucción del ejército de Morelos." Negar el valor á los del Sur, hubiera sido el colmo y por esto solamente nadie habría creído el resto.

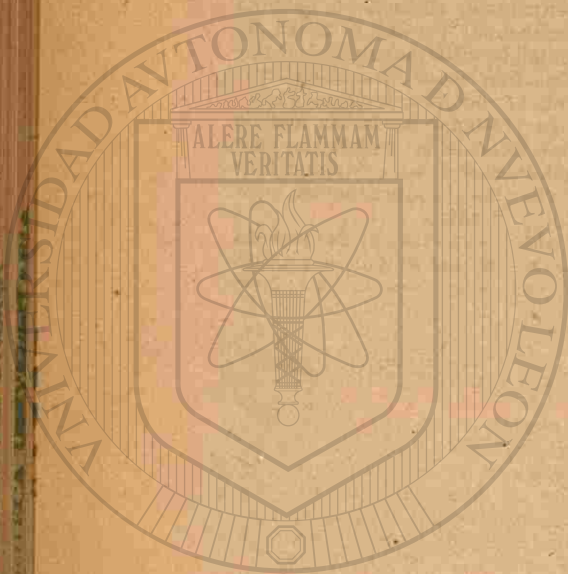
Datos tomados de la importante obra, incompleta aún, é intitulada "Documentos para la Historia de Independencia," por F. E. Hernández Dávalos.

taba frenético, aproximándose más y más al muro. Sus compañeros dispararon sobre él, sonando muchos tiros á la vez. El soldado tambaleó, sin soltar sus armas. Trabajosamente ascendió al muro, ya sobre él y chorreando sangre, un costeño alzaba el sable sobre su cabeza; "es de los nuestros," gritó otro deteniéndole. El suriano bajó su machete: en cuanto al herido, faltó ya de fuerza y articulando difícilmente las palabras: "Viva Galeana," soltó sus armas, rodando inerte el cuerpo, por tierra.

El combate se prolongó hasta las dos de la madrugada; rechazados definitivamente los españoles, huyeron á su campo, dejando en poder de los independientes, sus muertos, armas y heridos.

Al día siguiente celebróse de la manera más entusiasta en la población, el triunfo alcanzado por sus defensores en la noche anterior.

DEMETRIO MEJIA,



LA CUREÑA HUMANA.

I.

En los últimos días del mes de Marzo de 1811, la causa de la Independencia había sufrido bastantes reveses y parecía perdida.

Los primeros jefes y los más principales, habían caído prisioneros en Acatita de Baján, gracias á la traición de Elizondo, á iban camino de Chihuahua, donde les esperaba el suplicio.

Los grandes ejércitos que habían formado desaparecieron como el humo, y sólo quedaba de ellos un pequeño Cuerpo de tres mil hombres, desorganizado por las derrotas y desmoralizado por la traición que le seguía por todas partes.

Mandaba ese ejército en el Saltillo un abogado joven, sobrino en grado lejano del Cura Hidalgo y que había sido el Ministro universal de Estado de éste, Don Ignacio López Rayón, que hasta entonces había demostrado entender más de leyes que de cañones, pero que en lo sucesivo iba á poner en evidencia que entendía tanto de los unos como de las otras.

Tenía á sus órdenes al vencedor de Guadalupe, al "amo" Torres, tan leal y tan valiente; á los Mariscales Don Juan Pablo Anaya y Don Víctor Rosales, cuya suerte posterior había de ser tan diversa; al moreliano Villalongín y á los siniestros Poncé y Iriarte, que mucho quehacer habían de darle.

Sin querer pensar en los peligros que le esperaban en su marcha á través de un país enemigo, decidió retirarse á Michoacán, cuyo terreno le era muy conocido, y hacerse fuerte en Zitácuaro, su pueblo natal, donde contaba con sostenerse por mucho tiempo.

Salió del Saltillo con su pequeño ejército, y á las pocas leguas fué atacado por el realista Ochoa, que creía seguro el triunfo, pues tenía inteligencias en el campo insurgente; pero sus esperanzas salieron fallidas, pues Rayón lo derrotó en los Piñones, y en seguida, para hacer un escarmiento, este jefe hizo fusilar al traidor Iriarte.

Empezó á seguir el ejército un camino árido, triste, desprovisto de agua y casi de vegetación y caldeado por los ardientes rayos del sol de Abril; más penoso aún lo hizo la deserción de Ponce y la ruptura de los odres en que se conducía el agua. Los animales, sedientos, caían para no levantarse más, no obstante los esfuerzos que sus conductores hacían, y todos esperaban con espanto el momento en que á los hombres faltasen también las fuerzas y empezaran á caer, señalando el camino de la expedición con un reguero de sedientos y de cadáveres.

En la noche del segundo día de tan terribles sufrimientos, los guías anunciaron que estaban cerca de la hacienda de San Eustaquio, y en consejo de oficiales se deliberó si el ejército insurgente debía apoderarse de la hacienda ó seguir su camino; pero habiendo dicho alguien que dentro de ella había agua en abundancia, armas y provisiones, de todo lo cual estaba tan necesitado el ejército de Rayón, se decidió apoderarse de ella para evitar la desaparición de ese ejército.

Torres fué comisionado para hacer un reconocimiento previo, á fin de combinar el plan de ataque, y la tropa se dispuso á la batalla.

II.

Era la hacienda de San Eustaquio una pesada y maciza construcción colonial de las, que ya quedan pocas, y que más pa-

recía una fortaleza que una casa de campo.

La casa principal, las dependencias y las rancherías, estaban encerradas dentro de un recinto cercado con gruesas y resistentes paredes rematadas en almenas, que servían para resguardar á los trabajadores de las incursiones posibles de los indios bárbaros.

Una sola puerta, en la fachada principal, daba entrada á toda la hacienda, y á la sazón estaba cerrada y bien atrancada, en previsión de la cercanía de los insurgentes, y un vigía desde lo alto de la torre de la capilla inspeccionaba incesantemente los alrededores, para dar la alarma y hacer que la gente se pusiera en estado de defensa.

Esa fachada principal daba sobre el camino real, la de la izquierda á una ladera llena de cactus y malezas inextricables y al través de las cuales era materialmente imposible penetrar si no era limpiándola previamente, y la parte posterior y de la derecha á una profunda barranca cortada casi á pico y que las defendía naturalmente. Además, dentro de la finca había doscientos hombres perfectamente armados, y cuyo jefe era el mismo dueño de la hacienda, un español de carácter duro y cruel que veía con desprecio á los insurgentes y que hacía pocos días había mandado azotar despiadadamente á un Coronel de Allende que cayó en sus manos.

En tales circunstancias, la hacienda era una verdadera fortaleza, casi inexpugnable para el pequeño ejército de Rayón, que no disponía de más artillería que un pequeño cañón de bronce que se llevaba á lomo de mula por carecer de cureña.

El plan de ataque, aunque sencillo de forma, era de difícil realización: se atacaría de frente la hacienda con el grueso de la tropa y se destacaría una pequeña sección para rodearla y evitar, ó la salida de algún mensajero en demanda de auxilio á Zambrano, ó la llegada de refuerzos; y para tratar de salvar la barranca.

El cañón se utilizaría para batir la puerta, y al efecto se intentó colocarlo al frente, sostenido por unas grandes piedras que se encontraron cerca; pero pronto se vió que eran ineficaces, pues al hacer explosión la

pólvora, las piedras se separaban y la bala iba á clavarse en el camino, sin hacer ningún daño á la pared ni á la puerta de la hacienda.

El tiempo urgía, porque los defensores de ésta empezaban á hacer certera puntería y ya algunos cadáveres y heridos se veían regados por el suelo y el fuego á descubierto de los insurgentes ningún daño causaba á aquéllos.

—¡Una cureña! decía con desesperación el jefe insurgente; ¡una cureña y estamos salvados! porque la puerta caerá á los primeros tiros, y encontraremos agua.

Pero en la imposibilidad de encontrarla, los jefes y soldados se veían unos á otros con desesperación, y aun no faltaba alguno que opinase que para ellos era inexpugnable San Eustaquio.

III.

Las circunstancias se iban haciendo cada vez más críticas, hasta que de entre el grupo de los artilleros se destacó un hombre de elevada estatura y de atlética complexión, muy conocido en el ejército por su extraordinaria fuerza.

Se llamaba Valdivia, se había alistado en el ejército de Torres y en la batalla de Calderón se distinguió por haberse defendido, desarmado como estaba, de dos dragones de Flon, á quienes mató de una sola bofetada á cada uno; de una "guantada," como decían sus compañeros de armas.

Se acercó al oficial que mandaba la fuerza y le dijo sencillamente:

—Mi jefe, se necesita una cureña para el cañón, y como no la hay, yo puedo hacer de cureña.

—¡Tú! dijo el oficial estupefacto; pero, ¿no comprendes que eso no es posible?

—Yo aguanto el cañón.

—Pero aunque lo aguantas, el rechazo sólo del cañón te puede matar.

—Veremos. Y aunque me mate, se salva el ejército si cae la puerta.

—Como quieras, pero puedes morir.

—Hagamos la prueba, mi jefe. ¿Me da usted permiso de ser cureña?

—Haz lo que quieras, respondió el oficial, encogiéndose de hombros.

—Amárrenmelo recio, muchachos, dijo entonces Valdivia á sus compañeros.

Empezó entonces una escena extraña en medio del silencio que había sucedido al estruendo de los disparos, pues unos y otros, queriendo ahorrar sus municiones, habían establecido una tregua tácita.

Los artilleros con lazos sujetaron fuertemente el cañón á la espalda de Valdivia, después de poner varios sarapes entre el cuerpo y el arma, tanto para que ésta quedase más firme, como para amortiguar el golpe.

Una vez terminada la operación, Valdivia se puso en pie con facilidad y situándose frente de la puerta de la hacienda, dijo al oficial:

—Apunte usted bien, mi jefe.

Fué cargado el cañón, y hecha puntería. Valdivia, que se había arrodillado, bajó la cabeza, se dió fuego á la mecha y el tiro partió, yendo á dar á un ángulo de la puerta, que aunque quedó agujereada y crugió, no cedió.

Una descarga cerrada de los defensores, asombrados de tanta audacia y temerosos de que la puerta cediera, se escuchó, y al mismo tiempo se levantó entre los asaltantes un clamoreo entusiasta y muchos gritaron:

—¡Otro tiro y la hacienda es nuestra!

Valdivia, densamente pálido, pero sin dar señal alguna de debilidad, levantó la cabeza y el cuerpo para ver los efectos que había causado el cañonazo y dijo:

—Se necesita otro cañonazo.

Fué cargado de nuevo el cañón y rectificada la puntería. La bala sacó de quicio á la puerta y la hizo medio caer sobre los escombros que se habían amontonado por la parte de adentro para reforzarla. Pero la brecha quedaba abierta y el oficial insurgente lanzó inmediatamente su gente al asalto, sin escuchar un ¡ay! desgarrador que la cureña humana había lanzado, ni ver que Valdivia había caído, cuan largo era, sobre el suelo.

Sólo una mujer, una soldadera de las que

acompañaban el ejército, se lanzó á socorrer al humilde héroe que había quedado olvidado; ayudada de otras cortó las ligaduras que sujetaban el cañón al hombre, quitaron con muchos trabajos el arma haciéndola á un lado y trataron de ayudar á Valdivia á levantarse.

¡Pero imposible! Aquel hércules que había resistido dos disparos no pudo ya ponerse en pie, y aunque no tenía ningún hueso roto, su organismo había sufrido tal choque, que había quedado contrahecho.

IV.

Los primeros asaltantes que quisieron penetrar por la abierta brecha, cayeron muertos por las balas de los defensores, pero los llegados después consiguieron entrar y se esparcieron por el gran patio á los gritos de ¡Viva Hidalgo! ¡Viva Rayón! ¡Viva América!

Por un momento, sin embargo, pareció que iban á ser rechazados, pues los defensores empezaron á hacer un fuego certero desde las bóvedas de la capilla; pero los gritos de ¡Viva Rayón! que resonaron á sus espaldas y la irrupción de nuevos combatientes, sembró el pánico entre ellos y los hizo huir.

Era que los del destacamento enviado para circunvalar la hacienda habían realizado una nueva hazaña.

Después de explorar el terreno, atravesaron la barranca y llegando á la ladera, para lo cual hubieron de vencer muchos obstáculos, comprendieron que sólo podían penetrar por ese lado á la hacienda, escalando las elevadas tapias; el jefe que mandaba el destacamento ordenó traer las "reatas" que en la silla de sus cabalgaduras llevaban los jinetes, é hizo que cincuenta de los más hábiles lazaran las resistentes almenas de la fachada.

Hecha esta operación, empezaron á subir en silencio, seguros de que la atención de los defensores estaba concentrada en el punto del ataque principal.

Así que los cincuenta hombres, con excepción de dos que se desbarrancaron, estuvieron sobre el muro, á horcajadas pasaron

al lado interior de él y las mismas reatas les sirvieron para descender á uno de los patios de la hacienda, sin que la atrevida maniobra fuese sentida por los defensores de ésta, ocupados, como estaban, en rechazar el asalto por el lado del camino real.

Formados, con sus pistolas en la mano, llegaron al lugar del combate, y después de hacer una descarga que amedrentó á los sitiados, al grito de ¡viva Rayón! se precipitaron con sus machetes sobre aquéllos, con lo que se declaró la victoria de los insurgentes. Los defensores de San Eustaquio huyeron por todas partes, y al ser perseguidos se rindieron; sólo un grupo pretendió hacerse fuerte en una troje, pero amenazados de perecer achicharrados, á cuyo efecto se llevaron á la puerta grandes barcinas de paja, también se rindieron.

Costó trabajo poner orden en las filas independientes, que pretendían entrar á saco desordenado á la hacienda; pero al fin los jefes se impusieron y el ejército, después de calmar la sed que le atormentaba, se proveyó de todos los víveres que encontró, recogió armas y caballos, y establecidas las guardias necesarias, se entregó al descanso, para continuar su marcha al día siguiente.

Aquella victoria le devolvió la moral perdida, y con las provisiones recogidas pudo seguir su camino sin cuidado, derrotar á Zambrano y ocupar á Zacatecas, de donde sacó abundantes recursos. Sin embargo, aquella victoria no podía dejar de tener su corolario siniestro, como sucedió en todas las de esa guerra, pues el dueño de ella, Larrainzar, fué azotado, en venganza de los azotes que él había mandado dar á un jefe insurgente, y una mano criminal prendió fuego á la hacienda, cuando los últimos soldados de Rayón salían de ella.

V.

Valdivia, que durante el combate había sido olvidado y sólo quedó en poder de las compasivas soldaderas, fué llevado á la hacienda cuando terminó aquél y atendido con los escasos recursos de que allí podía disponerse. En camilla acompañó al ejército

hasta Zacatecas, siempre al cuidado de la soldadera aquélla, llamada "La Guanajuatense;" que, sin embargo, lo dejó por poco tiempo al ir á empezar el ataque de la ciudad, pues Rayón, para hacer creer que tenía más gente que la que en realidad llevaba, formó una brigada de mujeres disfrazadas de soldados y puso al frente de ella á "La Guanajuatense," que, como sus compañeras, se portó bizarramente.

En aquella población pudo ser curado Valdivia, "el hombre-cureña," como le decían sus compañeros; pero inútil ya para el servicio, y deseando ponerse en cura formal, pidió permiso á Rayón para separarse del ejército.

El General se lo concedió, obsequiando al denodado insurgente con una buena cantidad de dinero, con la que Valdivia decidió ponerse en camino para Tepic, su tierra natal, en compañía de "La Guanajuatense," que había sido herida en la toma de Zacatecas.

En el camino se separó de los independientes, y con muchas fatigas y sobresaltos por las numerosas partidas que infestaban los caminos, llegó á Tepic, y después de algún tiempo consiguió andar por su pie, pero nunca más volvió á enderezarse y á poder levantar la cabeza.

Conservó su prodigiosa fuerza aún en la época de su ancianidad, y cuéntase que, con una sola mano, podía sujetar al caballo más brioso é impedirle que caminara.

Sobrevivió muchos años á la retirada de Rayón, y la vida le alcanzó para ver realizada la Independencia de México, á la que él con su grano de arena había contribuido, y falleció en un pueblecillo cercano á Tepic, allá por los años de 1840.

La historia ha dejado de consignar en sus páginas el nombre de este héroe, como lo ha hecho con otros tantos ignorados, y sólo la tradición local ha conservado el recuerdo de su hazaña y el sobrenombre bastante significativo que le dieron sus contemporáneos: "El hombre-cureña."

A tal punto llegaron á identificarlo con aquélla, que, olvidando su apellido de Valdivia, le llamaban "Cureño."

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.



HEROINAS DE LA INDEPENDENCIA

Ni el sexo, ni la edad fué perdonada; los niños tiernos, la belleza misma, las gracias que desarman al soldado, todo sufrió sus vengativas iras.

("Gaceta de Bogotá," 1820).

I

El corazón de la mujer es urna sagrada que encierra los más suaves y delicados perfumes, la santidad de la virtud, la piedad de la religión, lo mismo que el cariño abnegado de esposa, de madre y de hija.

La mujer mexicana ha arrullado á sus hijos, á la apacible luz de la lámpara del hogar, y los ha alentado con su ejemplo en los peligros y combates, entre el fragor de las armas y á la rojiza llama de los incendios.

Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora en fin derramando su propia sangre, no contentas con haber ofrecido la de sus hijos.

"Las mujeres mexicanas, decía un testigo ocular de aquellos homéricos tiempos, ca-

sadas con españoles ó criollos, eran secreta ó abiertamente partidarias de la independencia. El temor del castigo no reprimía en modo alguno su decidido patriotismo: durante la revolución fueron siempre fieles á la causa de la independencia y en muchas ocasiones se distinguieron por su valor é intrepidez. Cualquiera derrota de los patriotas tendía una nube sobre sus serenas frentes; y sus hermosos ojos, á la noticia de cada victoria, se llenaban de lágrimas, de júbilo, y brillaban con doble resplandor. Las canciones con que las madres entretenían á sus hijos, respiraban libertad y odio al despotismo español!..... (*)

Con los nombres de estas heroínas, pocos conocidos y muchos ignorados, es preciso formar un ramillete inapreciable, para depositarlo en el santuario donde veneremos á la deidad que personifica la tierra en que nacimos.

II

La primera, una de las más grandes, es aquella esforzada mujer que en medio de la noche envía un emisario á Hidalgo, para comunicarle que la conspiración de Querétaro ha sido denunciada.

El mensaje se puede traducir en las bellísimas palabras de don Ignacio Ramírez.

"En pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe ó un ajusticiado; en esta revolución está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será estéril, porque sé que me mandarás en contestación el grito de independencia."

Y no se equivocaba. El eco de las campanas de Dolores; que saludaron á la más espléndida de nuestras auroras fué la contestación que dió el heroico Hidalgo á Doña Josefa Ortiz de Domínguez, que por su oportuno aviso y por sus sacrificios posteriores, será la primera y una de nuestras más grandes heroínas.

(*) Memoirs of the Mexican revolution, and of General Mina, by W. D. Robinson, London, 1821.

Grande también, sublime por su amor á la independencia, demostrado desde la edad de 19 años, es Leona Vicario, que improvisa correos, que alienta á los tímidos, que remite recursos á los independientes, que protesta morir antes que denunciar á los conspiradores, que sufre resignada una prisión de la cual logra evadirse para ir en pos de la guerra, llevando consigo una imprenta que reproduce los pensamientos y aspiraciones de los patriotas insurgentes.

Una vez con los suyos, se une á su amante, "enciende la antorcha nupcial en la hoguera del patriotismo," como dice don Ignacio Ramírez, y descíñe tal vez "su guinalda y su velo para vendar una herida en la frente del desposado." (*)

Leona Vicario tiene un rasgo liberalísimo, no nuevo en los anales del desprendimiento femenino: pero á nuestro juicio muy desinteresado por su realización.

Leona Vicario, para comprar el bronce con que se habían de fundir cañones en Tlalpujahua el año de 1821, vendió sus joyas.

No amenguamos el mérito indisputable que tiene Isabel la Católica, la gran reina de España, de haber ofrecido sus alhajas para descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero admiramos más la acción de la heroína mexicana que vende sus joyas para defender y alcanzar la libertad de un pueblo.

III

No tan conocida como la Corregidora y Leona Vicario, pero tan amante de su país como las primeras, fué la esposa de don Manuel Lazarín, doña Mariana Rodríguez del Toro.

Era la noche del Lunes Santo de 1811.

En la casa de Lazarín, reunidos en amena tertulia se hallaban muchas personas, entre las cuales no pocas se distinguían por su afecto á la independencia.

De repente, después de las 8 y media de la

(*) Sabido es que Leona Vicario casó con el distinguido patriota don Andrés Quintana Roo.

noche, un repique á vuelo de las campanas de la Catedral y una salva de artillería, pusieron en alarma á los tertulianos de Lazarín.

¿Qué indicaba aquél brusco toque de campanas y aquellos desusados disparos de cañón, á tal hora y en tiempo santo? El gobierno virreinal, regocijado con la prisión de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, anunciaba tan fausto acontecimiento para los realistas y tan lamentable para los insurgentes.

En la casa de Lazarín, la noticia cayó como un rayo. El pánico enfrió las venas de los tímidos; pero entonces, una mujer tan varonil como su patriotismo, se levantó en medio de todos, diciéndoles:

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué! ¿Ya no hay hombres en América?

Los cobardes, confusos aunque reanimados, preguntaron:

—¿Pues qué hacer?

—¡Libertar á los prisioneros!

—¿Pero cómo?

—De la manera más sencilla: ¡apoderarse del Virrey en el paseo, y ahorcarlo!

Esa noche nació la conjuración conocida en nuestra historia por conspiración del año 11, que fracasó, es cierto, pero que despertó el espíritu público, y pudo ser de funestas consecuencias para el gobierno español, porque en ella estaban comprometidas muchas personas notables de la época, como escritores, abogados, miembros del clero y aun de la nobleza.

Doña Mariana Rodríguez sufrió en cambio las más crueles persecuciones, y prisionera en unión de su esposo, no se vió libre sino hasta el año de 1820.

No sólo en la capital y en conspiraciones sufriendo insultos y cárceles, también en el campo de batalla y luchando en compañía de los bravos insurgentes, hubo heroínas en aquella memorable guerra de emancipación. De éstas fueron, Manuela Medina, natural de Texcoco, y María Fermina Rivera, nacida en Tlaltizapam.

La primera llamada La Capitana, levantó una compañía de independentes; se encon-

tró en siete acciones de guerra; sólo por conocer al gran Morelos emprendió un largo viaje de más de cien leguas, y al fin de la jornada dijo "que ya moriría con gusto, aunque la despedazase una bomba de Acapulco."

Manuela Medina murió en su ciudad natal en Marzo de 1822, á consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor.

La segunda, doña María Fermina Rivera, fué viuda del Coronel de Caballería don José María Rivera y "tuvo que luchar con hambres terribles, caminos frágiles, climas ingratos, y cuanto malo padecieron sus compañeros de armas, pudiendo ella dar tal nombre á los soldados porque algunas veces cogía el fusil de algunos de los muertos ó heridos, y sostenía el fuego al lado de su marido con el mismo denuedo y bizarría que pudiera un soldado veterano." (*)

Doña María Fermina murió en la acción de Chichihualco, defendiéndose valerosamente al lado de don Vicente Guerrero, en Febrero de 1821.

Junto á estas nobles matronas, debe figurar María Herrera, que huérfana de madre, quemó su hacienda para no proporcionar recursos á sus enemigos. Fué ella la que alojó al inmortal Mina en el rancho del Venadito, donde cayó prisionera, con su ilustre huésped; y perseguida después, robada, insultada por una soldadesca incapaz de respetar al heroísmo, tuvo que vivir en medio de los bosques, desnuda y hambrienta como una eremita consagrada en la soledad para rogar á Dios por la salvación de la patria.

IV

La guerra de independencia en México tuvo también heroínas mártires. Los insurgentes nunca fusilaron á mujer alguna, del

(*) Calendario para el año de 1825, dedicado á las señoritas americanas, etc., por "El Pensador Mexicano."

partido realista; pero en cambio, éste manchó sus armas con sangre del bello sexo.

Fué en una noche tempestuosa del mes de Agosto de 1814. Cerca del pueblo de Valtierra, (*) bajo las órdenes de don Ignacio García, una partida de realistas se hallaba empeñada en sostener reñida acción con un grupo de patriotas independientes. La lucha era prolongada y heroica. La lluvia prosegua, y el terreno fangoso y surcado de arroyos, aumentaba las dificultades de aquella gloriosa acción, que duró desde las 8 y media de la noche hasta las siete y media de la mañana del día siguiente. No refiere el parte respectivo quiénes fueron los vencedores; solamente hace constar que cayeron prisioneros los patriotas Miguel Yáñez, José Esquivel y Eustaquio Hernández, "emisarios de la mayor confianza de los rebeldes."

García lo participó así a su Jefe Superior don Agustín de Iturbide, quien no tuvo piedad de los vencidos, pues él mismo refiere que los mandó pasar por las armas. "Se fusiló al mismo tiempo—agrega Iturbide,— a María Tomasa Esteves, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, á no ser tan escuchado el patriotismo de estos soldados."

Las ejecuciones se verificaron en la entonces Villa de Salamanca, en el mismo mes de Agosto de 1814.

La heroína María Tomasa Estevez, no necesita de nuestros elogios. Su mismo enemigo se los hizo. Murió por su patriotismo y por su hermosura.

Hay otra heroína de humilde origen, pero que no debemos omitir porque fué también mártir de la independencia. Se llamaba Luisa Martínez, esposa de Estéban García Rojas, alias el Jaranero, la cual tenía un tendajón en el pueblo de Erongaricuaro, allá por los años de 1815 á 1816.

En el pueblo todos eran chaquetas, es decir, partidarios de los realistas; pero ella amantísima del bando contrario. Servía á los guerrilleros insurgentes de corazón; con actividad les proporcionaba noticias oportu-

(*) Estado de Guanajuato.

nas, víveres, recursos, y les enviaba, además, comunicaciones de los jefes superiores, con quienes sostenía continuada correspondencia. Un día fué sorprendido por don Pedro Celestino Negrete, el correo de la Martínez, que era portador de cartas dirigidas al guerrillero Tomás Pacheco. Luisa Martínez huyó; pero perseguida, hecha prisionera y encapillada, hubo necesidad de que diera dos mil pesos y prometiese no volver á comunicarse con los patriotas, para que recobrase su libertad. Mas no escarmentó en lo sucesivo. Tres veces más se le persiguió, encarceló y multó hasta que al fin no pudo satisfacer la cantidad de cuatro mil pesos que le exigía don Pedro Celestino Negrete y fué fusilada de orden de éste en uno de los ángulos del cementerio de la Parroquia de Erongaricuaro, el año de 1817.

Poco antes de morir, dirigiéndose á Negrete le dijo:

—"¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho á hacer cuanto pueda en favor de mi patria, porque soy mexicana. No creo cometer ninguna falta con mi conducta, sino cumplir con mi deber." (1)

Negrete permaneció inflexible, y Luisa Martínez, cayó atravesada por las balas de los realistas.

El Estado de Michoacán cuenta otra heroína mártir, doña Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega. Luchó con sublime abnegación por la patria. Sacrificó en aras de ella á su esposo y á sus intereses. Mina y otros caudillos le debieron que les salvara la vida en más de una ocasión. Ningún historiador consagra otro dato sobre su vida. Sólo sabemos que murió fusilada en la plaza de Pátzcuaro el 10 de Octubre de 1817. (2)

Imposible sería hablar de todas y cada una de las heroínas de la Independencia de

(1) Periódico Oficial del Estado de Michoacán, número del día 8 de Enero de 1893.

(2) Gaceta del Gobierno del Estado de México, número correspondiente al 16 de Septiembre de 1894.

México, en un artículo que no puede, por su extensión, ni encerrar sus nombres ni contener sus hazañas.

Contentémonos, pues, con consignar un recuerdo á doña Rafaela López Aguado, madre de los Rayones, que fué digna émula de las espartanas; á doña María Petra Teruel de Velasco, hada protectora de los insurgentes presos; á doña Ana García, esposa del patriota Coronel José Félix Trespalcíos, á quien acompañó en una travesía de ciento sesenta leguas y salvó de dos sentencias de muerte que contra él fulminara el partido realista; á las hermanas González, de Pénjamo, que sacrificaron su fortuna y derribaron su casa para unirse con los insurgentes; á las hermanas Moreno, que dieron tantas pruebas de abnegación y de patriotismo, al lado de don Pedro Moreno y de Mina; y á las jóvenes Francisca y Magdalena Godos, también hermanas, que durante el sitio de Coscomatepec, hacían cartuchos y cuidaban á los enfermos.

¿Y qué diremos de las heroínas sin nombre, que por este motivo son más dignas de eterno recuerdo, y de las cuales la ingrata historia sólo ha conservado la memoria de alguna de sus acciones?

La mujer de Albino García, pobre y humilde de origen, montada á caballo, sable en mano, "entraba la primera á los ataques, animando con su voz y su ejemplo á los soldados."

En Soto la Marina, durante el sitio inmortal sostenido por el mayor Sardá y sus heroicos compañeros, "lo abrasado de la atmósfera y los incesantes esfuerzos de la tropa, pronto hicieron insoportable la sed que la atormentaba; y aunque el río se hallaba á pocos pasos, era tan vivo y destructor el fuego del enemigo, que ni el más intrépido de los hombres se atrevió á exponerse para aliviar tan urgente necesidad. En estas circunstancias una heroína mexicana, viendo cuánto sufrían de desfallecimiento los defensores de la patria, tuvo el arrojo de adelantarse en medio de una lluvia de balas y la fortuna de proporcionarles un poco de agua sin experimentar el menor daño."

Hubo otra heroína en Huichapam, que le-

vantó á sus expensas una división de insurgentes, se puso al frente de ella, y en cierta acción, entre muchas que sostuvo, dispersos los soldados por el enemigo, se quedó sola, defendiéndose con tanto valor que obligó al jefe realista y á la tropa de éste le rindieran las armas y le conservaran la vida.....

También una extranjera compartió con las nuestras la gloria de haber sufrido por alcanzar la emancipación de México. Vino con el General Mina desde Galveston, fué francesa de origen y se apellidaba La Mar.

Había residido en Cartagena de Indias y distinguióse por su amor á la libertad americana. En Soto la Marina con la mayor abnegación cuidó de los enfermos y de los heridos, y dió pruebas de heroísmo durante el sitio. Hecha prisionera, fué enviada á Veracruz y obligada "á servir en un hospital en las más penosas y repugnantes ocupaciones." Logró fugarse y unirse á la división de don Guadalupe Victoria, pero al cabo de algún tiempo, fué hecha prisionera de nuevo por los realistas, y puesta á servir en Julio de 1819, con una familia particular de Jalapa. A pesar de repetidos memoriales que dirigió al Virrey, no se le permitió regresar á su país, y estuvo en duro cautiverio hasta la consumación de la Independencia.

De propósito hemos reservado para terminar, la narración de dos episodios que sobrepujan á lo heroico, que son casi sobrehumanos, y de los que fueron protagonistas, en glorioso sitio, doña Antonia Nava esposa de don Nicolás Catalán, uno de los más valientes defensores de la Independencia, y doña Catalina González compañera y amiga de aquella heroína. (*)

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xallaca ó Tlacotepec en el Sur, el General don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban á sus órdenes el citado Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que la rendición se hacía esperar de un

(*) Los nombres de éstas dos ilustres mujeres, me los comunicó el General Nicolás Pinzón, nieto de uno de los oficiales del gran Morelos.

momento á otro. "No era que faltase el valor: era que hacia algunos días que las provisiones se habian agotado y el desaliento habia invadido á los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza." El General Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó diezmar á sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba á cumplirse cuando doña Antonia Nava y doña Catalina González, seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al General, y con varonil actitud le dijo la primera:

"Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra Patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! Hé aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados." Y dando el ejemplo de abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquél rasgo sublime.

"El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

"Casi todos los insurgentes murieron, pero ninguno se rindió." (*) No satisfecha la heroína, á quien llamaban La Generala con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de uno de sus deudos que asesinado por los realistas habia sido llevado á la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aún mayores sacrificios debían hacerse; doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió á Morelos éstas sencillas pero elocuentísimas palabras:

"No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de éste hombre: sé que cumplió con su deber; vengo á traer cuatro hijos; tres pueden servir como soldados, y

(*) Gerardo Silva, Glorias Nacionales.— México, 1879.

otro que está chico será tambor y reemplazará al muerto."

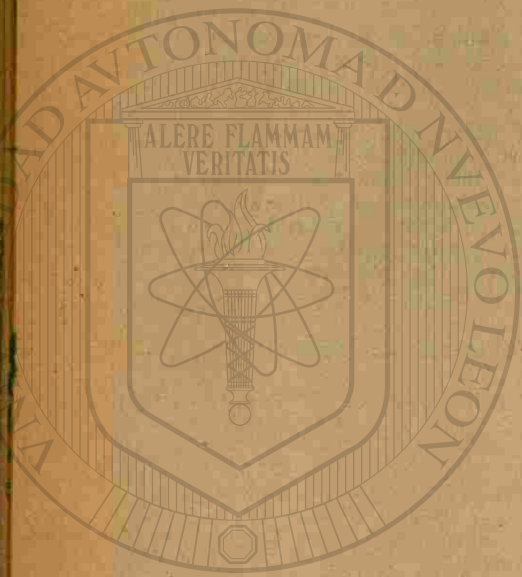
¿Qué otra cosa hizo Cornelia, la madre de los Gracos?

VI

Para elogiar dignamente á nuestras heroínas, las palabras son pocas, las frases pálidas: los mismos hechos pregonan su grandeza.

Solamente los poetas, con lirras de marfil y cuerdas de oro, son dignos de cantarlas; nuestra prosa es débil, impotente; deslumbrados por los resplandores de tanta gloria, nos contentamos con depositar humildes laureles, símbolo de nuestra gratitud sin límites, sobre las tumbas ignoradas de las madres de nuestra madre La Patria.

LUIS GONZALEZ OBREGON.



CAPILLA ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



LAS HAZAÑAS DE ALLENDE.

I

Un día, hace ya algunos años, caminaba yo por las montañas. Era la estación de primavera; los campos habían vestido su verde ropaje, las florecillas asomaban tímidas sus corolas por las grietas de las rocas. Las unas eran rojas como el pudor de la mujer á los diez y seis años, las otras moradas como la tristeza que se apodera del corazón en cierta época fatal de la vida, las otras amarillas color de oro como la alegría de la juventud. ¿Habéis visto los pajarillos volar de una roca á otra, colgarse después de una rama, recoger, batiendo las alas, el alimento que Dios derrama en las praderas para sus lindas criaturas? ¿Habéis visto al insecto dorado besar amoroso á las flores y sacar su néctar y llevarse su polen...? Todo era fiesta y regocijo en la naturaleza. El cielo azul, el campo con los ruidos misteriosos de la naturaleza, el viento arrojando la delicia y la voluptuosidad con sus frescas alas en medio de los rayos del sol, las montañas unas tras otras, altas, azules, majestuosas, dejando ver en sus eternas cimas los pinos viejos y añosos y los cedros tiernos y verdes; grandes y solitarias alamedas plantadas por la mano de la naturaleza....

Repentinamente cambió todo este paisaje, y el camino, por una angosta vereda, me condujo á una de esas mesas intermina-

bies de la Sierra Madre, donde la vegetación es mezquina, donde las rocas asoman sus calvas cabezas y donde las aves pasan rápidas en parvadas, porque su vista no descubre ni árboles ni flores. El calor era cada vez más fuerte, los rayos del sol de medio día reflejaban sobre las superficies blancas y producían una especie de vértigo que entraba por los ojos y se respiraba en la atmósfera abrasada. Ni un árbol, ni un animal, ni siquiera una choza en aquella inmensa soledad que se perdía en el horizonte tembloroso y lleno de vapores, que no alcanzaba á percibir la vista: era el verdadero desierto de la Syría.

II

¡Qué encanto! ¡qué sorpresa, qué sensación tan inesperada y tan agradable. El desierto desaparece repentinamente, se transforma, se hunde á mis pies, y allá en una profundidad diviso una cosa maravillosa. Es un jardín, y dentro de ese jardín una ciudad con altas cúpulas resplandecientes, con casas encarnadas y blancas, con sus almenas feudales y sus balconerías, con calles como si fueran sembradas entre las peñas, y luego diviso los arroyos cristalinos que corren como cintas plateadas, siento la deliciosa humedad, sube hasta mi rostro el perfume de las flores, y se llenan mis pulmones de ese aire embalsamado y vivificante que emana de los mejores amigos del hombre, de los hermosos árboles que crió y cultiva con tanto primor la maravillosa mano del Grande y Excelso Jardinero del mundo.

Unos cuantos minutos más, y estoy ya dentro de San Miguel el Grande, dentro de esa ciudad donde todo es amable, donde todo es bello, donde son simpáticas hasta las pobres muchachuelas que con sus zagalejos encarnados atraviesan las calles, cargadas con su verdura, con sus aves ó con sus manojos de flores.

San Miguel el Grande es en el interior lo que es Jalapa en la costa del Golfo y lo que es Tepic en el mar del Sur. Ciudades

que son al mismo tiempo aldeas, pueblos, haciendas, jardines, todo á la vez, y participan en ciertas ocasiones del bullicio y de la animación de la ciudad grande, otras de la apacible quietud del pueblo pequeño, y siempre del aroma y de la belleza de los jardines.

San Miguel, además de su posición, de su hermosura y de su clima, es todo él un libro abierto, un monumento histórico, un almanaque de los sucesos de la Independencia. En Querétaro, en San Miguel y en Dolores, nació y se desarrolló todo el drama sangriento cuyo prólogo terminó en los patibulos de Chihuahua.

III

Allende fué el mosquetero de la revolución. Comenzó batiéndose con la espada y la pistola, y pocos días antes de morir todavía arrojó sus balas á la frente de los jefes españoles. Los historiadores que lo conocieron lo describen como un hombre alto, bien hecho, hermoso, fuerte, ágil en el manejo de las armas, guapo y airoso disparándose en su caballo contra los enemigos, resuelto y pronto en sus ataques, excelente militar para su época y hombre de previsión. No siempre se siguieron sus consejos y sus inspiraciones, y quizá por esto la guerra de Independencia no terminó en el primer período en que hizo el mismo empuje terrible que la pólvora que se prende encerrada en una mina.

La idea de la Independencia y de la Libertad aparece depositada en el cerebro de Allende mucho antes del año de 1810. ¿Fue el verdadero autor de la idea, ó el colaborador de Hidalgo? Parece que lo primero es más probable; pero la gloria reflejó de una manera más intensa en el anciano de Dolores, mientras la muerte y la tumba fueron igualmente negras é inexorables para los dos.

Allende era hijo de ese pintoresco pueblo de San Miguel, de que he hablado, y su familia y su posición social, tan distinguidas, que llegó á ser Capitán de dragones de la

Reina. Sirvió en San Luis á las órdenes de Calleja, y después en el célebre Cantón de las Villas.

En principios del año de 1810 ya se registran diversas historias y tradiciones que comprueban que Allende en unión de otros oficiales de su Cuerpo, habían pensado en la Independencia, y que de todo esto tenía conocimiento Hidalgo. La conjuración se descubre, el Intendente Riaño, de Guanajuato, manda prender á todos los que según le denuncia estaban comprometidos; pero Allende intercepta por una rara casualidad la orden, manda ensillar sus caballos, y en medio de las sombras y saltando peñascos y barrancas, corre veloz como el viento, llega á las doce de la noche á Dolores, despierta á Hidalgo, hablan los dos un momento, se deciden á arrojarle á lo desconocido de las aventuras, á lo lúgubre y sangriento de la guerra; en una palabra, allí abren su sepulcro, labran su ataúd, al saludar á la libertad dicen adiós á la vida, se despiden de la bella naturaleza, y dan con cuatro ó cinco miserables del pueblo el tremendo é histórico grito de Dolores, el 16 de Septiembre de 1810. Hé aquí la Independencia, historia sencilla, rápida, magnífica, sorprendente, inesperada, como todas las grandes cosas.

IV.

Comenzaron esta obra terrible media docena de hombres. Los mexicanos nunca han medido los acontecimientos, y una vez decididos, no han conocido tampono ni la magnitud de las dificultades, ni han podido ya comprender ese triste fenómeno nervioso que se llama miedo. Se lanzan, se arrojan á una aventura, sin temor de estreñir su frente contra ese obstáculo de fierro que se llama lo imposible.

De Dolores marcharon Hidalgo y Allende á San Miguel el Grande. Lo primero que hicieron fué entrar á una iglesia y sacar el lábaro al derredor del cual había de reunirse el pueblo oprimido y desheredado. De San Miguel, la marcha fué á Celaya. Ya no

eran seis los personajes, sino sesenta mil. En momentos habían aumentado en una progresión decimal asombrosa y nunca vista.

Hidalgo era el Generalísimo. Allende era su segundo; pero estas distinciones poco importaban entre masas que no podían tener organización. Eran masas, instrumentos, fuerzas depositadas durante siglos, y empujadas por el huracán de la guerra. En vez de seguir á la capital esta avalancha humana, retrocedió y se dirigió á Guanajuato.

Los seis hombres, multiplicados, centuplicados, fueron á romper con sus pedazos de miembros, con sus cabezas erizadas por la rabia, con su sangre derramada por mil heridas, las fuertes murallas del castillo de Granaditas, colocado como un gigante fabuloso, como un cancerbero, á la entrada de ese Guanajuato que encerraba tanta plata, tanto oro, tanta pedrería acumulada por la paz y arrancada á las entrañas de la tierra durante tres siglos.

En la peregrinación á que nos referimos al escribir este artículo, nuestros pasos fueron por todos los lugares donde había algún recuerdo. Recogidos dentro de nosotros mismos, un árbol, la casa de una hacienda, la barranca, la vereda ó la loma nos daban materia para pensar en todos aquellos acontecimientos trágicos y extraños que precedieron á nuestra existencia como nación independiente. Así, de rancho en hacienda, y de hacienda en pueblo, llegamos á Guanajuato, y no volviendo de pronto la vista ni á las tahonas que molían el metal, ni á las minas profundas ni á los tejos de plata que caminaban á la Casa de Moneda, nos detuvimos delante del sangriento castillo de Granaditas. Con la historia en la mano y con muchos testigos á nuestro lado que nos contaban las cosas como si acabaran de pasar, escribimos el artículo "Granaditas" (*).

(*) Véase en la página 19 de este tomo.

Hidalgo y Allende, después de permanecer en Guanajuato algunos días, salieron para Valladolid y se posesionaron de la ciudad sin dificultad ninguna. Allí aumentaron y organizaron su tropa tanto como fué posible, y en el mes de Octubre todo ese grande ejército independiente, que en su mayor parte se componía de indígenas mal armados, se dirigió á la capital, tomando el rumbo de Maravatío, la Jordana, Xtlahuaca y Toluca.

En México reinaba no sólo la consternación, sino el terror. El Virrey Venegas creyó en su última hora; pero haciendo un esfuerzo, logró reunir una división de tres mil hombres, que puso al mando de Don Torcuato Trujillo, el que salió al encuentro de los insurgentes; pero su número sólo le agobiaba, y á medida que Hidalgo avanzaba, el jefe español retrocedía, hasta que en el monte de las Cruces tomó posiciones que la naturaleza hacía inexpugnables, y se resolvió á esperar.

Fué en esta célebre batalla donde Allende mostró todo su valor personal. Comenzó la acción por el encuentro y tiroteo de las caballerías, y á poco fué ya haciéndose general en toda la montaña. Las masas desorganizadas de indios, formando una algarazara terrible, que recordaba los días de la conquista, se arrojaban sobre las tropas españolas, y eran destrozadas por la fusilería y la metralla. Las tropas de Trujillo eran pocas, como hemos dicho, pero disciplinadas, resueltas y bien situadas en alturas, y cubiertas con la misma fragosidad del terreno y con los árboles y malezas del bosque. Sin embargo de esto, se repetían las cargas confusas, y la muerte y la sangre no hacía más efecto sino irritar y hacer más tenaz á la raza indígena. Era, á poco más ó menos, el mismo ataque que sufría Cortés en los cuarteles de la ciudad de México en 1521. Es un hecho bien averiguado que los indios de Hidalgo llegaban hasta las baterías españolas y pretendían ta-

par con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.

Allende, al recorrer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo á las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con sus ramas, de manera que las columnas que atacaban llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice á los que le rodean:

—“Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra: seguidme.”

Desata el lazo que llevaba en la grupa, pone las espuelas á su caballo, y seguido de algunos rancheros, corre sobre aquel horno de fuego que cubría la verdura de los árboles.

Se oye una detonación que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡Todo se ha perdido!

VI.

“¡Viva México!” grita Allende, que había escapado de la metralla; y de un salto llega á donde están las piezas, les tira el lazo, y lo mismo hacen los rancheros; amarran á la cabeza de la silla, ponen la espuela á los caballos y se llevan la artillería, dejando á los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.

La batalla se gana completamente; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo y Trujillo, merced á su caballo, se escapa y se presenta como un fantasma sangriento á anunciar la catástrofe al Virrey.

Allende da la orden de marchar inmediatamente á la capital; Hidalgo se opone, los dos caudillos se disgustan, y el ejército victorioso se retira en desorden, en las mismas puertas de México. Era necesario nue-

va sangre y nuevas victorias para que se consumara la obra y el sacrificio de los caudillos, para que quedase santificada con su propia sangre. Las naciones necesitan su bautismo antes de recibir su nombre social.

El ejército se retiró y fué á estrellarse en una desgracia, Aculco, y á desbaratarse en una fatalidad, Calderón.

Los dos caudillos disgustados, porque la desgracia hace á los hombres injustos y enemigos, lucharon algunos días más. Allende fué todavía favorecido por la victoria, derrotando en el Puerto del Carnero al Comandante español; pero la desorganización había ya destruido la fuerza de los independientes. El huracán que comenzó á soplar en Dolores y se desató terrible en Guanajuato y las Cruces, comenzaba á perder su fuerza.

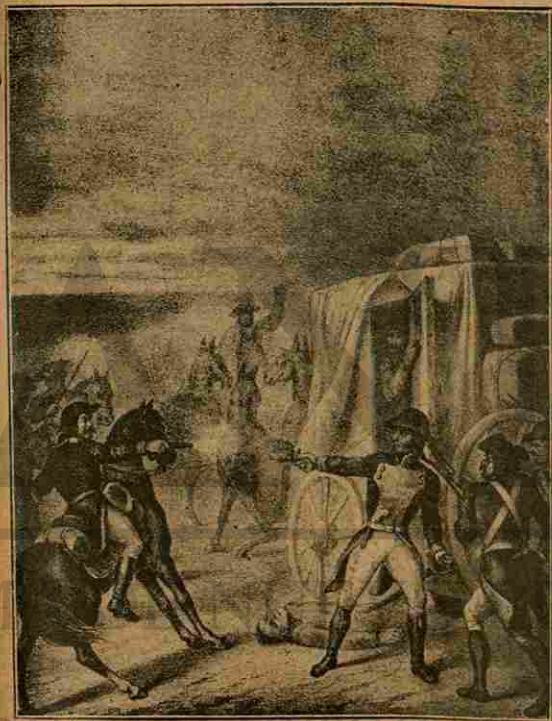
Los jefes resolvieron, con los restos del ejército y el dinero que pudieron reunir, marchar á los Estados Unidos, y allí disciplinar sus tropas, disponer la campaña y volver de nuevo á recoger seguros laureles, terminando la obra difícil que habían comenzado.

Lo que llamamos suerte, y que no son más que los acontecimientos negros y desconocidos que vienen de un caos profundo, dispuso las cosas de otra manera.

VII.

Hemos comenzado nuestra historia en el pequeño vergel de San Miguel, que después tomó el nombre de "Allende," y vamos á terminarla al cabo de seis meses en un lugar triste, solitario y desierto. En Acatita de Baján.

Los independientes caminaban lentamente en dirección á la frontera del Norte. Llevaban cerca de medio millón de pesos en dinero y plata labrada, recuas de mulas con equipajes, catorce coches, veinticuatro cañones y cosa de ochocientos hombres repartidos en una grande extensión de terreno, escoltando las cargas y los carruajes. Ningún antecedente tenían de que serían



Aprehensión de Hidalgo y sus compañeros
en Acatita de Baján.

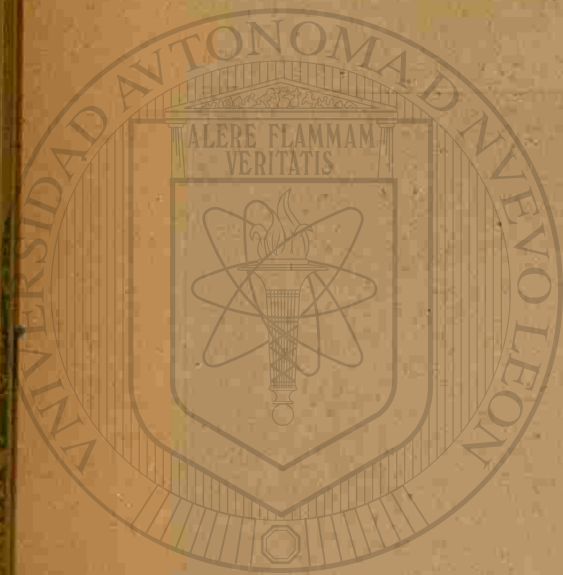
atacados, y antes creían que serían escoltados por tropas insurgentes hasta Monclova.

El Capitán español, Ignacio Elizondo, con 450 hombres, formó una emboscada con tan buen cálculo, que fueron sucesivamente cayendo en su poder cuantos componían la comitiva.

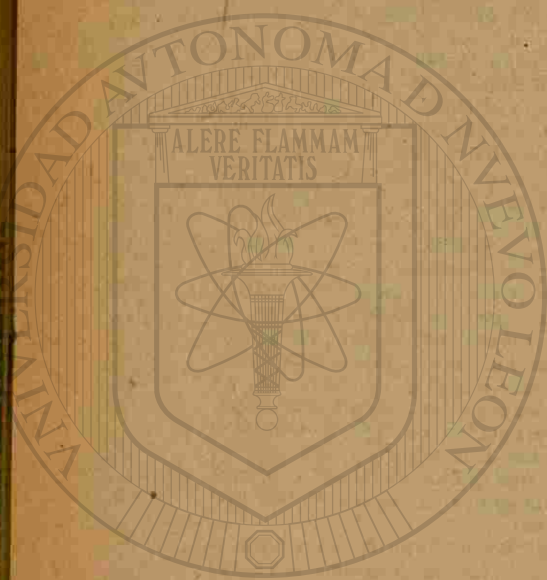
Allende, su hijo, Arias y Jiménez, iban en un coche. Fatigados con el calor y con el camino, medio dormitaban, cuando escucharon un grito: "Ríndanse al Rey." Allende, bravo y denodado, abrió la portezuela, saltó á tierra, amartilló su pistola é hizo fuego al oficial español que estaba más cerca. Su hijo lo siguió, y tras él Jiménez. Elizondo disparó su pistola sobre Allende y gritó "fuego" á la tropa que lo seguía: una nube de balas vino á romper los vidrios y las maderas del carruaje. El hijo de Allende cayó herido entre las ruedas, y Arias, que asomaba la cabeza, quedó fusilado en el mismo respaldo del carruaje; la tropa se echó encima con espada en mano, y los que quedaron vivos fueron maniatados y entregados á la rigurosa custodia de un oficial. Así que Elizondo terminó la captura de toda la comitiva, se encaminó con ella á Monclova.

De este lugar se condujeron los presos á Chihuahua, y allí fueron juzgados y fusilados. Se cortaron las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y conducidas á Guanajuato, fueron colocadas en unas jaulas de fierro en los ángulos del sangriento castillo de Granaditas.

MANUEL PAYNO.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL "BRAZO DERECHO" DE MORELOS.

I.

En el Sur del rico y hermoso Estado de Michoacán, y al pie de un anfiteatro irregular, formado por las montañas, está situada la hacienda de Puruarán.

Allí la vegetación es espléndida: anchos y dilatados valles cubiertos de caña; gigantesca "parotas," "zirandas," que nacen y crecen al lado de las palmeras y que enlazan en ellas sus nudosos troncos, semejantes á los nervudos brazos de un gladiador, y que terminan por ahogarlas y levantarlas, desarraigándolas de la tierra; copados "tamarindos" entre cuyas ramas habitan numerosas tribus de aves canoras; voluptuosos "plátanos" cuyas hojas de raso ondulante crugiendo con el aura de la tarde, y entretegiéndose por todas partes las "lianas," que forman caprichosos columpios, cubiertos de flores y de verdura.

Allí los arroyos cruzan entre alfombras esmaltadas, ó se desprenden sobre peñascos tapizados de musgo, y cuando soplan las brisas, todo tiene un murmullo, un suspiro, un rumor, árboles, lianas, flores, arroyos, cascadas.

Y sobre este paisaje encantador, un cielo purísimo, con ese azul sereno que cantan los poetas, y que los pintores fingien en sus cuadros de gloria.

El sol ardiente de la zona tórrida arroja sobre aquella exuberante naturaleza torren-

tes de fuego y de luz, y todo germina y todo se vivifica, y cada hoja cubre un insecto, y cada peña oculta un reptil, y cada rama guarda un nido, y cada gruta guarece un sér animado.

De aquellos bosques, durante el día sale un concierto, y cuando la noche tiende sus negras sombras, reina por un instante el silencio, y luego los cantores del día desaparecen, el bosque se ilumina de nuevo, ya no con la luz del sol, sino con la fantástica de millones de insectos luminosos que suben y bajan, y cruzan y giran en continuo movimiento, y entonces en aquella misma selva, nuevos cantores con distintas armonías, dulces como las del día, pero más melancólicas y misteriosas, levantan un himno.

Allí la naturaleza canta á Dios eternamente.

En medio de este paisaje está Puruarán, rica hacienda de caña.

La entrada de la casa habitación y de las oficinas de la hacienda mira hacia el Norte.

Por el frente de la hacienda pasa el agua sobre un elevado acueducto sostenido por garbosos arcos.

Al pie del acueducto y á los lados de la casa, se miran las habitaciones de los trabajadores y dependientes, casi todas formadas de adobe con humildes techos de paja.

II.

Era el 5 de Enero de 1814.

El ejército independiente, derrotado en las inmediaciones de Valladolid, se había retirado al Sur y estaba en la hacienda de Puruarán.

Aquel ejército que había dado tantas pruebas de valor y de heroicidad, que había recorrido triunfante por casi toda la Nueva España, estaba en aquellos momentos desmoralizado, falto de armas, de parque, y casi sin esperanzas de resistir el inevitable empuje de las tropas realistas.

El ilustre Morelos, jefe de aquel ejército, fué obligado por los demás Generales á retirarse de Puruarán, según dicen algunos

historiadores, y los independientes quedaron allí á las órdenes del padre Matamoros. —Las tropas realistas emprendieron, como era natural, su movimiento sobre los insurgentes, y el día 5 de Enero llegaron á Puruarán y atacaron.

La victoria no se hizo esperar, y los jefes realistas Llano é Iturbide se apoderaron de la casa, de la hacienda y de las oficinas á donde se habían hecho fuertes los independientes.

Después del combate, los soldados del Rey comenzaron á explorar los alrededores con el objeto de aprehender á los insurgentes que habían logrado salvarse; y en una de las pequeñas habitaciones de los sirvientes de la hacienda, fué hallado el jefe de los insurgentes, el General Matamoros, que encontrándose sólo, á pié y rodeado de enemigos, había buscado allí un refugio.

Según se dice, fué entregado por un oficial de los mismos suyos, y hecho prisionero por el soldado Eusebio Rodríguez, al cual se le dió como premio de este servicio, la cantidad de doscientos pesos.

Matamoros fué conducido inmediatamente á Valladolid.

III.

Don Mariano Matamoros, en el año de 1810, cuando Hidalgo proclamó la Independencia de México, era Cura de Jantetelco.

En 1811 se presentó al señor Morelos en Izúcar, y desde esa fecha militó á su lado, hasta la desgraciada batalla de Puruarán.

Matamoros es llamado por la mayor parte de los historiadores, "el más valiente de los insurgentes."

En el famoso sitio de Cuautla, Matamoros, por orden de Morelos, se puso al frente de una fuerza de caballería y logró romper las líneas enemigas.

Matamoros se inmortalizó con la célebre batalla de San Agustín del Palmar, en cuya acción no sólo dió muestras de su valor y genio militar, sino que además probó, como él mismo lo dice en su parte a señor Morelos, que los independientes no

se habían lanzado á la guerra con el objeto de robar.

El convoy custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fué respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir entonces que los "insurgentes" eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos, como les llamaba Calleja.

Al hablar Matamoros de esta acción, dice: "La batalla fué dada a campo raso para des impresionar al Conde de Castro-Terre. No, de que las armas americanas se sostienen, no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto."

Constantemente estaba Matamoros organizando tropas, á la cabeza de las cuales tenía á cada paso que batirse, y sin duda, á no ser por la desastrosa expedición á Valladolid, Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los Estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

IV.

El día 3 de Febrero de 1814, en la plaza de Valladolid, iba á ser fusilado un hombre.

Era éste de "pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules," y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

Marchando con ademán resuelto colocóse al frente de los soldados; se escuchó luego una descarga;—aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía uno de sus más nobles caudillos.

El señor Morelos, según su propia expresión, "perdía su brazo derecho."

México libre, declaró á Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales se guardaron en la Catedral de esta ciudad.

VICENTE RIVA PALACIO



UN CAUDILLO ESPAÑOL, INSURGENTE

I.

En este libro hemos consignado el fin trágico que la suerte reservó á los primeros caudillos de la Independencia mexicana. Sin experiencia en las armas, sin elementos para la guerra, y educados en la sedentaria y tranquila carrera de la iglesia, su mérito y su gloria han consistido más bien en su abnegación y en su amor á la libertad, que no en el éxito de sus expediciones militares.

Después del suplicio de Morelos, de ese hombre singular á quien sus mismos enemigos no pueden negar ni el talento natural para la guerra, ni la constancia ni el valor, comenzó la fortuna á mostrar su faz hosca y sañuda á la mayor parte de los caudillos mexicanos que habían conservado las armas en la mano, y que llenos de fe en la causa de la patria, habían visto con desdén los ofrecimientos de perdón y aun las más lisongeras promesas de parte del Gobierno español. Todo parecía concluido. Las partidas de insurgentes que habían quedado, siendo ya poco numerosas y escasas de elementos para la campaña, no inspiraban ya temor al Gobierno, y el Virrey creyó por un momento que había ya recobrado plenamente el dominio en la Antigua Colonia.

Repentinamente un suceso inesperado sucede en sus cimientos á la Nueva España.

se habían lanzado á la guerra con el objeto de robar.

El convoy custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fué respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir entonces que los "insurgentes" eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos, como les llamaba Calleja.

Al hablar Matamoros de esta acción, dice: "La batalla fué dada a campo raso para des impresionar al Conde de Castro-Terre. No, de que las armas americanas se sostienen, no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto."

Constantemente estaba Matamoros organizando tropas, á la cabeza de las cuales tenía á cada paso que batirse, y sin duda, á no ser por la desastrosa expedición á Valladolid, Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los Estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

IV.

El día 3 de Febrero de 1814, en la plaza de Valladolid, iba á ser fusilado un hombre.

Era éste de "pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules," y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

Marchando con ademán resuelto colocóse al frente de los soldados; se escuchó luego una descarga;—aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía uno de sus más nobles caudillos.

El señor Morelos, según su propia expresión, "perdía su brazo derecho."

México libre, declaró á Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales se guardaron en la Catedral de esta ciudad.

VICENTE RIVA PALACIO



UN CAUDILLO ESPAÑOL, INSURGENTE

I.

En este libro hemos consignado el fin trágico que la suerte reservó á los primeros caudillos de la Independencia mexicana. Sin experiencia en las armas, sin elementos para la guerra, y educados en la sedentaria y tranquila carrera de la iglesia, su mérito y su gloria han consistido más bien en su abnegación y en su amor á la libertad, que no en el éxito de sus expediciones militares.

Después del suplicio de Morelos, de ese hombre singular á quien sus mismos enemigos no pueden negar ni el talento natural para la guerra, ni la constancia ni el valor, comenzó la fortuna á mostrar su faz hosca y sañuda á la mayor parte de los caudillos mexicanos que habían conservado las armas en la mano, y que llenos de fe en la causa de la patria, habían visto con desdén los ofrecimientos de perdón y aun las más lisongeras promesas de parte del Gobierno español. Todo parecía concluido. Las partidas de insurgentes que habían quedado, siendo ya poco numerosas y escasas de elementos para la campaña, no inspiraban ya temor al Gobierno, y el Virrey creyó por un momento que había ya recobrado plenamente el dominio en la Antigua Colonia.

Repentinamente un suceso inesperado sucede en sus cimientos á la Nueva España.

y el fuego de la Independencia, que parecía completamente apagado, se encendió de nuevo para no extinguirse nunca, pues se encuentra aún vivo y ardiente en el pecho de los mexicanos.

Mina fué el relámpago que un momento iluminó el horizonte de la revolución, y desapareció en esa insondable eternidad que no podemos comprender.

Era labrador, pero labrador en la montaña, no en la llanura. Los montañeses tienen que habituarse á la vida aventurera y casi salvaje. Los fenómenos todos de la naturaleza parece que se desarrollan de una manera más imponente en la montaña, y esto, y el ejercicio de la caza, preparan á esa clase de hombres á la vida militar.

Napoleón I hizo del labrador montañés un guerrillero.

Mina peleó por la Independencia de su patria y llegó á ser jefe de la Navarra, provincia donde vió la luz en fines del año de 1789.

Terminada la invasión, Mina se encontró con otro enemigo, el despotismo, y basta para personificarlo nombrar á Fernando VII, Soberano tan repugnante que ni aún ha tenido la consideración para los españoles más sumisos y monarquistas. Mina, en unión de su tío Espoz y Mina, conspiró en Navarra para restablecer la Constitución. Desgraciado en esta tentativa, tuvo que huir para salvar la vida, y emigró á Francia y pasó poco tiempo después á Inglaterra.

Encontró allí un personaje al que no hemos dado todavía todo el honor y la celebridad que merece. Este personaje era el "Dr. Don Servando Teresa de Mier." Este padre fué el primero en propagar las ideas de la desamortización eclesiástica y de la separación de la Iglesia y del Estado. Sus obras no las mejoraría en ciertas capitales el progresista más exaltado.

Un fraile y un proscrito sin un cuarto en la bolsa, el uno con su entusiasmo y el otro con su espada, intentan á más de dos mil leguas de distancia, derribar un Gobierno que había triunfado de los más valientes y esforzados caudillos mexicanos. Des-

de este momento comienza una serie de aventuras propias más bien para un romance.

El mismo día que resolvió Mina hacer una expedición á México, alentado por los consejos y entusiasmo del padre Mier, se presentó resueltamente en la casa de dos ó tres comerciantes ingleses.

Quizá una semana después, á las tres de la tarde (y hay sobre esto un canto popular), el guerrillero español abandonaba las costas inglesas, y surcaba los mares en un barco mercante que tomó á flete, y fué el principio de su escuadrilla. Le acompañaban el infatigable padre Mier y treinta hombres terribles y desamados, que dieron prueba más adelante de una energía indomable. La primera idea de Mina fué poner directamente la proa á las costas de México; pero varió de resolución, y para proveerse de más gente y recursos, se dirigió á los Estados Unidos del Norte, donde reclutó, en efecto, más de doscientos soldados aventureros que indistintamente habían servido con los ingleses y con los franceses en las últimas guerras. Con estas fuerzas, y con otros buques, aunque pequeños, organizó su expedición y se dirigió á Puerto Príncipe, donde se encontró con que un terrible huracán le había destruido uno de los buques que mandó con anticipación, y con que muchos de los aventureros enganchados se habían desertado.

De Puerto Príncipe salió á la mar la expedición, con dirección á Texas, con el fin de reunirse con el Comodoro Aury, jefe de unos cuantos piratas que había reunido bajo sus órdenes. El vómito prieto se declaró á bordo de la improvisada escuadrilla, y comenzaron á morir oficiales y marineros. En el estado más triste llegaron á la isla del Caímán. Las frescas brisas y una pesca abundante de tortugas, volvieron la vida y las fuerzas á los enfermos. Mina, resistiendo á las enfermedades y á todo género de contratiempos, llegó por fin á Galveston, donde abrazó al pirata Aury, refrescó los víveres, estableció su campamento, se dedicó á formar sus Regimientos, á preparar

la expedición, y publicó un manifiesto que circuló poco tiempo después en México, y reanimó el entusiasmo por la Independencia.

II.

Las aguas de la costa de Nuevo Santander (hoy Tamaulipas), estaban por lo común solitarias, y una que otra barca de pescador rompía aquellas olas cansadas de rodar en las calientes arenas de la playa.

El tiempo había estado borrascoso. Recios vientos habían soplado sin duda más lejos, pues venían las olas todavía gruesas y enojadas á azotarse contra la costa. Se observó el palo de una embarcación. Empujada por una fuerte brisa que hinchaba sus velas, en breve llegó al puerto, y se pudo reconocer que era un barco grande armado en guerra. En efecto, era la "Cleopatra," y á bordo venía el General Don Francisco Javier Mina.

El desembarco se hizo sin dificultad y sin experimentar resistencia ninguna el 15 de Abril de 1817.

El 22 salió Mina para Soto la Marina. Caminaba á pie, con su espada en la mano, al frente de la tropa. Tres días anduvo perdido en los bosques, pero al fin llegó á la población, donde fijó su Cuartel general. Sus buques quedaron en la costa. Un marino español salió de Veracruz á atacarlos. La goleta "Elena," que era muy velera, escapó á la vista del enemigo; las tripulaciones de la "Cleopatra" y del "Neptuno" vinieron á tierra, y en este estado, el marino español que montaba la fragata "Sabina," se encará fieramente con la escuadrilla silenciosa del aventurero Capitán.

El marino español rompió un vivo fuego de cañón. La "Cleopatra" no contestaba, y esto irritaba al enemigo.

—Que redoblen el fuego, gritó con voz de trueno.

El cañoneo continuó más fuerte. La "Cleopatra," siempre silenciosa, parecía resistir las balas sin que le hicieran un daño visible.

—¡Esta es una asechanza sin duda! exclamó el jefe español; se tratará de que nos acerquemos, para echarnos una andanada y sumergirnos en el agua. ¡Al abordaje! al abordaje! y no hay que perdonar á nadie. Hombres, mujeres, niños, que todos sean pasados á cuchillo.

Los botes, tripulados con un buen número de gente provista de escalas, garfios, picas y demás instrumentos propios para el abordaje, se desprendió de la "Proserpina" y resueltamente se dirigió á la "Cleopatra." El mismo silencio, la misma terrible inmovilidad.

—¡Animo, marinos!, gritó el jefe que mandaba los botes; acordáos que sois españoles y que estáis en la tierra de Cortés. ¡Arriba! ¡á ellos! y no haya misericordia.

Los marinos españoles se lanzaron como leones.

Un gato, único defensor que había quedado á bordo, corrió por la cubierta, y mirándose atacado por los marinos de la "Proserpina," corrió sobre cubierta, se precipitó, sin saber dónde, cayó sobre la cara del Comandante, se afanzó con las uñas de sus barbas y carrillos, y al grito de sorpresa y de dolor del bravo marino, el gato cayó en el agua y desapareció entre las ondas. Los asaltantes tuvieron que soltar una carcajada.

Sin embargo, el Brigadier Don Francisco de Beranguer, que mandaba esta expedición, dió á su regreso á Veracruz un parte en que describía una terrible batalla naval y un sangriento abordaje. El Virrey los recomendó á España y decretó que llevaran en el brazo derecho un escudo con el siguiente epígrafe: "Al importante servicio en Soto la Marina."

III.

Mina no perdió su tiempo. Construyó un fuerte regular en Soto la Marina, y resolvió expedicionar en el interior del país.

La mañana del 24 de Mayo, Mina, ya con su espada ceñida, estaba en la plaza al frente de sus tropas, que eran las siguientes:

General y su Estado Mayor.	11
Guardia de honor al mando de Young.	31
Caballería.	124
Regimiento del Mayor Sterling.	56
Primero de línea.	64
Artillería.	5
Criados.	12
Ordenanzas.	5
<hr/>	
Total.	308

Era ridícula esta expedición. Mejor dicho, era sublime. El Comandante tenía en sus ojos la victoria.

Mina llamó al Mayor Sardá.

—Te dejo cien hombres, Mayor. Con esta fuerza te defenderás hasta el último extremo. Te han de sitiar, sin duda alguna; pero no haya cuidado, yo volveré y haré á balazos que te dejen quieto.

Mina estrechó la mano del Mayor, y espada en mano, salió de la plaza de Soto la Marina, tambor batiente y bandera desplegada.

Después de tres días de marcha por aquellos desiertos faltos de víveres y de agua, la tropa comenzaba á fatigarse y á murmurar.

—No hay cuidado, mis amigos; antes de algunas horas tendremos víveres frescos, y habitación magnífica y dinero.

En efecto, Mina, burlando con la rapidez de su marcha la vigilancia del jefe Don Felipe de la Garza, sorprendió una hacienda y se apoderó de una buena cantidad de efectos y provisiones que repartió entre sus soldados.

Ninguna de las muchas combinaciones militares que hizo el Gobierno con una actividad sorprendente, pudo detener la marcha de Mina. Derrotó á Viliaseñor en el Valle del Maíz, y el 14 se hallaba instalado en los magníficos edificios de la hacienda de Peotillos, que en esa época pertenecía á los Carmelitas. Los dependientes y mozos habían huido, llevándose todas las provisiones. La tropa, cansada y hambrienta, se acostó sin cenar. No habían cerrado los ojos, cuando el enemigo se presenta. Armiñan y Rafols, con fuerzas considerables,

tocan, como quien dice, á las puertas de la hacienda.

Mina recibe el aviso de sus avanzadas, se ciñe la espada, sube á la azotea del edificio y observa entre el polvo y la ardiente reverberación del campo, una fuerza de infantería como de 1,000 hombres, seguida á cierta distancia por una numerosa caballería.

—Amigos, dice á sus soldados, que habían salido en seguimiento de su jefe; vamos á ser atacados dentro de pocos momentos. Si nos encerramos en las casas, pereceremos, si no por las balas, sí de hambre. No hay más recurso que salir al campo y atacar al enemigo antes de que se acerque más.

La respuesta de esta tropa denodada fué un ¡hurra! estrepitoso, y cosa de 170 hombres formaron en momentos y se dirigieron á paso veloz al encuentro de la formidable columna española.

Mina, á los pocos momentos de comenzar la acción, se vió envuelto por la caballería, y sus escasas fuerzas diezmadas por las balas enemigas. En este trance supremo, con los pocos que le quedaban, formó un cuadro, hizo una descarga á quema-ropa á la caballería que se le venía encima, mandó calar bayoneta y se lanzó con espada en mano, haciendo un agujero sangriento en la masa compacta de enemigos. El pánico se apoderó de ellos, comenzaron á vacilar y á desorganizarse, y concluyeron con abandonar el campo y echar á correr. El Coronel Piedras, de las tropas realistas, no paró hasta Río Verde. Rafols se escapó en las ancas del caballo de su corneta de órdenes, y Armiñan se retiró á San José. Esta fué la célebre acción de Peotillos dada el 15 de Junio.

Mina, con el puñado de hombres que le había quedado, resolvió seguir al interior del país, y al día siguiente se puso en camino, no deteniéndose sino delante del Real de Pinos, cuya plaza estaba fortificada y defendida por trescientos hombres y cinco cañones.

Para Mina no había dificultades y á to-

do trance necesitaba apoderarse de este mineral. Mina intimó rendición á la plaza, y habiendo recibido una respuesta altanera, se decidió á obrar. Llamó á quince de sus más atrevidos soldados, les indicó una tapia, y con una escalera subieron sin ser sentidos á las azoteas de las casas. Descendieron á la plaza, sorprendieron la guardia y se apoderaron de la artillería. Mina entonces asaltó la ciudad, y no habiendo resistido ya los defensores, entró á ella, permitiendo el saqueo para castigarla de su resistencia. El 24 de Junio Mina se hallaba en el corazón del país, y posesionado del fuerte del Sombrero, que mandaba el jefe independiente Don Pedro Moreno.

A los cuatro días, y cuando apenas sus soldados comenzaban á descansar de una marcha de más de 250 leguas por un país desierto, se supo que el jefe español Ordóñez, con una fuerza de 700 á 800 hombres, se dirigía sobre el fuerte. Mina, rápido en sus concepciones, resolvió atacarlo, y acompañado de Moreno y del Pachón (Encarnación Ortiz), se puso en marcha, y á la media noche llegó á las ruinas de una hacienda, donde encontró 400 insurgentes armados con unos cuantos fusiles inútiles. Al día siguiente, muy temprano, continuó su marcha, y algunas horas después se hallaba frente del enemigo con dos columnas de cien hombres, y en menos de ocho minutos Mina derrotó á los españoles y regresó al fuerte con los cañones, fusiles y dinero ganados en esta batalla, donde murieron los jefes realistas Ordóñez y Castañón.

IV.

En poco tiempo Mina llenó con su nombre toda la Nueva España. Las gentes, cuando pasaba por algún pueblo, salían á verle con admiración, y el Virrey, al acostarse y al levantarse, tenía en sus oídos este nombre fatal.

El Gobierno colonial desplegó la mayor actividad, reuniendo en Querétaro un Cuerpo de tropas escogidas que puso á las órdenes del Mariscal Liñán, y apeló, además, á



Francisco Javier Mina.

los medios de costumbre, que fueron declarar al héroe de Peotillos traidor, sacrilego y malvado. Ya en fines de Julio, Mina tenía sobre sí en la provincia de Guanajuato á Liñán, Orrantía, Negrete, Villaseñor, Bustamante (Don Anastasio), y cuantos otros jefes se consideraron capaces de afrontar el ataque rápido y terrible de los atrevidos aventureros que militaban bajo sus órdenes. Las fuerzas españolas se fueron colocando en puntos convenientes, hasta que al fin se acercaron y establecieron un sitio al fuerte del Sombrero. Este lugar dista de Guanajuato 18 leguas, y 6 de la ciudad de León; Mina, con cosa de mil hombres mal armados y unas viejas piezas de artillería, se resolvió á esperar y defenderse hasta el último extremo.

El primero de Agosto el enemigo rompió el fuego de cañón, que continuó sin interrupción durante cuatro días. Creyendo Liñán que los defensores estarían ya acobardados, dispuso un asalto por cuatro puntos y por todos ellos fué rechazado. Entonces se hicieron á Mina proposiciones muy liсонjeras, que rehusó constantemente.

El fuego de cañón comenzó otra vez con más fuerza; la escasa agua que había en un aljibe del fuerte se acabó, y las nubes derramaban en las cercanías frescas y abundantes lluvias; mientras los hombres del fuerte morían de sed. Mina, entonces, para contener la desesperación de sus soldados hizo una salida sobre el campo de Negrete, le mató mucha gente y le tomó un reducto, pero tuvo que retirarse y volverse á encerrar en aquellas rocas secas y fatales.

El 15, Liñán hizo un terrible empuje y arrojó todas sus columnas sobre el fuerte, pero fué rechazado, perdiendo más de 200 hombres, que quedaron tirados en las barrancas.

Los independientes no podían, sin embargo, sostener la posición. La sed los hacía rabiosos, y la peste los diezmaba. Resolvieron en una noche oscura abandonar el fuerte, pero al atravesar la barranca fueron sentidos, y las tropas españolas cayeron so-

bre ellos, y hubo en la obscuridad una horrible matanza de que pocos escaparon. Liñán ocupó el fuerte el 20, y su primera disposición fué mandar fusilar á los enfermos y heridos que habían quedado abandonados en esa noche triste de la Independencia mexicana.

Mina, protegiendo la salida, animando á los débiles, recogiendo á los dispersos, sostuvo la posición hasta lo último; pero ya rodeado de tropas españolas, no le quedó más arbitrio que abrirse paso con cien caballos, logrando escapar de la fuerza enemiga y llegar al fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

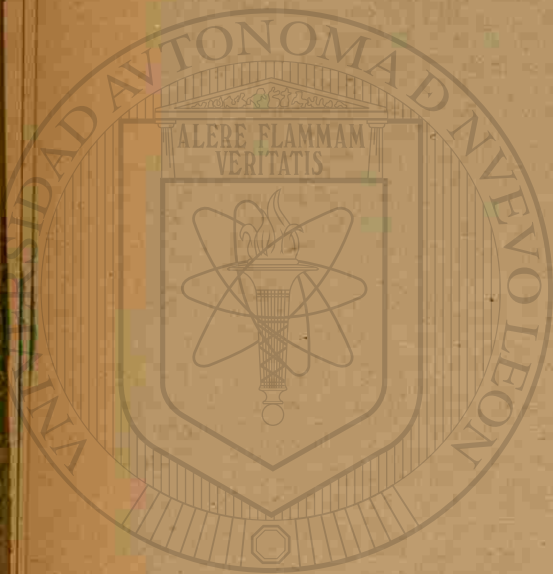
El 27, Liñán con todas sus tropas se presentó delante del fuerte de los Remedios. Mina, dejando sus buenas tropas en esta posición, expedicionó por el Bajío con cerca de 900 insurgentes de caballería. Se posesionó á viva fuerza de la hacienda del Bizcocho y de San Luis de la Paz. Fué rechazado de la Zanja y derrotado por Orrantía en la hacienda de la Caja. No pierde sin embargo, el ánimo, y con veinte hombres que le quedaron, se dirige á Jaujilla á conferenciar con la Junta, y empeñado en auxiliar á los sitiados en el fuerte de los Remedios, vuelve otra vez á Guanajuato, reúne á los insurgentes, toma la mina de la Luz, penetra en las calles, y allí, desorganizadas las tropas, que eran colecticias, bizoñas é insubordinadas, es completamente derrotado. Con 40 infantes y 20 caballos pasa la noche cerca de la mina de la Luz y al día siguiente se dirige al rancho del "Venadito," cuyo dueño era su amigo Don Mariano Herrera.

"Por las noticias que Orrantía adquirió en Guanajuato, supo el lugar donde Mina debería encontrarse, y á las diez de la noche salió con 500 caballos, dejando la infantería en Silao. Mina, á quien había venido á ver Moreno, en la confianza de estar seguro en un lugar tan oculto y con las precauciones que había tomado, se propuso descansar, y por primera vez después de muchas noches se quitó el uniforme y permitió que desensillasen sus caballos."

Al amanecer del 17, Orrantía llegó al rancho y su avanzada de caballería rodeó la casa y sorprendió á los que todavía dormían tranquilos. Moreno murió defendiéndose, y Mina, hecho prisionero, y llevado delante de Orrantía, fué insultado por éste y maltratado de una manera villana, hasta el extremo de darle de cintarazos.

El 11 de Noviembre, á las cuatro de la tarde, fué conducido Mina al Cerro del Bellaco, donde fué fusilado por la espalda á la vista de los campamentos español é insurgente, que suspendieron las hostilidades para presenciar la muerte del indomable aventurero, que aún no cumplía veintinueve años, y que hizo temblar al antiguo Virreinato de la Nueva España.

MANUEL PAYNO.



EL HEROE DEL SUR

I.

Si Mina fué la tempestad y el rayo que hizo temblar al Virrey en la silla dorada, Guerrero fué la luz de la Independencia. Encendida siempre en las ásperas y ricas montañas del Sur, los mexicanos siempre tuvieron un punto adonde dirigirse, una esperanza que invocar y un representante que abogase siempre por la causa justa, pero al parecer perdida, por las victorias de las armas españolas. Si Guerrero hubiese sido uno de esos romanos que desde la obscuridad del campo se solían elevar hasta la gloria de la República, Tácito le habría consagrado un envidiable escrito como el que le dedicó a Julio Agrícola.

II.

No vamos a escribir la biografía de Guerrero. Su vida fué un tejido de aventuras y una serie de rasgos heroicos que están íntimamente unidos con nuestra guerra de once años. Sería necesario escribir la historia entera, pues Guerrero tuvo la fortuna de sobrevivir a su obra, y la desgracia de ser jefe de la República, y morir a manos de sus mismos compatriotas.

Nació Guerrero por los años de 1783, en Tixtla. Su familia era de pobres labradores, restos escapados de la conquista, y que desde esos tiempos quizá buscaron una poca

de libertad en las montañas del Sur. Los años primeros de Guerrero se pasaron en la fatiga y en el trabajo. ¿Qué educación, qué literatura, qué ciencias podían penetrar en esas apartadas montañas y en la casa rústica del campesino? El hombre, era natural, el árbol con la corteza, la flor con todo y las espinas, el oro con el cuarzo. Pero la alma era en efecto de oro, y la aptitud moral, la inspiración de lo bueno, bastó par conducirle por el camino de la gloria y de la honra hasta los grados superiores de la milicia y hasta el primer puesto de la República.

III.

En 1810, como todo el mundo sabe Hidalgo proclamó la Independencia en Dolores. En 1811 ya encontramos que Guerrero habla seguido la inspiración patriótica, figuraba como Capitán, y servía á las órdenes inmediatas de Don Hermenegildo Galeana.

El hombre caminaba por una senda derecha, y con rapidez. En Febrero de 1812, Guerrero ya mandaba fuerzas no despreciables, ya se ponía frente á frente con los jefes españoles, ya alcanzaba en Izúcar una victoria sobre las tropas regulares que mandaba el brigadier Llano; ya, en fin, sin saber quizá entonces ni escribir en el papel, había, sin embargo, escrito su nombre en el libro misterioso de la posteridad. Esto es lo que se llama "genio." Mientras menos son los elementos primitivos, mientras más inculta es la educación, mientras más oscura es la personalidad, más mérito y más gloria refleja en el que abre las puertas de la sociedad, y grita á los tiranos con la justicia en el corazón y con la espada en la mano: "Aquí estoy."

En 1814, Guerrero había hecho una laboriosa campaña en el Sur de Puebla, había militado á las órdenes del gran Morelos, había pasado muchas aventuras y peligros, y era ya por fin uno de los "jefes" de la Independencia; pero se hallaba en una singular situación.—Los azares de la

guerra y la envidia de sus enemigos, le habían dejado reducido á un soldado asistente, á un fusil sin llave y á dos escopetas. Con estas terribles fuerzas emprendió una tercera campaña. ¡Es singular! Todos esos hombres, es fuerza que tengan algo del Hidalgo de la Mancha en el cerebro. Un sabio, en vez de lo que hizo Guerrero, entierra las escopetas, despide al soldado y se encierra en su casa.

Sin embargo, salió á los pocos días de su situación, de una manera inesperada.

Se presentó por el rumbo una fuerza española al mando de Don José de la Peña de cosa de 700 á 800 hombres. En cuanto lo supo, imaginó que la Providencia le deparaba un armamento y un material de guerra, tal cual se lo había figurado.

En lo más silencioso y negro de la noche, recorrió el pueblo de Papalotla, despertó á los indígenas, los armó con palos; esas armas son fáciles de encontrar; y un puñado de hombres medio desnudos atravesó en silencio las humildes chozas del pueblecillo hasta la orilla del río. Allí, Guerrero dió el ejemplo, y todos se arrojaron al agua, y aquel cardumen de extraños peces dió en la orilla opuesta sin haber hecho el menor ruido. El campamento del enemigo estaba á poca distancia. Guerrero cae sobre él, y los soldados de España son despertados á garrotazos, quedando algunos muertos, otros atarantados, y los más, presas del pánico, pues no acertaban ni á concebir cómo tan de repente tenían á los enemigos encima. Cuando amaneció el día, Guerrero, como lo había pensado, era dueño de 400 fusiles y de un abundante material de guerra.

IV.

En la larga campaña que hizo Guerrero en el Sur, habría necesidad de llenar un volumen si nos pusiéramos á referir todos los rasgos de su valor personal. Citaremos, sin embargo, otro quizá más notable que el anterior.

Un día llegó con una corta fuerza al pue-

blo de Jacomatlán, y observando que un alto cerro dominaba la población, prefirió ocupar esa posición militar, como lo hizo en efecto, estableciendo su campamento. La tropa estaba cansada; en su larga marcha por las asperezas, se había mantenido con raíces y frutas silvestres, y además, tenían necesidad de bañarse, pues las enfermedades comenzaban á desarrollarse entre aquel puñado de valientes.

Guerrero no pudo desentenderse de estas necesidades, y así, accedió á las súplicas de la tropa, y les permitió que pasasen al pueblo á proveerse de algunos víveres para surtir el campamento, donde pensaba permanecer una ó dos semanas, y los que se hallaban enfermos, se bañasen en un arroyo que á la sazón tenía una hermosa corriente de agua. La tropa, pues, descendió del cerro, se diseminó entre las casas del pueblo, y otra parte de ella se dirigió al arroyuelo. Guerrero quedó sólo con el tambor de órdenes y el centinela que cuidaba el armamento.

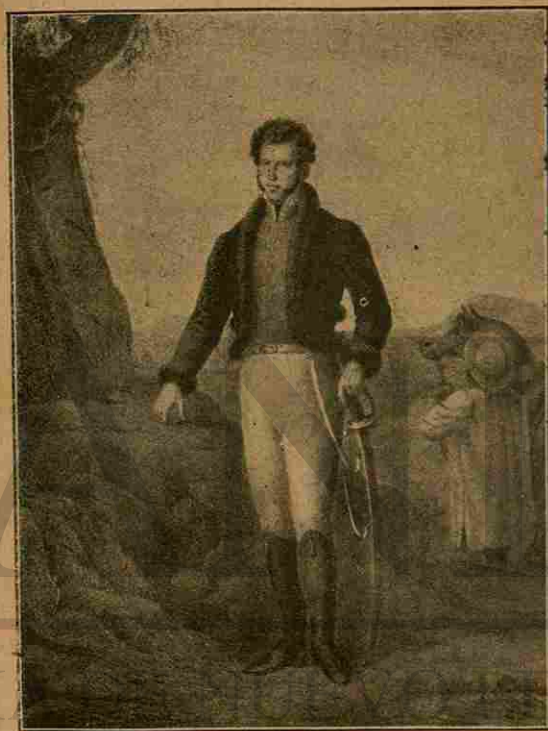
Así, á las seis de la tarde y cuando Guerrero dormitaba en el recodo de una peña que le había proporcionado alguna sombra, un muchachuelo llegó casi sin aliento.

—Señor, el enemigo ha entrado al pueblo y está matando y haciendo prisioneros á los soldados y á todas las gentes.

Guerrero da un salto, monta en su caballo que tenía ensillado, deja al centinela con orden de dejarse matar antes de entregar las armas, monta á la grupa al tambor, armado de un fusil, y se lanza á todo escape por aquellos breñales.

Pero en vez de huir, como el tambor lo había pensado, Guerrero entra á las calles del pueblo. El tambor se apea y comienza á tirar de balazos sobre los enemigos. Guerrero, con espada en mano, se lanza sobre ellos, y asustados de la intrepidez de un hombre que se atreve sólo y tan denodadamente á pelear, dejan el botín que estaban recogiendo, sueltan á los prisioneros y huyen.

Guerrero reúne entonces á los soldados, y con algunas armas que los españoles ha-



El Gral. D. Vicente Guerrero.

bían dejado tiradas, los persigue y los derrota completamente.

Guerrero había peleado contra 400 hombres mandados por un jefe valiente que se llamaba Don Félix Lamadrid.

En pocos días se encontraron dos veces Guerrero y Lamadrid en el campo de batalla, y en Xonacatlán la lucha fué á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, como en las guerras de la antigüedad. Guerrero, aunque con fuerzas inferiores, salió siempre vencedor.

Después de estas campañas, Guerrero había aumentado mucho sus tropas, porque su nombre, su fortuna y su trato amable le granjeaban amigos por todas partes. Tenía, pues, necesidad de vestuario, de municiones, de armamento y de multitud de otras cosas necesarias para tener en orden y en servicio á su gente. No tenía más arbitrio sino proveerse á costa de sus enemigos.

Sin dar cuenta á nadie de su designio, se dirigió con mucho sigilo al cerro del "Alumbre," y allí, al parecer, permaneció ocioso y sin objeto durante muchos días. Una noche puso en movimiento su tropa y la situó convenientemente en la cañada del Naranja. Una madrugada salió personalmente de Acatlán, á la cabeza de una fuerza, toda decidida y valiente, y antes de que amaneciera el día sorprendió un rico convoy que Don Saturnino Samaniego conducía de Oaxaca para Izúcar, haciendo huir al jefe y á los soldados, que escaparon.

Samaniego se reunió en Izúcar con Lamadrid, el eterno antagonista de Guerrero, y volvieron juntos á la carga, atacándole furiosamente en Chinantla. La acción duró desde que rompió el día hasta muy entrada la noche; pero Guerrero quedó vencedor, y Lamadrid y Samaniego, llenos de rabia, huyeron, dejando en el campo cuantos pertrechos y equipajes tenían.

Guerrero, que al día siguiente examinó todo el botín, volviéndose á sus soldados, les dijo: "nuestros almacenes están ya bien provistos, y nuestros enemigos nos traen los efectos hasta la puerta de nuestra casa, y ni aun el flete tenemos que pagar."

V.

El amor propio de Lamadrid se hallaba excitado al más alto punto; así que buscó nuevos encuentros con Guerrero; pero en todas ocasiones salió derrotado, teniendo á veces que huir, á uña de caballo, como suele decirse.

Los últimos sucesos de esta especie de desafío á muerte entre el jefe español y el caudillo insurgente, fueron en los años de 1815 y 1816. Lamadrid estaba en la orilla izquierda del río Xiputla, y Guerrero llegó y ocupó la derecha. Desde las dos orillas, las tropas se estuvieron tiroteando y prodigando durante dos días toda clase de improperios. Guerrero, en una noche oscura, pasó el río, dió furiosamente sobre el campo enemigo y destrozó á su rival. En Piaxtla y Huamuxtitlán, corrió una suerte igualmente adversa Lamadrid, á mediados de 1816.

La prisión y muerte de Morelos, y el indulto á que se acogieron algunos jefes notables, arruinó por ese tiempo la causa de la Independencia. Guerrero era ya un hombre formado en la guerra y en las fatigas, atrevido para las sorpresas é impetuoso para el ataque. El Gobierno español conoció su importancia, y llamó al padre de nuestro héroe, le puso un indulto amplio y completo en la mano, facultándole para que hiciera á su hijo todo género de promesas, ya de empleos, ya de dinero.

El anciano se encaminó hacia el rumbo donde creía encontrar á su belicoso hijo, hasta que al fin dió con él.

Abrazó Guerrero con efusión al autor de sus días; pero así que se enteró de su misión, tomó la mano del anciano, la besó respetuosamente, y acaso la humedeció con una lágrima; recibió el papel en que estaba escrito su perdón, quedó un rato pensativo, y después le dobló y le entregó tristemente á su padre.

—He jurado que mi vida sería de mi patria; y no sería el digno hijo de un hombre honrado, si no cumpliera mi palabra.

El viejo abrazó á su hijo, le bendijo y se

retiró silencioso, tomando de nuevo el camino, para poner en conocimiento del Virrey el mal éxito de su comisión.

En el año de 1817 Mina desembarcó en Soto la Marina, y en pocos días hizo la brillante campaña de que hemos dado idea en otro artículo; pero una vez fusilado este caudillo, el desaliento más completo se apoderó del ánimo de los mexicanos.

Un párrafo de la biografía del General Guerrero, que escribió el señor Lafragua, pinta perfectamente este período, y da una idea de cuánta era la energía moral del caudillo del Sur.

“La muerte de Morelos, Matamoros y Mina; la prisión de Bravo y Rayón, y el indulto de Terán y otros jefes, habían derramado el desaliento y el pavor en toda la Nueva España, que aunque más cercana que nunca á la libertad, gemía más que nunca atada á la metrópoli.

“Un hombre sólo quedó en pie, en medio de tantas ruinas: una voz sola se oyó en medio de aquel silencio. Don Vicente Guerrero, abandonado de la fortuna muchas veces, traicionado por algunos de los suyos, sin dinero, sin armas, sin elementos de ninguna especie, se presenta en ese período de disolución, como el único mantenedor de la santa causa de la Independencia.

“Sólo, sin rival en esa época de luto, Guerrero, manteniendo entre las montañas aquella chispa del casi apagado incendio de Dolores, atacaba sin tregua al poder colonial, cuyos sangrientos himnos de victoria eran frecuentemente interrumpidos por el eco amenazador de los cañones del Sur.

“Lídero de dos Edades, Guerrero era el recuerdo de la generación que acababa, y la esperanza de la que iba á nacer.”

VI.

En el año de 1820, Guerrero ya era un General habituado á la metralla, familiarizado con la sangre de las batallas, heredero legítimo del valor, de la constancia y del genio militar del gran Morelos. Triunfante, al fin, aunque lleno de cicatrices, levantaba la ca-

beza como los colosos de los Andes para anunciar á las Américas la buena nueva de la Independencia.

Fué en ese año cuando pudo conocerse la grandeza de su alma y la elevación del carácter del hombre oscuro que vió la luz en un pobre pueblecillo de las montañas.

Nombrado Don Agustín Iturbide Comandante del Sur, salió de México el 16 de Noviembre de 1820, resuelto á proclamar la Independencia. El General español Armijo atacaba á Guerrero; y éste, recobrando su buena estrella, salía siempre triunfante como años antes del desgraciado Lamadrid.

Iturbide creyó que era necesario contar de todas maneras con un hombre de tanta importancia, y le dirigió una carta realmente diplomática. Guerrero le escribió otra llena de franqueza, que se resumía en estas palabras: "Libertad, Independencia ó Muerte."

Esta correspondencia dió por resultado una entrevista de los dos caudillos en el pueblo de "Acatempan." Se hablaron, se explicaron, se dieron un sincero y estrecho abrazo. A pocos meses la sangrienta lucha había cesado, la Independencia estaba consumada, México tenía un Gobierno nacional.

Guerrero en la campaña había sido valiente. En "Acatempan" fué grande; se inscribió, por la generosa inspiración de su alma, en el catálogo de los hombres ilustres de Plutarco. Entregó el mando de las fuerzas á Iturbide, y puso el sello con este acto raro de confianza, de modestia y de abnegación, á la Independencia de su patria.

VII.

El destino de algunos hombres ilustres, es como el de ciertos astros brillantes que recorren la bóveda del cielo, y parece que al amanecer el día se hundan y mueren en un horizonte sangriento.

Hemos sólo, á grandes rasgos, apuntado las cualidades militares de Guerrero. Los partidos trataron de manchar con mil ca-

lumnias y cuentos malévolos este gran carácter que en lo familiar era sencillo como un niño, consecuente con sus amigos, humilde en la prosperidad, generoso con los enemigos, y grande y noble con la patria. Llegó feliz á los linderos de la Independencia, y tuvo la fortuna de ver á la patria libre, pero no dichosa. Apenas terminó la lucha de Independencia, cuando comenzó la guerra civil que todavía no cesa. Guerrero fué arrastrado en sus muchas y tenebrosas combinaciones. Herido y abandonado en una barranca, en Enero de 1823, por defender el principio republicano, vuelve á aparecer en la escena en 1828. La elección presidencial fué uno de los acontecimientos más notables de esa época, y en la cual los partidos trabajaron y combatieron terriblemente, divididos y perfectamente marcados por los ritos masónicos "escoceses" y "yorkino."

Don Manuel Gómez Pedraza, que era el caudillo de los escoceses, salió electo legalmente Presidente de la joven y turbulenta República. El partido yorkino no se dió por vencido ni por derrotado, apeló á las armas y colocó en la presidencia á su jefe, que era el General Guerrero, el cual entró á funcionar con este alto carácter en Abril de 1829.

En esa época los españoles invadieron á Tampico. Santa-Anna y Terán triunfaron, y la Independencia se consolidó; pero la seguridad del país exigía un ejército cerca de la costa, y se estableció un Cantón en Jalapa, á las órdenes del General Don Anastasio Bustamante, que era Vicepresidente.

Bustamante se pronunció contra Guerrero, con las tropas que mandaba. ¡Extrañas anomalías de la historia, y funestas consecuencias de las Repúblicas! Guerrero, que había "sido capaz de hacer la Independencia," fué declarado "incapaz" por el Congreso; Bustamante entró á gobernar, y el caudillo del Sur volvió, desengañado, triste, enfermo de sus heridas, á sus montañas del Sur, donde tuvo que tomar las armas para defenderse de la venganza y de la negra y ponzoñosa saña de sus enemigos.

Ninguna fuerza pudo vencer á Guerrero en las montañas, en tiempo de la Colonia; ningunas fueron bastantes tampoco en tiempo de la República. Fué necesario apelar á la más negra y la más odiosa de las traiciones. "La historia de México tiene algunas páginas oscuras." Esta es negra; y ni los años, ni el polvo del olvido, serán bastantes para borrarla.

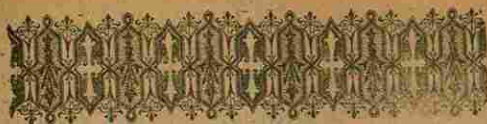
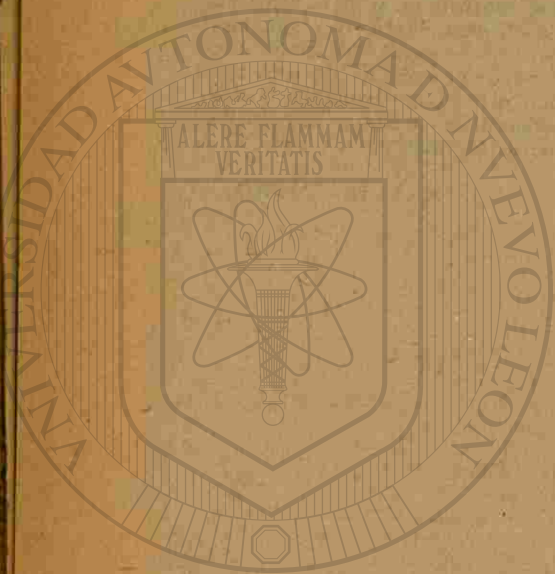
A principios del año de 1831 se hallaba fondeado en la hermosa bahía de Acapulco el bergantín genovés "Colombo." Era su Capitán "Francesco Picaluga," amigo íntimo de Guerrero y quizá de toda su confianza. Un día apareció un magnífico banquete preparado á bordo del bergantín. Guerrero fué convidado, y sin recelo ni sombra de desconfianza pasó á bordo. La comida fué alegre y espléndida; y concluida, los convidados salieron sobre cubierta, á respirar las brisas de la magnífica Bahía. Picaluga, con una sangre fría que honraría á Judas, declaró á su huésped que estaba preso, levó las anclas y se dió á la vela, dirigiéndose al puerto de Huatulco, donde entregó á Guerrero por sesenta mil pesos que le había dado el traidor y feroz Ministro de la Guerra, Don José Antonio Facio. Guerrero fué conducido por el Capitán Don Miguel González á Oaxaca, y juzgado en Consejo de Guerra ordinario.

El caudillo de la Independencia, el mantenedor del fuego sagrado de la libertad, el hombre que tenía destrozado su cuerpo por las balas y las lanzas españolas, fué condenado á muerte por unos miserables oficiales subalternos, y fusilado en el peñón de Cuilapa el 14 de Febrero de 1831.

Picaluga fué declarado enemigo de la patria, y condenado á muerte por el Almirantazgo de Génova, en 28 de Julio de 1836; pero bergantín y Capitán desaparecieron como si un monstruo del Océano los hubiera

devorado. La existencia de Picaluga es en efecto un misterio. Unos dicen que se le ha visto años después en las calles de México; otros que se hizo mahometano y vive en un serrallo de Turquía, y otros aseguran que varios mexicanos le han visto en un convento de Tierra Santa, con una larga barba y un tosco sayal, haciendo una vida de penitencia para expiar en esta tierra el horrendo crimen que cometió, y que el Señor misericordioso pueda á la hora de su muerte abrirle las puertas del cielo.

MANUEL PAYNO.



EL LIBERTADOR DE MEXICO

El Apoteosis

I.

Llegó por fin el día de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas.—Esto era lo que había tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de Septiembre de 1810 hasta el 27 de Septiembre de 1821.

16 y 27 de Septiembre, 1810 y 1821. He aquí los dos broches de diamante que cierran ese libro de la historia en que se escribió la sublime epopeya de la Independencia de México.

Y cuánto patriotismo, cuánto valor, cuánta abnegación habían necesitado los que dieron su sangre para que se inscribieran con ella sus nombres en ese gran libro!

Pero el día llegó; puro y transparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

Aquel era el día que alumbraba después de una noche de trescientos años.

Aquella era la redención de un pueblo que había dormido en el sepulcro tres siglos.

Por eso el pueblo se embriagaba con su alegría, por eso la ciudad de México estaba conmovida.

¿Quién no comprende lo que siente un pueblo en el supremo día en que recobra su independencia? Pero, ¿quién sería capaz

de pintar ese goce purísimo, cuando se olvidan todas las penas del pasado y no se mira sino la luz en el porvenir; cuando todos se sienten hermanos; cuando hasta la naturaleza misma parece tomar parte en la gran fiesta?

México se engalanó como la joven que espera á su amado.

Vistasas y magníficas colgaduras y cortinajes ondeaban al impulso del fresco viento de la mañana, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, en las cornisas, en las torres. Cada uno había procurado ostentar en aquel día o más rico, lo más bello que tenía en su casa.

Sus calles parecían inmensos salones de baile: flores, espejos, cuadros, vajillas, oro, plata, seda, cristal, todo estaba en la calle, todo lucía, todo brillaba, todo venía á dar testimonio del placer y de la ventura de los habitantes de México.

Y por todas partes, cintas, moños, lazos, cortinas con los colores de la bandera nacional, de esa bandera que enarbolada por Guerrero y por Iturbide en el rincón de una montaña, debía en pocos meses pasearse triunfante por toda la nación, y flamear con orgullo sobre el Palacio de los Virreyes de Nueva España.

Aquellos tres colores simbolizaban: un pasado de gloria, el rojo; un presente de felicidad, el blanco, y un porvenir lleno de esperanzas, el verde; y en medio de ellos el águila triunfante hendiendo el aire.

Y entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles y las plazas, que se apiñaba en los balcones y ventanas, que coronaba las azoteas, que escalaba las torres y las cúpulas de las iglesias, ansiosa de contemplar la entrada del ejército libertador, no había quizá una sola persona que no llevara con orgullo la escarapela tricolor.

II.

El sol avanzaba lentamente; y llena de impaciencia esperaba la muchedumbre el momento de la entrada del ejército "trigarante."

Por fin, un grito de alegría se escuchó en la garita de Belén, y aquel grito, repetido por más de cien mil voces, anunció hasta los barrios más lejanos que las huestes de la Independencia pisaban ya la ciudad conquistada por Hernán Cortés el 13 de Agosto de 1521.

1521, 1821. ¡Trescientos años de dominación y de esclavitud!

A la cabeza del ejército libertador marchaba un hombre, que era en aquellos momentos objeto de las más entusiastas y ardientes ovaciones.

Aquel hombre era el libertador Don Agustín Iturbide.

Iturbide tenía una arrogante figura, elevada talla, frente despejada, serena y espaciosa, ojos azules de mirar penetrante; regía con diestra mano un soberbio caballo prieto que se encabritaba con orgullo bajo el peso de su noble jinete, y que llevaba ricos jaeces y montura g:arnecidos de oro y de diamantes.

El traje de Iturbide era por demás modesto: botas de montar, calzón de paño blanco, chaleco cerrado del mismo paño, una casaca redonda de color de avellana y un sombrero montado con tres bellas plumas con los colores de la bandera nacional.

Al descubrir al libertador, el pueblo sintió como una embriaguez de placer y de entusiasmo. Los gritos de aquel pueblo atronaban el aire, y se mezclaban en gigantesco concierto con los ecos de las músicas, con los repiques de las campanas de los templos, con el estallido de los cohetes y con el ronco bramido de los cañones.

Iturbide atravesaba por el centro de la ciudad para llegar hasta el Palacio; su caballo pisaba sobre una espesa alfombra de rosas, y una verdadera lluvia de coronas, de ramos y de flores, caía sobre su cabeza y sobre las de sus soldados.

Las señoras desde los balcones regaban el camino de aquel ejército con perfumes, y arrojaban hasta sus pañuelos y sus joyas, los padres y las madres levantaban en sus brazos á los niños y les mostraban al li-

bertador, y lágrimas de placer y de entusiasmo corrían por todas las mejillas.

Las más elegantes damas las jóvenes más bellas y más circunspectas se arrojaban á coronar á los soldados rasos y á abrazarlos; los hombres, aunque no se hubieran visto jamás, aunque fueran enemigos, se encontraban en la calle y se abrazaban y lloraban.

Aquella era una locura, pero una locura sublime, conmovedora; aquel era un vértigo, pero era el santo vértigo del patriotismo.

Por eso será eterno entre los mexicanos el recuerdo del 27 de Septiembre de 1821, y no habrá uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar esa memorable escena, que no sienta que se anuda su garganta y que sus ojos se llenan de lágrimas al escuchar esta pálida descripción, hija de las tradiciones de nuestros padres y nacida sólo al fuego del amor de la patria.

Aquel fué el apoteosis del libertador Iturbide.

Padilla

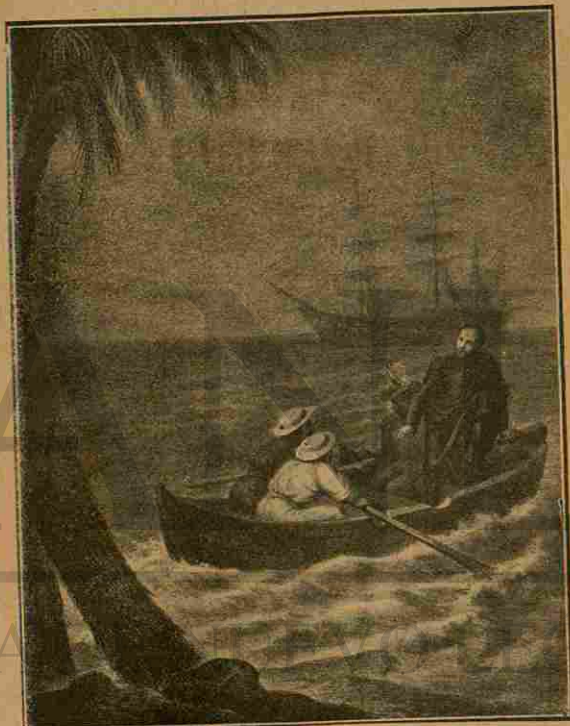
Era la tarde del 15 de Julio de 1824.

Frente á la barra de Santander, (Estado de Tamaulipas), se balanceaba pesadamente el bergantín "Spring," anclado allí desde la víspera.

La tarde estaba serena, apenas una ligera brisa pasaba susurrando entre la arboladura del buque; las olas se alejaban mansas hasta reventar á lo lejos en la playa, y los tumbos sordos de la mar llegaban casi perdiéndose hasta la embarcación.

Las gaviotas describían en el aire caprichosos círculos, anunciando con sus gritos destemplados la llegada de la noche, y se miraban de cuando en cuando bandadas de aves marinas que volaban hacia la tierra, buscando las rocas para refugiarse.

Melancólica es la hora del crepúsculo en



Desembarque de Iturbide en Soto la Marina.

el mar cuando el sol se oculta del lado de la tierra; tristísimo es contemplar esa hora desde un buque anclado.

Sobre la cubierta del bergantín había un hombre que tenía fija la mirada en la playa.

Mucho tiempo hacía que permanecía inmóvil en la misma postura. Esperaba y meditaba.

Y esperaba con paciencia, porque no se contraía uno sólo de los músculos de su fisonomía, y meditaba profundamente, porque nada parecía distraerle.

La noche comenzó á tender su manto y aquel hombre no se movía.

Por fin, los contornos de la tierra desaparecieron entre la obscuridad, las estrellas brillaron en el negro fondo de los cielos, y asomaron sobre las inquietas olas esos relámpagos de luz fosfórica, que son como las fugitivas constelaciones de esa inmensidad que se llama el Océano.

El hombre del bergantín no veía, pero escuchaba, y repentinamente se irguió.

Era que en medio del silencio de la noche había apercibido el acompasado golpeo de unos remos.

Aquel rumor era á cada momento más y más distinto; sin duda alguna se acercaba al bergantín una lancha.

—¿Jorge, eres tú?—dijo el hombre del bergantín á uno de los remeros, cuando la pequeña embarcación llegó.

—Sí, señor—contestó una voz desde la lancha.

—¿Y Beneski?

—Espera aquí—contestó otra voz.

El hombre saltó resueltamente á la escala, y con una firmeza que hubiera envidiado un marinero, descendió por ella y llegó á bordo de la lancha.

—¡A tierra!—exclamó, sentándose en el banco de popa.

Los bogas no contestaron, sonó el golpe de los remos en la agua, y la lancha, obedeciendo á un vigoroso y repentino impulso, se deslizó sobre las aguas, ligera como una ave que hiende los aires.

II.

Al día siguiente, cerca ya de Soto la Marina, caminaba una tropa de caballería, en medio de la cual podía distinguirse al mismo hombre que el día anterior había desembarcado del bergantín.

Al lado de aquel hombre marchaba otro que parecía ser el jefe de la fuerza.

Los dos caminaban en silencio, los dos parecían hondamente preocupados y poco dispuestos á emprender una conversación.

Por fin, el hombre del bergantín rompió el silencio, y acercando su caballo al de su acompañante, le dijo con una voz firme:

—Señor General Garza, supuesto que soy su prisionero de usted, ¿no podría decirme la suerte que se me espera?

Garza levantó los ojos, le miró por un momento, y con acento casi lúgubre contestó:

—La muerte.

El prisionero no palideció siquiera, pero tampoco volvió á desplegar sus labios; poco después llegaron á Soto la Marina.

En la misma noche toda aquella población sabía que á la mañana siguiente sería pasado por las armas el destronado Emperador de México, Don Agustín de Iturbide, hecho prisionero al desembarcar en la barra de Santander, por el General Don Felipe de la Garza.

Los historiadores no están conformes en el modo con que fué aprehendido Don Agustín de Iturbide.

Algunos de sus biógrafos, más apasionados de la memoria del desgraciado Emperador que de la verdad, afirman que Iturbide llegó á las playas mexicanas ignorando el decreto de proscripción fulminado contra él en la República, y agregan que desembarcó disfrazado, fingiéndose colono, en compañía de Beneski; pero que fué reconocido por el modo expedito y airoso que tenía de montar á caballo.

Todas estas dudas se disipan y todas esas relaciones se desmienten con sólo transcribir el principio de una carta que en el momento casi de desembarcar escribía Iturbide á su corresponsal en Londres, Don Ma-

teo Flétcher, y que inserta Don Carlos Bustamante en su apéndice á los "Tres siglos de México."

"A bordo del bergantín
"Spring," frente á la barra de Santander, 15 de Julio de 1824.

"Mi apreciable amigo:

"Hoy voy á tierra, acompañado sólo de Beneski, á tener una conferencia con el General que manda esta provincia, esperando que sus disposiciones sean favorables á mí, en virtud de que las tiene muy buenas en beneficio de mi patria.... Sin embargo, indican no estar la opinión en el punto en que me figuraba, y no será difícil que se presente grande oposición, y aun ocurran desgracias. Si entre éstas ocurriere mi fallecimiento, mi mujer entrará con usted en contestaciones sobre nuestras cuentas y negocios, etc."

Y esta carta está firmada:—"Agustín de Iturbide."

Toda la versión, pues, sobre el incógnito de Iturbide, no pasa de ser una novela.

III.

Amaneció el día 17, y se notificó á Iturbide que dentro de pocas horas debía morir.

Su muerte estaba decretada por Garza, que se fundaba para dar esta determinación en la ley que proscribía á Iturbide para siempre, de la República.

Notificóse al preso la sentencia, y la escuchó sin inmutarse; pidió que viniera, para auxiliarle en el último trance, su Capellán, que había quedado en el buque, y envió á Garza un manifiesto que había escrito para la nación.

La serenidad de Iturbide y la lectura del manifiesto conmovieron sin duda al General, porque mandó suspender la ejecución y se puso en marcha para Padilla, en donde estaba reunido el Congreso del Estado, llevando consigo al prisionero y tratándole

con tantas consideraciones como si él fuera mandando en jefe.

Llegaron por fin á Padilla, y el Congreso determinó que sin excusa ni pretexto fuese pasado por las armas. En vano Garza, que asistió á la sesión, procuró probar, convertido entonces en defensor de Iturbide, que el decreto de proscripción no alcanzaba á tanto, que Iturbide daba pruebas de sus intenciones pacíficas, trayendo consigo á su esposa y á sus pequeños hijos. El Congreso se mantuvo inflexible y Garza fué encargado de ejecutar la sentencia dentro de un breve término.

Volvió entonces á notificarse á Iturbide que podía contar con tres horas para arreglar sus negocios, después de las cuales debía morir.

Iturbide se preparó á morir como cristiano y se confesó con el Presidente del Congreso, que era un eclesiástico, y que habia salvado su voto cuando se trató de la muerte del prisionero.

Las seis de la tarde del día 19 fué la hora señalada para ejecutar la sentencia.—Iturbide salió de la prisión sereno y firme, y deteniéndose al encontrarse en el campo exclamó:

—Daré al mundo la última vista.

Después pidió agua, que apenas tocó con los labios, y se vendó él mismo los ojos.

Se trató entonces de atarle los brazos; resistióse al principio, pero después se resignó con humildad.

Detúvose allí, caminó cosa de setenta u ochenta pasos y llegó al lugar del suplicio, repartió el dinero que llevaba en los bolsillos entre los soldados, y entregó su reloj, un rosario y una carta para su familia, al eclesiástico que le acompañaba.

En seguida, con firme acento habló á la tropa, rezó en voz alta algunas oraciones y besó fervorosamente un Crucifijo.

En ese momento el jefe hizo la señal de fuego y se escuchó el ruido de la descarga.

Cuando se disipó el humo de la pólvora, Don Agustín de Iturbide no era ya más que un cadáver cubierto de sangre.

IV.

Iturbide libertador de México, Iturbide Emperador, Iturbide ídolo y adoración un día de los mexicanos, expiró en un patíbulo, y en medio del más desconsolador abandono.

Los partidos políticos se han pretendido culpar mutuamente de su muerte. Ninguno de ellos ha querido hasta ahora reportar esa inmensa responsabilidad.

En todo caso, y cualquiera que haya sido el partido que sacrificó á Don Agustín de Iturbide, yo no vacilaré en repetir que esa sangre derramada en Padilla, ha sido y es quizá, una de las manchas más vergonzosas de la historia de México.

Guerrero é Iturbide consumaron la Independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban á un Gobierno legítimo, espiraron á manos de sus mismos conciudadanos.

No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero (*) pero en cuanto á la de Iturbide, exclamaré siempre que fué la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana.—Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía á conspirar á la República, bien; ¿pero no hubiera bastado con reembarcarlo?

El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador, es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre.—Hay sobre los intereses políticos en las naciones, una virtud que es superior á todas las virtudes, la gratitud.

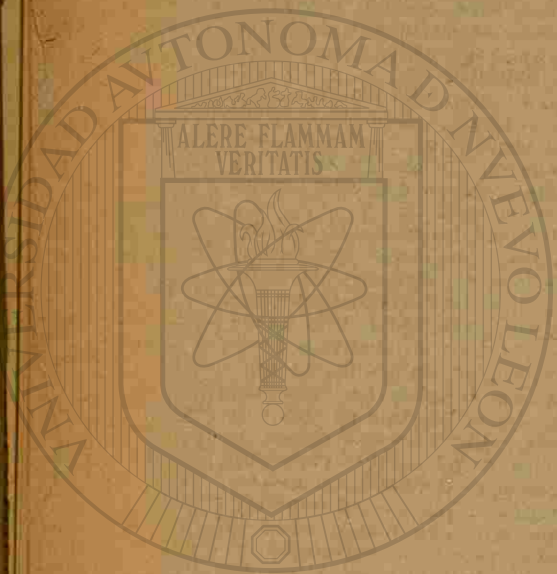
El pueblo que es ingrato con sus grandes hombres, se expone á no tener por servidores, más que á los que buscan en la política un camino para enriquecer y sofocan todas las pasiones nobles y generosas.

Dios permita que las generaciones venideras perdonen á nuestros antepasados la muerte de Iturbide, ya que la historia no puede borrar de sus fastos esta sangrienta y

VICENTE RIVA PALACIO.

negra página.

(*) El autor era nieto del General Don Vicente Guerrero. (N. del E.)



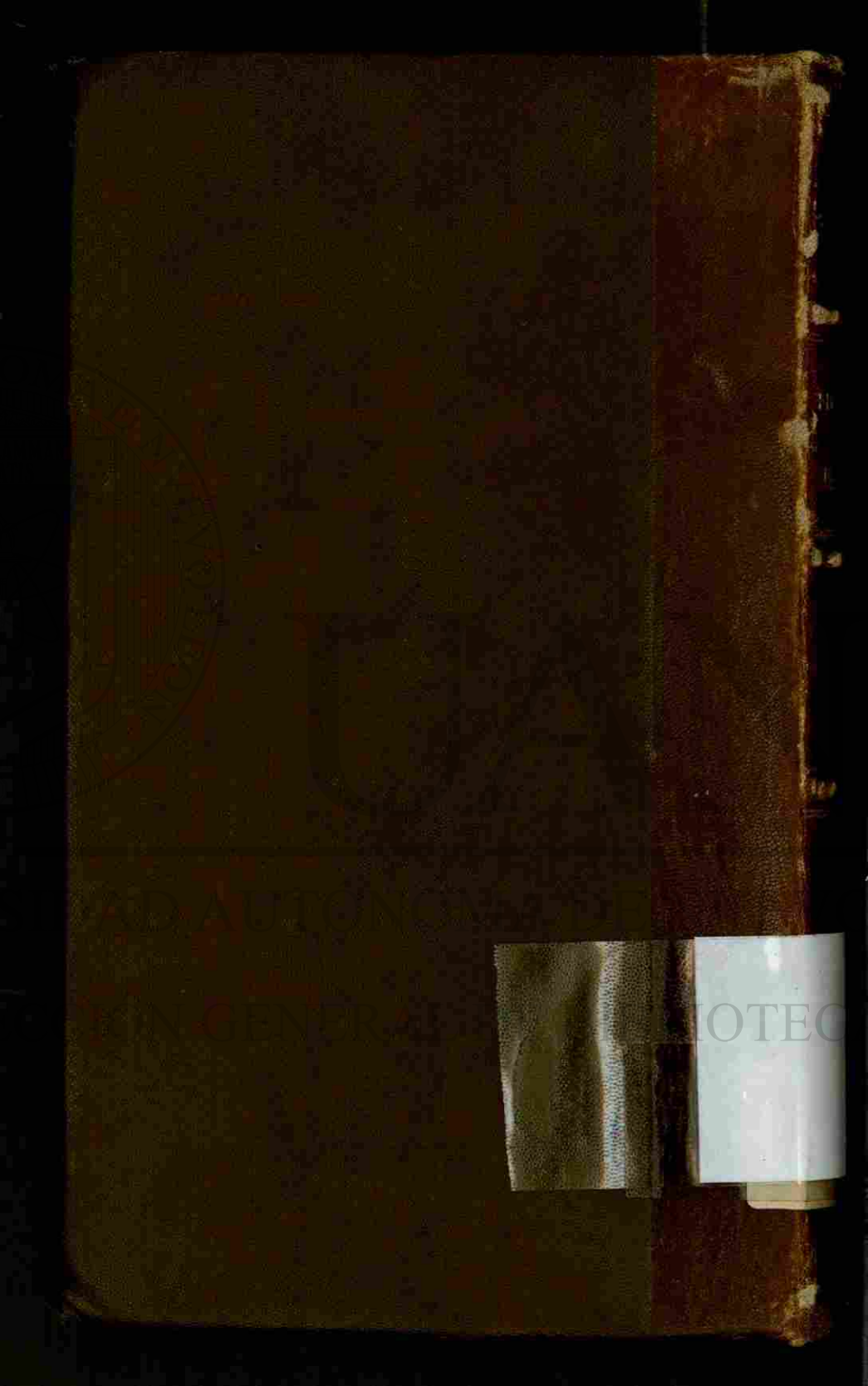
INDICE

	Págs.
1. La Noche del 15 de Septiembre de 1810 en Dolores, por Manuel Payno	1
2. Granaditas, por Manuel Payno	19
3. Escenas de la vida de D. José María Morelos, por Guillermo Prieto	35
4. Morelos en Zacatula, por Ignacio Manuel Altamirano.	73
5. Morelos en el Veladero, por el mismo.	89
6. Morelos en Tixtla, por el mismo.	123
7. La Batalla de Calderón, por Mariano Otero.	157
8. El Caballo del Centurión, por Alejandro Villaseñor.	181
9. El Primer Sacerdote ajusticiado por los españoles, por Ignacio Ojeda Verduzco.	185
10. Un rasgo de Trujillo, por el mismo.	187
11. Un drama en 1810, por Domingo Revilla.	191
12. San Agustín del Palmar, en 1813, por el mismo.	207

- | | |
|--|-----|
| 13. El Tamborcito de Valladolid, por Ignacio B. del Castillo. | 215 |
| 14. Un episodio del Sitio de Cuautla (El niño artillero), por Luis González Obregón. | 223 |
| 15. El sitio de la Isla de Mexcala, por M. Alvarez del Castillo. | 227 |
| 16. Morelos salvado por Galeana en Cuautla, por Demetrio Mejía. | 235 |
| 17. La Toma del agua por Galeana, por el mismo. | 241 |
| 18. La Cureña humana, por Alenjandro Villaseñor. | 251 |
| 19. Heroínas de la Independencia, por Luis González Obregón. | 259 |
| 20. Las Hazañas de Allende, por Manuel Payno. | 271 |
| 21. "El Brazo Derecho" de Morelos, por Vicente Riva Palacio. | 281 |
| 22. Un Caudillo español, insurgente, por Manuel Payno. | 285 |
| 23. El Héroe del Sur, por el mismo. | 297 |
| 24. El Libertador de México, por Vicente Riva Palacio. | 311 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA